LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

11 MARZO 1942

En este número, además de la novela,

Una tradición criolla:
EL EXODO
Por RICARDO ROJAS

Un cuento humorístico:
EL ELIXIR DEL PADRE GAUDIOSO
Por ALFONSO DAUDET

Un cuento sicológico:
DE MADRUGADA
Por ANTON CHEJOV

Un cuento histórico:
LA MUERTE SOLICITADA
... ANATOLE FRANC...

Un cuento de ... guignol.
...A TORMENTA
Por
...N JOSE ORTIZ BARI...

Un cuento campero
"UN TROMPESON NO ES CAIDA"
... NOVILLO QUIROGA

... JAVIER R. BELTRAN:
EL LIBRO DE ...UEN AMOR Y ... GOZO DE VIVIR

... LA VIDA DE LOS ...GENTINOS CELEBRES ...NTADA POR SUS FO...TOGRAFIAS".
...NUELA MARTIN



3 LUSTROS U.P.S.A.

1000 matrículas aniversario GRATIS

Importe de los cursos completos pagaderos en pequeñas cuotas mensuales.

Tenedor de Libros	$ 60
Contador General	$ 190
Contador Mercantil	$ 160
Jefe Oficina	$ 100
Empleado Bancario	$ 105
Cajero	$ 40
Emp. de Comercio	$ 40
Corresponsal	$ 40
Secretariado	$ 95
Mecanografía	$ 18
Taquigrafía	$ 43
Tec. Arg. Cinem.	$ 175
Taqui-mecanógrafo	$ 50
Caligrafía	$ 30
Aritmética Comercial	$ 28
Redac. y Ortografía	$ 37
Martillero Público	$ 54
Procuración	$ 145
Prep. p/Id. Farmacia	$ 130
Química Industrial	$ 125
Técnico en Vinos y Licores	$ 110
Jabones y Perfumes	$ 110
Telegrafía (c. discos)	$ 125
Técnico en Pinturas, Barnices y Materias Colorantes	$ 65
Aceites y Grasas	$ 65
Dibujo Artístico	$ 100
Dibujo Ind. y Com.	$ 105
Adminis. de Hoteles	$ 95
Radiotelefonía	$ 155
Electrotécnico	$ 100
Construcción	$ 170
Arquitectura	$ 185
Mecánico Automóvil	$ 140
Mecánico Aviación	$ 160
Motores a Explosión	$ 140
Perito Agrónomo	$ 195
Adm. de Estancias	$ 100
Técnico Tambero	$ 60
Mecánico Agrícola	$ 65
Avicultura	$ 45
Jard y Arboricultura	$ 78
Motores Diesel	$ 160
Corte y Confección	$ 39
Radiotelegrafía	$ 185
Inglés (con discos)	$ 165

OBSEQUIO: A cada alumno inscripto obsequiamos un "Diccionario Enciclopédico Castellano" o "La Farmacia en Casa", o "Ayudemos al Médico" y el lujoso "Carnet del Estudiante".



PARA LA JUVENTUD AMERICANA

15 años al servicio de la juventud progresista han consagrado la enseñanza por correo que imparte nuestra Institución en todas las Américas!

Festejando tan grato acontecimiento, queremos brindar a los jóvenes ambiciosos una oportunidad única de estudiar con nuestro modernísimo sistema, ofreciéndoles 1.000 MATRICULAS ANIVERSARIO que reúnen las siguientes ventajas extraordinarias:

1° - **MATRICULA GRATIS!**

2° - **40 BECAS** para los mejores alumnos, una para cada Provincia o Territorio Argentino y una para cada país Sudamericano.

3° - **20 % DE DESCUENTO** sobre el precio de cualquier curso.

4° - **GRATIS,** una insignia de ojal.

5° - **GRATIS,** como siempre, el lujoso Carnet del Estudiante.

¡Mándenos, HOY MISMO, el cupón adjunto! Decídase a estudiar con todo entusiasmo, y si logra clasificarse como el MEJOR ALUMNO, nuestra enseñanza le resultará gratuita.

Los alumnos de la Capital Federal pueden estudiar por correspondencia o en nuestro Departamento de Enseñanza Oral, si así lo prefieren.

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

Mándenos este cupón y recibirá, GRATIS y sin compromiso, el importante libro: "HACIA ADELANTE", que le enseñará a triunfar en la vida.

Sr. Ing. B. Margulián, Director de la "Universidad Popular Sudamericana"
RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires.

NOMBRE ....

DIRECCION ....

LOCALIDAD ....

L.-187

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. de R. L.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.° 97.126

ESMERALDA 116 U. T. 33 - 0063 Buenos Aires

AÑO IX - N.° 187
11 MARZO 1942

Sumario

Ilustraciones de: **Raúl Valencia, Arteche, Liso, Fairhurst, Rechain, Mariano Alfonso** y **Villafañe.** - Fotografías de: **Castellano, Conesa, Podestá, Romero, Barelli,** etc. - Chistes e historietas de diversos autores nacionales y extranjeros.



Gene Tierney, protagonista de "CUANDO MUERE EL DIA", película basada en la novela del mismo título, que "Leoplán" publicará en su próximo número de marzo.

EN EL PROXIMO NUMERO:

CUANDO MUERE EL DIA

la famosa novela de amor y de guerra, de BARRIE LYNDON

Profusamente ilustrado con magníficas fotografías de la película producida en base a dicha obra, y con el mismo título, por WALTER WANGER. (Gentileza de Artistas Unidos.)

Además:

Un cuento dramático:

AKSENOV, EL PRESIDIARIO
por **León Tolstoi**

Un cuento humorístico:

LA VIUDA INCONSOLABLE
por **Manuel Gálvez**

Un cuento de misterio:

EL SECRETO
por **Leónidas Barletta**

Un cuento histórico:

LA GUITARRERA DEL CERRITO
por **Héctor Pedro Blomberg**

Un cuento paraguayo:

UNA NOCHE EN CAAGÛI JHÚ
por **Avelino Rodríguez Elías**

De Eduardo Mallea:

FANTASIA SOBRE VIRGINIA WOOLF

De María Alicia Domínguez:

LA PALIDA ESTRELLA DE LOS HERMANOS PINZON

"LEOPLÁN" APARECE EL 25 DEL ACTUAL

EL CUENTO HUMORISTICO

El elixir del padre

—BEBA esto, vecino; ya me dará su opinión.

Gota a gota, con el esmero minucioso de un lapidario contando perlas, el párroco de Graveson me sirvió dos dedos de un licor verde dorado, cálido, chispeante, exquisito... Quedé con el estómago como inundado de sol.

—Es el elixir del padre Gaudioso; el gozo y la salud de nuestra Provenza — añadió con gesto triunfal aquel excelente varón —; lo fabrican en el convento de los Premostratenses, a dos leguas del molino de usted. ¿Verdad que vale tanto como todos los *chartreuses* habidos y por haber?... ¡Y si usted supiera qué divertida es la historia de este elixir! Escuche, si no...

E ingenuamente, sin poner malicia en ello — en aquel comedor de presbiterio, tan cándido y apacible con sus cuadritos representando las estaciones del Vía Crucis y sus lindas cortinillas claras almidonadas como sobrepellices —, el abate emprendió una historieta un tantico escéptica e irreverente, a la manera de un cuento de Erasmo o D'Assoucy:

❦ ❦ ❦

—Hace veinte años, los Premostratenses — o más bien los Padres Blancos, pues así los nombran nuestros provenzales — habían caído en gran miseria. Si hubierais visto su casa de aquel entonces os hubiera entristecido.

El muro exterior, la torre Pacomio..., se iban en pedazos. Por todo alrededor del claustro que las hierbas invadían, las columnillas se iban resquebrajando, los santos de piedra se desplomaban en sus nichos. Ni una vidriera quedaba sana, ni una puerta que encajase. En los atrios, en las capillas, el viento del Ródano soplaba como en Camargue, apagando los cirios, rompiendo los plomos de los ventanales, vertiendo afuera el agua bendita de las pilas. Pero lo más desolador era el campanario del convento, tan taciturno como un palomar vacío; y los padres, sin dinero para mercar una campana, ¡se veían en la precisión de tocar a maitines con unas tarreñas de madera de almendro!...

¡Infelices Padres Blancos! Aun los veo en la procesión del Corpus, desfilando melancólicos en sus cogullas remendadas, flacos y descoloridos, sustentados con cidras y sandías; y en pos de ellos monseñor el abad, que pasaba cabizbajo y sonrojado por mostrar al sol su báculo desdorado y su mitra de lana blanca corroída por la polilla. Las señoras de la cofradía, en sus filas, lloraban de compasión al verlo; y los obesos portaestandartes iban entre ellos riendo sarcásticos al señalarse unos a otros — en voz baja — los míseros monjes:

—Los estorninos van descarnados cuando van en bandada...

El hecho es que los infortunados Padres Blancos habían llegado al extremo de plantearse a sí mismos la cuestión de si no sería más prudente que se dispersasen por el mundo e intentasen agenciarse el condumio cada cual por su lado.

Ahora bien: un día estaban en cónclave debatiendo tan grave asunto, cuando vinieron a avisar al prior que el hermano Gaudioso solicitaba




Gaudioso
por ALFONSO DAUDET
ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA



ser oído en el consejo... Habéis de saber para vuestro gobierno que el tal hermano Gaudioso era el boyero del convento; es decir, que sus jornadas transcurrían yendo de arco en arco por los claustros, empujando ante él a dos vacas héticas que se afanaban en buscar la hierba de entre las rendijas de las losas. Como hasta la edad de doce años había sido criado por una vieja loca del país de Baux — a quien llamaban la tía Begundia —, y desde entonces fué recogido en la comunidad, jamás el desdichado boyero había podido aprender sino a conducir sus bestias y a recitar el *Pater noster;* y aun eso lo decía en provenzal, pues era duro de mollera y de caletre tan agudo como una daga de plomo. Por lo demás, cristiano ferviente aunque algo visionario, tan a gusto bajo el cilicio, y disciplinándose con una convicción robusta..., ¡y con unos brazos!

Al verle entrar en la sala capitular, tan patoso y rústico, saludando a la asamblea con un movimiento de retroceso de la pierna, todos — el prior, los canónigos, el limosnero — prorrumpieron en una risotada. Era el efecto que a su llegada provocaba siempre aquella fisonomía grisácea, con sus barbas de chivo y sus ojos algo extraviados; por eso el hermano Gaudioso ni pestañeó.

—Reverendos — emitió en tono bonachón y enredando con los dedos su rosario de huesos de aceituna —: con harta razón dicen que son los toneles vacíos los que mejor suenan. Figuraos que a fuerza de socavar mi pobre meollo, tan hueco ya, presumo haber dado con el medio de sacarnos a todos de apuro.

"Y vais a ver cómo. La tía Begundia..., ya sabéis: aquella buena mujer que me tenía siendo yo chiquito (en gloria esté la vieja bribona, ¡tan pícaras coplas como cantaba cuando había empinado el codo!). Decía, pues, mis reverendos padres, que tía Begundia, en vida entendía de hierbas de montaña tanto y más que un viejo mirlo de Córcega. En sus postrimerías incluso había compuesto un elixir incomparable mezclando cinco o seis especies de simples que íbamos los dos juntos a recoger en los montes Alpillos. Mucho ha llovido desde entonces; mas pienso que con la ayuda del señor San Agustín y el permiso de nuestro padre abad, malo será que no vuelva yo a encontrar — buscando bien — la composición de aquel elixir misterioso. Y ya no tendríamos más que embotellarlo y venderlo un poco caro; con lo cual la comunidad se iría enriqueciendo cada día más, lo mismito que ocurrió con nuestros cofrades de la Trapa y de la Gran Cart..."

No le dejaron acabar. De un brinco, el prior se había levantado de su sitial para venir a abrazarle. Los canónigos le estrujaban las manos. El limosnero — todavía más conmovido que los otros — le besaba respetuoso el deshilachado borde de la cogulla... Luego, cada uno tornó a su sillón, para deliberar, y en el acto el cabildo decidió que las vacas serían confiadas al hermano Trasíbulo con objeto de que el hermano Gaudioso pudiese consagrarse por entero a la elaboración de su elixir.

❦ ❦ ❦

¿Cómo logró el buen lego reconstruir la fórmula de tía Begundia? ¿A costa de qué rebuscas? ¿Al cabo de cuántas vigilias? La historia no lo consigna. Lo único indudable es que a la vuelta de seis meses el elixir de los Padres Blancos era ya muy popular. En todo el condado de Aviñón, y asimismo en la comarca de Arlés, ni una *masía* ni una granja dejaban de tener en el fondo de sus despensas, entre las botellas de vino cocido y los tarros de aceitunas aliñadas, un frasquito de barro color obscuro, sellado con las armas de Provenza, con un monje en éxtasis sobre un marbete plateado. Gracias a la boga de su elixir, la casa de los Premostratenses hizo fortuna muy rápidamente. Erigieron de nuevo la torre Pacomio. El prior lució una mitra nueva, la iglesia unas curiosas vidrieras labradas; y una esplendorosa mañana de Pascua florida en el fino encaje del campanario vino a posarse todo un batallón de campanas y esquilones, repicando a más y mejor.

En cuanto al hermano Gaudioso, aquel cuitado lego cuyas patochadas tanto regocijaban al Capítulo, ya no se habló más de él en el convento. Desde entonces no conocieron más que al reverendo padre Gaudioso, hombre sesudo y de vasto saber, quien vivía completamente apartado de los quehaceres tan múltiples y mezquinos de los claustros, y se encerraba el día entero en su destilería en tanto que treinta monjes recorrían y exploraban el monte para traerle hierbas odoríferas... Esa destilería, en la que nadie — ni siquiera el prior — tenía derecho a entrar, era una antigua capilla abandonada al final del jardín de los canónigos. La simplicidad de los buenos padres había hecho de ella una cosa enigmática, formidable: si por azar algún frailecillo intrépido y curioso, agarrándose a las parras trepadoras, llegaba a la altura del rosetón de aquel portal, bien pronto despeñábase de allí, despavorido por haber visto al padre Gaudioso encorvado sobre sus hornillos, con su

luenga barba de nigromante y en la mano el densímetro; además, todo en derredor, retortas de rosada piedra arenisca, gigantescos alambiques, serpentines de cristal... Toda una impedimenta extravagante que flameaba embrujada en el rojo fulgor de las vidrieras...

Al anochecer, cuando repicaba el último *Angelus*, la puerta de aquel lugar de misterio se abría discretamente, y el reverendo se encaminaba a la iglesia para el oficio vespertino. ¡Había que ver qué acogida cuando atravesaba el monasterio! A su paso, los monjes legos se colocaban en hilera; cuchicheaban:

—¡Sssss! ¡Tiene el secreto!...

El limosnero le seguía y le hablaba doblando la cerviz... En medio de esas adulaciones, el padre iba enjugándose la frente, con su teja de anchas alas caída hacia atrás a modo de aureola, mirando en torno con expresión de complacencia los grandes patios plantados de naranjos, los azules tejados en que giraban veletas nuevas, y en el claustro deslumbrante de blancura, entre las columnitas elegantes y floridas, los canónigos, vestidos con ropas nuevas, que desfilaban de dos en dos, mostrando semblantes plácidos.

—¡Es a mí a quien deben todo eso! — decía para sus adentros el reverendo; y, cada vez, este pensamiento le hacía subir a la cabeza tufaradas de soberbia.

Por ello, muy castigado se vió el pobre hombre. Ahora veréis...

Pues, señor, una vez, durante el cotidiano oficio de nona, compareció en la iglesia en estado de agitación extraordinaria: sofocado, sin aliento, con el capucho todo descompuesto, y tan azorado que al tomar agua bendita empapó en ella sus mangas hasta el codo. Al pronto, lo atribuyeron a la emoción de llegar con retraso; mas apenas le vieron dirigir ceremoniosas reverencias al órgano y a las tribunas en lugar de saludar al altar mayor, atravesar la iglesia en volandas, errar por el coro durante cinco minutos hasta dar con su silla de coro, y una vez sentado inclinarse a izquierda y derecha sonriendo con mueca beatífica..., un rumor de extrañeza recorrió las tres naves. Susurraban de breviario a breviario:

—Pero, ¿qué le pasa al padre Gaudioso? ¿Qué tiene nuestro padre Gaudioso?

Por dos veces el prior, enojado, golpeó las losas con su báculo para imponer silencio... Allá, en el fondo del coro, los salmos continuaban; pero los responsorios eran entonados sin brío...

Súbito, en lo mejorcito del *Ave verum*, ved al bueno del padre Gaudioso que se revuelca en su sitial clamando con voz estentórea:

—Hay en París un viejo padre blanco..., chundarata chun, ta chun, tachún, chundarata chun, ta chun...

Consternación general. Todos se yerguen. Gritan:

—¡Qué se lo lleven! ¡Está poseído!

Los canónigos se persignan. El báculo de monseñor se agita... Mas el padre Gaudioso nada ve ni escucha; y dos frailes vigorosos vense obligados a llevarlo a rastras por la puertecilla del coro, resistiéndose endiabladamente, dando sacudidas de exorcizado y prosiguiendo a pleno pulmón sus *chundaratas, patatín y patatán*...

❦ ❦ ❦

Al día siguiente, muy de mañanita, el desgraciado estaba de hinojos en el oratorio del prior y gemía su *mea culpa* en un torrente de lágrimas:

—Es el elixir, monseñor, es el elixir que me ha pillado desprevenido — sollozaba golpeándose el pecho.

Y al verlo tan contrito, el buen abad se sentía enternecido también él.

—Vamos, vamos, padre Gaudioso, cálmese... Eso se secará lo mismo que el rocío con el sol... Después de todo, el escándalo no ha sido tan tremendo como usted supone. Sí, la cancioncilla ésa era un poco... ¡Ejem, ejem!... En fin, esperemos que los novicios no la habrán oído... Y ahora, a ver: dígame bien cómo le ha sucedido eso... Al catar el elixir, ¿verdad? Se le habrá ido la mano... Sí, sí, comprendo: un caso análogo al hermano Schwartz, el inventor de la pólvora; ha sido usted víctima de su invento... Dígame, amigo mío: ¿es indispensable que haga usted la prueba de ese terrible elixir en usted mismo?

—Desgraciadamente, sí, monseñor... La probeta me indica con precisión la fuerza y el grado del alcohol; mas para el punto de dulzor y aterciopelado, solamente fío en mi paladar...

—¡Ah! Muy bien... Y... permítame otra pregunta... Cuando usted prueba así el elixir por necesidad, ¿lo encuentra usted bueno? ¿Se complace usted en ello?...

—¡Ay de mí!... Sí, monseñor — murmuró el desdichado poniéndose muy encendido —. Ya van dos noches que le encuentro un aroma, una embocadura... De fijo que es el Demonio quien

me ha gastado esa broma tan pesada... Así es que estoy resuelto a no servirme en adelante más que de la probeta. Si el licor no queda bien en su punto, si no hace bastante burbuja, pues tanto peor, ea...

—¡Nada de eso! — interrumpió el prior con vivacidad—. No hay que exponerse a dejar descontenta la clientela... Lo único que ha de hacer usted ahora que está prevenido, es vigilarse escrupulosamente... Veamos, ¿cuánto le es preciso para que se dé usted cuenta? Quince o veinte gotas, ¿no?... Pongamos veinte gotas... Muy astuto será el Diablo si con veinte gotas logra hacerle caer... Además, con objeto de evitar todo accidente, desde hoy queda usted dispensado de acudir a la iglesia. Dirá usted sus completas en la destilería... Y ahora, vaya usted en paz, reverendo, y sobre todo... cuente bien sus gotas.

¡Ay! Por más que contó sus gotas el mísero reverendo..., el Diablo le tenía en sus garras, y ya no lo soltó.

¡La destilería sí que oyó unos oficios inauditos!

De día, aun, todo iba bien: el padre se hallaba bastante sereno; preparaba sus infiernillos, sus alambiques, desbrozaba y seleccionaba cuidadosamente sus hierbas (hierbas todas de Provenza, finas, grises, dentadas, abrasadas de fragancias y de sol...). Pero allá a la caída de la tarde, con los simples ya infundidos y el elixir templándose en grandes cazuelas de rojo cobre, el martirio del infeliz comenzaba.

—... Diecisiete..., dieciocho..., diecinueve..., ¡veinte!...

Las gotas se desprendían del cañuto metálico para caer dentro del vasito. Aquellas veinte, el padre las engullía de un trago, casi sin deleite. Solamente la vigésima primera le tentaba. ¡Oh, aquella vigésima primera gota!... Entonces, para huir de la tentación, corría a hincarse de rodillas completamente al extremo del laboratorio, y se abismaba en sus padrenuestros. Mas el elixir, aun caliente, exhalaba un humillo cargado de esencias, que venía a rondar en torno de él y que — de grado o por fuerza — le atraía otra vez hacia los recipientes... El matiz que ostentaba el licor era un soberbio verde dorado... Inclinado encima, con la nariz dilatada, el padre lo meneaba despacito con su catalíquidos; y en las pajuelas centelleantes que la onda esmeralda hacía girar, parecíale ver los ojos de tía Begundia que reían y chispeaban, mirándole:

—¡Animo! ¡Una gota más!

...Y de una en otra gota, el infortunado terminaba por verse con su vaso lleno hasta el borde. Entonces, rendido y extenuado, se desmoronaba en una butaca y, con el cuerpo laxo, los párpados entrecerrados, paladeaba su pecado a pequeños sorbos, repitiéndose bajito y con un remordimiento delicioso:

—¡Oh! Me condeno... Me estoy condenando...

Lo más terrible es que en el fondo de ese elixir diabólico volvía a encontrar — en virtud de no sé qué sortilegio — todos los ruines cantares de la tía Begundia: *Eranse tres alegres comadres que preparaban un festín*..., o bien, *Frasquita, la del tío Andrés, se va al bosque solita*..., y, siempre, aquella célebre de los frailes blancos: *Patatín patatán, tarabín tarabán*...



Imaginad qué bochorno cuando al día siguiente sus vecinos de celda le interpelaban malignamente:

—¡Eh, eh, padre Gaudioso, anoche, al acostarse, tenía usted una de grillos en la cabeza!...

Entonces venían las lágrimas desesperadas, el ayuno y el cilicio y la disciplina. Pero todo resultaba impotente contra el demonio del elixir; y cada noche, a la misma hora, la posesión volvía a empezar.

Mientras tanto, los encargos llovían sobre la abadía que era una bendición. Venían pedidos de Nimes, de Aix, de Aviñón, de Marsella... De día en día, el convento iba tomando un aspecto como de manufactura. Había hermanos embaladores, hermanos rotuladores, otros para la correspondencia y facturas, otros para el transporte en camiones; por supuesto, con ello el servicio divino perdía algún que otro repique de campanas; mas la gente pobre de los contornos nada perdía por ello, os aseguro...

Y sucedió que una mañana de domingo, mientras el limosnero leía al Capítulo en pleno su inventario de fin de año y los buenos canónigos le escuchaban con un brillo de codicia en la mirada y una sonrisa de satisfacción en los labios, allá se me precipita el padre Gaudioso e interrumpe la disertación voceando:

—Se acabó... Ya no hago más elixir... ¡Devolvedme mis vacas!...

—Pero, ¿qué os ocurre, padre Gaudioso? — inquirió el prior, quien tenía ya barruntos del motivo...

—¿Que qué ocurre, monseñor? Ocurre que estoy preparándome una hermosa eternidad de llamas y tenedorazos... Ocurre que bebo, que bebo como un miserable...

—Pues yo os tenía advertido que contáseis las gotas...

—¡Je! ¡Sí, sí, contar mis gotas!... Por vasos habría que contar ahora... Sí, reverendos, en esas estoy. Tres frascos cada noche... Bien comprendéis que esto no puede continuar... Por tanto, disponed que el elixir lo haga quien os plazca... ¡Que me consuma el fuego de Dios si vuelvo a dedicarme a eso!

El Capítulo es quien ahora ya no reía.

—Pero, desdichado, ¡usted nos arruina! — se lamentaba el limosnero blandiendo su libro mayor.

—¿Preferís que yo me condene?



En esto el prior se irguió.

—Reverendos — pronunció extendiendo su lustrosa mano blanca, en la que brillaba el anillo pastoral —, hay medio de arreglarlo todo... Es al anochecer, ¿verdad, hijo mío?, cuando el Maligno os tienta...

—Sí, señor prior; regularmente todas las noches... De modo que cuando veo avanzar las tinieblas, me entran — con perdón de monseñor — unos sudores..., bueno, como el asno de Toribio así que veía venir la albarda.

—Pues bien: tranquilizaos... De hoy en adelante todas las noches en el oficio de nona recitaremos a vuestra intención la plegaria de San Agustín, que tiene concedida la indulgencia plenaria... Con eso, pase lo que pase, estáis a salvo... Es la absolución durante el pecado.

—¡Ah, bueno! Entonces, ¡gracias, señor prior!

Y sin pedir más explicaciones retornó a sus alambiques el padre Gaudioso, más ágil que una alondra.

❦ ❦ ❦

Efectivamente, desde aquel instante todas las noches, al final de las Completas, el oficiante no descuidaba el añadir:

—Roguemos por nuestro pobre padre Gaudioso, que sacrifica su alma a los intereses de la Comunidad... *Oremus: Domine...*

Y en tanto que la oración — tal un cierzo sutil sobre la nieve — volaba estremecida sobre aquellos capuchos blancos prosternados en la penumbra de las naves, allá, en el extremo mismo del convento, tras el ventanal inflamado de la destilería, oíase al padre Gaudioso berrear a voz en cuello:

Hay en París un viejo fraile blanco
—patatín patatán, tarabín tarabán—
Hay en París un viejo fraile blanco
que hace danzar a unas monjitas
—chun, chun, chun, en un jardín—
que hace bailar a las monjitas...

...Al llegar a este punto, el bueno del clérigo se detuvo, asustadísimo:

—¡Misericordia! ¡Si me oyeran mis feligreses!... ◈

MEDALLONES DE SANGRE

CUATRO DRAMAS DE

Coronel Dorrego.

Facundo Quiroga.

La muerte del coronel Dorrego

El comandante Escribano trae prisionero al coronel Dorrego, gobernador de Buenos Aires. Este había jurado su cargo el 13 de agosto de 1827; en la mañana del 1º de diciembre del año siguiente abandonaba subrepticiamente la ciudad, amotinada contra él por los unitarios. Iba a reunir las fuerzas con las cuales pensaba defenderse y restablecer su autoridad, para lo cual contaba con el comandante general de campaña don Juan Manuel de Rosas. Juntos han luchado contra Lavalle, que ha ido a su encuentro y los ha vencido. Pero al que traen prisionero a la ciudad es solamente a Dorrego.

Rosas, siguiendo su personal estrella, se aleja de aquel escenario. No ha querido acompañar al gobernador, después de la derrota, en su nueva tentativa para enfrentarse con sus adversarios. Sus dos caracteres han puesto de relieve en ese instante lo que fundamentalmente los diferencia. En Dorrego es el impulso apasionado, irreflexivo en cierto modo, que lo ha llevado muchas veces al triunfo y le ha dado también más de un disgusto; en Rosas es el cálculo, el sentido exacto de la realidad, la fría resolución. El destino los une en un momento, pero bien pronto los separa. Y en tanto Dorrego se da de bruces con la traición, Rosas se aleja hacia puerto seguro, de donde podrá venir mañana como el vengador...

El golpe ha sido duro para el héroe de nuestra Independencia, que se cubrió de gloria en Tucumán y Salta y cuya inteligencia luce entre las más brillantes; pero no está abatido: conoce sobradamente los azares de la guerra y piensa en aquella derrota como en un accidente desgraciado, del cual más tarde o más temprano habrá de rehacerse. Lo importante es conservar la vida, y eso lo tiene por seguro, sobre todo después de haber escrito a sus íntimos amigos el almirante Brown y Díaz Vélez, gobernador delegado el primero, ministro el otro. Además, le acompaña su hermano Luis, cuya sola presencia contribuye a darle confianza en su suerte. Los lentos movimientos del carro en que lo llevan adormecen sus inquietudes.

La expectación quiebra la monotonia del viaje. En el horizonte ha aparecido una nube de polvo, de cuyo seno surge un tropel de jinetes. Como lenguas de fuego brillan al sol las puntas de las lanzas. El tropel se acerca. Es un regimiento de húsares, y a su frente, el coronel Rauch. Se ensombrece el rostro de don Manuel Dorrego. Y cuando se entera de que viene en su busca, para hacerse cargo de él y llevarlo, no a la ciudad, sino al campamento de Lavalle, se ensombrece aún más y, volviéndose a su hermano, exclama:

—¡Luis, estoy perdido!

Con la llegada de Rauch ha cambiado su camino, todo ha cambiado para él. Tiene la certidumbre de que es la muerte la que ha ido a buscarlo. En este instante en que ya nada espera, sabe tanto como en el instante anterior, en que lo esperaba todo. Pero su corazón no se engaña... Rauch no es más que un emisario de Lavalle, muy orgulloso, eso sí, de conducir prisionero al gobernador con el cual nunca pudo entenderse y que hace unos meses le había quitado el mando de sus fuerzas. Sin embargo, hay algo más que satisfacción y engreimiento

Fusilamiento de Dorrego.

NUESTRA HISTORIA

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

en aquel fatídico teutón de ancha faz, pelo rojo y pupilas congeladas: hay como una presencia física de la muerte. La sangre ardiente de Dorrego percibe su repelente frialdad. Por eso ve en él a un mensajero de la muerte; más aun: a la muerte misma. Y por eso se ha sentido morir y ha dicho: "¡Estoy perdido!"

Lo demás es el ceremonial de la muerte: el carro que se detiene en el campamento, frente a las habitaciones que ocupa el general Lavalle; éste, que dice a su edecán:

--Vaya usted e intímele que dentro de una hora será fusilado.

Dorrego que escribe a su mujer y a sus hijas. El cuadro que se forma para ejecutarlo...

Al coronel Lamadrid le faltó valor para presenciar aquel acto y corrió a encerrarse en su alojamiento, llorando y maldiciendo la hora en que había salido de Buenos Aires; tampoco el edecán de Lavalle quiso presenciarlo.

"Oí la descarga — son sus palabras —, y me mantuve mudo al lado del general."

Este tomó la pluma inmediatamente y empezó a escribir: "Señor ministro: Participo al Gobierno Delegado que el coronel Dorrego acaba de ser fusilado por mi orden..."

El cuerpo del infortunado gobernador quedó varias horas sobre aquel trozo de tierra del pueblo de Navarro, donde había caído acribillado a balazos. La musa popular se aprestaba a cantarle:

Cielito y cielo nublado.
Por la muerte de Dorrego
enlútense las provincias,
lloren cantando este cielo.

General Lavalle.

General Urquiza.

Muerte de Facundo Quiroga

La galera en que viaja Juan Facundo Quiroga ha salido de la posta del "Ojo de Agua" en el amanecer del día 16 de febrero de 1835. Le acompañan su secretario, coronel Santos Ortiz; un negro, que le sirve de asistente; un niño, hijo del maestro de posta del "Ojo de Agua", dos correos y el postillón. Don Juan Manuel de Rosas quería que llevase escolta y se la ofreció obstinadamente cuando se despidieron en las inmediaciones de aquella estancia de San Antonio de Areco, donde celebraron la última entrevista. Pero de sobra sabía que él nunca llevaba escolta, ni menos la aceptaría en aquella ocasión. También le había ofrecido una carta, que daría más validez a su misión, en la que se vería hasta qué punto los dos se hallaban identificados. Quiroga no le había dicho que no a aquel ofrecimiento, pero el hecho era que se marchaba sin la carta; Rosas quedó en enviársela inmediatamente por un chasque, que lo alcanzaría, a más tardar, a los dos días de camino.

No fué así. Aquellos dos días parecían prolongarse indefinidamente y la carta no llegó a sus manos hasta que se encontraba en el término de su viaje, en Santiago del Estero, pues no necesitaba seguir adelante





Ultimos instantes de Dorrego.


El drama de Barranca Yaco.

para el cumplimiento de la misión oficial que se le había encomendado, como pacificador en aquel conflicto de las provincias del Norte, que podía darse ya por resuelto. Pero no fué su retraso lo que más pudo sorprender a Quiroga, sino su contenido, totalmente distinto a lo que él esperaba y a lo que la actitud y las palabras de Rosas le hicieran concebir. En ella se mostraba en oposición, a través de largos razonamientos, a la reunión de un Congreso Constituyente para la organización federal de la República, idea por la cual venía trabajando desde hacía un año en Buenos Aires Facundo Quiroga y con la que Rosas parecía muy conforme, desde su posición de árbitro de la situación política, aunque desde fuera del gobierno todavía. Aquella misión oficial había venido a interrumpir los trabajos de Quiroga. Y he aquí que de pronto, cuando más lejos se halla de Buenos Aires, recibe aquella carta, en la que Rosas se muestra disconforme en absoluto con su proyecto.

Decide regresar inmediatamente a Buenos Aires. Ahora con aquella carta, y, como siempre, sin escolta. Tiene prisa por llegar. Sabe que en el viaje de ida le esperaban para asesinarle, y que se ha salvado porque le tomó la delantera a la muerte; sabe que le esperan en su viaje de vuelta; pero él no se detiene por eso. Es como si se le tardase volver a Buenos Aires, para que vea don Juan Manuel de Rosas cómo no ha necesitado escolta para salvarse de los riesgos del camino, en un viaje tan largo y tan peligroso; y para hablarle de la carta... ¡Adelante, pues, adelante! O lo que es lo mismo en su apremiante lenguaje: ¡Caballos! ¡Caballos! La galera ha salido ya de la posta del "Ojo de Agua". Un viejo cantar dice:

Y alzando nubes de tierra
se alejaron de aquel punto:
el polvo íbalos cubriendo
porque iban a ser difuntos.

Y llegan a Barranca Yaco. Una partida de hasta cuarenta hombres rodea el coche, impidiéndole avanzar. Ha llegado el momento que todos esperaban, que todos temían; todos, menos Quiroga. El está convencido — y hace poco lo ha dicho — de que no ha nacido aún quien lo mate. Se asoma a la ventanilla y pregunta:

—¿Qué es esto? — Y agrega en seguida, con el acento conminatorio de quien está acostumbrado a mandar y a que se le obedezca siempre —: ¡Que se acerque el jefe de la partida!

—¡Baje usted a tierra! — le contesta Santos Pérez.

Pero no espera a que su víctima baje. Ante la mirada de Facundo, que descarga en él los rayos de sus ojos, su decisión está a punto de caer aniquilada; y, en una súbita reacción, con el apresuramiento del pánico, le dispara su pistola a boca de jarro. Había que apresurarse a matar aquella mirada... La bala le ha entrado al caudillo por un ojo, quitándole la vida al instante. Santo Pérez se recobra a sí mismo, y respira plenamente. Es como si hubiese roto los frenos de su instinto. Y los de su partida.

Cuando ya la sangre de Facundo no mueve su corazón ni ilumina sus ojos, antes de que esa sangre se hiele en sus venas, todos los puñales la buscan a través de su cuerpo, codiciosos de ella. Y, como si fuera insuficiente para su fúnebre orgía, los asesinos derraman también la sangre de todos los que acompañan al caudillo, hasta la del niño, de la que se desprende un perfume de inocencia, que flota perennemente en aquel escenario de bárbara tragedia.

❦ ❦ ❦

Muerte de Lavalle

En el camino de la derrota, el general Lavalle ha llegado al límite: límite de la decepción y límite territorial de la patria. Poco camino tiene que hacer ya para cruzar la frontera, aquella frontera del Norte, que fué teatro de la epopeya emancipadora y que ha conocido ya — recién nacida — el horror de los éxodos políticos. Empezaron hace diez años, a raíz de la caída de Rivadavia y con la invasión de Tucumán, Catamarca y Salta por Facundo. Se recrudece en estos días, con el fracaso de la Liga del Norte, con la inmolación de Avellaneda y tantos otros... Ahora no huyen del "Tigre de los llanos", sino del brigadier uruguayo Manuel Oribe, convertido por Rosas en General de la Confederación Argentina.

Lavalle, con un puñado de hombres salvados de los últimos desastres, sigue también aquel camino. Pocas veces la decepción ha sido tan amarga como para aquel héroe de nuestra Independencia, en aquella su última campaña militar, cuando libre ya su patria, sigue luchando por la libertad. Venía del destierro y vuelve a él. Encarnaba la gran ilusión encendida en el pecho de los argentinos que, en Montevideo, soñaban — soñaban desmesuradamente — con derrocar a Rosas. Lavalle, que compartía aquel sueño, imaginó tal vez que le bastaría pisar tierra de su patria, con aquel sueño por bandera, para que todos los corazones se enardeciesen como los suyos en la lucha contra el tirano. Pero, ¡qué distinta la realidad de lo imaginado! Por eso aquella campaña, en la que otra vez marchaba al frente de un "Ejército Libertador", como en los días de la Independencia, tiene ese carácter román-



tico de las empresas de los soñadores. A principios de septiembre de 1839 desembarcaba con un puñado de adictos, fieles más bien, en la costa entrerriana; con idéntico puñado de fieles se acercaba a la frontera de Bolivia a principios de octubre de 1841, después de dos años de luchas bajo el signo de la adversidad.

Barranco Yaco.

Llega a Jujuy. La pequeña ciudad es como el espejo de su derrota — espejo de la desolación, espejo de la muerte —. Como no era a él a quien esperaban ya, sino a su vencedor, el gobernador y cuantos se juzgan comprometidos en la lucha contra la tiranía han huído, dejando a la ciudad envuelta en una atmósfera de trágicos presentimientos.

Lavalle viene enfermo. Más abatido quizás por sus reveses que por su dolencia, se detiene. Sus oficiales le alojan en un caserón deshabitado de las afueras de la ciudad. Confían en que el enemigo no está tan cerca y pueden tomarse algún reposo, del que todos están necesitados, singularmente su jefe. Y aun descansan en el seno de aquella noche.

Al amanecer del día siguiente un pelotón de soldados llega a la puerta de la casa. Va en busca del doctor Vedoya, que era quien allí vivía y ha huído a Bolivia. Creían los soldados que iban a cumplimentar sin tropiezos la orden que llevaban; pero he aquí que ven cerrarse las puertas y ventanas de la casa cuando a ella se acercan, y nadie contesta a sus llamadas. Temen que dentro haya gente dispuesta a defenderse, se juzgan insuficientes para asaltarla y deciden ir por nuevos refuerzos. Antes, como para dar testimonio de su comisión, hacen una descarga contra la puerta cerrada. Y se marchan.

Jamás podrían imaginar que una de sus balas llevaba la muerte para el general Lavalle, que cayó en la penumbra del zaguán con el cerebro destrozado. Era como el golpe de gracia de la ciega fatalidad, que tan inexorablemente le perseguía en los últimos tiempos.

Los que marchaban con él, los fieles compañeros de su desventura, unidos más que nunca en la devoción de su jefe, se impusieron el deber de salvar su cadáver. No se les ocultaba la ansiedad con que sus enemigos lo buscarían para profanarlo. Y que estaban en lo cierto lo prueba una carta de Oribe, en la que escribió: "He mandado hacer pesquisas sobre el lugar donde está enterrado el cadáver de Lavalle, para que le corten la cabeza y me la traigan". Pero no habria de cumplirse aquel deseo, porque más diligente que el odio es el amor, y el

amor de sus fieles, sublimizado por el dolor, se encargó de impedirlo.
La pequeña expedición, transformada en cortejo fúnebre, se puso inmediatamente en marcha, al mando del coronel Pedernera, llevando a lomos de una mula el cadáver de Lavalle. La marcha de aquella expedición, hostilizada por las vanguardias enemigas, a lo largo de la quebrada de Humahuaca, sufriendo todos los rigores de la naturaleza y de los hombres, tiene la grandeza de las epopeyas legendarias. Lo que defienden tan celosamente es el símbolo de sus esperanzas: un cadáver que se descompone y del cual sólo pueden salvar sus huesos. Pero ellos tienen la conciencia de que aquellos huesos son sagrados, porque son huesos del cuerpo de la patria, y no descansan hasta verlos a salvo, depositados en la catedral de Potosí.

❦ ❦ ❦

Muerte de Urquiza

Bajo una galería de su famosa residencia de San José — mansión solariega y palacio de gobernador — está don Justo José de Urquiza, aquella tarde de otoño de 1870, bebiendo su acostumbrada taza de té en compañía de su mujer y de sus hijas Justa y Dolores. Los dos hijos varones se hallan en Concordia, proyectando a lo lejos, en funciones de gobierno, la autoridad del padre.
La presencia de aquellas mujeres alrededor del prócer acentúa el aire patriarcal de su ancianidad gloriosa, porque son las mujeres las que ponen en toda figura venerable el halo de la devoción. La del general Urquiza se nos aparece en este instante ungida por una gracia femenina, que es gracia de maternidad. Se reconoce así en él al hombre fuerte, nacido para perpetuarse en sus hazañas y en sus hijos.
Hace tiempo que don Justo José de Urquiza tiene el espíritu aquietado, y no piensa en salir a nuevas aventuras, como antaño, para recoger nuevos laureles. A su corona le basta con los que tiene. Pasó ya el tiempo de aquellas gloriosas jornadas en que se jugaba el destino de la patria y en que él lo ganó.
Superó la gallardía de sus triunfos, cuando, después de vencer a Rosas, pasó a ser el vencedor de sí mismo. Y, en su marcha hacia Buenos Aires, después de su victoria de Caseros, no es más grande que cuando en Pavón vuelve la espalda al campo de batalla y deja triunfador a Mitre, para reintegrarse a su Entre Ríos, con firme voluntad de renunciamiento. No apetece otra cosa que la inmunidad para él y para su provincia, y la reorganización nacional a base de la Constitución de 1853, reformada. Mitre asienta su victoria sobre estas bases, precisamente, con lo cual el triunfo es, en realidad, para aquellos dos grandes hombres, que han superado sus aspiraciones personales, haciéndolas converger en el bien común de la patria.
Desde su espléndido rincón de San José, el viejo caudillo, por cuarta vez gobernador de la provincia, contempla hace años el devenir político de su país, cuya grandeza van forjando los hombres nuevos. De héroe de la guerra se ha convertido en patriarca de la paz. Como tal acaba de consagrarse en la visita que hace dos meses le ha hecho el presidente Sarmiento, que fué hasta entonces su más encarnizado enemigo. En el



El fin de Lavalle.

Traslado de los restos del general Lavalle.



Reconstrucción del feroz atentado a Urquiza.

Palacio de San José, donde residió Urquiza.

palacio de San José ha habido brillantes fiestas, para celebrar dignamente aquella reconciliación.

Tomando su taza de té, el viejo caudillo recuerda sus días pasados. Tiene motivos para sentirse íntimamente orgulloso.

El salió en otro tiempo de su provincia sobre su caballo, y se fué a pelear, arrebatado por el vértigo de los acontecimientos. Y supo dominarlos y dominarse. Ahora la nación está en paz, su vida también está en paz...

De pronto, llega hasta él un extraño ruido. No puede saber lo que ocurre: su residencia, cercada por un centenar de hombres armados; la guardia, sorprendida... Sólo sabe que se le entra por las puertas de su hogar un torbellino de violencia, como en la guerra.

—¡Son asesinos! — dice. Pero no piensa siquiera en huir. Su entereza se manifiesta en aquel reproche en el que va incluído su desprecio: — ¡No se mata así a un hombre en su casa! —. Y dispara su rifle contra el grupo que avanza, hiriendo a uno de ellos. La respuesta no se hace esperar, y el general cae como un viejo árbol abatido por el rayo. Una bala enemiga le ha dado en pleno rostro, destrozándole el pómulo izquierdo. Los criminales se ensañan con su víctima, clavando sus puñales en aquel cuerpo, cuya ancianidad parecía revelar su predestinación gloriosa.

Transfiguradas por el espanto, a punto de ser ellas también víctimas de aquellos forajidos, las mujeres claman angustiosamente ante el crimen atroz. Toman en sus manos de Dolorosas el cuerpo exánime del héroe, aureolado por el martirio, y ponen una almohada bajo su cabeza destrozada, como para que repose mejor en su lecho de eternidad.

—¡Ya murió el tirano vendido a los porteños! — gritaban los matadores —. ¡Viva López Jordán!

Aquellos gritos parecían venir de los sangrientos confines de un pasado que hacía dos meses, en aquel mismo sitio, pudieron creer enterrado para siempre Urquiza y Sarmiento. Y he aquí que ese pasado resucitaba. El caudillo joven, que apetecía la gloria del viejo caudillo, se volvía contra éste cuando le veía renunciar definitivamente a todo lo que a él le ilusionaba, cerrándole el camino a su ambición. Y había en aquel crimen algo como una venganza del propio pasado. Como si aquel Urquiza que despertaba las iras de Sarmiento, cuando veía en él la suprema encarnación del caudillaje, hubiese acabado dando muerte a este otro Urquiza, que ofrecía al propio Sarmiento, en su reciente visita a San José, el ejército de la provincia, su ejército, para sostener en cualquier momento las instituciones del país y la autoridad del primer magistrado. ◈

De **RICARDO ROJAS**

EL EXODO

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA



¡Hachas, cantad! — (Del poema LA VICTORIA DEL HOMBRE).

Y yo, el poeta que cantara la gloria de las hachas y el esplendor de los desmontes, me interné en los redaños de la selva, por la angosta picada que abrieron los robustos leñadores... Me hallaba en la comarca de las leyendas. Descendía la tarde más allá de los horizontes, y parecía aquélla sin ocaso ni sol, porque la maravilla del poniente se apagaba en penumbra tenue bajo las silenciosas bóvedas de la fronda. Eran estos labradores los herederos de la vieja raza, despertada al rumor del progreso tras un sueño de siglos.

Los había visto pasar: tenían la tez de bronce, hecha para el rigor de las temperies, y el músculo pujante, como el brazo del héroe predestinado que ha de esgrimir aceros. Llevaban al hombro el hacha, arma bruñida por la propia carne donde muerde su filo. De tanto en tanto, un rayo del astro moribundo, transponiendo furtivo la maraña, resplandecía en ellas, como brilló en los sables arcaicos, sobre los ejércitos de la muerte.

Me sentí hermano de uno de aquellos hombres, y caminé en su pos. Vagabundeando por el bosque, la inteligencia no se hubiese cansado de ver, ni el alma de oír, pero mi túnica se rompía en los ramajes y la senda hería ya mis plantas de peregrino. Ardiente en la fiebre de insólitas revelaciones, el espíritu mío olvidaba la noción de las horas, pero la carne fatigada me exigía reposo.

Caminando al azar, llegué a tal sitio donde un árbol gigantesco yacía, como enorme cadáver. Las numerosas marchitas hojas le amortajaban en mustio verdor. Su lánguida tristeza, unida a la sugestión del crepúsculo y a la paz funeraria del instante, me infundieron cierta amargura, ante aquellos despojos de un consanguíneo predilecto y grande. Habíalo tronchado a golpes inclementes el Hombre del hacha. ¡Ah! ¿Dónde estaba el Hércules que se atreviera a descuajarlo? Las centenarias poderosas raíces hundíanse en lo más firme de la tierra, entraña que lo había parido, única madre digna de él...

❦ ❦ ❦

El silencio nos envolvía como una atmósfera sobrenatural. Murmuraban en la condolida brisa remembranzas de ese caduco imperio. Abatido en su sede milenaria, daba el concepto obscuro de la muerte, mostrándose aquel árbol, ora como un titán descalabrado, ora como un ídolo roto. Cortado a tajos poligonales, la sección casi cónica del tronco descubría su corteza, rugosa piel de paquidermo prehistórico, y su compacta leña, que se endurece más en el agua, fuerte como el hierro y bermeja como los músculos de un toro. Y para certificar la saña de la brega, que debió durar muchas horas, los gajos ostentaban también hondas heridas. Abríanse como nervudos miembros inmovili-



zados en la más fiera actitud de la lucha: unos colgaban inválidos, otros enhiestos, en amenazas al igual, angustiosas e impotentes, semejaban diestras nudosas, retorcidos tentáculos, trompas enfurecidas. Manaba de punzadas y coyunturas un humor viscoso, como gotas de sangre coagulada, mezcla de miel y cera, que yo diría sus lágrimas, si por acaso ignorase que estos colosos no lloran.

Aquel árbol caído era un quebracho.

❦ ❦ ❦

De súbito, como voz que viniera de ultrasombras, se oyó el lamento del Kacuy, el ave mitológica de la comarca. Su tétrica llamada me devolvió a la realidad circunstante. Al girar la mirada en torno de mí, advertí la presencia de la noche. Arriesgado era el seguir y temerario el volverse. Decidido a pernoctar en el bosque, me recliné sobre el derribado cíclope, tan corpulento que acogía perezas cual un cómodo lecho. El intenso cansancío hizo tal vez que allí, en momento que ignoro, pasara de la vigilia al sueño más profundo. No sé, desde luego, si cuanto me aconteció después fué sensación de realidades inexplicables o acaso de inverosímiles visiones.

❦ ❦ ❦

Nada ofrecía de inusitado el cuadro en derredor. Repetía parajes análogos que me eran familiares, fantaseado éste, quizá por los reflejos del plenilunio. Las noches de la región son ideales, en el estío, sobre todo, y aquélla lo era por el ambiente diáfano y el turquesado firmamento. Bajo el panorama celeste, la misma flora cotidiana: los valiosos quebrachos y otras plantas que siendo menos proficuas quedarían más años en pie; el algarrobo nutritivo, adornado por mil zarcillos de oro; el famoso mistol, cuya verdura esconde frutos de coral; opuntias espinosas de suculenta pulpa; algún *torop'sombran* perfumando el ambiente sereno; y el huiñaj pobre de follaje, que viste una efímera inflorescencia de broches gualda, al amago del viento o la lluvia, y al cual llamara desde entonces, en honra de su lírico destino: «el anunciador de las tempestades». Todo lo contemplaba nítidamente, y reaparece tan de acuerdo con el paisaje real en mi memoria, que, aun a despecho del lector adverso, creeré siempre en su verdad objetiva y no en la posibilidad de alucinaciones delirantes. Ahora mismo recobran forma y colorido ante mis ojos las inmóviles copas negras y el suelo erizado de aibes y chaguares. Fué allí, entre las matas ásperas y el alto dosel salvaje, donde ocurrió lo singular del suceso.

❦ ❦ ❦

Junto al climatérico huiñaj, un ser informe comenzó a moverse. Pudo engañarme la luna, desgarrada entre los ramajes; pero, como para destruir la falsa hipótesis, lanzó aquella especie de trasgo insubstancial roncos aúllos, semejante a un perro que sueña. Pudo ser el jayán del hacha, recogido a dormir en pleno teatro de sus faenas, a campo raso, como los otros leñadores; mas no era él tampoco, pues al discernir más clara su silueta, descubrí un personaje sobrenatural. Apoyado en el tronco, se ocultaban sus pies en la maleza; muslos y vientre eran velludos; nada velaba su impúdica desnudez. La cara, abominable, conservaba tal vez algo de humano; pero, en el áspero diseño, la boca resultaba asaz grotesca, la nariz harto deforme, demasiado hirsuta la barba y la frente por demás fugitiva.

Ante tamaño engendro, quedé espantado. Ahogaba la respiración en tímido anhélito para no ser descubierto. Y espiándolo desde ese rincón, trocado por el miedo en refugio, conseguí mirar sus manos: cinco dedos ágiles jugaban en un canuto de caña indígena donde soplaban sus labios. De pronto, aquella suerte de zampoña dió varias notas quejumbrosas, armonía de canto y gemido que expresara los dolores de un alma. La espesura silente se estremeció a sus ecos. Volvió de nuevo el caramillo agreste a modular su tierna melopea, y me incorporé, dispuesto a huir. La flauta vibró entonces un aire de las músicas natales. Dominado por ella, osé levantar la mirada, y mi terror subió de punto, porque a la claridad lunar advertí sobre la cabeza de este archisátiro enorme dos orejas triangulares, apareadas de cuernos rojos y agudos. En ese instante, como si adivinase el monstruo que me aprisionaba por el hilo invisible de su prestigiosa melodía, se adelantó hacia mí. A pesar del rostro feo, la voz era dulce. Tal confianza infundía su palabra, que hubiera sido cruel rechazarlo cuando, acercándose humilde, preguntó:

—¿Me conoces?

Fruncí las cejas avivando recuerdos truncos por su faz evocados, hasta responderle, como quien encuentra después de prolongada separación a un viejo amigo, casi olvidado ya:

—Creo haberte visto, no sé cuando, ni sabría decirte dónde...

Infinito, prolífico, errabundo, ubicuo, multiforme, habitara zonas de nieve y países de sol; hollara montañas abruptas y misteriosos bosques; asistiera edades de hegemonía y épocas de desastre. Su vida era larga como la historia del mundo.

—¿Cuál es tu nombre? — le interrogué.

—Diversos tuve, según las eras y las razas: los naturales de estas selvas me llamaron Zupay.

¡Zupay! Bien sabía quién era. Le había buscado con ahinco bajo las umbrías del follaje y en el laberinto de los matorrales, desde el día que Miguel, un pequeño pastor de esos campos, me describió su figura. Yo aprendí en las antiguas mitologías el abolengo del dios indígena. Lo que no obtuve de talismanes y cábalas, lo conseguía por un milagro de fe. Mis sueños de la infancia admiraron a las criaturas de su reino, y más tarde mi alma fué hacia El, por esa devoción instintiva que ha prosternado en sus altares a todos los exploradores de lo desconocido...

—¿Y quién te envía a esta selva de mis mayores?

—Nadie me envía; parto de ella —respondió caviloso.

Zupay evocó reminiscencias de avatares lejanos: acordábase de los Incas, con su corte fastuosa; de los diaguitas idó-

latras, que acocearon hace quinientos años esa breña, constantemente apercibidas para el combate sus flechas enherboladas; de Inti, que lo perseguía con sus rayos, obligándole a buscar reparo en los silos del Antis; de arcabuceros y monjes que, muchas veces, como en la Hispania remota, lo condenaron a la hoguera, aunque burló a la llama, convirtiéndose en llama...

Las palabras de Zupay aclarecieron mis recuerdos. Hacía ya mucho tiempo, la riente Grecia me hablara de él. Sobre el Collado de la égloga virgiliana surgiera, alguna noche luminosa como ésta, encantando a los árcades con su melodía. Creía haberle sorprendido también en colinas de la Edad Media, bailando con mujeres desnudas las medianoches del sábado. Y tal vez aquel ser extraño era el mismo que le ofreciera dátiles silvestres a Antonio cuando iba a visitar a Pablo por un camino del desierto; el mismo que con su tropa, un día del reinado de Tiberio, azoró de clamores la ribera de las Equinades... Y él rehallara sus reinos salvajes en estas selvas que nombraba por mías, bien que jamás como en aquélla, verde siempre de mirtos y laureles, donde las muchedumbres le amaron y donde, en cambio de su culto, les enseñó la eterna trilogía de la máscara, la danza y el vino... Por eso dijo Zupay:

—Parece que también en estos montes mi dominación va a declinar.

—¿Sientes pasar sobre ellos el presagio de una catástrofe definitiva?...

—Tú lo has dicho... Dentro de pocos lustros, estos bosques habrán sido del todo exterminados.

El y yo quedamos sobrecogidos. Había sonado su discurso con el firme acento de una fatalidad inexorable. Y como la bárbara profecía me desgarrara el corazón, invocaba yo en auxilio de la fronda todas las fuerzas sagradas del Universo. En ese gran momento metafísico, mi fe panteísta percecíase de que me complaciera el Agua cuando le imploraba su fecunda humedad, y el Viento, cuando pedía a su espíritu renovador que sembrara los gérmenes de los frutos maduros, y el Fuego, cuando le rogaba que bajase vivificante como un efluvio divino desde la lumbre solar. Anhelaba a la naturaleza maternal floreciendo en bondad generadora, y ansiaba que los genios primordiales del mundo viniesen a nutrir en el vientre de la Tierra las creaciones de la flora selvática... Pero me reconocía demasiado solo ante la indiferencia de las cosas, pues la selva tal vez moriría, por la chispa voraz que tala o por el ciego huracán que devasta, o por las olas trágicas que inundan o por el limo que se vuelve estéril. Cierto que ella podría renacer, gracias al prodigio del tiempo, mas no veríamos nosotros esa lenta palingenesia de los siglos, o acaso antes de ella, la Civilización, ingeniosa transformadora de continentes, habría lanzado sus legiones de nuevos pueblos sobre las llanuras desmontadas.

—¿Y quién te ha revelado el secreto, Zupay?

—La clave del porvenir fué el don de las antiguas sabidurías — me respondió —, pues en el reino de la Sombra, el vuelo de las alas, la irradiación de los astros, las vísceras de un animal, la oscilación de una llama, los sueños de la mente, los temblores del agua, denuncian con su cifra el enigma de lo que sucederá. Y Zupay agregaba —: Pero, aun cuando así no fuese, ¿entiendes, por ventura, la fatal evidencia de los signos humanos?... ¿Notaste ayer, a la sazón del alba, invasores armados de aceros pululando en la selva?... Pues son los hijos de ella, y vienen a destrozar a la madre...

❦ ❦ ❦

En efecto, la selva sintió, en los orígenes de su historia, el paso de las embajadas salvajes que iban a pedir a los Incas los beneficios de su noble civilización; oyó, posteriormente, el piafar de los potros de la conquista, a cuya grupa venían los buscadores de los Ríos del Oro; escuchó después la monótona plegaria de los misioneros, cuyo rumor imitaban, como un eco divino, los susurros de la brisa en la fronda; holláronla más tarde los gauchos de Mayo dirigiéndose al Alto Perú, en la más bella aventura por la libertad que hayan visto los tiempos; estremeciéronla en seguida los galopes de las montoneras federales; y vió, por fin, el avance de los ejércitos que iban a exterminar en su propio seno a los últimos sobrevivientes de las razas bárbaras; pero todos pasaron por ella como el propio huracán de sus tormentas que la agitó cien veces, dejando siempre incólume la integridad de sus siglos.

Por eso Zupay agregó:

—Tal vez un día, no lejano, tú mismo asistas con horror a la carbonización de sus postreros árboles, ardiendo la seca broza en babilónicos incendios que hagan palidecer a las estrellas... Anunciaron los zodíacos que esta virginidad sería violada y ultrajado el pudor de su sombra. Cayó el primer quebracho, otros nuevos tumbaron tras él; y al clarear la luz en el bosque, irradió con sonrisa de júbilo sobre el filo bruñido de las hachas...

—¡Y yo, Zupay, que glorifiqué un día las Hachas!

—Siempre han loado su triunfo los hombres de la lira... Todos me abandonarán... y cuando el Sol, que disipa mi reino, haya alumbrado la breña... yo tendré que huir.

—Olvidas tu historia, Pequeño Maestro — le repliqué, tratándole como en los medievales ritos mágicos —. Y yo meditaba que si él, Zupay, reencarnaba en su forma rústica el mismo numen diabólico de las edades clásicas, diría que son los hombres de la Lira quienes le glorificaron mejor. Los sucesores de la estirpe latina hemos proclamado su solio en las visiones de Dante; los herederos de los bárbaros blondos, supieron su grandeza cuando Milton fustigó tu dolor; más tarde la angustia le dirigió una plegaria en versos de Baudelaire, la rebelión en rimas de Carducci, el genio en alejandrinos de Hugo... Físicos y alquimistas son los que le traicionaron. El había inspirado, dada la universal identidad del dios, el homúnculus, la panacea, el oro químico, el alcaez, y de esas formidables quimeras nació la ciencia de hoy, que aprisiona el pensamiento en la célula, el rayo en alambres, la tromba en calderas...

—Con ellas se te perseguirá — continuaba yo mismo —, pues ya nadie salmodia en exorcismos y conjuros el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sino los de Crookes, Curie, Edison, Marconi, Pasteur...

—¡Cierto! Y en la guerra implacable me destierran del bosque solariego, y derriban mis grutas montañosas, y me expulsan de las rocas del mar...

Cailamos. El gesto de un incurable hastío se arrugó en el semblante del desastrado Zupay. Jamás el Mito llegó a sufrir más honda la pesadumbre de saberse inmortal. Sin sorprenderle, mis argumentos le impresionaban, porque era la primera vez que los oía de labios terrenales. Hasta que, reanudando nuestro interrumpido coloquio, agregó:

—Y si no bastasen los leñadores y sus templados aceros, y los troncos por ellos derribados, hay otros hechos que auguran la irreparable destrucción de la selva y la muerte del divino misterio que ha florecido en ella... ¿Oyes?... Un son confuso llega como si brotara de las ondas del río... No ignoras, por cierto, que nos encontramos próximos al apacible Salado... ¿Recuerdas el tortuoso cauce, las perezosas crecidas, las sequías flageladoras, las avenidas periódicas, el lecho de barro y la costa fértil, donde prosperaron con espontánea lujuria la leyenda y la fronda?... Pues bien: ya no existe aquel río...

—¡Cómo! ¿Han cegado su madre, se han secado sus fuentes?

—Ya no corre el primitivo Salado, no porque sus manantiales estén exhaustos ni obstruída su cuenca, sino porque aguas nuevas, por nuevos canales, se derraman, generando la vida, donde antes no era sino erial y bosque... Han venido a rectificar su ribera y regimentar sus corrientes los magos rubios del Teodolito, a quienes juzgaran discípulos míos las gentes sencillas de estos lugares... Y, ¡quién lo dijera!, son ellos los que han marcado la hora final de mi reino... Ven conmigo y admirarás el último espectáculo maravilloso que sea ya dado contemplar a sus márgenes.

❦ ❦ ❦

Marchábamos por una estrecha picada. Las hierbas del suelo apagaban el rumor de los pasos. El silencio era casi total. Debía rodar muy cerca de donde nosotros el río, pues escuchábamos su murmurio nocturno. La espesura y la noche rodeábannos por doquier. La penetrante esencia de los poleares y el vago aroma de las flores del aire retenían cierta dulce sensualidad agreste en la atmósfera que respirábamos. Pasaban caleidoscópicos por mi memoria el paraíso de los helenos, la selva de los indúes, el desierto de los hebreos y la arteria fluvial de los egipcios —crisoles geográficos donde se formara el alma de esos pueblos—. ¿Era que la mano de Dios ponía en los accidentes regionales la clave de los destinos colectivos?... El rumor de las ondas, cuyo eco murmujeaba entre los árboles, había arrobado el sueño secular de una raza de conciencia complicada, ondulante, escondida, rumorosa, profunda — todo como aquel río —, raza que creció fatalista cual la quiso el azar de sus riegos providenciales en el sembrado local y que vivió soñadora, pues al cruzar el bosque por las sendas obscuras, le dieron los cuchicheos de las folias, los susurros del céfiro y el idioma de los pájaros una perenne sugestión de misterios. Acaso transformado aquel río cambiara el pueblo también, y me arriesgara a preguntárselo á Zupay, cuando avisté la proximidad del Salado. Al asomar sobre la barranca, estupendo cuadro de vaticinio se me reveló como en los ensalmos mefistofélicos del Fausto. La comarca, antes virgen, desplegaba su actividad. Multitud de extranjeros y nativos, confundidos a guisa de laboriosa colmena, removían el suelo en inverosímiles excavaciones. Alegres casitas blancas matizaban la banda opuesta. Se discernía en el oriente de la noche clarísima una ciudad nueva. Intigasta, el pueblo del Sol, que los pedantes civilizadores hubieran llamado Heliópolis. Sobre ella descollaban la torre esbelta de un campanario y audaces chimeneas de fábrica. Venían de lejos silbatos de locomotoras potentes que perforaban la sombra devorando distancias. El cauce del río era ancho, y sobre las aguas tranquilas, balsas a vapor se deslizaban lentamente, empenachadas de humo, a trechos argentado por la luna. Pronto pasarían por allí esos mismos bajeles, portadores de ingentes riquezas, llevando la mies agrícola para la Europa agostada; alfalfa y azúcares para los puertos litorales; algodón y maderas para las ciudades industriosas, durmientes para los rieles que iban a atravesar la joven Patagonia. Ni Zupay ni yo osábamos decir una palabra. Invisibles y mudos desde nuestra propia tiniebla, avizorábamos con ojos ávidos aquella formidable explosión de vida. Pero, nostálgico de más felices antaños, se desató por fin su lengua en exclamaciones frenéticas. Según él, ya no existía el Salado de las tradiciones, porque ante semejante espectáculo, no se atrevería la Mul'ánima a saltar esta zanja, como acaso lo hacía, dejando al desgaire su brida de plata, para batir las alas de sus ijares sobre el cuello estirado del viento; y el lúgubre Kacuy emigraría a luengas zonas de la América, temeroso de turbar con su plañido la melodía de esas olas; y el Runauturuncu perecería sediento más bien que descender al vado de la barranca, a abrevar en sus aguas, con su fauce de tigre; y nunca jamás tornaríamos a sentir en la tierra el galope del Toro satánico, que asolara los bosques del Saladillo.

❦ ❦ ❦

La pena de Zupay, así como su voluntad de perecer, provenían de que al rectificar el cauce, grandes cañadas del trayecto, volcándose en el plano inclinado de la región, corrieron a insumirse, por azar funesto, en las negras cavernas de una Salamanca.

Invitóme a seguir, para llevarme hasta ellas, y le acompañé sin reparo: ni le ruborizaba la evidente derrota, ni me afligía el terror que, siendo niño, me inspiraron esas visiones.

Cuando arribamos, aturdía con su estrépito la enorme masa de olas, rodando al fondo de aquel abismo fabuloso. Era el desastre de la sombra, el término del mundo antiguo en las selvas. Circundaba la puerta del antro un abra clandestina donde en otras épocas solían celebrarse aquelarres. Serena como un cisne en el lago bogaba la luna por el azul inmenso. Su vaga luz iluminaba el cuadro de la catástrofe. A saltos y contorsiones epilépticas, ofidios y batracios se





escapaban del hórrido recinto, mientras otros se derrumbaban a la sima, forzados por el avance de las aguas de Dios. Despavoridas hechiceras, unas en plena juventud, otras de carnes arrugadas y senos lacios, huían hacia lo interior del bosque, invocando a los númenes de sus blasfemias y pugnando por cubrir su desnudez con el raído harapo de sus vestidos. Surgían de la cueva desolantes coros y gritos estridentes: rugir de sacrílegos anatemas y sordas musitaciones de plegaria. Silbaban las serpientes, crescitaban los buhos, croaban las ranas, roznaban los burros íncubos, y sobre aquella tenebrosa albórbola de la fauna infernal, aullaban entrecortados versículos de las letanías satánicas:

¡Lucifer, ten piedad de nosotros!
¡Leviathán, ten piedad de nosotros!
¡Belzebuth, ten piedad de nosotros!
¡Baal, príncipe de los serafines!...
¡Baalberith, príncipe de los querubines!...
¡Astaroth, príncipe de los tronos!...

Eran las invocaciones al espíritu infinito de las tinieblas, jaculatorias al genio multiforme del mal, flotando sobre el derrumbamiento de su fatídica iglesia. Por la boca de la teúrgica Salamanca no salía ya la música divina que arrobó tantas veces el alma de mis paisanos. Las brujas no danzaban en ronda, ni consultaban sus nigromancias, ni signaban de espinas la efigie de sus maleficios. Los demonios se dispersaban de la revuelta academia, haciendo silbar colas de endriagos o agitando membranas de espeluznantes vampiros, mientras ellos mismos se tapaban las grandes orejas para apagar los clamores de aquel inesperado diluvio.

Zupay, tantas veces adorado, y tantas escarnecido en la propia selva, asistía, opreso de angustias, al desenlace infausto de su dominio, al desplome de su montaña de sombra. Sentado en el tronco de un árbol; descalabrado en ese bajío de su fortuna; engurruñido, recodado, con la diestra en la boca iracunda, evocaba la silueta del Diablo triste de Leconte de l'Isle.

—¡Aymé! —clamó sin ilusión el Vencido.

—No desesperes, Zupay — murmuré.

—¡Las selvas van a morir!...

—La conquista de las campañas redundará en bien de tu poderío.

—¿Adónde refugiarse? Las pampas carecen de misterio, y las montañas — antes lo mejor de mi monarquía — se rinden violadas por alambrecarriles, mientras el duende de la mina entrega el oro a la avidez de los mercaderes.

—Haz como el duende de la Montaña, Zupay.

—¿Adónde ir?

—El genio de la montaña me refirió que varios hombres armados de lámparas frías y picas agudas llegaron hasta la estalactita recóndita donde guardaba su tesoro. Era su tesoro un valioso diamante. Obligáronle, a golpes, a que lo cediera, y decidió recobrar por astucia lo que le arrebataron por violencia. Valido de su pequeñez, salió por un resquicio sin ser notado. Los siguió por quebradas y cumbres y valles y montes, hasta llegar a una ciudad lejana, donde la piedra preciosa fué vendida a un orfebre que la mandó tallar en prismas y engarzar en su joya más lujosa. El gnomo, entonces imaginó construir por arte mágico un palacio de luz. Hízolo en el brillante y habitó en él. Su morada fué castillo del espectro, adornado con arabesco del iris. Codiciado de todos, fué, por fin, a manos de una hermosa cortesana... Ahora, cuidan otros el tesoro por él, y él vive feliz en su luminoso cautiverio, encendiendo tentaciones de amor y pecados de vanidad.

Sonrió Zupay con incrédula amargura, convencido de que este pueril relato era sólo una caridad de mi fantasía. Y viéndole tan mohino, continué platicando:

—Las pampas, las selvas, las montañas se transforman en beneficio de las ciudades. En ellas está para ti la tierra prometida. Si desciendes navegando el río que cruza estas comarcas, desembarcarás en otro mayor, y por él en un tercero, tan grande, que parece un mar. En las playas de este último río encontrarás una populosa metrópoli, nutrida por la savia de estas campiñas casi desiertas. Ella resume a Bizancio, a Cartago y a Babilonia. Hallarás en su pueblo noctámbulo magnificencias y horrores, pompa y lujuria, muchas falsas grandezas y arrivismos vehementes. Busca los clubs, las fábricas, las Universidades, los Parlamentos, las Bolsas, sitios infernales que las urbes antiguas no conocieron, pero que te ofrecen nuevo imperio sin límites.

—¡Cómo arriesgarme en semejante aventura, yo, pobre dios campesino y zahareño!

—¡Oh! La superstición regional te atribuye el poder de la metamorfosis. Yo he visto a la mujer ingenua del bohío persignarse ante el remolino que pasa, pues el *huaira-muñoj* eres tú, flúido Satán que caracoleas en el viento... He oído también que cierto día te aparecíste a otra mujer bajo la forma de un gallardo mancebo, congénere del tentador elegante que visitó el jardín de Margarita...

—¡Verdad! ¡Verdad!...

—Deja, entonces, tus piernas buídas y tus patas de chivo y tu rostro magro...

Zupay volvió a sonreir; su sonrisa fué un trágico resplandor de victoria, sobre sus mejillas devoradas por lágrimas de fuego...

❦ ❦ ❦

Callados él y yo, advertí en el silencio que la balumba del derrumbamiento decrecía. Dijérase que amainaba sus furias el azote, tras sus primeras entonaciones de borrasca. No se oían ya tan broncos los fragores del Niágara subterráneo. Esto mismo trocóse más tarde por algo menos confuso, se simplificó hasta no ser sino una sonora onda líquida que gemía al pasar entre dos rocas. Paulatinamente su voz fué afinándose, y en el momento de apagarse allá lejos, su música indecisa me repitió las notas, que modulara Zupay en su llorosa quena. Y después... ¡nada!... No sentí la cascada, ni la melodía silvestre, ni el murmurio del río; no vi ya ni a Zupay, ni la selva, ni los astros nocturnos. Si fuese posible explicar ese estado singularísimo, diría que, perdida la conciencia de mi propia unidad, conservaba, sin embargo, la conciencia de la nada exterior... Si los que han dejado de existir algo saben, debe ser la sensación de la muerte.



Y pasaron instantes que pudieron ser un segundo o la eternidad. Y de aquella negación inefable surgió un hecho definitivo. Llegó a mis oídos algo como un preludio de resonantes acordes, acentos varoniles que iban desde el agudo timbre del oro hasta las amplias notas del bronce. Era como una música de hachas. En la vasta sinfonía metálica sonaban toques rítmicos, golpes secos de aceros vibrantes repercutiendo en múltiples ecos. Humanas voces acompañaban aquella insólita armonía del bosque, coreada por los silbos del viento y por el trino matinal de las aves.

Ignoro que hubiese tenido los ojos cerrados; pero al restregarme los párpados, comencé a columbrar el circunstante paraje. Reconocí la escena: era el mismo sitio adonde llegara la tarde anterior. Amanecía. Veíase por los claros del bosque sonrosada vislumbre. Todo era claro, fresco, puro, pero lo veía como a través de una divina niebla. La claridad iba lentamente ahuyentando las sombras. Zupay había desaparecido ya. Entonces, bajo el huiñaj florecido el dios costeño se me revelara, vi aparecer al Hombre del hacha. Sorprendióse de encontrarme a esas horas sobre el quebracho que se preparaba a desgajar. Le referí mis visiones; me oyo con atención; pero, cuando concluí mi relato, se redujo o contestarme en la lengua de sus antepasados:

Tuta puntuaraicu llallin,
Sachapaj cancharichcan.
Cunancka acu llamcaj.

Su decir pintoresco buscó, sin duda, significarme con esa imagen de la noche que se disipa y el día luminoso que nace, cómo había pasado la sombra que los envolviera y cómo la luz venía alumbrando para la selva. No prestó mucho crédito a mi narración, que era tal vez una profecía, gracias a cosas vistas en la región de los sueños, donde los ojos no ven. Y como "había llegado la hora de trabajar", según su frase comprensiva y enfática, se arremangó la camisa manchada de viriles sudores, escupióse las palmas de las callosas manos, empuñó el mango del hacha y asestó el primer golpe de ese dia sobre el tronco que él mismo derribara. Gimió el quebracho, como si aun se quejase por la vida. El labrador continuó impasible su tarea. ¿Qué sabía él?... Acaso ni siquiera sospechaba la musica grandiosa que él mismo contribuía a crear, mientras yo presenciaba la simbólica escena, obsesionado por las palabras de Zupay, ante el árbol que fuera, entre todos los hijos de la selva virgen, alcázar de los pájaros y lira de las tempestades, hermano de los leones y primogénito del Sol. ❖

(De "El país de la selva")

¡DEBE USTED PREPARARSE!



EN POSICION PRIVILEGIADA

Esta antigua Escuela ocupa un lugar privilegiado por contar con Sucursales en la mayoría de las Capitales del Continente, de donde rinde rápido y esmerado servicio a sus educandos. Diríjase Ud. a la de su país.

FUNDADA EN LOS ANGELES CALIFORNIA EN 1905

Pida LIBRO Gratis

NATIONAL SCHOOLS CHACABUCO 146 Buenos Aires, Argentina

¡Envíe este cupón!

Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:

Depto. Num. X3-380

Mándeme su Libro GRATIS con datos para ganar dinero en la Industria que he seleccionado y marco con una "X"

RADIO ☐
DIESEL ☐
AVIACION ☐
ELECTROTECNIA ☐

NOMBRE__________ EDAD_____

DIRECCION__________

LOCALIDAD__________ PROV.__________



Fuera de

Continuando la encuesta iniciada en números anteriores en torno a las actividades teatrales del año 1941 y a los proyectos para 1942, hemos entrevistado hoy a un grupo de calificadas figuras de nuestro teatro.

Cuando a Mecha Quintana la encontraron parecida a Mecha Quintana

Visitamos a Mecha Quintana en el amplio estudio en que dicta sus clases de danza, en esa academia que ha llamado la atención de los especialistas americanos que han visitado nuestra ciudad.

—Concretamente, lo único que podría invocar como trabajo visible, es la parte que me tocó en la filmación de la película "Yo quiero ser bataclana", en la que dirigí los conjuntos coreográficos, compuestos por veinte hombres y cuarenta mujeres, que en ella tomaron parte — empieza diciéndonos.

—¿Asigna usted una importancia especial a este hecho?...

—Ciertamente, porque la dirección de masas de bailarines constituyó para mí una novedad. Pero, al margen de esto, seguí preparando a mis alumnas, cosa que considero la parte más grata e importante de mi trabajo. Durante 1941 he seguido poniendo en práctica mi concepto de que no basta enseñar a bailar; hace falta también llevar a cabo toda una formación espiritual para que la futura bailarina esté realmente capacitada para comprender lo que es la danza y lo que ella interpreta...

—¿Y en cuanto a sus proyectos para 1942?...

—Continuar mi enseñanza y seguir perfeccionándome. En una palabra: bailar cada vez mejor...

Como profesora y vicedirectora del Conservatorio Nacional de Danza, Mecha Quintana desarrolla una intensa actividad; ello no obstante, encuentra la manera de poder dedicar a sus creaciones personales una buena parte de su preocupación artística.

—Todos los *ballets* que llevo a la escena son creaciones personales — nos dice.

—¿Qué anécdota recuerda usted, con particular interés, en su vida artística?...

—Durante mucho tiempo, me tuvo molesta un hecho que se repetía constantemente. Cada nueva persona que me presentaban me encontraba parecida a alguna actriz de cine conocida. La cosa no me hacía ninguna gracia. Se diría que yo no tuviera ninguna personalidad. Por fin, durante un viaje que hice a Río de Janeiro con mi esposo, éste, estando en un restaurante, me presentó, con mi nombre de casada, a Gastón Peñalba, el escritor brasileño. Este, que creía que la "señora de Connord" nada tenía que ver con Mecha Quintana, me dijo al poco rato: "Usted se parece mucho a una bailarina argentina. Una bailarina que se llama... Mecha Quintana..."

"Esa fué la primera vez que alguien me encontró parecida a mí misma. ¡Para mí fué una gran satisfacción!..."



Niní Gambier fué víctima, una vez, de un curioso asalto a mano armada, pero, por fortuna, la cosa no pasó de un susto.



El asegura que no, pero, sin embargo, hay quien dice que para ganarle las carreras que le juega, Santiago Gómez Cou le hace "pequeños" trampas al ascensor...

Gómez Cou le gana carreras al ascensor

Santiago Gómez Cou, el destacado actor del Teatro Nacional de Comedia, ha desarrollado durante el año 1941 una intensa labor, de la cual se declara satisfecho.

—Durante el año pasado — nos dice — trabajé con más entusiasmo que nunca. En el año 1940 me correspondió el premio municipal como actor dramático, y eso me creaba una obligación y una deuda con el público, que traté de cumplir. Con el elenco oficial del Teatro Nacional de Comedia intervine en la representación de obras tales como: "El puñal de los troveros", "En familia", "Mamá Culepina", "Algo triste que llaman amor" y, finalmente, en "Martín Fierro".

—¿Y de su actuación en cine?...

—En cine filmé "Embrujo", dirigido por Susini, y "Joven, viuda y estanciera"...

ESCENA

MECHA QUINTANA, LA MUJER QUE SE PARECE A MECHA QUINTANA, Y SANTIAGO GOMEZ COU, EL HOMBRE QUE LE JUEGA CARRERAS AL ASCENSOR. - UNA RECITADORA A LA QUE HACEN PASAR HAMBRE PARA AGASAJARLA Y UN ACTOR AL QUE RETAN POR HACER LAS COSAS DEMASIADO BIEN HECHAS. - NINI GAMBIER, VICTIMA DE UN ASALTO A MANO ARMADA

Por Regina Monsalvo

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
FOTOGRAFIAS DE ROMERO Y BORELLI

—¿Cuáles son sus planes para la próxima temporada?...

—Iniciaré mi actuación en el Teatro Nacional de Comedia. Esto es un gran estímulo para mí, pues soy uno de los actores fundadores. He recibido, algunas veces, proposiciones para integrar otros elencos, y hasta para ser cabeza de compañía. No he aceptado. Porque prefiero seguir donde estoy...

Como sabemos que le gusta alternar el trabajo con el deporte, le preguntamos:

—¿Cuál es su deporte favorito?

—El primero y principal... ¡correrle carreras al ascensor!

La respuesta no nos extraña; pues al llegar a su casa lo hemos sorprendido precisamente en el instante en que estaba a punto de lanzarse a una carrera por la escalera de su casa...

—¡Es un excelente ejercicio! —añade—. Subir o bajar las escaleras, en competencia con el ascensor, ayuda a mantener la agilidad y la línea, que son complementos del oficio de actor. Por otra parte, la natación y la gimnasia también me gustan...

Y cuando la conversación nos lleva al terreno de las anécdotas teatrales, nuestro entrevistado nos refiere:

—El año pasado, mientras representábamos "Mamá Culepina", vino a visitarme a mi camarín una dama de aspecto muy distinguido que, al entrar, me dijo: "¡Vengo a saludarlo porque yo soy su ahijada!..."



Mecha Quintana es feliz desde el día en que alguien la encontró parecida a... Mecha Quintana.



Hacer las cosas bien, tiene, a veces, sus inconvenientes. Y si no, que le pregunten a Magaña.

"Creyendo que se trataba de una equivocación, traté de disuadirla. Pero ella insistió; y al fin me explicó aquel misterio.

"—El coronel Mansilla fué mi padrino, y usted se ha caracterizado con tal propiedad en su papel, lo ha captado tan exactamente en su físico, su voz y sus ademanes, que, durante la representación, he vuelto a ver a mi padrino y no he querido irme del teatro sin volver a saludarlo..."

—Excuso decirles — termina diciendo Gómez Cou — que ésa ha sido una de las más grandes satisfacciones que recogí entre las tantas que "Mamá Culepina" nos proporcionó a cuantos intervinimos en ella."

Donde Berta Singerman demuestra que hay honores que matan...

Berta Singerman, la inspirada recitadora, acaba de regresar de su exitosa aunque interrumpida jira por los países de América. Y no obstante las circunstancias que le obligaron a interrumpir sus proyectos, se muestra encantada de la labor cumplida en el año que acaba de pasar.

A Berta Singerman la agasajaron cierta vez con un banquete. Y hasta entonces no supo lo que era morirse de envidia y de... hambre...

Magaña en "Prisioneros de la tierra".

Mecha Quintana esboza un paso.



Berta Singerman en su casa.

Nini Gambier es una consumada amazona, como podrá apreciar el lector en la presente foto, en la que aparece con dos compañeras de prácticos deportivos.

—Entre los momentos inolvidables que he vivido en 1941 — nos dice — figuran los cuatro recitales que di en Rosario, ante las barrancas, con públicos que pasaban de las 50.000 personas. Jamás olvidaré el espectáculo imponente que ofrecían esas multitudes; así como los 70.000 espectadores ante quienes recité en Córdoba, en el parque Sarmiento, y en el Sierras, de Alta Gracia.

—¿Qué recuerdo trae de su jira?

—La guerra me sorprendió en Venezuela, y desde allí resolví volver. Me embarqué el 18 de diciembre, y el viaje, lleno de interrupciones, duró en total cuarenta y dos días...

—Esto habrá modificado sus proyectos para 1942...

—Ciertamente. Y, además, me ha creado un estado de espíritu muy curioso. Imagínense que, por primera vez, me siento turista en Buenos Aires.

"Mi jira estaba proyectada para durar hasta abril de 1943. Mi regreso a Buenos Aires ha sido, pues, algo inesperado. Cuando una artista llega a una ciudad debe tener ya preparada su actuación, fecha de los recitales, salones en que va a actuar, publicidad, etc., etc.... Dado lo brusco de mi regreso, nada de ello se pudo preparar. Y aquí me tienen, por primera vez en mi vida, en pleno Buenos Aires, como si hubiera venido a pasear... Por eso digo que me siento turista...

—Sin embargo, ya tendrá sus planes esbozados...

—Claro está. Tengo proyectos de recitales en teatros, audiciones radiales y, también — añade con un poco de misterio—, pueden ustedes decir que tal vez este año dé a mi público una sorpresa de índole artística...

Berta Singerman no quiere especificar de qué se trata, y, en cambio, nos relata lo que le ocurrió en Colombia.

—Mi jira por Colombia fué una verdadera apoteosis. Sin embargo, por rara paradoja, allí fué donde pasé hambre por primera vez.

"Actuando en muchos pueblos tenía que viajar en auto, en avión, en tren, sin darme un momento de reposo. Cierto día en que debía ir a un pueblo, por exigencias de horario salimos casi sin almorzar; tanto mi esposo como yo teníamos gran apetito, pero esperábamos comer algo antes de la función.

"Al dueño del único hotel del pueblo se le ocurrió declararme huésped de honor, y, para agasajarme cumplidamente, ordenó a su cocinera nativa que preparara todo un menú a base de platos de cocina francesa, sacados de las recetas de un libro que, seguramente, ponían en práctica por primera vez. El resultado fué un desfile de platos impresionantes y absolutamente incomibles. Y para colmo de torturas, mientras mi esposo y yo "hacíamos como que comíamos", nuestro chofer, en una mesa aparte, se regalaba con suculentos platos de la cocina nacional...

"Aquel día supe lo que es tener envidia.. y hambre..."

Un capataz reta a Angel Magaña

—Durante el año 1941 — nos dice Angel Magaña — toda mi actuación se redujo a filmar una película: "Yo quiero morir contigo". Pude haber actuado en otras dos; pero preferí limitar mi labor. Dentro de lo posible,



Un primer plano de Gómez Cou.

prefiero la calidad a la cantidad; y creo que la manera de perfeccionarse hasta lo posible no consiste en prodigarse...

"Sin embargo, y a pesar de mi forzado descanso en materia artística, no considero perdido para mí el año 1941. He leído, estudiado y he visto cine. Lamento no haber podido ver más películas francesas. El cine francés está lleno de enseñanzas para nosotros, los actores. Con respecto al cine americano, me causó verdadera admiración "El ciudadano" y la actuación de actores como, por ejemplo, Charles Boyer, etc."

—¿Cree que este año de 1942 será de más actividad?...

—Por lo pronto lo he comenzado trabajando. El 15 de diciembre inicié la filmación de "Adolescencia", y terminé mi trabajo el 15 de enero de 1942. Dirigió Francisco Mugica y actué en compañía de Mirta Legrand...

—El trabajo de filmación, ¿es para usted una tarea grata?...

—El cine tiene de todo: momentos buenos y malos. Pero abunda en pequeñas satisfacciones íntimas. Así, por ejemplo, cuando estaba en Misiones, filmando con Elisa Galvé "Prisioneros de la tierra", un día, caracterizado de peón, me encontraba entre un grupo de peones auténticos, tratando de asimilar su manera de hablar y sus ademanes. En eso el capataz llegó a nuestra cuadrilla y ordenó a los peones que se dejaran de conversar y se dedicaran a su trabajo. Yo, naturalmente, no me di por aludido. Pero, al ver que no le hacía caso, el capataz me increpó, ordenándome que trabajara.

"Aquello quería decir que mi caracterización era buena. Había conseguido nada menos que engañar al capataz. Estas satisfacciones, por pequeñas que puedan parecer, son de las que un actor no olvida..."

Un asalto a mano armada...

Niní Gambier, la exquisita dama joven del Teatro Nacional de Comedia, acaba de finalizar un año de gran actividad y se dispone a enfrentar otro no menos activo.

La sorprendemos en momentos en que se alista para partir en vacaciones para Mendoza.

—He resuelto —nos dice— tomarme un mes de descanso, que creo merecer. Durante 1941 actué en los films "Volver a vivir", "Fortín alto", "Hay que casar a Ernesto" y "Canción de cuna".

"En teatro ya conocen ustedes mi labor en el Nacional de Comedia. Intervine en "Las ilusiones realizadas", "Algo triste que llaman amor", "Mamá Culepina" y "Martín Fierro".

"Al finalizar esa temporada me incorporé al Cómico en la obra "Vive como quieras", que dirigía Armando Discépolo. Allí permanecí hasta mediados de enero; de modo que el año nuevo me encontró en pleno trabajo.

"También en radio trabajé durante el año 1941..."

—Y para después de su vuelta de Mendoza, ¿qué prepara?...

—Tengo diversas propuestas para actuar en teatro. Pero no me decidiré hasta que regrese de mis vacaciones. Aunque en cine no tengo nada concreto, espero que 1942 no pasará sin que actúe en alguna película. Lo mismo digo de mi trabajo en radio. Pero todo esto quedará supeditado a mis compromisos con el teatro... Mi ilusión es realizar, en cine, papeles dramáticos. También en teatro me gustaría probar este aspecto de mis posibilidades, aunque puedo decir que en el teatro he hecho de todo.

—¿Le llevan mucho tiempo los deportes?...

—Me encanta la equitación. Hace poco, con una amiga, quise realizar una larga cabalgata. Salimos un día para la estancia "La Porteña", en Salvador María, y luego de descansar dos días allí continuamos a Polvareda, que quedaba quince leguas más lejos.

"A nuestro regreso, anochecido ya, vimos de pronto un coche cruzado en el camino. Al llegar allí, un hombre, con el rostro cubierto por un antifaz, revólver en mano, nos ordenó bajar del caballo y nos arrebató la cartera.

"Pueden imaginarse nuestro susto. No llevábamos armas. Y... aunque las hubiéramos llevado habría sido igual.

"Pero tal debió ser nuestra expresión de susto, que el asaltante rompió de pronto a reír, y sacándose el antifaz se dió a conocer. Era un amigo a quien habíamos encontrado en su coche unas horas antes, y que resolvió darnos esa sorpresa.

"El *susto* fué luego celebrado con abundantes sándwiches y cerveza en un recreo." ◈

EL CUENTO PSICOLOGICO

De madrugada

por **ANTON CHEJOV**

ILUSTRACION DE LISA

NADIA Zelenina volvió con su mamá del teatro, donde se había representado "Eugenio Oneguin", de Puchkin.

Cuando se halló sola en su cuarto se desnudó de prisa, deshizo sus trenzas, y con la larga cabellera rubia cubriéndole la espalda se sentó, en saya y peinador, ante la mesa. Quería escribir una carta parecida a la que Tatiana, la heroína de la obra que acababa de ver, escribe a Eugenio Oneguin.

"Le amo a usted — escribió —, pero usted no me ama." Quería poner cara triste, compungida; pero sus esfuerzos fueron vanos, y se echó a reír.

Tenía no más de dieciséis años, y no amaba a nadie. Sabía que era amada por el oficial Gorny y por el estudiante Grusdiev; pero entonces, al volver del teatro, quería dudar de su amor. ¡Es tan interesante ser desgraciada! Hay algo de poético en el amor no compartido. Si dos se aman y son felices, no ofrecen interés alguno: ¡eso es tan corriente y tan vulgar!

"No me hará usted creer nunca que me ama— escribía, el pensamiento puesto en Gorny—. No puedo creerle a usted... ¡Es usted tan inteligente, instruído y serio!... Tiene usted mucho talento, y sin duda le está reservado un envidiable porvenir; mientras que yo soy una joven poco instruída, sin talento ninguno y nada interesante. Sólo puedo ser un obstáculo en su camino, y no quiero serlo. Ya sé que le gusto, y que hasta se cree un poco enamorado de mí, en quien piensa haber hallado su media naranja; pero se da usted al cabo cuenta de su error y se dice, quizá amargamente: "Dios mío, ¿por qué habré encontrado en mi camino a esta muchacha?" Estoy segura de que lo piensa usted, aunque es demasiado bueno para decírmelo con franqueza..." Al escribir las últimas líneas Nadia tuvo lástima de sus propias desgracias, lloró un poquito y continuó, haciendo pucheros: "No puedo abandonar a mamá ni a mi hermano. A no ser por eso, me retiraría a un convento y procuraría ocultar mi dolor bajo un hábito negro. De ese modo quedaría usted libre y encontraría de seguro su felicidad al lado de otra. Hay momentos en que la tristeza me abruma hasta tal punto, que quisiera morirme."

Nadia lloraba tan copiosamente que no podía ya distinguir las líneas. Ante sus ojos se agitaban todos los colores del arco iris, y lo veía todo como a través de un prisma. Se reclinó en su sillón y se absorbió en sus pensamientos.

¡Dios mío, cuán interesantes son los hombres! Pensó en la bella y dulce expresión del rostro de Gorny cuando hablaba de música, arte que él adoraba. Hacía visibles esfuerzos para hablar con calma; pero la pasión se imponía y vibraba en su voz. En sociedad, donde la indiferencia y la fría reserva son reputadas de buen tono, hay que ocultar el entusiasmo. El oficial Gorny lo ocultaba; mas, a su pesar, no siempre del todo, y nadie ignoraba su pasión por la música. Tocaba admirablemente el piano, y de no ser militar, sería, de seguro, un *virtuoso* célebre.

Recordaba que Gorny le había hecho una declaración de amor durante un concierto sinfónico.

Las lágrimas de Nadia se secaron, y siguió escribiendo: "Me alegro mucho de que haya conocido usted al estudiante Grusdiev. Es un hombre muy inteligente, y estoy segura de que le querrá usted. Ayer estuvo con nosotros hasta las dos de la mañana, e hizo nuestras delicias. Es lástima que usted no estuviese. Grusdiev dijo muchas ingeniosidades."

Nadia colocó las manos en la mesa y apoyó la cabeza en ellas. Su cabellera, suelta, se desparramó sobre la carta. Recordó que Grusdiev la amaba también, y pensó que tenía el mismo derecho a su carta que el oficial Gorny. ¿No sería, en efecto, mejor escribirle al estudiante?

De pronto una inmensa y serena alegría llenó todo su ser, y le pareció que flotaba en la suavidad de unas ondas acariciadoras. Una sonrisa gozosa sacudió sus hombros, y experimentó la sensación de que todo reía también en torno suyo, incluso la mesa y la lámpara. Para justificar ante sí misma su regocijo inexplicable procuró pensar en algo cómico. Y recordó a Grusdiev jugando el día anterior con su perro, cuyos graciosos saltos hacían reír a todos.

—¡No; amaré más bien a Grusdiev! — decidió.

Y rompió la carta escrita al oficial.

Se esforzó en no apartar su imaginación de Grusdiev, de su amor; pero, a pesar de todo, su imaginación propendía a otras cosas distintas de aquéllas, como su mamá, sus paseos, sus clases de música, sus trajes nuevos, y se complacía evocándolas. Todo le era propicio a Nadia, feliz hasta donde una niña de dieciséis años cabe que lo sea. Presentía que en lo futuro su vida sería aún más interesante. La primavera se acercaba; después llegaría el verano y se iría toda la familia a la casa de campo. Gorny y Grusdiev también irían y le harían la corte. Le contarían mil cosas divertidas y jugarían con ella al tenis. Se pasearían a la luz de la luna en su vasto jardín, bajo el cielo estrellado. De nuevo una risa gozosa la sacudió toda, y no sabiendo ya qué hacer con su enorme, con su desbordante alegría, se sentó en la cama, alzó los ojos hacia el viejo ícono y murmuró:

—¡Qué hermosa es la vida! ❖



ACTUALIDADES



MISS VERANO 1942. — En la pileta de Villa Ballester, y auspiciado por la revista "¡Aquí Está!", se celebró un lucido concurso de elegancia femenina, para elegir a "Miss Verano 1942". En la foto aparecen rodeando a Leda Zanda, que obtuvo dicho título y muestra el trofeo a él correspondiente, Olga Vartañán, clasificada segunda, y Blanquita Rivarola, Perlita Noble, Dora Azucena Bordoglia y Luisa Trucco, a quienes el jurado otorgó el tercer premio. Igual clasificación obtuvo María A. Malorgio, que no figura en la presente fotografía.



RADIOTELEFONICAS. — Bajo el patrocinio de la firma comercial Laboratorios Geniol, se realizarán el presente año por L R 4, Radio Splendid, y su red de emisoras del interior, interesantes audiciones, cuyo número principal estará a cargo de Nini Marshall, quien aparece aquí, durante su visita a los citados laboratorios, acompañada por los señores Francisco M. Suárez y Mauro Pando, presidente y director de dicha firma.



CINCUENTENARIO.—Con motivo de la colocación, en Molinari, de la primera piedra del pabellón de consultorios médicos y de la capilla del Preventorio de Montaña para Niños "María Teresa Atucha Llavallol", de la congregación Hijas de San Camilo, y conmemorando el cincuentenario de la nombrada institución benéfica, pronunció un conceptuoso discurso el director de dicho preventorio en Molinari, doctor Armando Cima, que dirige asimismo, en la localidad de Cosquín, el sanatorio "Las Mercedes", perteneciente a la mutualidad del personal civil del Ministerio de Marina.

TITERES EN MAR DEL PLATA. — En la plaza Mitre, de Mar del Plata, y en honor y deleite de los niños de dicha ciudad balnearia, ofreció recientemente una función de su teatro de títeres "La Andariega" el fino poeto Javier Villafañe, que contó con una gran concurrencia.

GRAFICAS





DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA. — Con los auspicios de la institución del epígrafe, acaba de iniciarse en L S 11, Radio Oficial de la Provincia de Buenos Aires, un "Curso de alfabetización radiotelefónico", absolutamente gratuito, que se propalará los martes y viernes, de 20 a 20.30 horas. En la foto de la izquierda se ve al ministro de Gobierno de la provincia, doctor Vicente Solano Lima, pronunciando un discurso en el acto de la inauguración efectuado en La Plata, y, en la de la parte superior, aparece el doctor Solano Lima, junto al doctor Arnaldo Orfila Reynal, señorita Delia S. Etcheverry, miembro de la Comisión supervisora del curso; señorita Eladio Fernández y señor Bernardo Meyer, autores del mismo; doctor Cordoro, secretorio privado del ministro, y señor Pablo Suero, director de prensa y radio de la provincia.



HOMENAJE A SAN MARTIN. — Al pie del monumento al Libertador, que se alza en esta capital, y en ocasión de cumplirse el 164º aniversario del natalicio del prócer, hizo uso de la palabra, en el homenaje organizado por el Instituto Sanmartiniano, el general Esteban Vacarezzo.



DE LA VIDA ARTISTICA — Perfila con caracteres cada vez más netos su personalidad en el campo de la escultura el joven artista argentino Wifredo Viladrich, hijo del conocido pintor del mismo apellido, que expusiera recientemente en nuestra capital motivos pictóricos catamorqueños y retratos. Lo último obra del inspirado escultor es esta magnífica cabeza de Luis Franco, el poeta laureado en el último concurso municipal de poesía.

Cuando NACE *el*

EN TODO HOGAR ARGENTINO QUE LO DESEA, EL SEPTIMO HIJO VARON ES APADRINADO POR EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, PERO LA PROTECCION OFICIAL A LOS PADRES PROLIFEROS NO ESTA AUN EN NUESTRO PAIS CONCRETAMENTE ORGANIZADA

AL HABLA CON LAS FAMILIAS NUMEROSAS

Por Jacinto Toryho

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Sostienen los expertos en demografía que, a medida que el costo de la vida aumenta, decrece la natalidad. Y que no debe andar desprovista de razón la tesis lo prueba la abundancia de "matrimonios modernos", faltos de hijos o con uno solo, que forman la inmensa mayoría de las grandes ciudades, a consecuencia de la vida cara. Mas por lo que a Buenos Aires se refiere, no hay como darse un paseo por sus barrios humildes para toparse con no pocas familias numerosas, familias oscuras dotadas de copiosa prole, las que en silencio, y a costa de mil sacrificios, contribuyen más que nadie a la formación de la nacionalidad. ¿Por qué no traerlas a primer plano, ellas que son una de los más firmes pilares de la nación? Y conste que no es nuestra la paternidad del epíteto. Fué el presidente Manuel Quintana quien dió tal calificativo a los hogares más prolíferos al establecer la costumbre de que el séptimo varón de cada uno fuera apadrinado por el Presidente de la República en homenaje a la fecundidad, base del engrandecimiento de las naciones, y sin la cual todo desaparece.

"Once estómagos ..."

He aquí una de ellas, una famliia argentina de nueve vástagos, el menor de los cuales ha sido apadrinado por Su Excelencia el presidente, doctor Roberto M. Ortiz. Hogar proletario que por "el pan nuestro de cada día" ha de reñir diariamente descomunal batalla con el infortunio, saliendo derrotado en ocasiones...

Segundo Gorosito es un criollo de tierra adentro que lleva en Buenos Aires muchos años; cincuenta y tantos léense muy bien en su semblante. Sus nueve hijos nacieron aquí — Andalgalá 2138 —, donde llegó de mozo en busca de un digno quehacer.

—Nunca, hasta ahora, me ha faltado el trabajo — nos cuenta con doliente acento —; ahora que no lo tengo, no pasa día sin que pueda dejar de hacer frente al problema de once estómagos ante cuyos gritos no hay sordera que valga..., usted me entiende.

Hojalatero de profesión, apenas si de vez en cuando le cae un encargo y éste de ninguna importancia. Por eso su acento doliente, del que no acierta a despojarse.

Segundo Gorosito y su esposa Máxima Alvarado son padres de nueve retoños: Waldo Segundo, Juan de la Cruz, Leopoldo Telesforo, Leonidas Alberto, Ricardo Valentín, Aníbal, Nélida, Isabel y Roberto; 22 años el mayor y 2 mal contados el benjamín. Al nacer éste, un vecino informó a los padres:

—Puesto que tienen siete hijos varones, pueden solicitar el padrinazgo presidencial para el último. El propio presidente Ortiz lo apadrinará o algún edecán suyo, representándolo, con lo cual ustedes nada saldrán perdiendo, antes al contrario, ya que al pibe le abonará el Estado los gastos de la carrera que él elija cuando sea mayor, y a usted, Gorosito, es casi probable que le den un empleo.

Lo del padrinazgo salió bien, pero lo otro aun está por salir.

(En realidad, salió también, pues se le facilitó trabajo de pico y pala en las obras de desagüe de Villa Devoto. Pero Gorosito se vió forzado a abandonar. Naturalmente, cuando se llevan a cuestas más de cincuenta años, hay ciertas faenas que son campo vedado).

Y ahí está, a la espera de que en las esferas de gobierno se acuerden algún día de que es padre de nueve hijos y le proporcionen un trabajo que le ayude a *hacer frente al problema de once estómagos ante cuyos gritos no hay sordera que valga*, por emplear su propia frase.

El enigma de toda familia reside en el futuro de los hijos, agravado en las familias numerosas con las que conversamos. Ejemplos: un mozarrón de 22 años — Waldo Segundo — con dos de servicio en la Marina y un oficio bien sabido, que apenas gana para mal comer, y otro no menos fuerte, de 21 abriles — Juan de la Cruz —, oficial de albañil, que hace de peón siempre que se presenta oportunidad, lo cual no es muy frecuente.

—Tengo ganas de trabajar; soy fuerte, me siento capaz de derribar una pared de un puñetazo, y aquí me tienen ustedes mano sobre mano sin ganar un peso, porque no encuentro ocupación. Y eso que estamos en la mejor época del año para ello, pues lo que es en invierno...

—¡Si estuvieran las cosas como cuando yo llegué a Buenos Aires — tercia el padre —, otro gallo nos cantaría! Yo llegué aquí sin conocer a nadie y sin más plata que para sostenerme cuatro días, pero en seguida encontré empleo. Un amigo muy despierto que tenía entonces, como



He aquí el momento en que el séptimo hijo varón del matrimonio Sackmann-Castro Videla recibe el sacramento bautismal, bajo el padrinazgo del señor vicepresidente de la República en ejercicio del Poder Ejecutivo.

La familia Sackmann-Castro Videla rodeando al vicepresidente de la República en ejercicio del P. E., doctor Castillo, momentos después del bautizo del séptimo hijo varón del matrimonio. Con la familia feliz — calor de hijos — aparece también el edecán del doctor Castillo

séptimo HIJO VARON...

yo ahora, nueve hijos y que se hallaba en situación económica parecida a la mía actual, puso un aviso en "La Prensa", escribió unas cartas a varios personajes y al instante le llovieron ofertas de trabajo. Yo le pedí que me tuviera en cuenta, si alguna de ellas no le agradaba y acto seguido me entregó una carta gracias a la cual empecé a trabajar en el hospital Rivadavia, donde estuve algún tiempo haciéndome pasar por él, que era al que habían ofrecido el trabajo, hasta que un día se puso en claro todo y no pasó nada. ¡Aquellos sí que eran tiempos!

—¿Qué hacen sus otros hijos?

—Unos, buscar faena, sin encontrarla, y los restantes, a la escuela. Nélida, que es muy despierta, va a entrar en un colegio, gracias a la cuñita de una monja que nos conoce. Leopoldo está aprendiendo de curtidor, pero sin cobrar; mejor es eso que andar por las calles vagando y haciéndose un atorrante...

Roberto, el apadrinado por el doctor Ortiz, es un simpático morochito, rebelde a la dictadura del fotógrafo, cuyos mimos se estrellan ante su negativa hasta que, pasado el momento de mal humor, concluye por ceder ante la persuasión de un caramelo.

—¿Usted cree — nos pregunta la madre — que, cuando Robertito sea mayor, le pagará el Estado una carrera?

—¡Claro que sí! — responde por nosotros su esposo —. Hay una ley que lo asegura, y también lo oí decir cuando trabajé de temporero en "El Agro Argentino". ¿O es que tener por padrino nada menos que al presidente no quiere decir nada?

No existe tal ley, que nosotros sepamos. Lo que sí existe es la necesidad de que sobre estas familias numerosas de trabajadores sin trabajo o con remuneración misérrima sea derramada alguna protección oficial, no sólo como estímulo al desarrollo de la población, sino como premio a los argentinos que hacen patria dando hijos a la nación.

El padrinazgo presidencial más reciente

Si, más o menos, del promedio de hogares argentinos pudiéramos decir lo que de la familia Sackmann-Castro Videla, cuantos se quejan del creciente descenso nacional de la natalidad, carecerían de razones para hilvanar sus trenos. Catorce hijos constituyen el tributo rendido por aquélla a la patria, hasta ahora. El benjamín de ellos, a título de séptimo hijo varón, ha sido apadrinado por el vicepresidente en ejercicio del Poder Ejecutivo, doctor Castillo, en la tarde del 11 del pasado febrero.

Visitamos al prolífero matrimonio en su señorial residencia de San Isidro, deseosos de recoger sus impresiones de padres felices, pues tal es el calificativo que con mayor propiedad cuadra al doctor Ricardo Sackmann, director general de Agricultura, y su esposa, señora Susana Castro Videla, la que nos dice:

—Indudablemente, ha sido para nosotros un altísimo honor que el propio vicepresidente en ejercicio del Poder Ejecutivo, doctor Ramón Castillo, haya apadrinado a nuestro séptimo hijo varón. Según nos han dicho, esta es la primera vez que ello se ha efectuado en su presencia, pues siempre el padrinazgo presidencial se realiza por delegación; así que, en realidad, el honor que nos ha dispensado ha sido doble.

Luego nos habla de sus hijos con el tono y acento que sólo saben emplear las madres:

—Siete hijos varones y siete mujeres componen nuestro tesoro familiar. Se llaman Eduardo, Guillermo, Roberto, Horacio, Juan Carlos, Jorge y Ramón Daniel, ellos, y Susana, Julia Elena, Sara, Beatriz, Esther, María Mercedes y Margarita, ellas. El último lleva los nombres de Ramón Daniel en homenaje a su padrino, el primer magistrado de la nación, y al ministro de Agricultura, doctor Daniel Amadeo y Videla. El mayor, Eduardo, es un mozo de 21 años que estudia ingeniería; la mayor de las chicas, Susana, está comprometida... Los demás se hallan cursando el bachillerato unos, y las primeras letras, otros... Somos muy felices de poseer tesoro tal y hasta nos sentimos orgullosos de él...

Mientras habla, revolotea en torno a nosotros el familiar enjambre, respirando salud y contento. Van y vienen por el jardín, alegrándolo con sus risas de pajarillos revoltosos, en tanto miran al cronista como quienes se han percatado de que allí se está conversando sobre ellos. Dama de estirpe argentina, la madre procede de antigua familia que se distinguió siempre por su numerosa descendencia. "Recuerdo que mi abuela — nos dice — contaba, al fallecer, con unos sesenta y tantos nietos..."

La frialdad de la estadística no deja de tener sus compensaciones, aun cuando por la intimidad de su carácter permanezcan ignoradas del gran público. Cierto que existen matrimonios que por motivos de injustificable egoísmo o por simples razones de economía doméstica limitan al mínimo su descendencia. Pero también los hay extraordinariamente fecundos, cunas y yunques de numerosas vidas nuevas en las cuales se cimenta el porvenir de la Argentina.

Este hogar argentino, sobre el que se proyecta la bienhechora savia de la fertilidad, con sus catorce vástagos que son su tesoro, es el testimonio más elocuente. Tan elocuente como en verdad patriótico. ◈

Desde que el presidente Manuel Quintana estableciera esa costumbre como homenaje a los hogares argentinos prolíferos, todo séptimo hijo varón recibe el padrinazgo del primer magistrado del país. Este es Robertito, que vino al mundo después de otros seis hermanos varones en el modesto hogar del matrimonio Gorosito-Alvarado, radicado en esta capital. Lleva el nombre de su padrino, el doctor Ortiz: Roberto.



Padres de nueve hijos — uno de ellos no aparece en la fotografía — el matrimonio Gorosito-Alvarado ha tenido la satisfacción de ver uno de sus vástagos apadrinado por el señor presidente de la República doctor Roberto M. Ortiz. Pero puede decirse que la protección oficial no ha llegado aún a esta humilde y prolífera familia argentina.

DEL FOLKLORE ESPAÑOL

Por Vicente Asensio

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Moros contra

En tierras de Levante

ENTRE todas las regiones de España que fueron dominadas por los árabes, la del Levante es la que conserva más vivo el recuerdo de aquella dominación. Perduran allí con visos de eternidad muchas costumbres, tradiciones y modos de vivir que, evidentemente, recibieron en herencia de aquella magnífica raza civilizadora y guerrera. En las provincias de Valencia, Alicante y Murcia está vivo el recuerdo de las cruentas luchas que el cristiano hubo de librar para arrojar del suelo patrio a las formidables huestes del Profeta. Y como una reminiscencia de aquella epopeya subsiste en muchos pueblos de esas provincias una costumbre, entre otras muchas, de profundo arraigo popular y por lo mismo inextinguible.



A este personaje le sobra el cigarro para dar la impresión exacta de un fiero guerrero marroquí. Por lo demás, su aspecto es poco tranquilizador. ¿Quién no lo confundiría con un hijo del desierto africano o de la gran cordillera bravío del Atlas?

Ha terminado el fuego y ahora la lucha se desarrolla en la plaza. Los dos bandos parecen no darse cuartel, pero todo acabará con la victoria de los "cristianos" sobre los "moros". Un baño a modo de bautismo en la fuente de la plaza es el castigo que el vencedor impone al vencido.

"Moros y cristianos"

La fiesta conocida con la denominación de "Moros y Cristianos" se celebra anualmente en muchos pueblos de dichas provincias del Levante, tan próximas geográficamente a Marruecos como en espíritu lo están sus habitantes.

Según la importancia y riqueza de cada pueblo, esa fiesta se celebra con más o menos esplendor, con mayor o menor número de ceremonias; pero en el fondo todas son lo mismo y simbolizan la derrota del invasor. Los festejos duran varios días, y en ese espacio de tiempo la población vive ausente de sí misma, entregada en cuerpo y alma a la celebración de las ceremonias, llenas de incidencias jocosas. Todos, chicos y grandes, ricos y pobres,

Cristianos

EN UNA FIESTA DE RECIO COLORIDO Y PINTORESCAS ALTERNATIVAS, SE RENUEVAN SIMBOLICAMENTE TODOS LOS AÑOS EN TIERRAS LEVANTINAS LAS LEGENDARIAS Y SECULARES LUCHAS DE ARABES Y ESPAÑOLES



Las calles de la ciudad son engalanadas para la celebración de la fiesta. En ésta se ve a dos "marineros" con sus vistosos atavíos, cambiando impresiones sobre la batalla llevada a cabo contra los "moros"

Con los trajes típicos de la región levantina y a la grupa de un bien enjaezado caballo, esta pareja ha llegado a la ciudad para presenciar la tradicional fiesta de "moros y cristianos"

abandonan sus habituales ocupaciones para dedicar esas horas a divertirse.

No obstante, la realización de la fiesta requiere una preparación previa, y el tiempo que ésta lleva, todo el mundo está pendiente de cuanto hacen los jefes de comparsas que tienen a su cargo la organización, el orden y la dirección de las diversas ceremonias.

Se celebran generalmente todos los años al final del mes de febrero, bajo los auspicios de los Ayuntamientos; fórmanse las comparsas que van al mando de alféreces y capitanes. Sus integrantes se disfrazan con vestidos un poco arbitrarios, pero que recuerdan los uniformes de los guerreros españoles y árabes de aquellos tiempos. Las huestes "moras" están a las órdenes de un sargento mayor, el cual tiene autoridad para imponer multas a los que no cumplen con el ceremonial establecido.

Al llegar el día señalado para la fiesta, las comparsas, previo paseo de la banda de música que recorre las calles de la ciudad, llenándolas con las estridentes notas de marchas y pasodobles, desfilan en correcta formación, y al llegar a la plaza ejecutan diversos movimientos semimilita-



He aquí una magnífica vista de Onteniente, donde la fiesta adquiere gran lucimiento. En primer plano vemos a dos "marineros" y un "marinerito" dirigiéndose a sus hogares durante un descanso.

res que hacen las delicias de la gente. Durante los dos primeros días alternan "moros y cristianos" en esas evoluciones, cabriolas y desfiles, pero al tercero..., al tercero, como si se acordaran de pronto de que son enemigos seculares, los dos bandos se separan y se disponen para la lucha.

"¿Queréis guerra?"

Hemos presenciado muchas fiestas de esta clase y nunca pudimos explicarnos el cambio que se produce en los elementos participantes al llegar el "día de la batalla", ya que las alternativas de ésta revisten asombrosos caracteres de realidad.

Los directores han levantado ya en la plaza o en un lugar a propósito un gran castillo de madera y cartón. Esta fortaleza está en poder de los "cristianos", y cuando los "moros" se internan en la ciudad para tomar aquélla por asalto, avanzan serios y decididos a enfrentarse con los defensores, que esperan con gesto fiero el ataque. Pero de súbito —rasgo magnánimo—, las temibles huestes de "moros" se detienen frente al castillo y entonces se destaca un embajador a proponerles a los "cristianos" la rendición "si no quieren ser pasados a cuchillo". Los defensores, sin embargo, no aceptan y se entabla éste o parecido diálogo:

El cristiano. — ¿Queréis guerra?
El moro. — ¡Guerra a muerte!
El cristiano. — ¡Santiago por entre mil!
El moro. — ¡Oprobio al cristiano vil!
El cristiano. — ¡Guerra! ¡Guerra!...
El moro. — ¡Guerra!... ¡Guerra!...

Y comienza la batalla con tiros y cañonazos de pólvora y un espectacular cuerpo a cuerpo, al final del cual —¿cómo podría ser de otra manera? — quedan vencidos los "moros".

No están aún vencidos estos "moros", pues conservan, como puede verse, sus armas. Dueños de la ciudad, descansan en un café para recuperar fuerzas antes del asalto final al castillo

Y tan amigos como antes

Vencidos los "moros", los cristianos destruyen un gran muñeco que representa a Mahoma. Este muñeco está relleno de cosas raras, como trapos, vidrios, papelillos, triquitraques, y ratones vivos. Mediante un explosivo se rompe el muñeco y sale afuera todo aquello, produciendo una regocijada gritería entre la multitud.

Las comparsas marroquíes recogen los restos y le hacen un "entierro", desfilando por las calles con escobas en lugar de hachones funerarios. El paso de este extraño cortejo origina escenas ruidosas.

Por último los "cristianos", indulgentes y apaciguadores, invitan a sus antagonistas a beber y comer, quedando de esta manera tan amigos como antes, mientras la gente continúa divirtiéndose en las calles y plazas hasta altas horas de la madrugada. Después todo el mundo se retira a dormir tranquilamente, comentando los diversos aspectos de aquella batalla que todos los años se renueva. ◈

EL CUENTO HISTORICO

La muerte solicitada

EPISODIO DE LA REVOLUCION FRANCESA

Por **ANATOLE FRANCE**

ILUSTRACION DE ARTECHE

Después de vagar largamente por las solitarias calles, fué a sentarse a la orilla del Sena y contempló los reflejos del agua al pie del promontorio donde vivía Lucía, su amada, en la época de sus dichosas ilusiones.

Desde tiempo atrás nunca estuvo tan sereno como aquel día. A las ocho tomó un baño. Entró en una fonda del Palais Royal y hojeó los papeles públicos mientras aguardaba la comida. Leyó en *El Correo de la Igualdad* la lista de los condenados a muerte, ejecutados en la plaza de la Revolución el 24 floreal.

Comió con buen apetito. Luego se puso en pie, consultó ante un espejo el color de su rostro y la compostura de su atavío, y se fué a paso ligero hasta la casa que forma la esquina de las calles del Sena y de Mazarino. Allí vivía el ciudadano Lardillon, representante del acusador público en el tribunal revolucionario, hombre servicial a quien Andrés había conocido primero de capuchino en Angers y luego de exaltado en París.

Llamó. Después de algunos minutos de silencio asomó un rostro por un ventanillo con rejilla, y el ciudadano Lardillon, asegurado prudentemente de la facha y del nombre del visitante, abrió por fin la puerta de su casa. Tenía la cara redonda, el color sano, los ojos brillantes, los labios húmedos y las orejas enrojecidas. Su aspecto revelaba a un hombre jovial, pero temeroso. Llevó a su amigo Andrés a la primera estancia de su aposento, donde estaba servida, para dos cubiertos, una mesa circular sobre la cual había un pollo, un pastel, un jamón, una terrina de *foie-gras* y fiambres recubiertos de gelatina. Seis botellas se refrescaban en un cubo. Una piña, queso y dulces cubrían el mármol de la chimenea. Botellas de licores hallábanse alineadas sobre un escritorio rebosante de legajos. Por la puerta entreabierta de la estancia inmediata veíase una cama grande y deshecha

—Ciudadano Lardillon — dijo Andrés —, vengo a pedirte un servicio.

—Ciudadano: estoy dispuesto a servirte si no me pides nada contrario a la seguridad de la república.

Andrés le respondió sonriente:

—El servicio que voy a pedirte se concilia con la seguridad de la república y con tu propia seguridad.

A una indicación de Lardillon, sentóse Andrés.

—Ciudadano fiscal — dijo —, no ignoras que desde hace dos años conspiro contra tus amigos, y que soy el autor de un trabajo titulado *Los altares del miedo.* Detenerme no sería un favor, sería sólo cumplir con tu deber, y es éste el servicio que te pido. Escúchame: Yo amo, y mi amada está en la cárcel.

Lardillon inclinó la cabeza con un movimiento aprobatorio.

—Yo sé que tú no eres insensible, ciudadano Lardillon, y te ruego que me reúnas con la que amo y me envíes inmediatamente a Port-Libre.

Sonrieron los labios finos y fuertes de Lardillon, y dijo:

—Es más que la vida, es la felicidad lo que tú me pides, ciudadano.

Alargó el brazo hacia la alcoba y llamó:

—¡Epicharis! ¡Epicharis!

Una mujerona morena mostróse con los brazos y la garganta desnudos, en camisa y jubón, con una escarapela entre los cabellos.

—Amor mío — le dijo Lardillon atrayéndola sobre sus rodillas —. Contempla el rostro de este ciudadano y no lo olvides jamás. Como nosotros, Epicharis, él es una criatura sensible. Como nosotros, considera la separación el peor de los males, y quiere ir a la cárcel y a la guillotina con su amada. Epicharis, ¿podemos negarle este favor?

—No — respondió la mujer, mientras acariciaba las mejillas del ex fraile, que vestía la carmañola.

—Tú lo has dicho, diosa mía. Serviremos a dos tiernos amantes. Ciudadano Germain: dame tus señas, y dormirás en la Bourbe esta noche.

—¿Convenido? — interrogó Andrés.

—Convenido — afirmó Lardillon, mientras le tendía la mano —. Vete a reunir con tu amiga y dile que has visto a Epicharis entre los brazos de Lardillon. ¡Ojalá esta imagen engendre en vuestros corazones ideas risueñas!

Andrés le contestó que acaso imaginarían escenas más conmovedoras, pero que no por esto dejaba de agradecérselo, y que sentía no hallarse en condiciones de servirle a su vez.

—La humanidad no pretende recompensa — respondió Lardillon.

Levantóse, oprimió a Epicharis contra su pecho, y dijo:

—¿Quién sabe cuándo nos llegará el turno? ◈

ARTECHE 42



A RAQUEL FUSONI ELORDI también

París, donde se realizó el certamen en que fué premiada la novela "Allá en Bretaña...", de Raquel Fusoni Elordi.



La escritora Raquel Fusoni Elordi, en su casa, conversando con el cronista

COMO JOSE DEL HOGAR, DE QUIEN "LEOPLÁN" SE OCUPARA NO HACE MUCHO, ESTA ESCRITORA ARGENTINA OBTUVO UN PREMIO EN EL CONCURSO PARA NOVELISTAS AMERICANOS, CELEBRADO HACE VEINTE AÑOS EN LA CAPITAL DE FRANCIA, Y A PESAR DE ELLO ES DESCONOCIDA EN SU PAIS

Por Germán Dras

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Al finalizar una audición de la *British Broadcasting Corporation,* de Londres, oímos el nombre de Raquel Fusoni Elordi...

¿Este nombre? Nos había quedado en la memoria como una borrosa fotografía de un relámpago, un relámpago literario que iluminó el cielo de París hace exactamente veinte años.

En 1922 tuvo lugar en la Ciudad Luz un concurso de novelas de autores americanos, y fué premiada la escritora argentina Raquel Fusoni Elordi. La novela presentada, "Allá en Bretaña...", era la primera que escribía, y entonces el mundo de la crítica esperó la continuación de la obra de esta joven escritora que aparecía con tanto brillo, con un premio a su primer esfuerzo. La Editorial Franco-Ibero-Americana tiró una edición de diez mil ejemplares de dicha novela. Y... no se supo nunca nada más de su autora. Esta desapareció de París, de Buenos Aires, de la literatura; y su libro también desapareció, como si hubiera sido borrado. Hoy es una escritora completamente desconocida en su propia patria.

Pero nosotros, por una rara casualidad, sabíamos algo más. Sabíamos que aquella desconocida argentina que triunfó en París tenia que ver con el nombre de don Juan Manuel de Rosas, y con "La Porteña", la primera locomotora de nuestro primer ferrocarril.

El caso ya pasaba a ser curioso. La buscamos en Buenos Aires, y dimos con ella.

—¿Es cierto que usted tiene algo que ver con la primera locomotora argentina?

—¡Cómo! ¿Ya han oído ustedes, por radio, lo que digo de "La Porteña"? —exclama con cierto estupor—. Acabo de enviar a Londres un *sketch* sobre ese tema..., y no es posible que tan pronto...

—No, no se asuste, señorita; sólo hemos oído el *sketch* sobre Billinghurst. Lo del ferrocarril lo sabíamos por..., por otras casualidades. Quisiéramos detalles...

—¡Oh!, no vale la pena; es poca cosa. Resulta que mi abuelo, don Luis Elordi, fué el primer gerente del ferrocarril Oeste; y a través de él conozco a fondo las aventuras de "La Porteña". Las relato, justamente, en las escenas que he enviado a la *British Broadcasting.*

—¿Y con Rosas? ¿Qué tiene que ver con el "tirano"?

—¡Oh! Tampoco creo ser muy interesante bajo este aspecto. Simplemente, soy parienta de Rosas..., dando una larga vuelta. Es así: la hermana de Rosas, misia Andrea, fué casada con Francisco Saguí, y éste era hermano de mi bisabuela. Más corto: el hermano de mi bisabuela, era cuñado de Rosas.

—Ya ve; más vueltas dan los que quieren descender de condes y marqueses, y aseguran tener todavía sangre azul.

—Lo que no comprendo, señores periodistas, es que vengan a preguntarme estas cosas a mí, cuando hay tantas otras personas mucho más relacionadas que yo con el ferrocarril y con Rosas...

la premiaron en PARIS

Facsimil de la tapa del libro premiado en la Ciudad-Luz, cuya autora ha permanecido ignorada durante veinte años.

Raquel Fusoni Elordi, la escritora argentina a quien se alude en esta nota, tal como era en 1922.

—No, señorita; ninguna de esas otras personas así relacionadas son novelistas premiadas en un concurso literario realizado en París. Y, a propósito, ¿cómo fué y quién organizó aquel concurso?

—Lo organizó la Editorial Franco-Ibero-Americana. El primer premio fué ganado por José del Hogar, con el libro "Las primeras espigas". El premio para mí fué una buena edición de mi libro "Allá en Bretaña..."

—¿Recuerda usted quiénes eran los miembros del jurado?

—Lo recordaré siempre, porque son grandes nombres: Manuel Ugarte, Henri de Regnier (de la Academia Francesa), Gonzalo Zaldumbide, Ventura García Calderón y Ernest Martinenche, profesor de literatura española en la Sorbona.

—Y la crítica habló entonces elogiando la obra...

—Sí, don Juan Pablo Echagüe habló de ese libro en "La Nación", en 1924.

—Y se vendió mucho...

—En las demás naciones americanas; no aquí. En Buenos Aires pasó inadvertido.

—Mala distribución, quizá. El libro es una mercadería como cualquier otra.

—Tal vez; pero el caso fué que eso me desanimó de tal manera, que no volví a publicar..., hasta hace un año.

—Sí, y sabemos que la crítica fué nuevamente elogiosa. ¿Cómo se llama este libro?

—"El embrujo de Alta Gracia". Es de carácter regional; una simple novela...

—Pero, entretanto, en el largo lapso de una novela a otra, ¿pudo usted no escribir nada?

—En verdad, no pude. He escrito cuentos, que aparecieron en revistas porteñas.

—¿Sólo cuentos?

—¡Ah, cierto! También una novela para niños. Está inédita...

—¿No piensa editarla?

—Yo no; espero que lo piense algún editor.

—Tenga cuidado; los editores suelen tardar mucho en pensar esas cosas.

—Sin embargo, ya ve, de Londres me piden *sketchs* radiotelefónicos... ¡En este mundo suceden cosas muy raras!

—Verdad que es cosa rara. ¿Y cómo lo explica?

—Yo misma no lo sé. Pero creo que intervino París en el asunto. Ahora recibo los pedidos directamente de la *British Broadcasting Corporation.*

—Y aquí sigue usted siendo una desconocida.

—Sí, y confieso que no lo comprendo. Yo había creído que un premio en París tendría cierta importancia para los argentinos; pero no: un premio asignado por Henri de Regnier, Manuel Ugarte, García Calderón, parece no tener ningún valor...

—Lo tiene, sin embargo. Lo que pasa es que, como usted dijo, ¡en este mundo suceden cosas muy raras!

Y nos despedimos de esta novelista argentina, que quizá es única en su caso: premiada en París y desconocida en Buenos Aires. ◈

De OSCAR R. BELTRAN

EL LIBRO DE BUEN AMOR

VOY a referirme a un hombre, a un libro, a un pueblo y a una época: Juan Ruiz, arcipreste de Hita; su libro, llamado *de Buen Amor*, y el pueblo español del siglo XIV.

¿Quién era este Juan Ruiz? Todo lo que de él sabemos se reduce más a conjeturas que a pruebas innegables. Sabemos solamente lo que él mismo quiso decirnos en sus versos:

Si queredes, señores, oír un buen solaz,
Escuchad el romance, sosegad vos en paz;
Non vos diré mentira *en cuanto en él yaz...*

Si aceptamos esta afirmación de que en sus romances nos dice la verdad, y si advertimos que en su obra habla en primera persona, debemos admitir que el *Libro de Buen Amor* es un valioso documento autobiográfico.

El mismo ha trazado su autorretrato, tal como tres siglos después, siguiendo su ejemplo, iban a hacerlo Cervantes y Calderón... Pero un autorretrato de verdad, sin estilizaciones, con pinceladas rotundas, con trazos dignos de un Francisco de Goya, y con ese sabor de desfachatez que tiene siempre su naturalísima sinceridad.

El cuerpo ha bien largo, miembros grandes, trefudo, **(fornido)**
La cabeza non chica, belloso, pescozudo;
El cuello non muy luengo, cabel prieto, orejudo,
Las cejas apartadas, prietas como carbón,
El su andar enfiesto, bien como de pavón,
Su paso sosegado, e de buena rasón...
La su nariz es luenga; esto le descompón.
Es ligero, valiente, bien mancebo de dias,
Sabe los instrumentos et todas juglerías.
Doneador alegre...

Doneador... Es decir, profesional de la galantería, donjuanesco.

Estos brochazos nos presentan su físico. En cuanto a lo moral, el arcipreste sabe y proclama que está hecho del mismo barro de Adán; anda en compañía de juglares y juglaresas, de tahures tiradores de dados, y de viejas ensalmadoras que le sirven en sus escarceos amorosos...

E yo, como soy homen como otro pecador,
Hove de las mujeres a las veces grad amor.
Probar homen las cosas non es por ende peor,
e saber bien e mal e usar lo mejor...

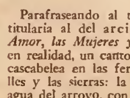
Juan Ruiz nació en Alcalá de Henares, y su vida se extendió desde las dos últimas décadas del siglo XIII hasta promediar el siglo XIV. Sabemos su nombre y su dignidad sacerdotal porque en uno de sus versos dice:

Porque de todo bien es comienzo e rais
La Virgen Santa María, por ende yo, Juan Ruiz,
Arcipreste de Hita...

Este poeta escribió romances, fabulillas, coplas para estudiantes nocherniegos, loores a la Virgen, cánticas de serranas... Todos los versos del arcipreste son de distintos metros y rimas, y se refieren a los más opuestos temas: religiosos y profanos. Y todos esos versos forman un solo cuerpo, una sola obra, cuya unidad está en el autor mismo, que es un enamorado de la vida y que vive enamorado del amor...

A esa obra se le ha dado el nombre de *Libro de los Cantares del Arcipreste*, o simplemente *Libro del Arcipreste*, pero, al fin, se impuso en la costumbre el título con que se le conoce ahora: *El Libro de Buen Amor*, título glosado de unos versos del propio Juan Ruiz:

Tú, Señor, Dios mío, que el home crieste,
Enforma e ayuda a mí el tu Arcipreste,
Que pueda facer un libro de Buen Amor aqueste,
Que a los cuerpos alegre e a las almas preste. **(aproveche)**



Parafraseando al torvo Schopenhauer, yo titularía al del arcipreste *Libro del Buen Amor, las Mujeres y la Vida...* Porque es, en realidad, un canto a la vida; a la vida que cascabelea en las ferias y plazas, en los valles y las sierras: la vida cantarina como el agua del arroyo, con ansias de renovación; la vida que se desflecа bajo un sol de oro y arrullada por el aire sano y fuerte que lleva siempre en sus alas olor a heno, tintineo de esquilas y cantares pueblerinos... Es un canto a la vida con el que se propone, según dice, *alegrar los cuerpos y aprovechar a las almas.* Y se siente con sobradas fuerzas para cumplir sus propósitos:

Non tengades que es libro necio de devaneo,
Nin creades que es chufla algo que en él leo;
Ca según buen dinero yace el vil correo
Así en feo libro está saber non feo...

Hombre extraordinario y desconcertante este Juan Ruiz. Razonador profundo y loco a toda orquesta. Místico y blasfemo. Sacerdote que se conduce con el vituperable indecoro de un juglar, juglar que vitupera el indecoro de ciertos sacerdotes. Predica contra el juego y contra el vino, diciendo:

Buenas costumbres debes en ti siempre tener,
Guárdate sobre todo mucho vino beber...

Pero él es el primero en regodearse con báquica fruición, cuando "le convidan a bodas y yantares y juglerías en las ferias de primavera".

Invocando razones de moral, quisiéramos a veces execrarle por sus audaces doctrinas: ahogar con la voz de nuestro anatema su risa insolentemente sonora como la del sátiro en la fronda... Pero, de pronto, le vemos caer de rodillas, con profunda sinceridad, y alzar en la plegaria su voz trémula de arrepentimiento:

Mi alma e mi coita he en tu alabanza,
De ti non se muda la mi esperanza;
Virgen, Tú me ayuda e sin tardanza
Ruega por mi a Dios tu Fijo, mi señor...

Así, como este Juan Ruiz, mezcla de místico y blasfemo, era la España de aquel tiempo.

Para entrar en el tema esencial de sus cantares, el arcipreste reflexiona acerca de la ley natural que impone al hombre y a las otras *animalias* el deseo de una compañera.

Como dice Aristótilis, cosa es verdadera,
El mundo por dos cosas trabaja: la primera
Por haber mantenencia; la otra cosa era...

... el Amor. He aquí expresadas las dos fuerzas que mueven la dinámica humana: el hambre y el amor. Y en apoyo de sus doctrinas y afirmaciones, Juan Ruiz menciona los nombres de sabios griegos y latinos, pasajes bíblicos, fábulas esópicas, leyendas orientales y chispazos del ingenio francés.

Veamos ahora lo que piensa y lo que siente el arcipreste frente a la mujer. Dije que es un enamorado del amor. Por eso no ha podido caer en el antifeminismo. Cree que Dios, al formar a la mujer, hizo cosa buena. Oigámosle:

Si Dios, cuando formó al home entendiera
Que era mala cosa la mujer, non la diera
Al home por compañera, nin del non la ficiera,
Si para bien non fuera, tan noble non saliera...

Pero a veces apunta en sus versos la idea contraria, aunque expuesta más con traviesa ironía que con amargo encono:

Siempre quis mujer chica más que grande nin mayor
Non es desaguisado del gran mal ser foidor:
Del mal tomar lo menos, dícelo el sabidor;
Por ende, de las mujeres, la mejor es la menor...

Muchos siglos antes, Demócrito había dicho: "Elejí una mujer pequeña, porque de los males el menor...". Y Protágoras: "¿Por qué casé a mi hija con mi mayor enemigo? Porque no tenía nada peor que ofrecerle..."

También en el libro del arcipreste se compara risueñamente la mujer con la mula; y Rabelais dice: "La diferencia que hago entre el caballo y la mujer es que el uno se fustiga con la vara y la otra con la mano..."

Juan Ruiz nunca hubiera declarado su ignorancia sentimental como Fontenelle, que dijo: "Hay tres cosas que no entiendo: la Biblia, la Música y las Mujeres"...

Tampoco hubiera llegado a la crudeza de Shakespeare: "Si las lágrimas de las mujeres pudiesen fecundizar la tierra, de cada lágrima nacería una serpiente..."

Más cerca de la ironía del arcipreste estuvo Milton, al exclamar que la mujer "es el más bello defecto de la Naturaleza"...

Y EL GOZO DE VIVIR

Juan Ruiz no concibe la vida en soledad:

Una fabla lo dice, que vos digo agora
Que una ave sola nin bien canta nin bien llora.

Pero las costumbres de la época ponían un abismo entre la pasión del arcipreste y el logro de sus victorias. Claro está que para el amor no hay abismos ni cordilleras infranqueables. El obstáculo en aquella época era serio. Me refiero al enclaustramiento en que vivían las mujeres. Ya nos lo dice con dolorido acento: se enamoró de una mujer que...

Era dueña en todo, e de dueñas señora,
Non podía estar solo con ella una hora.
Mucho de homes se guardan allí do ella mora:
Más mucho que no guardan los judíos la Tora...

Eran estos, resabios de bárbaros prejuicios: el alma de Oriente flotando aún sobre la sociedad española... Aquella morería que dejó los alcázares, la Alhambra, la Giralda, y que dejó en los cantos populares los ecos de la voz del muecín que llamaba a oración..., aquella morería dejó también este prejuicio de que el destino de la mujer era el de vivir encerrada y custodiada en el último y escondido patinillo de la casa, entre macetas floridas, oyendo el canto de las aves, viendo pasar los astros por el espejo de una fuente nostálgica... Este concepto va a evolucionar más tarde con el desarrollo de la cultura cristiana en la Edad de Oro de las letras españolas; pero no llega entonces a significar todavía la emancipación de la mujer. En la Edad de Oro, la mujer sigue siendo prisionera, si no entre los tapiales del jardinillo, entre los muros del concepto social del honor: ese sentimiento del honor tan español que vemos estallar en los conflictos de las comedias calderonianas de capa y espada.

Veamos cómo lucha el arcipreste por el triunfo de sus amores, frente a aquel abismo y entre aquellos prejuicios.

Lo primero que hace es buscar a un amigo confidente y mediador. Y lo segundo que hace es arrepentirse de haber buscado a un amigo.

E porque yo non podía con ella así fablar,
Puse por mi mensajero, coidando recabdar,
A un mi compañero. Sópome el clavo echar (engañar)
El comió la vianda... e a mí facie rumiar...

Por eso, escarmentado, solicita después los buenos o malos oficios de una vieja sabia en brujerías:

Sabed que non busqué otro Ferrand García,
Nin lo coido buscar para mensajería,
Nunca se home bien falla de mala compañía
Y de mensajero malo guárdeme Santa María...

"Guárdeme Santa María"... La invocación no puede ser ahora más desatinada y fuera de lugar.

En cada uno de sus fracasos, el arcipreste protestaba contra el Amor:

Traes enloquecidos a muchos con tu saber,
Fácelos perder el sueño, el comer y el beber,
Faces a muchos homes tanto se atrever
En ti fasta que el cuerpo y el alma van perder...

Pero, en cambio, ¡qué alegría luminosa reverbera en el alma de Juan Ruiz cuando tiene una esperanza! Logra ver a la amada y exclama:

¡Desde que yo fuí nascido, nunca vi mejor dia,
Solaz tan placentero e tan grande alegría!...
¡Quisome Dios bien guiar a la ventura mía!...

Para él, la amada, cada una de sus sucesivas amadas, es su salud y su muerte. Pero, entre todas, la más deslumbrante es doña Endrina... Raya en bello lirismo el amor de Juan Ruiz en estos versos:

¡Ay, cuan fermosa viene doña Endrina por la plaza!
¡Qué talle, qué donaire, qué alto cuello de garza!...
¡Qué cabello, qué boquilla, qué color, qué buena andanza!
Con saetas de amor fiere cuando los sus ojos alza...

Juan Ruiz no busca el tema escabroso y regocijante, ni la sana inspiración mística: es la vida misma, contradictoria y tumultuosa, la que le proporciona el material para sus cánticas y romances. El acepta la vida y se goza en ello.

El arcipreste fué hombre de amplia cultura, y su obra es fuente inagotable de inspiraciones y punto de arranque de nuevos géneros literarios. En ella palpitan los gérmenes del teatro español y de la novela picaresca. Fué un formidable precursor, como podría probarse con infinitos ejemplos. Veamos algunos. En una de sus cánticas de serrana decía:



Cerca la Tablada
La sierra pasada,
Falleme con Aldara
A la madrugada...

A la desida
Di una corrida,
Fallé una serrana
Fermosa, lozana,
E bien colorada.

Dixe yo a ella:
"Homillome, bella":
Diz: —"Tú que bien corres,
Aquí non te engorres.
Anda tu jornada..."

En la pintura de doña Urraca, por mal nombre Trotaconventos, hallamos la ascendencia primigenia de la *Celestina*, que el bachiller Fernando de Rojas pintó como "una vieja barbuda, hechicera, astuta, sagaz en cuantas maldades hay..."

El *Libro de Buen Amor* pinta el idilio de doña Endrina y don Melón de la Huerta (nombre con que quiere enmascararse el mismo Juan Ruiz), y este es el antecedente del idilio de Calixto y Melibea y de Romeo y Julieta...

Con su sátira sobre las propiedades del Dinero, se anticipó a la famosa letrilla satírica de Quevedo.

Dijo Juan Ruiz:

Mucho fas el dinero, et mucho es de amar,
Al torpe face bueno et homen de prestar,
Face correr al cojo, e al mudo fablar,
El que non tiene manos, dineros quiere tomar...

Más tarde habría de decir don Francisco de Quevedo:

Poderoso caballero
Es don Dinero...

El siglo XIII es el siglo de Alfonso el Sabio. España empieza a ser España. Sobre el temple épico del Cid florecen las artes y las ciencias; del viejo latín nace el castellano. Sobre los solemnes cantares de gesta nacidos en las tiendas guerreras sobre el fragor de la lucha, empieza a mariposear, grácil, inefable, la poesía lírica.

El siglo XIV es el siglo del arcipreste de Hita: tiempo menos solemne, más humano, en el que apunta, desembozada, la alegría de vivir.

Palabras son de sabio e dixolo Catón,
Que home a sus coidados que tiene en corazón
Entreponga placeres e alegre la rasón...
Que la mucha tristeza mucho coidado pon.

Y el gozo de vivir que campea en el *Libro de Buen Amor*, no expresa solamente el estado de gracia de un poeta: es, en síntesis, como la sonrisa de un pueblo que está desangrándose en la guerra contra el moro invasor, un pueblo que está famélico, casi exhausto, pero que no se hunde en la desesperación ni mucho menos en el renunciamiento. Es que ese pueblo, en medio de su adversidad, presiente o sueña su grandeza futura: con el andar del tiempo van a llegarle los días épicos del descubrimiento de América, que ensanchará sus dominios hasta el punto de que en ellos no alcance a ponerse el sol..., y van a llegarle también días felices de su Edad de Oro, que ensanchará su gloria hasta la eternidad. Así es España: sus presentimientos, sus ensueños, su fe, le han dado siempre, como a Don Quijote, la fuerza necesaria para sobrellevar sus dolores y para acometer nuevas empresas. ◈

COMO SE INICIARON EN LA LITERATURA...

Susana Calandrelli, Sara de Etchevert y

Por
Luisa Celia Soto

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

El momento de los primeros versos, el orgullo de la primera prosa, constituyen un suceso excepcional en la vida del escritor. ¿Cómo nace una vocación? ¿Cómo se manifiesta el primer impulso creador que acaso sea el primer eslabón de una obra considerable?...

Siguiendo la serie de reportajes iniciada por "Leoplán" a las principales figuras femeninas de nuestra literatura, incluímos las respuestas de Susana Calandrelli, Sara de Etchevert y Herminia C. Brumana, destacadas figuras de nuestro ambiente literario.



Susana Calandrelli.

Versos a la bisabuela

AUNQUE por lo general no me agrada hablar en primera persona — nos dice Susana Calandrelli, la conocida poetisa y escritora —, esta pregunta dirigida a boca de jarro no me permite vacilar. ¿Cómo se produjo mi iniciación literaria? Pues, muy temprano; tanto que mis recuerdos se pierden en un pasado inquietantemente impreciso, en el que todo adquiere caracteres de un sueño que no se sabe cuándo comenzó. ¿Empecé a "escribir" — y digo "escribir", pensando "crear" — antes o después de aquella tarde inubicable en el tiempo, en la que, por el agujero de una pared, vimos pasar el primer desfile de soldados y oímos la primera banda militar?...

¿Fué antes o después de la primera pesadilla en que aparecieran brujas, de aquella noche en que nos dieron a probar los primeros helados, o de la caída del primer diente?... ¡Misterio! Sólo recuerdo que, ya antes de componer mis versos a mi bisabuela, había hecho algunos pareados. Y esos versos de que hablo, destinados a aquella señora que murió pocos meses después, fueron los siguientes:

Mi bisabuela querida
¿Cuántos años hoy cumpliste?
¡Cómo estarás de crecida
Mi bisabuela querida!...

De aquella feliz edad en que yo pensaba que se seguía creciendo hasta el momento de la muerte, conservo muy pocas producciones. Pero todas deben de haber tenido el mismo cariz

—¿Y cuál fué su primera publicación? ¿En qué circunstancias se difundió su primer trabajo?...

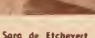
—Mi primer trabajo serio fué un poema escrito en francés, que me valió un primer premio en un concurso de Europa.

"Asistía yo en aquel entonces al famoso curso de Mlle. Dreux, por el que desfilaron tantas jovencitas que hoy son madres de familia. El título del poema era: "Aux morts ignorés". Lo escribí a escondidas, aunque sin darle más importancia que a cualquiera otra de las composiciones del colegio. Antes había escrito mucho, siempre a escondidas. Cuando mis padres "descubrieron", muy a mi pesar, aquella producción, mi vergüenza fué tan grande que no sabía dónde meterme. Creo que hasta lloré. Ese primer fruto fué enviado a Francia, y salió premiado. Después de eso se publicó mi primer libro, "Carrillons dans l'ombre", hoy agotado.

"Ese primer libro..., yo ignoraba que se editaría. Tiene muchas deficiencias, naturalmente. Me lo publicaron para darme una sorpresa, y sus páginas me llenan hoy de sentimientos encontrados: gratitud, ternura y un poquito de remordimiento. Está asociado a una época que ya no puede revivir".

El primer trabajo de Sara de Etchevert lo escribió... su padre

"El animador de la llama"; "El constructor de silencio"; "El hijo de la ciudad", y "Una mujer porteña", se titulan las cuatro novelas que han consolidado el prestigio literario de Sara de Etchevert. Numerosos trabajos de índole fragmentaria y periodística complementan la labor de esta escritora.



Sara de Etchevert.

Por lo que se refiere a su iniciación en las letras, su respuesta no puede ser más original. A nuestra consabida pregunta, responde:

—¿Mi primer trabajo literario? .. Mi primer trabajo literario ¡es obra de mi padre!..

"Fué en mi niñez y constituyó el primer triunfo, que mi vanidad agrandó. No tendría yo entonces más de once años. Una mañana nuestro grado hizo una visita al Museo Mitre, visita sobre la que teníamos que hacer una composición. La que se clasificara "la mejor" sería publicada en el periódico que se editaba en la escuela. Mi destino incipiente ignoraba aún el rumbo literario que tomaría después con avidez, con prisa, con tensiones renovadas. Visitamos el Museo Mitre. De vuelta a mi casa, me hallé en serias dificultades para empezar a escribir. Se lo confesé a mi padre, a quien hice un minucioso resumen de todo lo que había visto. Y mi padre — nivelando su mente a la mía — me dictó la composición que luego resultó la más brillante del grado, con honores de publicidad en el periódico escolar, en la primera página y con mi firma al pie.

—¿Desde entonces se despertó su vocación literaria?...

—No. Por aquel entonces no suponía yo la grande, apasionada aventura que me depararía el camino fantástico de la literatura — goce, dolor, soledad —, cuando despertó mi vocación...

"Se empezaron a llenar los cajones de manuscritos, que fueron rotos o quemados sin piedad y muy justicieramente.

"Hubo que quemar muchas etapas — nada de rodeos, ni de atajos —, para tentar un día la audacia juvenil de enfrentarse en el sendero de nuestra gran Alfonsina, quien prologó mi primer libro: "El animador de la llama"...

Herminia Brumana

—¿Qué opina usted hoy de su propia vocación?...

—El camino es duro y empinado para el escritor que tiene conciencia. Lo seguirá siendo hasta el final de la jornada, cuando nos llegue la hora de nuestra cita con el misterio.

"¡Tanto mejor! Sin riesgo y sin peligro no hay vida. Sin lucha no hay pasión. Y pasión y vida difícil es lo único que pueden dar jerarquía — y no ya justificar — a todo un destino..."

Una colaboradora que se enoja porque le pagan

Herminia Brumana, la autora de "Palabritas", "Cabezas de mujeres", "Mosaico", "Nuestro hombre" y otros libros de gran difusión entre el público argentino, responde así a nuestra encuesta:

—Tal vez porque aun no he llegado a esa edad en que se comienza a recordar y a escribir "hazañas de la infancia" es por lo que todavía no se me ha ocurrido concretar cuándo, cómo o por qué comencé a escribir...

—Sin embargo, de algún modo habrá empezado...

—Evidentemente. Ahora que ustedes me lo preguntan, les diré que recuerdo con horror que mis comienzos literarios fueron terriblemente interesados. Fué un escandaloso interés material el que me llevó a escribir. No bromeo. En los primeros años del colegio normal, la clase de composición en Literatura, me encantaba. Fuese por suerte o porque tenía facilidad, lo cierto es que mis trabajos resultaban de los mejores y yo los hacía rápidamente; y me tomaba la tarea de redactárselos a muchas de mis compañeras. Pero mi condición era ésta: yo te hago la composición y tú me haces el trabajo manual; a otra le pedía que me hiciera la labor, el dibujo, los mapas, y todo aquello que no me gustaba hacer a mí... Como ven, era un interés mezquino el que movía mi pluma...

—¿Y cómo se produjo lo que podríamos llamar su "debut" en la literatura propiamente dicha?...

—Con mis cuatro o cinco primeros trabajos, cuentos breves, impresiones, etc., hice un día un paquetito y tuve la audacia de mandárselo a José Ingenieros, solicitándole su opinión. Casi a vuelta de correo, me contestó con esta frase: "Siga escribiendo; usted tiene dedos para guitarrera..."

"Esta opinión, que para mí era un verdadero espaldarazo, me animó a seguir adelante. Ya no me faltaba nada. Alentada por este éxito, mandé mi primer trabajo a "Caras y Caretas", que lo publicó. Ese año aparecieron cuatro cosas más en la misma revista. Al finalizar dicho año su director me envió un cheque por mis colaboraciones. Ahí fué el desastre. Yo me indigné. Tomé el documento y se lo devolví con una carta diciéndole que no escribía para que me pagaran, que mi pluma no se mercantilizaba..., etc...

"Mis primeros pesos ganados como literata me dieron, como ven, un buen disgusto...


Herminia Brumana.

"Con paciencia de santo, el director volvió a escribirme a mi pueblo, Pigüé, enviándome otra vez el importe de mis trabajos y convenciéndome de que lo aceptase. ¡Cuánto se le tolera a una muchachita!

"Lo demás lo sabe mi público, que me ha seguido a través de mis libros, seis de ellos agotados, y no quiero decir más porque este mirar al pasado me produce escalofríos de vejez; y soy de las que no quieren envejecer..." ◈







1 Este joven que se ve aquí ataviado con la clásica blusa de los cargadores del puerto y con gorra no es otro que Benito Quinquela Martín. En esa época —1907— tenía diecisiete años y se ganaba la vida descargando barcos carboneros en la ribera de la Boca. Era uno de los muchos obreros que trabajaban de sol a sol. Pero él, en sus horas de descanso, pintaba. Arrancaba al ambiente los mismos motivos que más tarde lo hicieron conocer en todo el mundo.

2 El artista comienza a surgir. Sus cuadros tienen vida. Ya hay quien se interesa por la obra del que sabe reflejar en los lienzos momentos típicos del puerto boquense, y con los años se afianza su personalidad. En 1915, fecha de esta fotografía, Quinquela usaba bigote y ya era conocido en los medios artísticos, habiendo logrado vender algunos de sus famosos cuadros.

3 Esta es, quizás, la fotografía más conocida de Benito Quinquela Martín. Corresponde al año 1920 y en ella aparece junto a una de sus obras. Emergen de las aguas los restos de un naufragio. Era la época en que el pintor salía en las madrugadas en una lanchita de su propiedad a buscar entre los buques surtos en el puerto motivos inéditos para su pintura, captando emotivos escenas y detalles que más tarde le habrían de proporcionar fama y fortuna.

LA VIDA DE LOS ARGENTINOS CELEBRES CONTADA POR SUS FOTOGRAFIAS

Benito Qinquela

5 En 1923, pensionado por el presidente de la República, doctor Alvear, visita los museos de distintas capitales europeas y celebra con éxito una exposición en Madrid. En 1926 va a Europa nuevamente y realiza nuevas exposiciones. La venta de algunos de sus cuadros le proporciona gran nombradía, y para festejar sus triunfos, un grupo de intelectuales franceses le ofrece un banquete. A él concurren Gómez Carrillo, Rodrigo Soriano, González Castillo y el agregado a la embajada argentina, doctor Beltrán.

6 También visita a Norteamérica. En 1928, al volver de su segunda viaje a Nueva York, la barriada de la Boca concurrió a recibirlo, y más tarde se realizó en uno de los salones de esa zona de la ciudad un banquete monstruo, al que también concurrió el entonces primer mandatario de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, que aparece en la fotografía junto a Quinquela, ocupando la cabecera de la mesa.







4 Los primeras sumas importantes que llegan hasta sus manos, por la venta de sus cuadros a los coleccionistas americanos, las emplea Quinquela en la compra de una modesta casita que más tarde obsequia a aquel matrimonio italiano que cuando pequeña la adoptó. Por eso, al hacerles entrega del título de propiedad, el artista recordó ante los que allí se hallaban su humilde origen y su agradecimiento a quienes le dieron un hogar.

8 Pocos días antes de inaugurarse la exposición de Quinquela Martín en Roma, el jefe del gobierno italiano, Benito Mussolini, expresó su deseo de visitar esa muestra en horas de la mañana para que no hubiera mucho público. Así se hizo y el *Duce*, acompañado de Dino Grandi, recorrió todas las salas haciéndose explicar por Quinquela pormenores de la vida en la típica zona boquense.

Martín

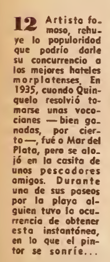
7 He aquí otro recuerdo de su viaje a España. Quinquela visitaba casi a diario las agencias de los diarios argentinos, donde siempre se encontraba con compatriotas y podía comentar las noticias de la patria lejana. Aquí aparece en compañía del conocido literato y periodista Alberto Ghiraldo y del representante de un diario porteño que hoy ha desaparecido — "Ultimo Hora" —, señor Juan E. Fau.





9 Junio de 1929. He aquí un grupo de periodistas y artistas argentinos en una calle de Roma, durante uno de los muchos paseos que realizaban por la vieja ciudad. Acompañaban a Benito Quinquela Martín, que por aquel entonces ya había inaugurado su segunda exposición, los escritores Cuesta y Saiza Reilly, el periodista Ciarlantini, el cónsul Tito Foppa y el célebre abogado Italiano Morelli.

10 En el año 1930 realiza una visita a Londres, la capital de Gran Bretaña, donde fué tomada esta fotografía, en la cual Quinquela aparece junto al entonces embajador argentino doctor José Uriburu, el mundialmente famoso escritor D. Cunningham Graham, Mr. Masson, director de la Tate Galería de Londres, y otros muchos personalidades. Benito Quinquela Martín vendió en esa ciudad varias de sus pinturas, totalizando finalmente un monto superior a las tres mil libras esterlinas.



12 Artista famoso, rehuye la popularidad que podría darle su concurrencia a los mejores hoteles marplatenses. En 1935, cuando Quinquela resolvió tomarse unas vacaciones —bien ganadas, por cierto—, fué a Mar del Plata, pero se alojó en la casita de unos pescadores amigos. Durante una de sus paseos por la playa alguien tuvo la ocurrencia de obtener esta instantánea, en la que el pintor se sonríe...





13 El hombre de niñez triste no guarda para sí un solo centavo. Todo el dinero que ha ganado lo va destinando en obras de beneficencia. Hasta el terreno de la escuela que se levanta en la Vuelta de Rocha también fué donado por él. Ahora decorará, gratuitamente, el edificio de la Escuela de Artes Gráficos. No es extraño que los niños, intuitivamente, lo rodeen y lo quieran. Junto a ellos, el artista, huraño por naturaleza, se siente cómodo.



11 Es sabido que Quinquela vió transcurrir su niñez junto a la ribera. De allí extrajo los motivos que lo hicieron famoso. Por eso jamás ha querido abandonar ese lugar, y la fotografía lo ha sorprendido en uno de los momentos en que, para descansar de su trabajo, se asoma al balcón del "atelier" y deja que su mirada descanse observando las aguas del puerto.



14 Fuego en la ribera... Este es el último cuadro de Benito Quinquela Martín. La vieja barcaza ha sido presa de las llamas. Con su estilo característico de pintor impresionista, supo trasladar a la tela un instante de hondo emoción en la vida boquense. Por este cuadro, un coleccionista yanqui ha ofrecido algunos miles de dólares, pero seguramente integrará la exposición que ofrecen a Quinquela inaugurar en N. York.

EL CUENTO DE GRAN GUIGNOL

LA TORMENTA

por

Juan José Ortiz Barili

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACION DE FAIRHURST



La conversación languidecía en la tertulia del club, cuando alguien preguntó al doctor Bating:

—Y usted, doctor, ¿por qué no ejerce ya su profesión de médico?

El doctor Bating volvióse hacia su interlocutor y palideció ligeramente. Después tuvo un instante de hesitación, bajó la cabeza y, con un aplomo que estaba lejos de ser natural, murmuró en tono evasivo:

—Cuestiones de ética profesional...

Y cambiando rápidamente de tema, para desviar la atención del auditorio, agregó en seguida:

—Y bien, capitán Thernon, espero que me conceda usted el desquite de la partida de ajedrez que el desconocimiento de su habilidad para manejar los caballos en el tablero me hizo perder días pasados.

—Encantado, doctor, y no olvide que, por rara coincidencia, milito en el arma de caballería —contestó el aludido, invitando al doctor Bating a sentarse a una de las mesitas del juego-ciencia, que se hallaban en el salón contiguo.

* * *

Ya tenía olvidado aquel incidente del club, cuando una tarde el doctor Bating, con quien me ligaba una cordial amistad, invitóme a tomar el té en su casa. Durante largo rato conversamos de temas generales, y luego nos arrellanamos en sendos sillones junto al fuego del hogar que crepitaba, esparciendo en torno una agradable tibieza. Afuera, el tiempo estaba frío y el cielo encapotado, y nosotros, en la penumbra de la tarde que se iba, fumábamos en silencio, viendo subir las volutas de humo y avivarse, de cuando en cuando, la brasa de los cigarrillos. De pronto, comenzó a llover torrencialmente.

Mi amigo se revolvió nervioso en su sillón, y me dijo:

—Es mejor que se quede usted a cenar; la tormenta arrecia y quién sabe cuándo cesará de llover.

Acepté agradecido y seguimos charlando. La lluvia arreciaba a veces, y otras amainaba, sucediéndose a intervalos las descargas eléctricas, mientras la habitación se iluminaba con el reflejo de los relámpagos.

De pronto, una luz vivísima llenó la estancia, y segundos después un trueno de intensidad poco común hizo trepidar la casa y vibrar largo rato la campanilla del teléfono. El doctor se levantó casi de un salto y quedóse parado, con las facciones tensas y la mirada extraviada. Después, al recordar mi presencia, se recobró en seguida, y pasándose una mano por la frente exclamó:

—¡Qué endemoniada tormenta! Igual que aquella noche...

Dejóse caer en su asiento, y agregó:

—Sí, igual...; ese ruido infernal fué el que me engañó...

Yo, perplejo, no me atrevía a pronunciar una palabra ante la inusitada actitud de mi colega. Por un instante, pensé que su razón podría haberse alterado, pero al cabo de un momento me dijo:

—Sí, mi buen amigo; es necesario que usted sepa...; ambos somos médicos y... necesito hablar... Tengo que confiar en alguien...

Confieso que siempre me había parecido un hombre raro el doctor Bating. Su aire taciturno, su prematuro alejamiento de las actividades profesionales, sus ensimismamientos repentinos en medio de cualquier reunión, la soledad de su vida, todo eso me chocaba, haciéndome pensar que algún drama ensombrecía su pasado. Por eso tuve la intuición de que me iba a revelar el secreto de su vida, y me dispuse a escuchar con atención. Él continuó:

—En aquel entonces yo acababa de doctorarme en Londres, instalándome en seguida, deseoso de ejercer mi profesión, en un pueblecito del condado de York. Mi primer cliente fué una vieja amiga de mi familia, la viuda de Lynten, cuyo esposo había sido íntimo amigo de mi padre. La pobre padecía de una psicosis terrible...; ya sabe usted cómo son esas enfermas mentales. Ella tenía una gran aprensión a las enfermedades incurables, y el temor de ser enterrada viva obsesionaba su espíritu.

Bating me miró de reojo, vació de un trago la copa de coñac que tenía a su lado, y prosiguió:

—Esa obsesión la llevó a cometer muchas extravagancias, y cuando un par de años después contrajo un aneurisma aórtico que ponía en peligro su vida, me confesó que había hecho instalar un teléfono en el panteón de su familia, por si... Aquello me pareció ya demasiado, y así se lo dije; pero la señora Lynten, lejos de escuchar mis palabras, se empeñó en conectar el teléfono directamente a mi casa. Tuve que resignarme, en atención a su delicado estado de salud, a visitar el panteón y cerciorarme de su instalación,



pues mi cliente quería disponer todas las medidas posibles para un caso circunstancial.

"Transcurrió un tiempo, hasta que, finalmente, una tarde fuí llamado con urgencia de casa de la señora Lynten. Había sufrido un síncope del que, desgraciadamente, no pude hacerla reaccionar. Excuso decirle que, no obstante tener la certeza de su muerte, quise llamar a un colega que la certificara; pero yo era el único médico de la aldea, y cuando mandé avisar al del pueblo más próximo, me comunicaron que se hallaba ausente. Comprobé cuidadosamente todos los signos que la ciencia conoce para identificar la muerte: ausencia de pulso, silencio del corazón, rigidez de las falanges..., en fin, todo...; pero no pude descubrir ni un reflejo de vida en aquel cuerpo.

"Traté de diferir la inhumación de los restos y esperar el signo infalible de la putrefacción; pero las leyes imperantes en el condado me lo impidieron, y, al no existir causa justificada para su aplazamiento, se verificó el entierro.

"Esa noche y las dos subsiguientes permanecí en casa, atento al hipotético llamado del teléfono..., no por convicción, naturalmente, sino por lealtad a la muerta. En el transcurso de la tercera noche se desencadenó una fuerte tormenta, sucediéndose los relámpagos y las descargas eléctricas..., y, de pronto, en medio de aquella infernal algarabía de los elementos, vibró la campanilla del teléfono... ¡Igual que esta noche! ¿Pero cómo iba yo a dar importancia a esas vibraciones intermitentes, tan conocidas, y menos al tercer día?

"A la mañana siguiente pude comprobar mi terrible error. El juez urgía mi presencia, pues los guardianes del cementerio habían dado la voz de alarma, y cuando concurrimos con la curia, un cuadro macabro se presentó ante nuestros ojos: el ataúd aparecía caído de su tarima; el cristal estaba roto y por la abertura salía un brazo de la señora Lynten completamente desgarrado por las aristas del vidrio y con las arterias cortadas. Apenas habría tenido tiempo de hacer funcionar el teléfono cuando la hemorragia la postró de nuevo sin sentido... Después, ya se imagina usted lo sucedido...: la pérdida de sangre acabó con ella...

Las últimas palabras se quebraron en la garganta de Bating, mientras yo, sintiendo que un escalofrío me recorría todo el cuerpo, exclamaba:

—¡Catalepsia!...

Mi interlocutor asintió en silencio.

—Ese error hizo que yo abandonara mi carrera de médico — murmuró luego, apagadamente.

Y sus ojos siguieron con extraña fijeza el blanco serpenteo de una centella que, afuera, llevaba en aquel momento de nube a nube su letal mensaje eléctrico... ◈

¿QUIERE GANARSE 50 PESOS? ¡CACE A UN

OFERTAS COMO ESTA APARECIAN EN LA PRENSA PORTEÑA DEL SIGLO PASADO CADA VEZ QUE UN ESCLAVO CONSEGUIA HUIR DE LA CASA DE SUS AMOS

Por
Alfredo Varela

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



He aquí un par de avisos aparecidos en un diario porteño de 1827, relacionados con la caza de esclavos durante el siglo pasado. Como se ve, en ambos se ofrece por la captura una gratificación.

La caza organizada

"¡PREMIO *de 50 pesos! Al que hallare un mulato que se ha huído de su amo en la Banda Oriental y se halla en B. Aires. Su color es oscuro y tiene unas manchas negras en la cara, y una nube en el ojo derecho; su habla es arribeña; alto y delgado, mui patón; su edad, de 19 a 20 años. Se llama Luis. En la calle de Méjico núm. 77 darán el premio al momento al que lo hallare*".

Así se organizaba hace ciento cincuenta o doscientos años en Buenos Aires la caza del negro huído. Los desgraciados esclavos sabían que les sería muy difícil escapar de sus tenaces perseguidores. Cualquiera que los reconociese por las detalladas señas que de ellos se daban tenía derecho a capturarlos, contando con la amplia colaboración de las autoridades. Cuando eso ocurría, el aprehen-

NEGRO FUGITIVO

sor retirábase satisfecho después de recibir su premio. Para él había terminado la aventura, y en la mejor de las formas posibles. Muy distinto era lo que le esperaba al negro. De inmediato se le aplicaba el terrible escarmiento, al cual muchos preferían la muerte. Y se explica, considerando la crueldad de las ordenanzas vigentes:

"Al negro o negra ausente del servicio de su amo cuatro días, le sean dados en el rollo cincuenta azotes, y que se esté allí atado desde la ejecución hasta la puesta del sol; y si estuviese más de ocho días fuera de la ciudad, una legua, le sean dados cien azotes, puesta una calza de hierro al pie, con un ramal, que todo pese doce libras, y descubiertamente la traiga por tiempo de dos meses y no se la quite; pena de doscientos azotes por la primera vez y por la segunda otros doscientos azotes y no se le quite la calza en cuatro meses, y si su amo se la quitare incurra en pena de cincuenta pesos, y el negro tenga la calza hasta cumplir el tiempo".

La fuga difícil

No sólo los negros huían. Desde mucho tiempo antes, los indios del litoral o del norte de cualquier otra zona del virreinato acostumbraban a poner la mayor distancia posible entre ellos y sus amos, para librarse de los malos tratos y peores trabajos. Sobre todo cuando los castigaban, dábanse a la fuga. Pero los indios conocían al dedillo las selvas, los montes, los accidentes de la llanura. Podían disimularse con cierta facilidad. Los negros, no. Estaban en país extraño, muy diferente por cierto de su amada Africa. Erraban desorientados durante mucho tiempo. De pronto caían sobre ellos, implacables, los agudos colmillos de los perros enviados en su persecución, o los ultimaba a balazos el primer blanco que, al hallarlos en su camino, se daba cuenta de su condición de huídos. O, si no, se perdían en la vastedad de lugares desconocidos, hasta rendirse al hambre y a la sed. Esas espantosas perspectivas atemorizaban a los esclavos. Y sin embargo continuaban fugándose. Por eso se encuentran a menudo, en los periódicos de la época, los ya monótonos anuncios:

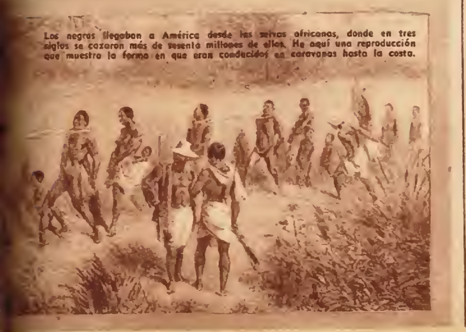
"Aviso: Se ha huído un negro esclavo llamado Fernando, alto, delgado, de poca barba, arribeño; aunque hace 15 días que se huyó debe estar por..."

"Interesante para los zeladores: En la noche del 29 de Abril se ha fugado un esclavo llamado Domingo, de casa de su amo. Sus señales son las siguientes..." Y, al final, la consabida promesa: "Quien lo entregare en la calle del Tucumán núm. 75 o diera una noticia por la que fuese aprehendido, se le dará una gratificación de 25 pesos".

La recompensa era interesante. Más de uno habría que se dedicaba al singular y fácil oficio de cazador de negros huídos...

Sesenta millones de negros

Los negros llegaban incesantemente desde las espesas selvas africanas. Tres siglos duró la trata de carne oscura. Durante ese período, fueron cazados unos sesenta millones de negros. Pero de ellos apenas cuarenta millones pusieron el pie en América. El resto murió al ser trasladado hasta los buques o durante la travesía, a causa de la tristeza, las enfermedades y los castigos.


Los negros llegaban a América desde las selvas africanas, donde en tres siglos se cazaron más de sesenta millones de ellos. He aquí una reproducción que muestra la forma en que eran conducidos en caravanas hasta la costa.



El negro huído que se lograba capturar, era cruelmente castigado, de acuerdo a las leyes en vigencia. Se le daban de cincuenta a doscientos azotes "en el rollo", según el tiempo que permaneciera prófugo.

Los cazadores de negros desembarcaban en las costas del salvaje continente con nutridas bandas de aventureros, bien armados. Sus métodos tácticos eran diversos: o bien hacían amistad con algún reyezuelo negro para lanzarlo contra otro y volverse luego ellos a su vez contra el ex aliado, cosechando así numerosos prisioneros, o bien entablaban negociaciones "comerciales" con el jefe, que entregaba a los mozos de la tribu por premios diversos, que variaban desde un puñado de tabaco o un rifle hasta un barril de ron. Pero, por lo general, arrasaban con poblaciones enteras, cuando éstas pretendían oponerse al secuestro. El explorador Stanley encontró en el Congo una caravana de negreros transportando sólo 2.300 mujeres y niños; y sin embargo acababan de arrasar un país de mayor extensión que Irlanda. Habían incendiado 118 aldeas, cada una de las cuales tendría unos mil habitantes. La mitad de los esclavos había muerto en la marcha, resultando que sólo llevaban un esclavo por cada cien negros asesinados. Los conducían en largas filas, atados entre sí para evitar la huída, cargados de bultos y aun de piedras que dificultaban sus movimientos, castigados de continuo, sin recibir alimentos durante días enteros.

"Qué alegremente se vive"

Al llegar a la costa los esperaban los navíos negreros. Allí viajaban los esclavos arracimados en las bodegas, sujetos con grillos, atados los vivos con los enfermos y los muertos. La disentería, el escorbuto, la viruela y otras enfermedades terminaban con muchos de ellos. Pero la que hacía más víctimas era la tristeza. Comprendiéndolo así, los tratantes los obligaban en determinadas oportunidades a subir a cubierta, azotándolos para obligarlos a bailar como antes, en su tierra, y haciéndoles cantar: "mese, mese, malkerida..." — o sea: "¡qué alegremente se vive entre los blancos!" Pero, de todas maneras, se morían. Por ejemplo, uno de los tantos barcos portugueses que se dedicaban al tráfico, zarpó de Mozambique con 300 "piezas" y llegó con sólo 3...

A Buenos Aires comenzaron a llegar a mediados del siglo XVI. Al desembarcarlos, se los colocaba en un depósito situado donde hoy se encuentra la estación Retiro. El hedor que de allí provenía contagiábase a la ciudad, a tal punto que porvocó la protesta del Cabildo. Entonces decidióse que en lo sucesivo fuesen desembarcados en Barracas, y que no se concentrasen en la ciudad más de 4 "piezas" por vez.

Cada familia disponía de gran cantidad de esclavos, de acuerdo a su importancia social y posición económica. Las acomodadas tenían una docena de negros y negras, que se ocupaban de la cocina, el lavado, el planchado, la caballeriza; y ejecutaban además otros oficios. Algunos mandaban a sus esclavos a trabajar por la ciudad, y sus habilidades artesaniles producían no pocos beneficios al amo.

Pero su situación era muy miserable. Después de la Independencia, el trato fué mucho más humano, sobre todo en Buenos Aires. Pero antes, como única solución, los negros apelaban a la escapatoria.

Los negros en la Pampa

Las fugas eran más sencillas para los esclavos que servían en el campo. En realidad había pocos, porque los gauchos "eran irreemplazables" dice López. Sin embargo, los negros se hacían baquianos rápidamente, manejaban el caballo con tanta soltura y destreza como los otros peones, y por lo tanto "quedaban como libres en medio de los campos y de la movilidad que ellos les imponían". Entonces se agregaban a las bandas de indios y gauchos "cimarrones" que vivían carneando reses, y si los apuraban asaltando caravanas y, a veces, hasta poblados. Cuando alguna de estas bandas era detenida, se aplicaba a sus integrantes castigos terribles. Por ejemplo, a los que saquearon el pueblo Las Víboras, hacia 1801, los descuartizaron y sus cabezas y manos fueron expuestas a la entrada de las estancias de cada uno de los asaltados.

A los esclavos que se unían a tales bandas, se los denominaba "negros alzados". El temor que inspiraba a los gobernantes esa tendencia, se expresa en la distinción más severa que a su respecto hacían las ordenanzas:

"A cualquier negro o negra huído o ausente del servicio de su amo que no hubiera andado con cimarrones y estuviese ausente menos de cuatro meses, le sean dados 200 azotes por la primera vez; y por la segunda sea desterrado del reino (?); y si hubiere andado con cimarrones le sean dados cien azotes más. Si anduviesen ausentes del servicio de sus amos más de seis meses con los negros alzados, o cometido otros delitos graves, sean ahorcados, hasta que mueran naturalmente."

Una historia extraordinaria

Entre estas historias de fugas de negros, por lo general desdichadas, cabe referir una poco o nada conocida, que hemos encontrado hojeando el "Telégrafo Mercantil" del 16 de diciembre de 1801. Según esa crónica, el barco "San Juan Nepomuceno de Lima" zarpó de Montevideo el 10 de diciembre de 1800 llevando carga diversa y unos 70 esclavos negros y moros. A la una y media p. m. del día 17, éstos se sublevaron. El capitán y los oficiales, que dormían la siesta, fueron sorprendidos, siendo gravemente herido aquél y muertos cuatro de los últimos. Los esclavos eran dirigidos por un negro llamado Antonio, de unos 30 años de edad, de oficio carpintero. Dirigiéndose a los prisioneros, les aseguró que no les harían mal ninguno si los conducían de vuelta al Senegal. Naturalmente, los tripulantes aceptaron el arreglo con júbilo, ya que no habían esperado salvar la vida. Al día siguiente tropezaron con un pequeño velero español, al cual trasbordaron el capitán herido y 24 marineros, reteniendo el resto. Durante el viaje, largo y penoso, murieron escorbutados 24 negros. Después de 5 meses de navegación, tocaron en una de las islas de Cabo Verde, para cargar agua y provisiones. El primer oficial fué autorizado a bajar a tierra con 20 hombres, pero convenció a Antonio para que los acompañase. Una vez en tierra, lo detuvieron, denunciando lo ocurrido al gobernador, quien quiso apoderarse también de la nave. Pero otro negro tan decidido como Antonio, llamado Lara, se hizo cargo del comando y levó anclas, obligando al médico de a bordo a que dirigiese el buque. A los 12 días arribaron al Senegal, donde hicieron entrega del barco al gobernador de la plaza, reclamando su libertad.

La riesgosa y casi increíble aventura había terminado exitosamente. Y fué ése uno de los escasísimos casos en que una fuga de negros no terminó en la cárcel, en el apaleamiento o en la horca... ◈

FUNDADAS EN 1914

NUESTRA OBRA: ENSEÑAMOS Profesiones útiles para progresar *materialmente*

EDUCAMOS el Carácter y la Voluntad para progresar *moralmente*

Las mejores Escuelas se hallan ★ A SUS ORDENES ★



Hágase Ingeniero en Minas y PETROLEO

La vasta riqueza mineralógica y petrolífera que encierra el suelo de toda América se explota cada día con mayor intensidad, mediante el concurso de INGENIEROS ESPECIALIZADOS, cuya labor se retribuye con elevados sueldos.

Hay, actualmente, gran demanda de esos hombres. USTED PUEDE SER UNO DE ELLOS, convirtiéndose en un hábil INGENIERO EN EXPLOTACION DE MINAS Y PETROLEO. Aprenderá EN SU PROPIA CASA, aprovechando horas libres y podrá dedicarse luego — con todo éxito — a esta lucrativa Profesión, que reporta independencia económica y permite colaborar eficazmente al progreso del país.

150 PROFESIONES MODERNAS al alcance de TODOS.

ELIJA: Ingeniero Civil - Arquitecto - Constructor - Ingeniero a Técnica en Radio y Televisián (Cine Sonoro, Ampliación de Sonida, etcétera) - Ingeniera electricista - Electratécnico - Ingeniero a Técnico Mecónico - Ingeniero o Técnica en Diesel - Ingeniero o Técnico Aeronáutico - Ingeniero o Técnico en Explatación de Minas y Petróleo - Ingeniero en Puentes y Caminas - Harmigán Armado - Arquitecto Navol - Ingeniera Agrónama - Agrimensar - Química Industrial - Farmacia - Sobrestante en Obras Sanitarias - Dibujo Comercial y de Publicidad - Jefe de Propaganda - Dibujo y Pintura - Caricaturista - Retratista - Desnudo Artística - Dibujo Lineal Arquitectónico - Lineal Mecánica - Lineal de Ebanisterío - de Herrería Artística - de Ornato - de Letras - de Figuras - Poisajista - Profesor de Dibujo - Vidrierista - Contador Comercial - Tenedor de Libros - Mecánica Dental - Piloto Aviador - Técnica en Argumentas Cinematográficos, etc.

OTORGAMOS DIPLOMAS

El 42 % de nuestros Alumnos estudia satisfecho en los paises SUD y CENTROAMERICANOS

Hay un solo camino que conduce al Exito: Aprender una Profesión



Par ese camino hemas guiado a más de 85.000 Diplomados que triunfaron. Permítanos guiarlo a Vd. también.

Los interesados residentes en PERU y BOLIVIA deben dirigirse a nuestra **Sucursal BOLIVIA** - Edificio Iglesias. LA PAZ.

A Vuelta de Correo

Señor Director de los

ESCUELAS ZIER - Lavalle 900 - Bs. Aires

Nombre..

Ocupación..

Calle..

Localidad..............................F.C...........

Me interesa el curso de..............................

L. 187

Deseo ser otro de sus olumnos prósperos. Envíeme GRATIS CATALOGO y datos poro GANAR DINERO CON LA PROFESION QUE ELIJO.

...y donde Vd. pregunte, le dirán: Las ESCUELAS ZIER cumplen lo que prometen.

SOL Y SONRISAS en el club Gimnasia

LO QUE HACE VEINTE AÑOS FUERA UTOPICO PROYECTO DE UNOS CUANTOS VECINOS ANIMOSOS, ES HOY EN EL POPULOSO BARRIO UNA MAGNIFICA REALIDAD

Por

Juan González Bayón

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOGRAFIAS DE PEDRO CONESA



Entre zambullida y zambullida, un paseo por los jardines bajo la caricia vivificante del sol.

El ciclismo es, desde no hace mucho, un deporte que cuenta con numerosas cultoras. Este grupo de socias del club de Villa del Parque constituye una gráfica demostración de ello.

El patín es otra de las actividades deportivas que cultiva con entusiasmo la mujer. He aquí a dos bellas socias dispuestas a hacer, sobre la pista, las más complicadas filigranas.

y Esgrima de VILLA DEL PARQUE

Hace veinte años...

ALLÁ por el año 1922, en el entonces ya populoso barrio de Villa del Parque, un grupo de amigos y vecinos se reunió con el objeto de celebrar un acontecimiento grato. Fué una reunión amable y simpática en la que cada uno derrochó lo mejor de su ingenio. Hubo chistes, se contaron anécdotas, y, como al descuido, casi en broma, alguien lanzó la idea de fundar un club.

Al principio, aquello tenía tanto de inverosímil, de inusitado, que a la mayoría le resultó utópica la posibilidad de materializar en una realidad concreta semejante proyecto.

—Es difícil.

—En este barrio no podría prosperar...

Estas o parecidas razones, como se ve poco fundamentales, exponían los más timoratos, los menos decididos, en apoyo de su posición contraria al proyecto.



Una fotografía histórica. Así era, hace veinte años, el club que, con justicia, constituye en la actualidad el orgullo del populoso barrio de Villa del Parque.

En la amplia piscina del club, una docena de alegres bañistas se encarga de demostrar que hay muchas maneras de reírse de los rigores del verano.

¿Quién dijo que el ajedrez es un juego de sesudos varones? Pese a la sonrisa con que estas chicas procuran llegar a un "mate" fulminante, la partida va bien en serio.

Tras la caricia fresca del agua, el baño de aire y sol, que vivifica y broncea.



El tenis es otro de los deportes que puede ser considerado como de los más populares en el club Gimnasia y Esgrima de Villa del Parque. La presente fotografía lo acredita bien elocuentemente.

Pero hubo otros de mayor optimismo, de más amplia visión, que con acertados argumentos lograron convencer a sus compañeros.

Pocas semanas más, y el propósito quedó claramente establecido. Fundaríase un club, lugar de reunión y esparcimiento para todos los socios en las horas de descanso y despreocupación.

Dispuestos a la animosa tarea, con el aporte económico que a cada uno le fué posible realizar, adquirieron un terreno y en él construyeron la pequeña casa de madera, cuya fotografía publicamos en esta nota como sugestivo documento. Aquellos fueron los primeros pasos de la magnífica institución que es hoy el club Gimnasia y Esgrima de Villa del Parque.

La nadadora y el agua...

Llegamos allí con el propósito de relatar a los lectores de LEOPLÁN algunos detalles de las actividades que en la práctica del deporte desempeña la mujer. No pedimos informes de este carácter a ninguna de sus autoridades. Preferimos que las propias deportistas nos hablen de su actuación.

Al entrar, observamos a una hermosa joven que pasea por el jardín en compañía de un amigo:

—Nos han dicho que es usted una excelente patinadora; ¿tendría inconveniente en hacer una exhibición para nosotros?

—¡Oh, encantada! Aunque debo adelantarles que el informe no es exacto — responde con una sonrisa de satisfacción —. Me esperan un momentito, y estoy a sus órdenes.

Mientras nuestra primera entrevistada corre al vestuario, nos dirigimos hacia una joven que suavemente se desliza por las tibias aguas del natatorio.

—¿Cuál es el deporte que usted prefiere?

—La natación — responde sin vacilar —; soy una vieja amiga del agua...

—Lo segundo, sólo en parte lo podemos creer — le interrumpimos.

—Gracias — responde sonriente —Hablemos entonces de lo primero... Casi todos los días, después de mis ocupaciones, concurro al club, y mi primera visita es para la pileta.

—¿Es usted...?

—Estudiante de filosofía y letras, y no sabe lo bien que hace, después de una exploración por el campo de la retórica literaria o de las abstracciones filosóficas, esta total comunicación con el agua. Es para mí como una amiga silenciosa y comprensiva, cuya sola presencia reconforta y anima. Además, hay en sus murmullos un susurro de voz interior que acaricia y deleita el espíritu...

—Señorita — decimos por única respuesta a sus interesantes deduc-

Desde hace muchos años, el club Gimnasia y Esgrima de Villa del Parque ha contado con el aporte de la mujer. Estas alegres tenistas fueron fotografiadas en 1938.



Un baño por sorpresa. No debe de estar el agua muy frío, a juzgar por el regocijado gesto con que estos chicos reciben el remojón que les lanzan sus compañeros.

ciones —, tiene usted el privilegio del sentido poético... No dudamos de que en la literatura le espera un gran porvenir.

—¡...!

Los encantos del patín

Está ya a nuestro lado la joven a quien pedimos una exhibición de patinaje.

—Cuando ustedes dispongan...

En tanto nos encaminamos hacia la pista, tratamos de averiguar:

—¿Por qué prefiere usted el deporte del patín?

—No es una preferencia de la que se pueda dar razón clara y concreta; cada deporte tiene un encanto particular, y todos proporcionan un beneficio efectivo, tanto físico como espiritual... Pero en éste, por el que yo siento mayor simpatía, hay algo de riesgo y de... arte, que lo hacen particularmente atractivo. Cada paso, cada movimiento, implican el peligro de una caída, que, al ser evitada, produce cierta satisfacción. En el otro aspecto, cada figura despierta el interés de su perfeccionamiento, y cuando se realiza con acierto adquiere una indiscutible belleza de carácter plástico. Esa es mi opinión, pero ya les he dicho que considero buenos, en principio, todos los deportes.

—¿En principio?...

—Sí; yo entiendo que la práctica del deporte debe de ser metódica y disciplinada. Hacerlo, por ejemplo, con el fin de alcanzar un determinado propósito en un tiempo demasiado limitado puede resultar perjudicial. Esto suele sucederles a quienes se empeñan en perfeccionar su silueta en quince días; se someten al martirio de un esfuerzo físico excesivo y contraproducente.

Con estas palabras, muy propias de un profesor de cultura física, termina sus declaraciones nuestra entrevistada, y al observar al fotógrafo se lanza a la pista.

Donde todo es sonrisa

Por último hablamos con un grupo de hermosas chicas que se disponen a iniciar un paseo en bicicleta. Todas, por igual, coinciden en manifestar que el club es para ellas algo necesario, imprescindible. Un segundo hogar. El punto obligado de reunión. El lugar de cita con la companera de oficina, con la amiga... En fin, un agradable vínculo de sociabilidad y camaradería... Algo muy propio de la juventud optimista y esperanzada.

Así opinan las alegres y joviales socias del club Gimnasia y Esgrima, la meritoria institución de Villa del Parque. Nosotros participamos de sus juicios. Allí todo es sonrisa, alegría y cordialidad. Vivo y claro ejemplo del propósito que determinó la fundación del club, hace veinte años, y que sus sucesivas autoridades han sabido mantener a través del tiempo. ◈

SEA USTED UN PAPÁ MODELO

Lo primero que hay que aprender, para ser un papá modelo, es a vestir y desvestir al chico. No debe desanimarse el aprendiz si la primera vez le coloca la camisita en los pies y la bombachita en los brazos; no hay bebé que pueda morir por eso, si uno se da cuenta antes de que las partes ajustadas le corten la circulación en los miembros o la respiración en el pescuezo. Pero para alejar el peligro conviene practicar mucho con camisitas, bombachitas impermeables y saquitos; sacárselos y ponérselos rápidamente, a razón de treinta operaciones por hora. Claro que tal manipuleo provocaría una espantosa grita entre los chicos "experimentales"; pero para eso están los muñecos irrompibles, los que, aunque no tan resistentes como los bebés de carne y hueso, resultan convenientes porque son silenciosos. Obsérvese bien esta foto. Los futuros papás han logrado ponerles las ropitas convenientemente a sus respectivos bebés. El que está a la derecha saca la lengua, en expresión de apuro, porque no acierta a ponerle al chico el saquito del lado derecho, y ahora está tratando de darlo vuelta sin sacárselo; cosa de todo punto imposible y de lo cual se dió cuenta después de mucho bregar. No hay como la experiencia para aprender. Siga usted, lector, los ejemplos que doy en las fotos, y verá cuántas cosas aprende en poco tiempo. — PROFESOR PAÑALES.



QUERIA MORDERLOS

En una ocasión, el humorista francés Caml fué mordido por un perro. En el primer momento no dió al asunto ninguna trascendencia, pero viendo que la herida no cicatrizaba y le molestaba mucho, se hizo revisar por un médico amigo. Este lo examinó y torció la boca. Era casi seguro que el hombre de letras había sido mordido por un perro rabioso. Pero el escritor no hizo ningún gesto de alarma; sólo pidió a su amigo papel y tinta para escribir.

—No exageres — le dijo el médico —; no creo necesario que hagas testamento. Aun es posible curarte.

—No voy a hacer testamento — respondió el escritor —, sino simplemente una lista de los colegas a los que debo morder en caso de que se me declare la rabia.

ESCUELA DE SISEBUTAS

¡Horror, hombres, alarmaos vosotros, los hijitos de San Antonio! En todas partes están surgiendo escuelas de Sisebutas en las que se enseña a las mujeres a castigar a los hombres, no solamente con el palo de amasar, sino de cualquier modo y en cualquier parte que los encuentren. Para ello no han elegido nada más lindo que el "catch as catch can". ¡Estamos lucidos! No podremos llegar tarde, porque si ellas se enojan, malo, y si nos enojamos nosotros, peor. Tendremos que andar derechos, sin chistar. ¡Se acabó la felicidad de los hombres sobre la tierra!

MARCHAR PARA VIVIR

A cada momento, nuestra sabia civilización está descubriendo medios casi infalibles para prolongar la vida. No obstante, ahora los hombres no mueren más viejos que antes. Acaba de descubrirse que el mucho caminar prolonga la vida. El último viejo gran caminador que ha entrado en estadísticas médicas fué Bernardino Siero Barros, muerto hace poco, a la edad de 105 años, en Galicia. Era pastor, y recorría a pie grandes distancias todos los días.

CURIOSIDAD

En guaraní, la manta que usan las mujeres del pueblo paraguayo se llama *tipoy;* y la misma manta, en el idioma que se habla en la isla Tahití, en el Pacífico, se llama *tapoy*. Esta similitud de nombres no puede ser casual. Este y muchos otros casos iguales demuestran que el hombre de la prehistoria ha realizado también sus migraciones a través de océanos.

SIN COMPAS

COSAS RARAS, CURIOSAS ILUSTRATIVAS

ENTRE AMIGAS

—Hace un mes, yo estaba prendada de Eduardo; y hoy, te confieso, este muchacho ya no me importa nada.

—Sí, es extraño, ¡cómo cambian los hombres!

EPIGRAMA

Es ingratitud callar
de la amistad el favor;
y es infamia el divulgar
El que se obtiene de amor.

Antonio de Gironella.

¡OH, EL AMOR!



LA NOVIA. — Es bajo, gorda, calvo y tiene medio millón de pesos.
LAS AMIGAS (a coro). — ¡Oh, Luisa, qué suerte tienes!

PAJAROS DESCONOCIDOS

Hace poco, en la isla de Java, los estudiosos cayeron en profundas meditaciones sobre ciertos pájaros que ellos no conocían. Estos pájaros habían pasado en bandadas sobre la isla, a escasa altura, ¡y ellos, los estudiosos, no los conocían! ¡Qué cosa terrible! Inmediatamente se armó gran revuelo, se rompían la cabeza pensando día y noche sobre tan tremenda cosa, y las bandadas fueron objeto de cientos de fotografías. La comisión científica instalada en Java tomó cartas en el asunto, y sus sabios ornitólogos dedujeron, por las fotos, que dichos pajarracos provenían de las alturas inaccesibles del Himalaya, en donde recientes desmoronamientos habían producido la huída de tales aves.

FANTASMA 1942



Esto no es una mascarita de Carnaval ni un habitante de Marte que haya venido a pasear o a buscar en nuestro planeta más espacio vital, ni se trata de un hongo cualquiera demasiado crecidito; hay que observar que lleva un fusil. La verdad es que se trata de un soldado que se presentó ante el fotógrafo con el propósito de engañarlo por medio del "camouflage", bajo amenaza de pegarle un tiro. Demás está decir que obtuvo gran éxito: el fotógrafo no lo reconoció.

NADA SORPRESIVO

Ella y él se ven con mucha frecuencia. Un día él le dice, vacilando:

—Ethel..., quisiera preguntarte una cosa importante...

—¡Oh, Jorge! — exclama ella —. ¡Tan de sorpresa! Yo...

—Lo que debo preguntarte es lo siguiente — la interrumpe él —: ¿qué habéis decidido tu madre y tú sobre la fecha de nuestro casamiento?



CONTRAPRODUCENTE

El dueño de un restaurante de Jersey City, conocido con el nombre de China Clipper, comenzó a regalar pastillas de menta y píldoras de vitaminas a los clientes cuando éstos estaban de sobremesa. Pero poco después notó una alarmante merma en su libro de entradas. En seguida suspendió tales regalos, y sus finanzas se restablecieron. Resulta que los clientes, sabiendo que ingerían vitaminas en las píldoras, pedían menos platos, y teniendo las pastillas, no comían postre.

NI RITMO

PINTORESCAS Y HUMORISTICAS



Dijo *La Rochefoucauld:*

Es más vergonzoso desconfiar de nuestros amigos que ser engañados por ellos.

DIJO ALGUIEN:

El instinto es la voluntad de Dios plasmada en impulso permanente.

Definiciones

Egoísmo es la acción tendiente a obtener un beneficio inmediato, y altruísmo es la acción tendiente a obtener un beneficio a largo plazo. — ZARUS.

HIJOS INTELIGENTES



Para ustedes, señoras recién casadas: Tengan hijos en invierno, y darán grandes hombres a la humanidad. Acaba de demostrarse en Estados Unidos que casi todos los seres más inteligentes nacen con el frío. De las sesenta y siete eminencias que figuran en el "Hall of Fame", de la Universidad de Nueva York, el cuarenta por ciento nació en invierno. De los 31 presidentes estadounidenses, 23 nacieron entre octubre y abril, que son allí los meses fríos. Y está probado que los nacidos en invierno comienzan su vida con mayor vigor que los demás, y viven más tiempo, y son más inteligentes. Así que, señoras patriotas: ¡a tener hijos en invierno!

EL ARTE DE ECHAR HUMO

Y aquí tienen ustedes la demostración patente y definitiva de que es posible realizar lo que les expliqué en mi lección anterior: quemarse la lengua hasta el punto de acostumbrarla a que escurra el bulto y permitir así que los tres cigarrillos encendidos puedan acostarse sobre ella con el fuego hacia adentro. (Si esta explicación les resulta un poco hermética, comprenderán por lo menos lo de quemarse, hasta que no se quemen más, lo cual significa que mis discípulos deberán ponerse en la situación que me ven a mí en la foto, quieran o no y pasa lo que pase; de lo contrario no van a aprender nada, y bien vale la pena arriesgar la lengua por saber algo útil.) Sigamos: Una vez logrado esto de meterse los cigarrillos con el fuego hacia adentro sin quemarse, hay que cerrar la boca, y no abrirla aunque se queme el paladar; es necesario que el público no se dé cuenta de lo que a uno le ocurre; hay que dibujar una sonrisa en los ojos, ya que no es posible hacerlo con la boca, que está aguantando furiosas quemaduras. Pero, no importa el dolor, ¡bah!, ¡para eso somos hombres, qué diablos! Después de todo, se trata de asombrar al público. Hecho lo dicho, el humo que sale de los cigarrillos (y quizá también del paladar) debe ser expelido al exterior por el conducto nasal, y ¡qué espectáculo, mis amigos! Ya verán en el próximo número qué estupenda cosa ocurrirá en seguida. — PROFESOR TOSCANINI



EL VIEJO Y EL JOVEN

Sirviendo un caballero viejo a una dama, un competidor suyo, joven, le dijo:

—Señor mío, no son todos para servir al amor; mejor parecería usted con un rosario en la mano que conquistando corazones.

—¿Lo decís, amigo mío — respondió el viejo —, porque sois mozo?

—Es claro.

—Pues sabed que en mi tierra, por más mozo tienen a un hombre de cincuenta años que a un asno de quince.

BUENA PESCA

En los tiempos que corren todo es grandioso, todo ocurre a la altura de nuestra fáustica civilización. Antes, desde cualquier puente se pescaba un zapato o una lata de conserva. Ahora, el espectáculo es otro: desde un puente se pesca un regio coche, con la formidable línea accionada por una grúa. Si seguimos así, con el tiempo enlazaremos la luna, y nadie se extrañará de ello.

JUEGO SENCILLO

Este es un jueguito muy fácil que se llama "la libélula". No hay más que tener dos pares de esquís acuáticos, uno para él y otro para ella; treparse sobre los hombros de él; colocar los esquís sobrantes a manera de alas de libélula; conseguir una lancha veloz que sirva para atarle una cuerda en la popa para tenerse de ella y ser así remolcado a fin de que los patines lo mantengan a él a flote; y ya está, la cosa es fácil, no hay más que ver la foto, comprar lo que hace falta y largarse; en cualquier caja de banco sobra plata para esto.



EL CUENTO CAMPERO

"Un trompesón no es

por ***Diego Novillo Quiroga***

Hacia el atardecer, junto al pozo donde ella fué por el agua fresca para la comida, están de palique Mecha y Floro.

Que una preocupación absorbente les embarga, lo están diciendo el entrecejo fruncido del muchacho y el distraído mirar hacia las puntas de las alpargatas en ella, expresiones seguras en ambos de honda cavilación.

—¿Y de áhi? — subraya Floro —. Usté, prenda..., ¿no le ve otra salida'la cosa?

—No, Floro — confirma ella —. De no ser ansina las cosas, más bien dejar.

—Ajá... — es toda la reflexión de Floro —. Dende que vos impinás ansí; salvo que anduvieras etivocada...

—¿Diande? ¡Si lo conoceré a mi tata! Una y mil veces ha sabido acordarse que, de no ser moso'e posibles, en jamás daría un'hija suya'naides...

—Tá bien... — comenta el mozo —. Y esos posibles..., ¿como pa cuánto le gustarán a tu tata?



"...cáida"

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIONES DE RECHAIN

—Y... no carece un jortunón. Como pa establecerse'n chico... Una seguridá pa vivir, ¿sabés?

—Ajá... He de buscar el modo, entonce.

—¡Claro, mi negro! — se enternece ella—. Con el rancho, y unas uvejitas...

—Tá bien, prenda. Lo atropeyaré a padrino. Y no creo que me escape por unos riales...

❦ ❦ ❦

La entrevista con el padrino fué borrascosa. El hombre *saltó* de medio a medio.

—¿Pero te haberás creido que la poca plata que tengo la tengo pa tirarla?

—Usté tá etivocao, padrino. Yo no digo que me regale, sino que me supla pa la ucasión. En cuanto que vaya prosperando, yo le iré degolviendo...

—¡Has'e degolver, vos! Si saberé lo que son las cosas... P'algo tengo vista y años.

—Pero padrino... Yo he d'empeñarme trabajando pa salir adelante. Todito esto es por Mecha. Yo la quiero, padrino; la muchacha es merecedora...

—¡Bah! —interpone el solterón—. Muchachas, las vas hayar a patadas ande pegués un grito..., y no veo la juersa que tengás que casarte, ni menos cargosiarme a mí por plata. Tras de que ando tan aviao...

Y a todos los empeños del ahijado, el amarrete opuso la más firme negativa. Floro salió cabizbajo. Montó como con desgano, y mientras emprendía el regreso a riendas flojas, cavilaba. Tendría que tentar la suerte en el juego. ¿Qué otro remedio quedaba? Triste *mensual* de campo, de adónde podía pensar con eso sólo en establecerse... En cambio, si la carpeta o la taba o las carreras le fueran favorables...

Y su resolución quedó tomada en ese momento mismo. Era domingo, llevaba en el tirador los treinta pesos del sueldo recién cobrado... Y cambió el rumbo de las casas por el de la pulpería.

❦ ❦ ❦

En el juego, la suerte le fué adversa. Uno tras otro, se le fueron los pesos y hasta las prendas que más apreciaba.

Pero, en medio de todo, pensaba que había salido ganando. Había salido ganando con la amistad de Aniceto, ese mozo forastero *tan gaucho* que se perdía lo que llevaba sin pestañear y que, en varias oportunidades — "dao de amigo" ya con él —, hasta lo habilitó para tentar un desquite.



Perdido Floro todo lo que llevaba y Aniceto casi todo, dejaron la carpeta y paladeaban lentamente una *giñebra* contra el mostrador.

Aniceto fué desplegando ante Floro las artes sutiles de la tentación. El padre de su *prenda* tenía unos novillos para mandar a tablada... Total, un día u otro, cuando fuera su suegro, la platita del viejo sería para Floro. Y eso sería como tomarse un anticipo... Total..., de todo el mundo habrían de desconfiar, menos de Floro... Con que él diera una manito, esa noche misma... Total..., ¡unos hachazos a los alambres!; Floro le ayudaría a sacar unos novillos, y él, Aniceto, sin comprometerlo para nada, se encargaría de arrear los animales y venderlos en otra parte. Luego, con la plata, se asociarían con ovejas...

Un sobresalto de conciencia, pese a los vapores de la bebida, casi *hace saltar* a Floro. Pero vivas se reproducen en su memoria las palabras de la *prenda*: "¡Si lo conoceré a mi tata! Una y mil veces ha sabido acordarse que, de no ser moso'e posibles, en jamás daría un'hija suya'naides...". Y resuenan como música de seducción las sugestiones de Aniceto: "De todo el mundo haberían'e desconfiar, menos de Floro...".

Y por si la fuerza de persuasión no fuera suficiente, el tentador abunda en otras consideraciones que, apoyadas por otras *güeltas de giñebra,* deciden al muchacho.

❦ ❦ ❦

Silenciosos ambos, y con el corazón a los martillazos Floro, desmontan junto al sitio elegido para *voltear* el alambrado.

La noche, cerrada y tenebrosa, se presta para la empresa.

En dos certeros hachazos dan con los alambres por el suelo.

Y cuando los dos hombres, remontando, tienden a rodear los novillos para sacarlos, unos furiosos ladridos ponen su agudo alerta.

—¡Caray! ¿Perros en l'hacienda?

Eso no entraba en los cálculos de Floro.

Y cuando está empeñado en la dura empresa de reflexionar, de poner

un poco de claridad en sus ideas para darse cuenta de la situación, un tropel de caballos y jinetes que se le viene encima le paraliza. Sólo puede ver que su compañero de cuatrerío, Aniceto, monta de un salto y se pierde en la obscuridad de la noche.

Aterrado, Floro reconoce la voz del padre de Mecha.

—¡Ni te mosquiés siquiera, ladrón, que te ardo a chumbos!

Y en su diestra reluce, amartillado, el *de caballería*.

Floro está rodeado. Alguien, de atrás, le atenaza los codos. Un solo golpe le hace saltar el cuchillo de la vaina.

Y cuando la luz de un fósforo ilumina el rostro del cautivo, Floro cree morir, mientras la estupefacción inmoviliza a los cautivadores.

—¡Vos! ¡Vos, Floro! — parece dolerse más que acusar la voz de Cirilo, el hermano menor de Mecha, *íntimo* de Floro.

—¡Vos! ¡Vos, indino! — recrimina rencorosa la voz del hermano mayor, que nunca le quiso.

El viejo ha quedado silencioso y hosco.

Cuando se recupera, ordena con voz cortante, dirigiéndose a los hijos:

—¡Ustedes, a las casas, inmediatamente! ¡Y que no sepa yo que se haigan acordao alguna vez en la vida'e lo que ha pasado aquí! ¡Vamos, rápido!

Los muchachos no se hacen repetir la orden y desaparecen.

El viejo, gravemente, devuelve a Floro el cuchillo.

—Tome, amigo, y muente, que hablaremos de camino...

Los caballos van al tranco, apareados.

Floro, con el mentón caído sobre el pecho. El viejo, erguido.

La conversación es entrecortada y penosa.

Tras la plena confesión de Floro, el viejo *pone su parte*.

¡Casualidad de casualidades! El pasó por el mismo trance de tener que cuatrerear para poder casarse con la finada. Sólo que a él no lo sorprendieron. Y tras ese único traspiés de su vida, se enderezó en el trabajo honrado. El caso de Floro es clarito. Un cachafaz lo ha hecho beber para aprovecharlo. Ellos estaban alerta porque de tiempo atrás les venían haciendo entradas en la hacienda...

Y cuando Floro, con la voz quebrada por la pena, viendo que no lo va a entregar a la justicia, pide que lo deje ir para esconder lejos del pago y de Mecha su vergüenza, la voz del viejo, paternal y honda, le contiene.

—Tenga mano, amigo. Usté la quiere a Mechita y, salvo este traspiés, es un moso güeno que la merece. Lo que ha pasao esta noche, naides lo ricordará en jamás. Usté se queda, mi amigo; se casa con Mecha y yo lo habilitaré con una majadita pa criar al tercio.



Y cuando el mozo quiere interponer una reflexión cualquiera, un solo ademán del viejo lo ataja.

—Yo también he sido moso, amigo, y por querer m'he vido en éstas. Pero cuando hay güen jondo... ¡un trompesón no es cáida!

El Centro de Copistas "Santa Rosa de Lima", que funciona bajo los auspicios del PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS, se encarga de transcribir al sistema Braille obras literarias con destino a los no videntes.

POR LOS ESCENARIOS DE LA GUERRA

AUSTRALIA

LA TIERRA DE LOS "HOYOS DE VIENTO" Y DEL "PALO QUE VUELVE" TIENE CUATRO MILLONES SETECIENTOS MIL KILOMETROS CUADRADOS DE SUPERFICIE Y ES UN MAGNIFICO EMPORIO DE RIQUEZAS





Hasta hace pocos años era posible ver por los caminos de [illegible] diligencias como la presente, [illegible] tráfico de pasajeros. En la actualidad Australia posee una magnífica red [illegible]



[illegible] de Adelaida, [illegible] de 313.000 [illegible], que refleja [illegible] la [illegible] de las ciudades australianas, cuyo [illegible] con la [illegible] del interior del continente



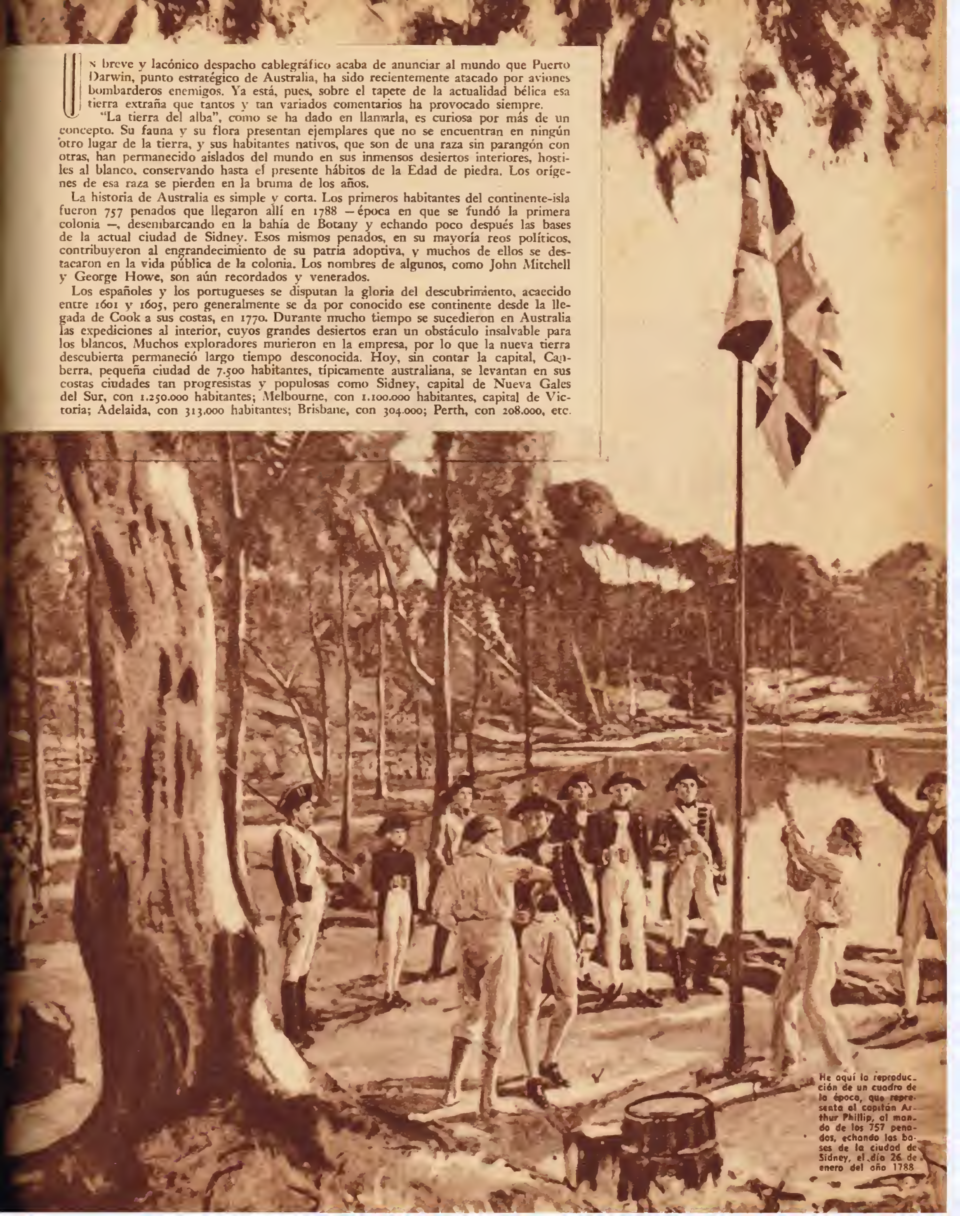
Esta fotografía [illegible] obtenida en el Estado [illegible] Victoria, uno de los [illegible] populosos y florecientes de Australia. El hermoso paisaje muestra una [illegible]nífica cancha de golf, [illegible]porte al que son muy [illegible]cionados los australianos

Un breve y lacónico despacho cablegráfico acaba de anunciar al mundo que Puerto Darwin, punto estratégico de Australia, ha sido recientemente atacado por aviones bombarderos enemigos. Ya está, pues, sobre el tapete de la actualidad bélica esa tierra extraña que tantos y tan variados comentarios ha provocado siempre.

"La tierra del alba", como se ha dado en llamarla, es curiosa por más de un concepto. Su fauna y su flora presentan ejemplares que no se encuentran en ningún otro lugar de la tierra, y sus habitantes nativos, que son de una raza sin parangón con otras, han permanecido aislados del mundo en sus inmensos desiertos interiores, hostiles al blanco, conservando hasta el presente hábitos de la Edad de piedra. Los orígenes de esa raza se pierden en la bruma de los años.

La historia de Australia es simple y corta. Los primeros habitantes del continente-isla fueron 757 penados que llegaron allí en 1788 —época en que se fundó la primera colonia—, desembarcando en la bahía de Botany y echando poco después las bases de la actual ciudad de Sidney. Esos mismos penados, en su mayoría reos políticos, contribuyeron al engrandecimiento de su patria adoptiva, y muchos de ellos se destacaron en la vida pública de la colonia. Los nombres de algunos, como John Mitchell y George Howe, son aún recordados y venerados.

Los españoles y los portugueses se disputan la gloria del descubrimiento, acaecido entre 1601 y 1605, pero generalmente se da por conocido ese continente desde la llegada de Cook a sus costas, en 1770. Durante mucho tiempo se sucedieron en Australia las expediciones al interior, cuyos grandes desiertos eran un obstáculo insalvable para los blancos. Muchos exploradores murieron en la empresa, por lo que la nueva tierra descubierta permaneció largo tiempo desconocida. Hoy, sin contar la capital, Canberra, pequeña ciudad de 7.500 habitantes, típicamente australiana, se levantan en sus costas ciudades tan progresistas y populosas como Sidney, capital de Nueva Gales del Sur, con 1.250.000 habitantes; Melbourne, con 1.100.000 habitantes, capital de Victoria; Adelaida, con 313.000 habitantes; Brisbane, con 304.000; Perth, con 208.000, etc.



He aquí la reproducción de un cuadro de la época, que representa al capitán Arthur Phillip, al mando de los 757 penados, echando las bases de la ciudad de Sidney, el día 26 de enero del año 1788

Sin embargo, puede dar una idea de la desolación del interior la cifra total de la población australiana, que no llega aún a los siete millones de habitantes, teniendo el continente una extensión de casi el doble de la Argentina. En cifras redondas, 4.700.000 kilómetros cuadrados.

Hasta 1850, el país se inclinó hacia la ganadería y la agricultura, favorecido por las grandes llanuras interiores. Pero en esa fecha se produjo el primer descubrimiento de oro, y el codiciado metal amarillo dió pie a una formidable invasión de aventureros, decididos y audaces, que en poco tiempo hicieron surgir ciudades de la nada, como Ballarat y Bendigo. Como ejemplo de la enorme afluencia de inmigrantes, se cita el caso del Estado de Victoria que, en diez años, elevó su población de 70.000 a 500.000 habitantes.

No obstante, pasó aquella época turbulenta y el país, que en 1895 se constituyó en Confederación, votando una Constitución, se encauzó nuevamente hacia la ganadería y la agricultura. Hoy, las carnes, el trigo y, sobre todo, la lana de Australia llegan a los principales mercados del mundo. Se considera que hay en el país cerca de 110 millones de ovinos y un área cultivada de 10 millones de hectáreas. La industria y el comercio han tomado considerable incremento. Existen unas veintitrés mil fábricas que operan por un valor de 5.280 millones de pesos; el comercio exterior alcanzó en los últimos años una cifra que oscila alrededor de los 2.992 millones de pesos. Además, Australia tiene ya una importante red de vías férreas, con una extensión de 43 mil kilómetros, y hermosas carreteras que unen entre sí las principales ciudades.

La fauna australiana se caracteriza porque exceptuando a los quirópteros y algunos roedores cosmopolitas, los demás mamíferos son todos marsupiales o monotremas. Así, el canguro gigante, típico del continente, lo mismo que el curioso ornitorrinco, verdadero ensayo de la naturaleza, pues se trata del único mamífero ovíparo con pelos. Son dignos de mención, también, el lobo marsupial, el dingo o perro salvaje, el casoar, el emú, el pájaro lira, el equidna y el ceratodus. La flora no le va en zaga a la fauna en sus aspectos raros, desde los árboles que no dan fruto, pero cuyos tubérculos son comestibles, hasta los que no dan sombra, por tener sus hojas dispuestas perpendicularmente al suelo, tales como los gumm trees, *Euc. Odorata*. La riqueza en especies indígenas es extraordinaria, pues se calcula su número en unas 8.000. Entre las especies útiles pueden citarse el sándalo, el wook y el cedro. Las costas de Australia, que tienen una extensión de 15.000 kilómetros, son muy uniformes. El de Carpentaria es el mayor de los golfos, siendo juntamente con el Arafuro y el Océano Indico, los límites occidentales. Al sur, se destacan los golfos de Spencer y San Vicente, mientras que la costa septentrional posee varios puertos excelentes. Allí se presenta el estrecho de Torres, que separa el continente de Nueva Guinea. La costa meridional queda limitada por el Pacífico y el mar de Corales. Australia cuenta con algunas islas pequeñas como las de Wellesley, Groote Eylandt, Melville, Canguros y sobre todo la de Tasmania, que es la mayor de todas.

En cuanto a las montañas y los ríos, tanto unas como otros, no presentan rasgos sobresalientes. Las primeras son de poca elevación y existen cadenas interiores y otras que bordean las costas, como la del golfo de Carpentaria. Los ríos son poco navegables, pero en cambio pueden ser aprovechados para el riego. El principal es el Murray.

Hasta el clima tiene carácter extraordinario en Australia, pues, aparte de pertenecer a la zona tropical, sus variaciones de temperatura son notabilísimas. Así, por ejemplo, en Melbourne, Alice Springs y Bourke, las corrientes cálidas de los Monzones que llegan de los desiertos interiores, elevan la temperatura hasta 46 y 47 grados, mientras que las mínimas descienden a los 5, 7 y 18 grados ¡bajo cero! En Port Darwin y en Weers Island se registran las temperaturas más benignas, que oscilan entre los 39 grados como máxima y los 15 grados como mínima.

A través de esta crónica fugaz, el lector habrá podido refrescar en todos los órdenes sus conocimientos del continente "llegado de la luna". Ahora puede, pues, mirar tranquilamente hacia la ex Nueva Holanda, y seguir paso a paso el desarrollo de los acontecimientos que, según el cable, acaban de alcanzar esas costas hace muy pocos días. Los soldados de la tierra del *boomerang*, el palo que vuelve, y de los "hoyos de viento", cuya presión es capaz de matar a un hombre, que han estado luchando en todos los frentes desde el comienzo de las hostilidades, se preparan ahora febrilmente para la defensa de su suelo. Australia está ya en la vorágine de la guerra.

NOVELA POLICIAL

EL ASESINATO DE LA MODELO

por Michael O'Malley

TRADUCIDA ESPECIALMENTE PARA "LEOPLÁN" POR

Rolando W. Varela

TAPA E ILUSTRACIONES DE MARIANO ALFONSO



CAPITULO I

EN la época de su trágica muerte, Margie Shannon era una modelo de artistas en Cleveland. En vida había sido una hermosísima joven rubia de veintiún años, con una numerosa corte de admiradores, aunque completamente desconocida para la fama. Su asesinato puso su nombre en millones de bocas, y Margie Shannon, muerta, adquirió en muy poco tiempo la popularidad que le había sido tan esquiva en vida y que ella tanto ambicionara.

Los retratos de Margie Shannon adornan las galerías de un par de nuestros más conocidos millonarios. Uno de esos retratos, "Despertar", se ha hecho famoso... Principalmente a causa de la publicidad póstuma hecha en torno a él, después del crimen. Al iniciar la tarea de escribir la historia de este asesinato, he recordado una entrevista con Howard Wrenn, el artista, durante el curso de la cual discutimos acerca de su arte y de su infortunada modelo; Wrenn reconoció que "Despertar" era su obra maestra. Por supuesto, no empleó la frase "obra maestra"; es demasiado modesto para eso. En aquella ocasión dijo, simplemente, que se trataba sin duda de su obra más delicada.

El retrato muestra a Margie reclinada en una *chaise longue*. Un libro abierto, con las tapas hacia arriba, se apoya en su pecho, sostenido con la mano izquierda. La derecha acaba de pasar por sus ojos, que están abiertos con una expresión de asombro y de ansiedad. Sus ojos azules y profundos, con un leve toque violeta que recuerdan a esa flor, en ese momento terminan de abrirse después de un largo sueño.

No pretendo tener conocimientos de arte, pero, para mí, lo más notable de ese retrato es el efecto que Howard Wrenn ha dado a los cabellos. Son cabellos rojos con reflejos dorados, y un halo de luz que se refleja en ellos, penetrando por una ventana abierta, envuelve la cabeza de la mujer en un tenue vapor de cambiante colorido que se expande y ondula.

Es un hermoso retrato, y Wrenn, apartándose de todo lo convencional, ha vestido a la modelo con el vestido típico de una moderna *flapper* (aun cuando la falda hubiera descendido un poco); a causa de ello, alguno de los críticos lo habían calificado burlonamente como el anuncio de una bonetería. Otros, sin embargo, con menos prejuicios contra las piernas enfundadas en seda, habían dado un fallo favorable.

Antes de ser tan trágicamente interrumpida, la cárrera de Margie Shannon era similar a la de cientos de otras muchachas, cuyas actividades en público se han hecho más o menos familiares en los últimos años. Un concurso de belleza fué su iniciación... Después de su muerte, los periódicos revelaron que había sido empleada de una gran tienda, en Nueva York; que había tomado parte, cierto verano, en un concurso de belleza para bañistas, a raíz del cual fué enviada a Atlantic City junto con otras ganadoras locales de distintos Estados.

Allí estuvo a punto de ganar el primer premio, pero el comité de artistas que actuaba como jurado, se decidió por una competidora de largos cabellos negros, cuyos atractivos personales eran más acusados que los de la deslumbrante belleza rubia. Sin embargo, aquél fué un paso decisivo en la vida de la joven, a quien el atractivo de la notoriedad y la vida fácil y brillante que había llevado en Atlantic City pusieron nuevas ideas en la cabeza. Después de su regreso a Nueva York renunció al empleo en la tienda, por parecerle demasiado prosaico, y procuró, en seguida, ingresar en uno de los estudios cinematográficos de Long Island.

Logró algunos papeles de extra en unas cuantas películas, pero eran pocos y apenas bastaban para cubrir sus necesidades. Un día, su temperamento, que era tan rebelde como sus cabellos, provocó una disputa con el asistente del director, luego pidió su tarjeta de identificación y se alejó para no volver más al estudio.

En el tiempo que le dejaban libre sus actividades en los estudios cinematográficos, Margie Shannon había trabajado, en ocasiones, para uno de los mejores fotógrafos de Nueva York, quien se dedicaba a la publicidad. La firma, con tal motivo, hizo una gran cantidad de fotografías de la muchacha, y en vista de que ésta tenía un cuerpo casi perfecto, posaba preferentemente para anuncios de ropa interior y bonetería. Su fotografía había sido usada también, varias veces, para ilustrar novelas en serie, y después de su fracaso en las películas, Margie trabajó durante algunos meses como modelo de fotógrafos. El trabajo tenía una paga regular, pero la muchacha no estaba satisfecha; el afán de la notoriedad había hecho presa en ella e imaginaba siempre cosas muy grandes para sí. Después de insistentes pedidos, logró que el jefe de los estudios cinematográficos la recomendara a un director de teatro, para probar suerte en las tablas. El citado director tenía algunos amigos influyentes y logró que colocaran a Margie Shannon en el coro de una comedia musical, cuyos ensayos habían comenzado en esos días. Pero se trataba de una obra destinada al fracaso; se estrenó en Detroit donde sus empresarios perdieron dinero y se ganaron en cambio los más cáusticos comentarios de los críticos de la ciudad. A la semana siguiente se exhibió en Cleveland, donde, al tercer día de ser presentada, la primera actriz sufrió un serio accidente de automóvil. Entonces, en vista de tales contratiempos, quienes financiaban la obra decidieron, prudentemente, terminar allí su aventura.

Así fué como Margie Shannon llegó a Cleveland. Howard Wrenn, el pintor, fué luego la causa de que ella permaneciera allí. La noche del estreno de "¡Hola, hermano!", aquél asistió a la función, y al ver en el coro a la muchacha de cabellos rojos (según me lo relató más tarde), se dijo a sí mismo que aquélla era la modelo que había estado buscando durante años. Le envió entonces una nota preguntándole si le interesaría posar para él. La respuesta llególe varios días después, cuando Margie había perdido definitivamente la esperanza de seguir trabajando en la revista teatral.

"Sí, estoy interesada. Hay que vivir"..., le escribió.

Tengo ante mí, mientras escribo, una voluminosa colección de diarios que tratan el caso del asesinato de Margie Shannon. La mayoría de ellos están subrayados entre líneas, porque tuve la suerte de trabajar en el asunto desde el principio hasta el fin, casi sin interrupción. Forman en total un relato claro, exacto y cronológico de los hechos, aunque desgraciadamente incompletos porque no mencionan al hombre que descubrió el secreto. Este último insistió siempre para que su nombre no figurara en los diarios, aunque todavía no puedo comprender por qué. De tal manera, el triunfo de la pesquisa fué acreditado a la policía; y el público nunca supo la verdad.

En la época del asesinato, él y yo trabajábamos juntos en el "Cleveland Express". El como corrector y yo como reportero. Era el hombre misterioso de la redacción, delgado, desaliñado, y cuya edad indefinida podía situarse entre los treinta y los cuarenta años; taciturno y con profundas arrugas en el rostro, tenía el hábito de permanecer absorto mirando fijamente al espacio, cuando no estaba corrigiendo pruebas o leyendo encabezamientos, mientras pasaba y repasaba su mano derecha por los cabellos, abundantes y rebeldes. A pesar de su aparente desgano y de su falta de iniciativa, era por muchos conceptos el mejor hombre de la redacción. Creo que era el único hombre del "Cleveland Express" capaz de desempeñar cualquier puesto a la perfección; para los demás, se





trataba solamente de uno de esos "pájaros" que se habían refugiado en el periodismo en espera de tiempos mejores. Los chismes de la redacción daban por cierto que había sido profesor de inglés en un par de colegios. Nadie lo sabía a ciencia cierta y creo que esos rumores tenían poco de verdad. El rumor comenzó probablemente cuando sus compañeros empezaron a darse cuenta de su verdadera erudición. Sea como fuera, ella era un indicio del valer de Lowell Brant.

Actualmente no trabaja ya como periodista, y el nombre que doy aquí no es por cierto el verdadero. Ha escrito ya dos novelas, la segunda de las cuales le ha reportado un verdadero éxito literario Por supuesto, debería ser él mismo quien escribiera esta historia y explicara los procesos del razonamiento mediante el cual se solucionó el misterio del asesinato de Margie Shannon. Nadie hubiera podido hacerlo mejor. Mis ruegos en ese sentido no surtieron sin embargo el menor efecto en él. Una noche, no hace mucho tiempo, llegó a Cleveland de visita; cenamos juntos y aproveché la ocasión para renovar mi pedido. Su negativa fué tan firme como siempre.

—¿Por qué no la escribes tú mismo? — díjome al fin.

—Sencillamente porque tú eres el único hombre que podría hacerlo — le contesté.

—¿Por qué? ¿Sólo porque mi teoría resultó cierta o porque me he dedicado a escribir libros? — respondió sonriendo.

—Por las dos cosas.

—Pues te equivocas; ni soy historiador ni deseo hacer mí autobiografía. Escribo novelas porque me agrada, y no quiero hacer otra cosa.

Antes de que partiera nuevamente, me había persuadido de que era yo quien debía escribir la historia del asesinato, y así, aunque dudando del éxito de mi trabajo, me he puesto a él, por más que debo recordar, antes de seguir adelante, que Lowell Brant resolvió el caso sin haber tenido contacto directo con él. Era un corrector de pruebas, un hombre de oficina, no un reportero o un detective o un policía aficionado. Pensó profundamente en el asunto y llegó más lejos en la investigación que ningún otro. Y debe ser considerado como una especie de récord que ni siquiera pusiera los pies en el departamento en el que la hermosa Margie Shannon encontró la muerte.

Las coincidencias hacen más interesante cualquier historia, y esta de Margie Shannon nació plena de coincidencias.

• • •

En la noche del 9 de octubre de 192..., cuatro reporteros estaban sentados en la oficina de prensa, en el Departamento de Policía, deplorando al unísono la absoluta carencia de noticias sensacionales. Yo era uno de esos cuatro, aun cuando no tuviera motivos reales para estar allí. Los otros, en cambio, cumplían con su deber. Yo tenía el día libre porque la noche anterior había trabajado un par de horas extra a pedido de nuestro director Sparks. No teniendo nada que hacer, y no habiendo podido conseguir un pase para ver la única obra teatral interesante, encaminé mis pasos instintivamente hacia la policía. Matar el tiempo resulta a veces toda una tarea. Y el hábito me había impulsado hacia el Departamento Central donde esperaba encontrar a algunos compañeros.

Allí estaban, en efecto, Bunny Jackson, de "The Sun"; Grady Williamson, del "Public Opinion"; y Earl Jones, un novato de nuestro diario. En la mesa, manchada y quemada por los cigarrillos, había un libro abierto: la última novela de misterio, y todos al mismo tiempo emitían su opinión acerca de ella en el momento en que yo llegaba.

—¡Es estúpida! — murmuró Williamson —; estas novelas policiales me hacen reír; son demasiado científicas... Ese detective, por ejemplo, descarta todos los indicios que conducen al asesino y se conforma con evidencias circunstanciales psicológicas.

Y mientras hablaba, se dió vuelta en su silla para mirarme y puso los pies sobre la mesa.

—¿No crees entonces en las evidencias circunstanciales? — pregunté.

—Evidencia psicológica — dijo Bunny Jackson a su vez.

—Es una buena teoría para un autor que desea hacer dinero con su libro — dijo Williamson —; ¿pero imaginan ustedes a John Cropsy diciéndole a su jefe que acaba de regañar a uno de los posibles culpables de un asesinato, que no ha podido rendir cuenta de su tiempo, pero que lo ha dejado en libertad porque los aspectos psicológicos del crimen no coinciden con su personalidad? ¿Cuánto tiempo creen ustedes que Cropsy estaría al frente del departamento de homicidios?

Bostezó con disgusto y pidió un cigarrillo.

—Alguien debería explicar a esos sesudos literatos que los crímenes no suceden así — continuó encendiendo el cigarrillo que le alcanzara Earl Jones —; simplemente, no pueden ocurrir así. Si alguna vez llego a escribir una novela policial...

—¿Sí, qué?... — preguntó Bunny Jackson, mientras Jones reía estrepitosamente.

—Bueno..., ¿y qué tendría de extraño después de todo? — preguntó Williamson ofuscado.

—¿Saben lo que pienso? — preguntó Jones.

—A nadie le importa lo que tú piensas — le interrumpió Bunny Jackson —; no te pagan para pensar, sino para borronear carillas.

—¿Saben lo que pienso? — repitió Jones imperturbable —; he leído el libro y me parece interesante, pero está plagado de galimatías. Mi opinión es que hay solamente dos clases de evidencias.

—¿Sí?... — murmuró Williamson.

—Sí, hombre; dos clases de evidencias: la falsa y la verdadera. Y no existe diferencia en que sea circunstancial o psicológica o como quieran llamarla... Y cuanto más inteligente es el criminal, tanto mayor sagacidad se requiere para resolver el crimen.

Cuando terminó de hablar, una lluvia de preguntas irónicas cayó sobre él.

—¿Pensaste todo eso tú solo? — preguntó Williamson.

—¿Dónde aprendiste esas palabras difíciles? — dijo Bunny.

Jones sonrió un tanto avergonzado. Tenía solamente veintidós años y acababa de salir del colegio. Hacía pocos meses que trabajaba en el periodismo, en tanto que los otros dos eran ya veteranos. Eran cínicos e incrédulos, aun cuando no habían llegado a los treinta años todavía.

Por mi parte apreciaba a Earl Jones. Era un muchacho bueno y despierto.

—Déjenlo tranquilo — murmuré —. Cuando menos lo piensen estará escribiendo artículos sobre política, mientras que ustedes dos se verán todavía corriendo tras los crímenes.

—Lo mejor que puede hacer es partir en seguida para Wáshington — dijo Williamson en tono sarcástico.

—Cuando hables por la radio nos avisas — dijo a su vez Jackson.

—Otro Floyd Gibbons, ¿eh?... — dijo Williamson.

Jones cambió entonces el tema de la conversación, y bien pronto nos pusimos todos a discutir acerca del crimen de Cleveland, estando de acuerdo sobre la necesidad de que sucediera algo.

—Pero no uno de esos crímenes vulgares de contrabandistas — dijo Grady Williamson —, sino un gran asesinato con mucho misterio y mujeres.

Y volviéndose hacia Jones, continuó parodiándolo:

—Hay dos clases de asesinatos: los que constituyen un buen reportaje y los que no dan lugar a nada.

Earl Jones comenzó a hacer la "ronda". La llamada telefónica a las seccionales de policía, a los hospitales y a otras fuentes regulares de información. Nuestra conversación se veía interrumpida a intervalos regulares por sus "¡Hola, sargento!, ¿nada nuevo?".

—¿Qué clase de crimen elegirías para hacer una buena crónica? — pregunté de pronto a Williamson.

Era uno de los pocos reporteros con los cuales me agradaba discutir seriamente, lo cual ocurría muy raras veces. Creo que era el mejor reportero policial, y confidencialmente sabía que le pagaban un sueldo muy elevado, aun cuando no escribía mucho para su diario. Su tarea consistía en pescar noticias más que en escribirlas, y a pesar de que acababa de burlarse de la psicología en la evidencia criminal, estoy seguro de que la usaba casi a diario él mismo, cuando se dedicaba a la búsqueda de novedades para su diario. Sin embargo, hubiera sido la última persona en el mundo que tratara de realzar sus métodos propios aplicándoles el nombre de métodos psicológicos. No obstante, yo le había visto muchas veces conseguir fotografías de gentes que no deseaban dejarse fotografiar, y lo había observado también mientras hablaba con gentes que rehuían hablar. Un par de preguntas y un par de respuestas era todo lo que necesitaba.

—El mejor asesinato para una crónica periodística, es el crimen pasional — contestó mientras estiraba la mano hacia el atado de cigarrillos —. Eso significa siempre que el crimen es entre los dos sexos. El asesinato de un hombre por una mujer o viceversa, aun cuando esto no es absolutamente necesario. Una de las mejores crónicas que he escrito, se refería al asesinato de una mujer por otra mujer.

Preferencia



—Sí; de todas las estaciones del año, el otoño es la que más me agrada. Tiene algo que no tienen las demás...: el aire, creo...

—¿El caso de Jean Bushby, que apareció ahorcada? — preguitó Bunny Jackson.

—Sí.

—¿Y los motivos? — inquirí, deseando prolongar la conversación. Se daba el caso de que había pasado varias semanas revolviendo los archivos de la Municipalidad, siguiéndole la pista al dinero de los contribuyentes y ahora me alegraba engolfarme en una discusión acerca del tipo de crónica que eligiría un reportero para trabajar.

—¿El motivo?... — repitió Grady —, pues... amor, odio, celos, venganza; cualquiera de ellos es bueno. Y en el asesinato pasional los tres últimos se originan generalmente del primero.

—Para ti esos son los motivos de una tragedia. Hay algo frío e inconvencional, sin pasión, en un asesinato por dinero o en esa idea moderna de deshonrar a alguien. No satisface; es como un cuadro pintado sin colores. La técnica está allí, pero nada más... ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Llama al asilo de Newburgh — dijo Bunny Jackson mirando a Jones, que estaba cerca del teléfono, por encima de la máquina de escribir —; hay dos locos aquí que se creen Rembrandt.

Williamson respondió con su risa ronca del Bronx.

—Tengo que reírme — dije yo a mi vez, tanto para provocar a Jackson como para estimular a Grady —. Sí, comprendo lo que quieres expresar, desde luego; no hagas caso de lo que dice Jackson... Tu crimen pasional, como le llamas, es rico en tonos rojos y púrpura, supongo, para seguir la metáfora; es cálido para los sentidos. Hay...; bueno, hay profundidad en él. ¿Digo bien?

—Sí.

—¡Dos locos! — murmuró Jackson con disgusto —; esperen un momento que voy a traerles un poco de pintura y dos pinceles.

—¡Si alguna vez escribiera yo una novela policial!... ¡Pedazo de alcornoque!... — dijo a su vez Jones.

—¡Cállense la boca! — exclamó Grady.

—Además — dijo Jackson —, si algún ciudadano de esta respetable ciudad de Cleveland entrara aquí en este instante y los oyera a ustedes dos discutir calmosamente acerca del crimen que más satisface sus inclinaciones personales, se quedaría asombrado. Y no sería difícil que se le ocurriera pensar que la mitad de los crímenes habidos aquí fueron instigados por reporteros de ideas extremistas que hallaban así la manera de conservar su empleo.

—Bajo esta camisa, buen hombre — contestó Williamson tocándose la prenda de vestir a la altura del pecho—, late un corazón muy humanitario; no me interpreten mal; si por mí fuera no habría más crímenes... Bueno, casi ninguno, por lo menos... Hay un par de sujetos en esta ciudad que han vivido demasiado; verdaderamente demasiado..., pero lo que digo es que mientras deba haber crímenes, que sean por lo menos buenos crímenes y no imitaciones baratas. Estoy cansado ya de andar tras los contrabandistas de licores y escribir después en el diario que cualquier Joe Whoojis ha sido llevado "a dar un paseo". Estoy cansado de descubrir bares clandestinos y cabarets, tan continuamente que apenas puedo sentarme aquí a jugar una partida de póker. Si es necesario que haya crímenes, que sean completamente apartados de lo común y que interesen a los verdaderos peritos de la delincuencia. Hace mucho tiempo que trabajo como reportero; he visto muchas cosas y he pasado por todas las situaciones; me parece que merezco un poco de diversión..., eso es todo. Creo que me he hecho entender...

En ese momento Earl Jones colgaba el auricular del teléfono con un golpe. Luego volvióse hacia los demás y dijo:

—Todo lo que hay es un herido de arma blanca en la avenida Scovill... ¿Alguien quiere ir?

—¿Qué haríamos con él?, ¿comerlo? — preguntó Williamson.

Se levantó perezosamente de la silla en que estaba sentado, preparándose para salir.

—Voy a cometer un crimen... de una manera altamente beneficiosa... Me comeré tranquilamente un sándwich de jamón cocido.

Y poniéndose serio de pronto, continuó:

—Espero que la próxima vez sea algo verdaderamente interesante y no una historieta cómica.

Salió al decir las últimas palabras. Yo miré mi reloj; eran las doce y cinco... Me levanté de un salto y salí tras él.

Y mientras todos estábamos allí sentados, hablando de crímenes, Margie Shannon era asesinada.

CAPITULO II

Cerca de las nueve y media, a la mañana siguiente, Calhoun, el director, me mandó llamar a su oficina.

—Ponte el sombrero — me dijo —. Tenemos por fin un buen asesinato. Una muchacha ha sido apuñaleada en su departamento. Toma un auto y corre al lugar del crimen. Harris está ya allí... Le dirás que me comunique por teléfono todo lo que puedas descubrir del asunto,

y luego vuelves para escribir la crónica... Alcanzaremos la segunda edición local.

Y mientras hablaba, me extendió una tarjeta con la dirección de la casa del crimen. El lugar era un departamento situado en la calle 82, Este, no lejos de la avenida Euclid. El edificio no era muy moderno, pero estaba presentable y parecía tranquilo, respirándose en él una atmósfera apacible. Tenía cuatro pisos, y contaba con un ascensor automático para subir a los superiores. Justamente detrás del ascensor y hacia la derecha estaba el conmutador telefónico a cargo de una joven que parecía ligeramente asombrada. Me miró fríamente cuando comencé mis tareas de reportero, pero al exhibirle la credencial quedó suficientemente asombrada o atemorizada como para contestar a mis preguntas.

El departamento de Margie Shannon estaba en el cuarto piso; subí en el ascensor y encontré la puerta cerrada y custodiada por un policía. Otro policía estaba montando guardia frente a un excitado grupo de hombres y de mujeres que hablaban todos a la vez, haciendo muchos ademanes, al final del pasillo. Cuando me aproximaba a la puerta, ésta se abrió dando paso a John Cropsy, el teniente que se hallaba a cargo de la sección de homicidios. Murmuró algunas palabras al oído de un policía que estaba junto a él y entonces, dándose cuenta de mi presencia, me sonrió mientras decía:

—¡Ah, eres tú!... Bueno, si quieres curiosear por ahí, busca una silla y siéntate. Hay mucho trabajo que hacer y aun no hemos comenzado.

Malentendido



—¡Pero, querido! En tu carta me decías que eras R. C., y yo les dije a todas mis amigas que eras el Recluta Campeón. ¡Y resulta que eres Recluta Cocinero!

Cropsy era un oficial activo e inteligente, que tocaba ya los cuarenta años No era lo que se dice un peso pesado, pero si robusto y musculoso. Sus cabellos castaños eran crespos y suaves, y tenía la costumbre de mirar fijo y calmosamente con sus penetrantes ojos grises. Era uno de los hombres más valientes que he conocido. Su primer ascenso, desde las patrullas callejeras a las oficinas, fué debido a una de las más brillantes exhibiciones de bravura personal registrada en el Departamento de Policía. Desde entonces sus ascensos habían sido relativamente rápidos. Tomaba su trabajo con seriedad y cariño, interesándose profundamente en la criminología. Por esa época, estaba estudiando a fin de rendir examen ante los tribunales.

Yo había seguido su carrera con interés desde el día en que entró a formar parte de la brigada de detectives, posiblemente en razón de que se había mostrado siempre muy cortés conmigo desde el principio, y estaba siempre pronto a dar una respuesta a las preguntas que se le formulaban. Sin embargo, a despecho de su afecto, que era amistoso, no se apartaba una línea de lo que él consideraba su deber. Seguía sus casos con incansable celo, y si alguna falta tenía era su exagerada tenacidad, que le hacía seguir una teoría, cuando la había desarrollado, mucho más allá del punto donde la mayoría de los hombres la hubieran abandonado.

Me deslicé por detrás de Cropsy para entrar en el departamento de Margie Shannon. Había ya allí otros dos detectives y varios reporteros; Harris, mi compañero del "Express", perteneciente a la sección policial, y Ferrell, del diario "The Sun".

La habitación estaba costosamente amueblada, pero al echar un vistazo alrededor noté que se hallaba en completo desorden. Un tapiz había sido arrancado a medias de la pared; en el centro de la habitación había una silla patas arriba, y entre las dos ventanas, hacia el norte, vi un escritorio con sus cajones volcados y el contenido apilado en un confuso montón sobre un gran papel secante.

Cerca de la estufa, que estaba en la pared del lado Este, y hacia la derecha, entrando a la habitación, había un costoso sofá cubierto con una funda de seda adamascada, y a su lado, en el piso, casi detrás de la puerta, yacía Margie Shannon.

—La mataron a puñaladas — murmuró Harris a mi oído.

Pero no era necesario que me lo dijera. La sangre había formado una gran mancha en la alfombra, al lado del cuerpo, y además se veían claramente, en el pecho de la mujer, varias profundas heridas. Parecía como si hubiera sido literalmente cubierta de puñaladas por alguien que se hallaba en el frenesí de la locura homicida.

Nunca olvidaré el horror de la tranquila escena, ni olvidaré tampoco jamás a Margie Shannon, aun cuando solamente la vi después de muerta. Era, o había sido, una hermosa muchacha; tenía los cabellos rojos con reflejos que parecían de cobre bruñido, y delicadas pestañas que terminaban en una graciosa curva. Pero sus labios, delgados y bien delineados, estaban contraídos por una mueca horrible que dejaba al descubierto sus blancos dientes. Sus profundos ojos azules tenían una expresión de asombro y de terror.

Creo que era esa expresión ansiosa y asombrada de sus ojos lo que hacía su rostro inolvidable. Casi a pesar mío le eché una profunda e interrogante mirada. Pero era ella, que yacía muerta en el piso, la que hacía esa pregunta que no tenía respuesta. Desde ese momento nosotros trataríamos de hallar la contestación.

Cropsy, que se había inclinado sobre ella, irguióse lentamente y volviéndose hacia uno de sus hombres, le dijo:

—Traiga a la mucama, Kornman.

Kornman se alejó rápidamente y volvió al cabo de unos instantes acompañado por una muchacha negra, que vestía uniforme de mucama.

Cropsy esperó deliberadamente a que Kornman cerrara la puerta tras él. Y luego, volviéndose hacia la mucama que parecía atontada y temblaba de miedo, le dijo:

—Venga por aquí.

Y la condujo hacia el pequeño rellano que daba al dormitorio. Comprendimos que deseaba evitarle la vista del cadáver.

—¿Fué usted quien encontró a miss Shannon esta mañana? — le preguntó entonces.

La muchacha asintió con la cabeza, sin hablar.

—Dígame su nombre.

—Bertha Ramsey, señor detective.

—Bien, Bertha; deseo que me diga lo que ha sucedido. No se altere y sea breve; nadie le va a hacer daño y no debe tener miedo de decir la verdad. ¿A qué hora llegó al trabajo esta mañana?

—A las ocho, señor.

—¿Y a qué hora entró usted en este departamento?

—A eso de las nueve.

—¿Es ésa la hora en que acostumbra usted a limpiar el departamento de miss Shannon?

Bertha, mirándolo con ojos muy abiertos y con expresión temerosa, le respondió que habitualmente entraba en ese departamento entre las nueve y las diez de la mañana.

—Muy bien. Ahora dígame todo lo que sepa — dijo Cropsy.

La sirvienta, atemorizada a pesar de las seguridades que le daba su interlocutor, comenzó a relatar los hechos, aunque tenía que ser frecuentemente apremiada por Cropsy. En definitiva, contó lo siguiente:

Habíase presentado al trabajo a la hora de costumbre; hizo las camas y la limpieza en varios departamentos y, a eso de las nueve de la mañana, llamó a la puerta de Margie Shannon. No habiendo obtenido respuesta, trató de abrir empujando la puerta; pero al ver que ésta se hallaba cerrada recurrió a su llave maestra. Al meterla en la cerradura, oyó el ruido característico de otra llave que caía al piso por el lado de adentro.

Había entrado luego en el departamento deteniéndose un instante para recoger la llave caída; pero casi en el mismo instante vió el cuerpo de Margie Shannon que yacía frente a ella en el piso, cerca de la entrada.

Lanzando entonces un grito, corrió hacia afuera, presa del espanto, descendiendo los tres pisos por las escaleras, hasta llegar al conmutador telefónico, donde comunicó su descubrimiento a la operadora del turno de la mañana, la señora Carran. Esta última avisó a su vez al encargado de los departamentos, quien se puso inmediatamente en comunicación con la policía, subiendo luego por el ascensor hasta el departamento de la modelo, en compañía de la atemorizada Bertha, para echar un vistazo a la escena.

Cropsy interrumpía a la muchacha cuando necesitaba estimularla para que continuara su relato, y cuando hubo terminado, comenzó a hacerle algunas preguntas:

—Vamos a poner esto en claro, ahora. Dice usted que cuando llamó y no obtuvo respuesta, abrió la puerta con su llave maestra, oyendo entonces que otra llave caía por el lado de adentro, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Es ésta la llave? — preguntó entonces Cropsy conduciendo a la mucama tras la puerta del departamento y haciéndola inclinarse sobre una llave que se hallaba encima de la alfombra.

—Sí, señor; es ésa. Yo no la toqué.

El hombre se agachó entonces y recogió la llave por el ojo, tomándola entre sus dedos índice y pulgar. Era una llave ordinaria, y

no una variedad del sistema patentado a resorte. Después de haberla examinado cuidadosamente, Cropsy la dejó en un ángulo de la carpeta, sobre el vasar de la chimenea.

—Bueno, ya tenemos trabajo para Cantwell — dijo, refiriéndose al jefe del departamento de dactiloscopia, y luego continuó, dirigiéndose a la muchacha —: Ahora otra cosa: ¿Por qué abrió usted la puerta y entró después de haber oído caer la llave por dentro? ¿No pensó usted, al darse cuenta de que la llave estaba en la cerradura, que miss Shannon se hallaba en su departamento..., probablemente durmiendo?

Bertha Ramsey asintió con la cabeza.

—Sí, señor — dijo —, pero a miss Shannon no le agradaba dormir hasta muy tarde, por la mañana. Si no se encontraba ya levantada cuando yo llegaba, se levantaba a abrirme al sentir mi llamada. Luego se vestía mientras yo efectuaba la limpieza.

—¿Dice que se levantaba por lo general al oír su llamado?

—Sí, tenía el sueño muy liviano. Esta mañana pensé que posiblemente se habría levantado más temprano que de costumbre para salir de compras, pero cuando oí caer la llave, supuse entonces que estaría aún durmiendo y mi intención era despertarla.

Mientras se llevaba a cabo este interrogatorio, Kornman inspeccionaba las ventanas, de las que había dos en el dormitorio, una en el cuarto de baño y dos en la sala. Todas daban hacia el norte. Whitacre, el otro detective, examinaba a su vez la cerradura, teniendo cuidado de no apoyar las manos en el picaporte del lado interior.

—Vete al teléfono — susurré al oído de Harris —. Tenemos todo lo necesario para lanzar la primera edición. Dile a Calhoun que redacte la crónica, que yo estaré en la redacción a tiempo para la edición local.

—Robo con escalamiento — dijo Harris mientras asentía con la cabeza —; el ladrón debe haber escapado por una de las ventanas.

En ese momento Kornman, que venía del dormitorio, se acercó a nosotros, y al escuchar la observación de Harris, le echó una mirada irónica.

—¿Escapado por una ventana, dice?... Bueno, entonces debe ser un gran alpinista — y volviéndose bruscamente hacia Cropsy continuó —: teniente, todas las ventanas están cerradas, excepto las dos del dormitorio; una de ellas está abierta de par en par..., pero no hay escalera de incendios en ese lado del edificio, y se trata nada menos que de un cuarto piso.

CAPITULO III

Si Kornman pensó que su información iba a sorprender a Cropsy, estaba completamente equivocado.

Cropsy continuó tranquilamente hablando a Bertha Ramsey, a quien en ese momento despedía, no sin antes advertirle que no abandonara el edificio para el caso de que fuera necesario interrogarla nuevamente. Luego, volviéndose hacia Kornman sonrió con suficiencia, mientras le decía:

—Sí, ya he visto que no había ninguna escalera de incendios en ese lado del edificio; me di cuenta de ello cuando entrábamos. Está en la parte de atrás y da hacia el vestíbulo.

—Bueno..., ¿cómo diablos pudo haber escapado el asesino con la puerta cerrada por dentro con llave? — dijo Kornman —. ¿Le brotaron alas y echó a volar por la ventana o salió por la chimenea como Santa Claus?

Caminó a través del cuarto dirigiéndose hacia la chimenea, con la intención de echar allí una mirada, pero se detuvo a mitad del camino, mientras aparecía en sus ojos un brillo de triunfo y de astucia.

—¿No estaría mintiendo la sirvienta cuando dijo que la puerta estaba cerrada con llave? — preguntó volviéndose hacia Cropsy.

Whitacre, que acababa de examinar la cerradura, cambió una sonrisa con el inspector.

—Se ha equivocado dos veces, Kornman — dijo —; el asesino salió por la puerta, y la mucama no ha mentido hasta ahora — y luego, dirigiéndose a Cropsy, continuó —: ¿Ya se dió cuenta usted de ello, verdad?

Whitacre, con ambas manos en los bolsillos del pantalón, continuó hablando a Kornman:

—La puerta tiene un cerrojo; no hay nada raro en ello. Es un ingenioso mecanismo que, apretando el botón de la punta, cierra la puerta por fuera, pero no por dentro. Con el cerrojo se puede dejar la llave por el lado de adentro y cerrar la puerta desde afuera. Ahí está todo el misterio: la puerta cerrada por dentro con la llave puesta en la cerradura.

—Bien, bien, comprendo — dijo Kornman un tanto confuso.

—¿Dió usted orden de que llamaran al doctor Saunders? — preguntó Cropsy volviéndose hacia Whitacre.

—Jackson manifestó que iría él mismo a buscarlo — dijo este último.

—Bueno, mientras esperamos, váyase a buscar al encargado. Hay que aclarar una cantidad de cosas todavía...

Caminó hacia la entrada de la habitación, se detuvo ante el cuerpo que yacía en el piso, y un surco de preocupación se dibujó en su frente.

Lentamente comenzó entonces a hacer una cuidadosa inspección del departamento, aprovechando la ocasión, no sin antes anunciar mi propósito al oído de Cropsy, prometiéndole no tocar nada.

La ventana daba frente a la estufa y junto a ella, hacia la izquierda, había una mesa de noche con un velador encima; este último estaba aún encendido y esparcía una pálida luz sobre algunos libros que se hallaban cerca, en un artístico portalibros de metal cromado.

La estufa era muy estrecha; sobre el vasar había, en un extremo, un fino jarrón; en el otro, una figura de bronce y en el centro un enorme y pesado reloj. El reloj se hallaba de costado y muy cerca del borde del vasar. Alguien había tratado de buscar algo tras él, o quizá le dió vuelta al pretender arrancar un tapiz que se veía contra la pared, encima de la chimenea. Una de las cuatro grandes tachuelas que sostenían al tapiz en su lugar estaba aún en la pared, colgando de ella un pequeño fragmento de la tela. Las otras habían sido arrancadas de su sitio.

Hacia el centro de la habitación estaba la silla caída; era una silla con un respaldo forrado de tablillas horizontales y un asiento de junco. En el extremo más alejado de la ventana, contra el dormitorio, había una lámpara de pie y un sillón cubierto por una funda de género. Un cortinado de gasas separaba la sala del pequeño vestíbulo que daba al dormitorio. En las paredes, a cada ladó, había allí pequeños cuadros. El escritorio estaba entre las ventanas, flanqueado, a la derecha, por una pequeña lámpara de pie. Entre la ventana de la izquierda y la pared del oeste había una radio en un lujoso gabinete de nogal. Sobre la radio se veía una pequeña carpeta bordada en oro y sobre ésta un florero verde, ancho y bajo, y un retrato a pluma de Margie Shannon, en un marco de plata. El retrato estaba firmado con las iniciales "H. W".

Varias sillas pequeñas y una mesa de bridge estaban contra la pared cerca de la radio, aparentemente como complemento del moblaje de la habitación. Eché una última mirada en derredor y entré en el dormitorio. Alguien había revuelto el cuarto sacándolo todo de su lugar, posiblemente en una rápida y desordenada búsqueda, porque los cajones de una pequeña mesa de dibujo y de un escritorio habían sido sacados y su contenido arrojado al suelo. Ropas y artículos de tocador yacían por doquier; una cartera de mujer que estaba sobre el tocador había sido revisada, y en su prisa —o frenesí —, el desconocido la había dado vuelta, rompiendo un pequeño frasco de perfume.

Ni aun la cama había sido respetada. Las cobijas se hallaban en revuelta confusión; las almohadas, arrojadas al suelo, y el colchón estaba casi fuera de la cama.

La puerta de un ropero se hallaba abierta y éste había sido también revuelto. Los vestidos, arrancados de sus perchas, se encontraban en el suelo, formando un policromo montón de seda, confundidos con varios pares de zapatos. Eran vestidos de costosas telas, llamándome la atención un hermoso tapado blanco de noche, adornado con pieles, que emergía del confuso montón de ropas.

Volviendo a la sala, el baño se hallaba hacia la izquierda del pequeño pasillo y a la derecha había otro ropero. Como el anterior, éste había sido también revuelto, pero, por lo visto, Margie Shannon guardaba la mayor parte de su ropa en el primero, reservando este último para ropa de invierno, zapatos de goma y cosas por el estilo. Sin embargo, vi también allí un costoso abrigo de pieles.

El cuarto de baño, en cambio, no había sido visitado por el desconocido, y al echar una mirada en su interior, no descubrí nada anormal; volví entonces a la sala, justamente en el momento en que Whitacre entraba con el encargado de los departamentos.

Este último era un hombre pequeño y regordete, con una gran papada, y que se daba aires de importancia. Sus cabellos negros habían sido peinados cuidadosamente, en un vano esfuerzo por ocultar la calva, y aun cuando estaba afeitado, su rostro aparecía oscurecido por la sombra de la barba.

Dijo que su nombre era Weiss. Cropsy le ordenó que contara todo lo que sabía acerca del crimen, y sus palabras corroboraron la declaración de la mucama. Según afirmó, había sido despertado por el operador del conmutador telefónico, quien le comunicó el descubrimiento hecho por Bertha Ramsey; inmediatamente había dado orden al operador de que llamara a la policía, acompañando mientras tanto a la mucama del departamento de miss Shannon, donde vió el cuerpo de Margie. Luego cerró la puerta y aguardó la llegada de la policía.

—¿Eso es todo? — preguntóle Cropsy.

—¿Y cómo iba a saber yo algo más? — contestó Weiss —; primero me aseguré de que la mucama decía la verdad, y luego esperé a que ustedes llegaran. Eso es todo lo que podía hacer, ¿no es cierto?

—Dejemos eso — dijo Cropsy molesto por el aire de seguridad de Weiss —; dígame algo acerca de la muchacha..., de Margie Shannon. ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Tenía amigos entre los otros inquilinos?

—Sé muy poco acerca de ella — contestó el encargado encogiéndose de hombros —; vivía aquí desde hace un año, quizá un poco menos; podré decirle la fecha exacta cuando mire mis libros. De dónde venía no lo sé; no acostumbro a hacer preguntas a nadie. Y no creo que tuviera muchos amigos en el edificio; era bastante reservada en sus cosas.

—¿Dónde trabajaba? Tengo entendido que posaba para los pintores.

—Sí; trabajaba para míster Howard Wrenn, que es un gran artista.

—Wrenn concurre a una escuela de arte situada cerca del Círculo Universitario — dijo a su vez Kornman.

—He oído algo de eso — contestó Cropsy asintiendo con la cabeza. Luego, dirigiéndose a Whitacre, continuó —: Váyase a casa de Wrenn y dígale que deseo verlo por aquí.

Después volvióse hacia Weiss y le dijo:

—Supongo que no tiene usted idea de quién fué la última persona que vió en vida a miss Shannon allí. ¿Quién está a cargo del ascensor durante la noche? ¿La vió alguien entrar o salir?

—Usted siempre me hace dos o tres preguntas a la vez — respondió el encargado sonriendo maliciosamente —; el ascensor es automático, y cada persona lo hace funcionar; pero un joven llamado Joe Lewicki está a cargo del conmutador telefónico durante la noche. Comienza a trabajar a las diecinueve. La señora Carran, que trabaja durante el día, me dijo que a eso de las dieciocho había visto a míster Wrenn y a miss Shannon en el edificio.

—¿Le dijo ella eso, eh? ¿Por qué no me lo comunicó usted antes? — preguntó Cropsy levantando la cabeza con repentino interés.

—Usted no me deja hablar, con sus preguntas — contestó Weiss volviendo a encogerse de hombros —; ella y míster Wrenn salieron pocos minutos después.

—No importa — dijo Kornman —, hable claro o se arrepentirá...

Luego, volviéndose a Cropsy, continuó:

—Creo que ese Wrenn tendrá algo que explicarnos.

—No, nada de eso; a menos que vuelva otra vez por aquí... — le contestó su superior —; he estado observando cuidadosamente a la mucama. No ha mentido en su relato; por lo menos, desde las dieciocho de la última noche.

Volvióse luego una vez más hacia Weiss, y estaba a punto de continuar su interrogatorio, cuando la puerta se abrió y el policía de guardia introdujo al doctor Saunders, el criminólogo, un hombre delgado y nervioso, con una pequeña barba roja y suaves ojos azules que miraban inquisitivamente a través de los gruesos cristales de sus lentes.

Saludó con la cabeza a los ocupantes del cuarto, mientras Cropsy, olvidando a Weiss, se dirigía hacia él para conducirlo junto al cadáver.

—¡Oh! ¡Qué hermosa! — murmuró el doctor mientras se arrodillaba en el suelo al lado del cuerpo de Margie Shannon — ¿Muerta a puñaladas, eh?...

Saunders movió suavemente los brazos y la cabeza de la muerta para determinar el grado de rigidez mortal. Uno de los brazos había sido levantado por encima de la cabeza, y la deslumbrante manga de su vestido verde se había deslizado de tal modo que el brazo estaba descubierto hasta el hombro.

El doctor Saunders colocó luego ambos brazos de la modelo a los costados del cuerpo, preparándose para un examen más minucioso, y entonces yo me di vuelta. Weiss se aproximó con curiosidad, pero Cropsy abrió la puerta y lo hizo salir.

Jurado yanqui



—Lo sentimos mucho, miss Crane. Tiene usted "sex appeal", "glamour" y "oomph", pero le falta "whew"... No le podemos otorgar el primer premio.

—Quédese por aquí cerca —le dijo—, y mientras tanto haga venir a ese joven Lewicki.

Ferrell, del matutino "The Sund", que, como Harris, había estado entrando y saliendo del cuarto para transmitir por teléfono informaciones a su diario, se acercó entonces y le preguntó:

—¿Qué le parece, teniente: robo?

Cropsy se quedó mirándolo por un instante sin hablar. Luego, lentamente, le contestó:

—Puede ser..., pero no me agrada el aspecto de ese tapiz.

—¿Qué pasa con el tapiz? —preguntó Ferrell sin disimular su asombro.

—¿Para qué lo habrán arrancado? —preguntó a su vez Cropsy.

Ferrell dijo que seguramente lo habría arrancado el asesino buscando algo.

—Todo el departamento está revuelto. ¿Por qué fijarse precisamente en el tapiz?

—Es fácil explicarse lo demás —contestó el teniente—; al revolver el escritorio, los roperos y todo lo demás, el asesino buscaba algo, indudablemente. ¿Pero qué diablos pensaría encontrar detrás de esa linda pieza de paño colocada sobre la pared?

—¿Y qué esperaba encontrar en la cama? —replicó Ferrell.

Cropsy se encogió de hombros, pero de pronto contestó vivamente, mientras se alejaba:

—A veces he dejado mi reloj bajo la almohada.

Hallábase molesto y no trataba de ocultarlo.

En ese momento llegó Whitacre, comunicándole al jefe que había encontrado a Wrenn.

—Estaba en su estudio...; dijo que vendría en seguida; no le comuniqué para qué deseaba usted verlo.

Las últimas palabras las pronunció con una sonrisa de suficiencia.

—De todos modos, comprará un diario al venir para aquí —murmuró Kornman—; los vendedores estarán voceando ya la noticia.

—Sí, ya sé...; usted siempre sabe más que uno...; ¿no podría dejarse de criticar, aunque fuera por una vez?; ¿dónde estaría usted si no hubiera sido por la propaganda que le hice en el "Express"? —murmuré yo mirándolo de frente.

Kornman era un policía alto y robusto, que gustaba siempre criticarlo todo, aunque sin mala intención en el fondo. Murmuró algo entre dientes y me dió la espalda. Si hubiera sido él, en lugar de Cropsy, quien estuviera a cargo de la investigación, nosotros probablemente habríamos tenido que quedar afuera.

El doctor Saunders se acercó a nosotros en ese momento. Llegaba cerrando su botiquín y con el sombrero en la mano.

—Bueno; supongo que desea usted saber algo más de lo que puedo decirle —dijo dirigiéndose a Cropsy—; de todos modos, le adelanto que la muerte se produjo a causa de tres puñaladas producidas por una hoja fina y larga... Un cuchillo, o mejor dicho una daga. Dos de los golpes le atravesaron el corazón, uno por el pecho y el otro por la espalda.

—¿Por la espalda, eh? No sabía eso —dijo Cropsy.

—Bajo el omoplato izquierdo —puntualizó el criminólogo.

—¿Y la hora?

—¡Hum!..., veamos —contestó el doctor consultando su reloj y frunciendo los labios—: ha muerto hace diez o once horas, más o menos. Digamos a eso de la medianoche... No quiero adelantar nada definitivo hasta que la autopsia nos revele el punto en que se detuvo la digestión.

—¿Medianoche, eh? —murmuró Cropsy, pensativo, mirándose los nudillos.

—Bueno, no antes de las veintitrés y treinta digamos, y no después de la una —dijo el doctor poniéndose el sombrero, y luego preguntó—: ¿Eso es todo, teniente?

—Sí, eso es todo, doctor. Haré trasladar el cuerpo a la morgue inmediatamente. Cuanto más pronto tengamos el informe *post mortem*, mejor... ¡Ah, otra cosa! —agregó, mientras el criminólogo se disponía a partir—: ¿cree usted que el arma empleada para matarla puede haber pertenecido a esto?

Fué hasta la puerta y, deteniéndose allí, señaló un objeto en la pared, justamente a la derecha y detrás de la misma.

Entonces, por primera vez, vi allí un objeto que había escapado a mi observación. Era una vaina, posiblemente de unos catorce o quince centímetros de largo. Evidentemente había contenido la hoja larga y delgada de una daga o algo por el estilo. Estaba suspendida por una brillante cadena plateada de una pequeña escarpia dorada, cerca de un cuadro, y al aproximarme pude ver que era de plata maciza o de un metal que se le parecía mucho, y que estaba finamente cincelada.

El doctor Saunders la examinó lentamente a través de los gruesos cristales de sus lentes, curioseando en el interior, aunque teniendo, empero, cuidado de no tocarla. La estudió deliberadamente de punta a punta durante uno o dos minutos antes de contestar a la pregunta que le hiciera Cropsy. Por último retrocedió un paso y volviéndose hacia el detective dijo, mientras asentía con la cabeza:

—A menos que esté muy equivocado, el arma del asesino proviene de esta vaina; de todos modos debe tratarse de una hoja idéntica, o poco menos, en tamaño y forma. Una daga italiana o un puñal, creo.

Luego, volviéndose una vez más a observar de cerca la pequeña vaina, continuó:

—Sin embargo, no soy autoridad competente en estas cosas...; se ve que es muy vieja; quizá una valiosa antigualla. Un arma tal como la que el joven Romeo llevaría pendiendo de su cintura cuando atravesaba las calles de Verona, en dirección al balcón de los Capuletos.

Sonrió como disculpándose al terminar la frase, y en seguida dijo:

—Bueno; veo que me estoy poniendo romántico, teniente. Pero, volviendo a nuestro asunto, puede usted afirmar que el instrumento homicida provenia de esta vaina... A propósito, ¿no ha encontrado usted el arma, verdad, teniente?

—Si la hubiera hallado, sabe muy bien que tendría que mostrársela a usted —respondió Cropsy.

—Por supuesto, por supuesto... Bueno, debo irme ahora. Tendré listo mi informe para mañana a primera hora.

Nos saludó a todos en general y partió.

Cuando hubo desaparecido en el corredor, Cropsy volvióse hacia nosotros diciéndonos:

—Ustedes, amigos periodistas, no necesitan decir nada acerca de ese tapiz. Quizá fué el robo el motivo de este asesinato, y quizá no; pero de todos modos me parece suficiente para hacer un artículo.

Exagerada



—Este..., me dijiste que te gustaba el bistec bien frito, ¿verdad, querido?

Nosotros nos dimos cuenta de lo que quería expresar. Simplemente no podía decir algo definitivo acerca del tapiz. Era una nota falsa en su teoría del crimen; pero por el momento, y mientras no pudiera ponerla a tono con los demás elementos de prueba, prefería dejarla tal como estaba, quizá con el íntimo deseo de desorientar al público y también al asesino. Este último podia pensar así que la policía había adoptado definitivamente la idea de un asesinato por robo. Por mi parte, decidí tener una conversación privada con él en la primera oportunidad.

Sin embargo, por el momento tenía que volver de inmediato a la redacción del "Express", a fin de redactar la crónica para la edición local. Tenía las declaraciones de la mucama y del encargado de los departamentos y también las palabras del criminólogo acerca del tiempo aproximado en que se había producido el deceso. Howard Wrenn había dicho que se haría presente en seguida en el departamento, y yo deseaba vivamente escuchar sus declaraciones. Pero la edición no podía esperar, de manera que diciéndole a Harris que se quedara por allí para llamarme en el momento preciso, partí a escape hacia la redacción, gritándole:

—¡Arreglaré el asunto con el operador del conmutador telefónico, al pasar!

Sin embargo, la muchacha no quiso hablar.

—Contestaré todas las preguntas que me formule la policía —me dijo agriamente—, pero no deseo hablar con reporteros.

—Son órdenes del encargado, seguramente —le dije recordando la mirada hostil que me dirigió Weiss en el departamento, cuando me vió tomando notas—. Bueno; de todos modos, aunque no quiera hablar, su declaración aparecerá en mi artículo, y apuesto a que la recortará usted para sus memorias.

—No sea vanidoso —me contestó ella cerrando los labios firmemente y volviendo la cabeza.

Le hice una mueca y seguí mi camino En la puerta encontré a Cantwell, el experto en dactiloscopia, que llegaba acompañado de su asistente. Llevaban una cámara fotográfica de gran tamaño y un trípode, y entonces me alegré de alejarme, porque Cropsy haría desalojar el cuarto, seguramente, ya que el experto era un hombre muy nervioso, que no podia trabajar si alguien curioseaba a su alrededor, molestándolo.

—Encontrará usted todo revuelto —le dije—; no se enoje con los muchachos.

—Ocúpese de sus asuntos y yo me ocuparé de los míos —me respondió él, mirándome con desagrado, mientras entraba en el edificio.

Afuera, en la calle, frente al edificio, había un nutrido grupo de personas. En primera fila estaban los fotógrafos de los diarios, con sus respectivas cámaras en las manos, tratando de convencer a un policía de que los dejara pasar. Hice una seña a Donahue, el fotógrafo del "Express", y cuando estuvimos aparte, le dije:

—Hay solamente un retrato de la muchacha en el departamento. Está hecho a pluma por el artista con el cual ella acostumbraba a posar. Harris tratará de substraerlo, pero si Cropsy no le permite salir, quizá usted pueda obtener una copia. Además, cuando llegue Wrenn, el artista, puede preguntarle si tiene más retratos de Margie Shannon en su estudio. ¡Ah!..., y sobre todo tome una foto de la mucama que encontró el cadáver...; se llama Bertha Ramsey. Puede también fotografiarlo al encargado, un individuo antipático, y a la muchacha que está a cargo del conmutador telefónico, por las dudas... Y no olvide tampoco a Wrenn.

—¿Nada más?... —contestóme Donahue sarcásticamente—; diga..., antes de sacar las fotos, creo que tengo que entrar en el departamento, ¿eh?; ¿hasta cuándo nos va a impedir la entrada el policía?

—Son órdenes de Cropsy —le dije—; pero tan pronto como lleven el cuerpo a la morgue y Cantwell termine su trabajo, el teniente les permitirá la entrada a todos ustedes. Tome una buena vista de la habitación; podemos necesitarla.

—Me escapo, antes de que se le ocurran más ideas brillantes —contestóme Donahue, iniciando la retirada y haciendo una mueca de disgusto.

El automóvil me esperaba en la esquina. Tenía ya un pie dentro de él, cuando vi a Grady Williamson, del "Public Opinion", que llegaba caminando despreocupadamente.

—¡Hola! —me dijo—; veo que los diarios de la tarde tienen otra primicia. ¿Promete algo bueno?

—Ya lo creo...

—El director me hizo levantar de la cama —dijo Grady con disgusto—; no puede entrarle en la cabeza que está trabajando para un diario de la mañana. Siempre me despierta a mitad de la noche para asuntos como éste.

Hizo una pausa para encender un cigarrillo, y luego continuó:

—Es curioso que suceda esto justamente después de la conversación que tuvimos anoche acerca de los asesinatos.

—De acuerdo a los informes debe haber sido asesinada justamente a la hora en que nosotros conversábamos —le contesté asintiendo con la cabeza.

—¡Tienes razón!; esto es suficiente como para darle escalofríos a cualquiera; bueno, hasta la vista... —y de pronto, como recordándose de algo, exclamó mirándome con suspicacia—: ¿No me estás ocultando nada, eh?

—Nada de importancia, tonto. ¿No has visto aún los diarios de la tarde?

—Si; no te preocupes. Tu diario trae todo lo que publica "The Sun".

Me hizo una seña con la mano mientras se dirigía al edificio. Yo subí al automóvil.

Cuando el coche se detuvo frente a las oficinas del "Express", recogí los diarios "The Sun" y "Express", que me alcanzó el vendedor de la esquina y subí los escalones de dos en dos. Tenía poco tiempo, pero sin embargo eché una ojeada a lo que se había escrito ya antes de empezar a redactar mi crónica para la edición local.

Ambos diarios, lo noté con la curiosa sensación de que la coincidencia había aparecido ya dos veces en el mismo día, usaban igual encabezamiento. A toda página, en grandes letras, titulaban: *El asesinato de la modelo.*

CAPITULO IV

(De la edición local del "Express", viernes 10 de octubre).

"EDICIÓN EXTRA. — Joseph Lewicki, operador nocturno del conmutador telefónico del edificio del crimen, declaró a la policía que había visto a Margie Shannon salir sola del departamento poco después de las diecinueve, y volver en compañía de un hombre, a eso de las veintitrés y treinta. El hombre, dijo Lewicki, acompañó a la muchacha en el ascensor hasta su departamento, y volvió a bajar, quince o veinte minutos después, abandonando en seguida el edificio. Lewicki dió a la policía una descripción detallada del hombre, agregando que no recordaba haberlo visto antes."

* * *

Por cuarenta minutos nos adelantamos a "The Sun". Sus reporteros no supieron nada del asunto hasta que lo leyeron en nuestro diario.

Todo fué debido a Charley Harris. Vió a Lewicki llegar al departamento y preguntar por Weiss, y comprendiendo en seguida de quien se trataba, le preguntó si había visto a alguien con Margie Shannon la noche anterior. Kornman llegó en ese momento y ordenó a Lewicki que lo siguiera hasta la oficina de Weiss, pero no sin que Harris hubiera obtenido antes la respuesta que esperaba.

Habíamos entrado ya en máquina cuando Harris llamó, pero tuvimos tiempo para lanzar una edición extra con este título: *Se busca al acompañante de la muchacha asesinada.*

Después de haber escrito furiosamente diez o doce carillas que Calhoun había estado arrebatando de mi máquina de escribir, me eché hacia atrás en mi silla para descansar un poco; y mientras ponía los pies en el escritorio, pensando en cuál sería la próxima noticia sobre el crimen, Lowell Brant se acercó a mi mesa.

Hasta ese momento no había yo cambiado con él más que media docena de palabras. Era un hombre callado, y un tanto extraño. No era de la clase de hombres con los cuales es fácil intimar, aún en la redacción de un periódico. Era alto y encorvado, y sus ojos grises tenían el brillo de la inteligencia. Tenía una figura impresionante con su rostro agudo y sus gruesos cabellos, grisados ya por el tiempo.

Había llegado al "Cleveland Express" cuatro o cinco meses atrás, en busca de un empleo. Sparks, el director general, lo había tomado porque necesitaba correctores. Si le había dicho a éste de dónde venía, entonces, Sparks era el único hombre de la redacción en saberlo. Los muchachos hicieron muchas conjeturas acerca de él, comentando de dónde habría salido tan extraño personaje.

Cada redacción que he conocido tenía su pequeño "misterio"; y Lowell Brant era el nuestro. Taciturno, en medio del jovial y bullanguero ambiente de la redacción, pronto todos lo habían hecho a un lado; lo cual, con nuestra falta de noticias acerca de su pasado, y su sorprendente conocimiento de hechos y cosas que la mayoría de nosotros debía consultar en diccionarios y enciclopedias, hacía de Brant algo más que una curiosidad. Todos nosotros lo considerábamos como una perfecta combinación del Oráculo de Delfos y de la Esfinge.

Quedé, pues, grandemente sorprendido cuando se acercó a mi escritorio e inició la conversación en estos términos:

—He leído su artículo...; buen trabajo...

Por supuesto, me agradaba un elogio como a cualquier hombre; pero éste, viniendo de Brant, era demasiado para mí.

—Este..., gracias — murmuré —. Es la clase de artículos que se escriben solos, creo.

—Es usted demasiado modesto — dijo Brant frotándose la nariz —. Me gusta la descripción de la escena; está hecha con mucha claridad.

—Gracias... — murmuré nuevamente.

Comenzaba a sentirme un tanto incómodo. Comprendía que todos los compañeros debían estar con sus miradas fijas en nosotros, ante el hecho extraordinario de que Brant se hubiera acercado a un reportero para conversar con él

—Discúlpeme Brant, pero usted me asombra — le dije sonriendo —; no puedo comprenderlo. Usted no dice diez palabras al día y ahora está aquí dirigiéndome elogios... Debería decírselo a Calhoun. Nunca está satisfecho con lo que yo escribo.

Brant se sonrojó un tanto al oír mis palabras. Sus penetrantes ojos me escrutaron brevemente. Tuvo un instante de vacilación y luego sonrió. Fué una sonrisa vergonzosa y triste, que instantáneamente me hizo cambiar de opinión acerca de él: era un ser humano, después de todo. Comprendiendo que era necesario romper el silencio, dije lo primero que se me ocurrió:

—Calhoun ha estado deseando un asunto como éste desde hace meses. No se presenta todos los días algo así... Espero que esta vez llegaré al tribunal. El último asesinato de que me hice cargo, tuve que hacer todas las crónicas, y luego, en el momento final, me designaron para un asunto fuera de la ciudad.

—¿De modo que piensa usted ya en el desenlace? — preguntóme Brant —; ¿cuál es su teoría?... ¿Que Margie Shannon fué asesinada por su compañero de la última noche?

—Sí..., por lo menos hasta que alguien emita otra teoría mejor.

—¿Y la policía está segura de que el móvil del crimen fué el robo?

—No todos. Cropsy no estaba de acuerdo con esa idea; pero me pidió que no lo publicara. El inspector no podía imaginar lo que un ladrón estaría buscando detrás del tapiz — le dije, contándole a continuación lo que Cropsy dijera.

Brant escuchóme pensativo mientras llenaba de tabaco su pipa, de un paquete que tenía en el bolsillo del reloj de su pantalón.

—Quizá el ladrón estaba interesado en el tapiz por sí mismo — dijo entornando los ojos —; ¿no cree usted que pudo haberlo arrancado con la intención de llevárselo y que luego cambió de parecer ante su tamaño, o algo así?

—Es que... ¡Por supuesto! — dije yo con admiración —. Es una idea que a nadie se le había ocurrido hasta ahora.

—¿Era valioso el tapiz?

—No tengo la menor idea. No sé nada acerca de esas cosas — contesté —; sin embargo, la teoría del robo parece estar descartada ahora después de las declaraciones de Lewicki.

—Y la clase de ladrones que están dispuestos a cometer un crimen no necesitan recoger las armas en el sitio del suceso. Siempre las llevan con ellos — dijo Brant haciendo un enérgico gesto de asentimiento con la cabeza

La voz de Calhoun, que gritaba mi nombre, me hizo poner de pie y terminó nuestra charla. El jefe tenía en su mano uno de los teléfonos.

—Lo llaman del departamento del crimen — me gritó —. Harris está al teléfono, y dice que la muchacha que vive en el departamento vecino al de Margie Shannon ha denunciado a la policía que en su propio departamento ha habido un robo anoche.

—¿Cómo dice?... — murmuré yo con acento de incredulidad —; ¡Caramba!...; eso nos hace volver nuevamente a la teoría del robo. Si Harris...

—No se haga el Sherlock Holmes. La solución no va a venir a nuestro encuentro. No quiero teorías; deseo que averigüe algo acerca de esa Margie Shannon. Quién era, aparte del hecho de que posaba para Howard Wrenn. ¿No hay nadie en todo el departamento que sepa algo de ella?..., ¿de dónde venía, qué clase de mujer era y qué amistades frecuentaba? No voy a permitir que este asunto se convierta en algo trivial. ¡Tiene que entrevistar a Wrenn! Pídale detalles acerca de la vida de la muchacha. Tengo media docena de reporteros trabajando en este asunto y no puedo averiguar lo que deseo...

Se detuvo un momento para tomar aliento, y entonces aproveché la ocasión para preguntarle:

—¿No ha llegado todavía al departamento ese Wrenn?

—Sí; ya está allí. Harris dice que acaba de llegar, pero que los policías comenzaron a interrogarlo inmediatamente; de manera que nadie puede llegar hasta él. Dígale a Cropsy que se apure, ¿quiere?; demasiado sabe que tenemos que lanzar tres ediciones más. ¿Qué cree que somos... una revista semanal? Y dígale que vamos a explotar el asunto del acompañante, a menos que suceda otra cosa mejor. No me interesa que haya una docena de robos en el edificio. ¿Cómo sabemos que el individuo que acompañó a la muchacha hasta su departamento no fué el autor de todos los robos? Por lo que a mí respecta, es culpable; por lo menos hasta que aclare su situación.

—¿Quién se hace el Sherlock Holmes, ahora? — pregunté yo sonriendo.

El sonrió a su vez y volvió al teléfono; pero entonces, de pronto, tapó el micrófono con la mano, y un brillo de curiosidad asomó a sus ojos.

—¿Qué le ha sucedido al viejo Brant? — preguntó mirándome como si me viera por primera vez.

—¡Oh!, el asunto parece haberle interesado. Hasta se ha puesto conversador.

—Me pareció, por un momento, que había estado viendo visiones — dijo Calhoun —; bueno, márchese ya.

Y el director volvió una vez más a hablar a gritos por teléfono. Un verdadero director, activo y despierto, ese Calhoun.

Antes de quince minutos estaba yo de vuelta en el departamento del crimen. Un grupo de reporteros esperaba en el pasillo, frente a la oficina del encargado, mientras Harris y Grady Williamson estaban de pie al lado del escritorio.

—¿Es cierto que en el otro departamento se ha cometido un robo? — pregunté.

—¡Ah!, ¿ya estás de vuelta? — dijo Williamson —. Por lo visto no quieres dejar nada para los diarios de la mañana, ¿eh?...

Luego, respondiendo a mi pregunta, continuó:

—Sí, Lewicki lo denunció a la policía.

—Bueno..., pero ¿cómo pudo trascender la noticia? ¿Pensó Lewicki que era algo secreto?

—El muchacho dijo que la mujer que vive en el departamento próximo al de Margie Shannon, le dijo esta mañana que le habían robado algún dinero y varias joyas

—Su nombre es Janice Fowler — agregó Harris —; parece que se dió cuenta del robo esta mañana mientras se vestía.

—¿Y se lo contó a Lewicki, en seguida?

Ambos asintieron en silencio.

—Bueno, pero ¿cómo fué que Weiss no se lo comunicó a Cropsy? El inspector lo tiene entre ojos.

—Díselo tú, Harris — murmuró Williamson dirigiéndose a mi compañero.

—Weiss no sabía nada del asunto. Lewicki no le dijo una palabra — contestó a su vez Harris.

—¿Y tampoco se lo comunicó a la policía?

—Acaba de hacerlo recién. Dijo que se había olvidado por completo del asunto.

—¿No les parece que es un lindo lugar éste? — preguntó Grady encendiendo un cigarrillo —; esa voz suave que oyen a través de la puerta es la de nuestro buen amigo Kornman. Está martirizando a Lewicki por su falta de memoria. Me pareció oírle preguntar si había olvidado también denunciar el crimen, o si un crimen le parecía una cosa demasiado trivial para molestarse por ella.

Y mientras hablaba, Grady señalaba la oficina de Weiss.

—Buen muchacho ese Kornman — dijo Harris.

—Un hombre resuelto — murmuró, a su vez, Williamson.

En ese momento oíamos un ruido sordo en la oficina, como si alguien arrastrara una silla; y un instante después se abrió la puerta apareciendo Kornman, seguido de un joven de diecinueve o veinte años, que parecía abochornado.

—Es Lewicki — murmuró Harris.

En cuanto Kornman nos vió frunció el ceño, y haciendo un gesto con la mano nos dijo:

—No tengo tiempo ahora para contestar sus preguntas.

—Vamos, Kornman... Estaba justamente diciéndole a mis compañeros que deberíamos hacerle un buen elogio en nuestros artículos, y ahora nos viene usted con esas — dijo Williamson —. ¿Usted no desea que Cropsy se lleve toda la gloria del asunto, verdad? Después de todo usted está trabajando también en este caso.

Grady sabía manejar perfectamente a los policías. La mirada de ira que le echara Kornman un minuto antes se desvaneció de inmediato y murmuró:

—Bueno..., ¿que desean saber?

En ese momento alguien me tocó en el hombro. Era Bunny Jackson, del diario "The Sun", quien asentía en silencio aprobando la estrategia de Williamson.

—¿A qué hora denunció el robo Janice Fowler? — preguntóle Williamson a Kornman.

—A eso de las ocho — contestó éste —; ese tonto de Lewicki deja el trabajo a las ocho y vuelve a las diecinueve..., ¿no es cierto?

Las últimas palabras las pronunció mirando al muchacho, quien asintió diciendo tímidamente:

—Sí, señor; miss Fowler vino y me dijo:

—Ahora hablo yo — dijo el detective —. La muchacha levantóse esta mañana y comenzó a vestirse. Habíase retrasado y se apresuraba para llegar a tiempo a la oficina. Y mientras se vestía notó la falta de una bata del ropero. Luego echó de menos alguna ropa interior de seda, un billete de diez dólares y un par de joyas..., un anillo y un collar. Terminó de vestirse rápidamente y al bajar le comunicó la noticia a Lewicki, partiendo rápidamente para la oficina. Este último tomó nota y prometió avisar a la policía; pero luego recordó que Weiss le había ordenado que debía comunicarle a él primeramente todas las novedades que sucedieran en el edificio. Más tarde olvidó completamente el asunto del robo. ¡Valiente tonto! — exclamó finalmente con aire de disgusto, mientras Lewicki lo miraba mortificado.

—¿Dónde trabaja Janice Fowler? — preguntó Williamson.

—Es dactilógrafa de un abogado cuyas oficinas están en el edificio de la Unión Trust.

—¿Ha hablado usted con ella?

—No; pero le hemos ordenado que se presente aquí lo antes posible.

—¿Cuál es su teoría acerca del asesinato de Margie Shannon?

—El robo, por supuesto.

Lo que desearía tener — dije yo — es una descripción del hombre que acompañó anoche a miss Shannon hasta su departamento. ¿Pudiste verlo bien, Lewicki?

—Bastante bien — contestó el muchacho.

Kornman hurgó en sus bolsillos en busca de sus anotaciones. Ahora que se hallaba decidido a hablar, quería hablar él sólo.

—Veamos... — dijo hablando por encima de su libreta —, un hombre de treinta o treinta y cinco años; alto, delgado, rubio, bien vestido. Llevaba un sombrero de fieltro marrón y abrigo liviano.

Lewicki asentía en silencio a cada palabra del detective.

—¿Tenía aspecto de delincuente? — le pregunté entonces.

El muchacho vaciló antes de contestar, temiendo que Kornman se disgustara. Pero éste sonrió complacido y, dirigiéndose a mí, dijo:

—Estamos de acuerdo en eso; hemos tenido la misma idea: el hombre que vió Lewicki cometió el asesinato y los dos robos...; una buena noche, ¿eh?

—No parecía justamente un delincuente — dijo Lewicki —; pero no podía decir si un hombre es honrado o no tan sólo por su apariencia.

—No, pero usted informó que le parecía muy pálido y nervioso cuando volvió a bajar — replicó Kornman.

—En efecto; y parecía estar muy apurado.

—¿Cuánto tiempo estuvo arriba? — preguntó Bunny Jackson.

Kornman consultó nuevamente sus notas, mientras yo murmuraba al oído de Jackson:

—El "Express" está ya en la calle con todo esto.

Llegó con Margie Shannon a eso de las veintitrés y treinta, o pocos minutos antes — dijo Kornman —, y volvió a bajar quince o veinte minutos más tarde.

—Algo más de veinte — dijo Lewicki —; acababa de irse cuando dejé el conmutador y fuí hasta el lavatorio. Mientras estaba allí miré mi reloj y vi que faltaba un minuto o dos para la medianoche.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja usted aquí, Lewicki? — preguntó Williamson.

—Un mes.

—Korman cerró su libreta de apuntes y la guardó en el bolsillo, diciendo:

—Bueno, eso es todo. Ahora espero que me dejen terminar mi trabajo.

—Muchas gracias, Kornman —, dijo Grady —. Y luego agregó a mi oído en voz baja:

—Un asesinato y dos robos... es bastante para hacerlo todo en veinte minutos, ¿no te parece? No creo que el incógnito amigo de Margie Shannon fuera tan dinámico. Puede ser que sea un asesino, pero no puedo creer que se entretuviera en robar billetes de diez dólares y ropa interior de seda. Los colores del cuadro se atenúan cuando oigo hablar a Kornman.

—Y el gran pintor se convierte en autor de historietas cómicas — murmuré yo —. No veo claro este asunto...; voy arriba, ahora, para



MERLE OBERON (Warner Bros.)

Arma invisible y sutil, el perfume debe envolver a la mujer como si fuera el aroma de su alma.

Loción Origan de Preal es la quintaesencia de la femineidad que ayuda de manera casi imperceptible a conservar un corazón ya conquistado o a apoderarse de otro que se muestra lejano e inaccesible...

Loción Origan de Preal acaricia los sentidos con su fragancia exquisita y cautivadora.

En farmacias, tiendas, perfumerías.

Camauër y Cía. — Inclán 2839/47.
Soc. de Resp. Ltda.

EXTRACTO Y LOCION **Origan de PREAL**

(Destaca su personalidad)

Ella también



—¡Dios mío! ¡Es la Venus de Milo!

tratar de entrevistar a Howard Wrenn, de lo contrario creo que pronto andaré buscando empleo...

Luego me volví hacia Harris y le dije que vigilara a Kornman y que hablara a la redacción para pedir un fotógrafo con el objeto de obtener una fotografía de Lewicki.

Todo el mundo había sido desalojado del corredor del cuarto piso, exceptuando a quienes tenían algo que hacer allí. Un policía uniformado custodiaba la puerta cerrada del departamento de Margie Shannon, conteniendo a los reporteros y a los fotógrafos.

Mientras nos acercábamos abrióse la puerta y apareció Cropsy, cerrándola tras él. Una mirada nos bastó para comprender que se hallaba preocupado y disgustado.

—Tengan paciencia, muchachos — nos dijo mientras lo rodeábamos —; me volveré loco con este asunto.

—Es un caso complicado — dije yo —; ¿dónde está Howard Wrenn?

—Está allí con Whitacre — contestó Cropsy señalando la puerta con el pulgar, por encima del hombro.

—¿Y Cantwell también?

—Está terminando su trabajo.

—Debería haber terminado ya — murmuró Williamson —; ése no se apura por nada... ¿Encontró algo interesante?

—Las impresiones digitales de miss Shannon, por supuesto..., y otras más recientes que parecen ser de un hombre. Estaban en la mesa, cerca de la lámpara — contestó Cropsy.

—¿Qué va usted a hacer ahora?

—Voy a echar un vistazo al departamento de Janice Fowler — dijo Cropsy mirando hacia la puerta de la derecha, la única que había de ese lado del corredor.

—¿Para qué? — preguntó Jackson.

—¡Vaya una pregunta! — comentó Williamson burlonamente —; desea comparar las impresiones digitales, si se encuentra alguna. Si son las mismas que hay en el departamento de la modelo... Bueno...

Y sin terminar la frase hizo un gesto significativo con la mano.

—Supongo que todos ustedes quieren hablar con Wrenn — dijo Cropsy con aire de resignación —. Está bien; lo verán tan pronto como Whitacre termine con él. Luego, el departamento será cerrado tan pronto como los fotógrafos tomen sus fotografías, y un policía estará a la puerta día y noche.

—Una pregunta más, antes de que traigan a Wrenn — dije yo —: ¿averiguaron lo que fué robado del departamento de Margie Shannon?

—No encontramos dinero — contestó el teniente vacilando un instante —. De modo que eso es lo que deben haber robado. Además, Wrenn declaró que la muchacha tenía algunas joyas, no muchas, pero todas valiosas. Y las únicas joyas que encontramos fueron las que ella llevaba: un collar de perlas y una pulsera... Bueno, aquí está Calhoun. ¡Déjenme en paz un momento!

Siguiendo a Calhoun y a su ayudante, quien seguía tras del experto en dactiloscopia, Cropsy se dirigió hacia la puerta del departamento de Janice Fowler, donde se detuvo un instante.

—¡Venga, míster Weiss! — llamó.

El encargado salió entonces por la puerta de la escalera de incendios, abrió la puerta del departamento de Janice y los cuatro entraron en él.

—No en vano se preocupa Cropsy — dijo Grady Williamson —; cada vez que sucede algo así y él interviene, las cosas se complican, tarde o temprano...; parece que hubo aquí mucha actividad anoche... ¡Ah!, aquí llega el amigo Whitacre y el escurridizo míster Wrenn.

Todos nosotros nos dirigimos inmediatamente hacia Whitacre, quien levantó ambas manos para pedir silencio.

—¡Un momento..., un momento! Tengan paciencia y sabrán todo lo que desean saber. He sugerido a míster Wrenn que haga una declaración para ustedes; pero si eso no basta está dispuesto a contestar sus preguntas. Pero deben de tener paciencia, y sobre todo no olviden a quien les ha facilitado esta entrevista.

—Aquí tiene mi primera muestra de gratitud — dijo Williamson, ofreciéndole un cigarro.

Howard Wrenn, el artista, sonrió mirándonos con interés. Podría tener unos cincuenta años y era un hombre delgado, de cabellos grises y un rostro suave y agradable.

De pies a cabeza revelaba al artista, y su aspecto era, efectivamente, tal como todos esperamos que sean los artistas. Sacó una caja de cigarrillos, de cuero, ofreció a todos y luego tomó uno. Yo le ofrecí fuego.

—Gracias — dijo cortésmente —. Y luego continuó dirigiéndose a todos en general:

—Siento que no pueda decirles todo lo que ustedes desearían saber acerca de miss Shannon... Ha estado posando para mí desde hace cerca de un año. Comenzó en noviembre, para ser exacto; anteriormente había trabajado en el teatro.

Lo miré un tanto sorprendido y entonces él continuó:

—¡Oh..., no era más que una novicia y tuvo muy poca suerte. Su primera y única obra terminó aquí, en Cleveland. Antes que eso, había trabajado también en los estudios cinematográficos de Nueva York. Ella era de esa ciudad.

—¿Tiene parientes? — preguntó Williamson.

—Creo que todos sus parientes han fallecido. Nunca me dijo nada al respecto, pero tengo esa impresión. Era absolutamente independiente y se sabía ganar la vida desde muchos años atrás.

—¿No tenía hermanos ni hermanas? — preguntó Bunny Jackson —; ¿ningún pariente cercano?...

—Ninguno, que yo sepa — respondió Wrenn —; no era muy comunicativa con respecto a su pasado. Temo que no podré decirles mucho acerca de Margie Shannon, excepto lo que yo conocí de ella. Soy pintor y dibujante, como ustedes lo sabrán ya, posiblemente; y tengo también algunos alumnos a los que doy clase por la noche. Miss Shannon posaba para mí durante el día, y dos noches por semana servía de modelo en mis clases. Era una modelo buena; paciente, incansable y bien dispuesta. Y tenía un cuerpo ideal para su trabajo. Era hermosa, inteligente y de proporciones perfectas.

—¿La conocía usted muy íntimamente?... ¿Sabe algo acerca de sus amigos? — preguntó Williamson.

—Tenía amigos, por supuesto. Pero... — contestó Wrenn sonriendo.

—Lo que quiero decir es si tenía algún asunto amoroso. No se ven muchachas tan bonitas como ella a menudo. Los hombres pierden la cabeza por mujeres así.

—No lo creo — contestó el artista moviendo la cabeza —, pero de todos modos, no me parece que ella me hubiera confiado tal cosa, de ser así. Sin embargo, supongo que no había nada serio por ese lado. Tenía muchos amigos y le agradaban las diversiones. Algunos de mis alumnos, por ejemplo, acostumbraban a llevarla a los teatros y a los bailes y yo mismo la he invitado varias veces.

—¿La invitó usted ayer, verdad? — pregunté yo.

—La acompañé hasta su casa cuando terminó de posar — contestó él.

—Eso fué cerca de las dieciocho, ¿no?

—No podría decirle la hora exacta. Salimos del estudio a eso de las diecisiete y tomamos el té en una confitería de la avenida Euclid. Supongo que habría transcurrido una hora cuando llegamos aquí.

—¿Y qué hizo usted después? — preguntó Williamson.

—Pues..., eso, eso todo. La acompañé hasta su departamento; conversé con ella unos minutos y luego me despedí.

—¿De qué hablaron ustedes? ¡Oh, no me interprete mal! — dijo rápidamente Williamson, al ver que el pintor daba muestras de disgusto —; no lo estoy interrogando, sino que simplemente deseo escribir un buen artículo. Me resulta interesante saber de qué hablaba Margie Shannon cuando la muerte la acechaba... solamente a seis horas de su fatal destino.

—Sí, comprendo... — dijo Wrenn esbozando una sonrisa, pero con mirada sombría —; hablábamos del retrato para el cual ella había estado posando. Lo destinaba primeramente para tapa de una revista, pero luego ambos nos entusiasmamos con él y pensé que podría utilizarlo para una exposición.

—Me gustaría ver ese retrato — dijo Grady Williamson haciendo rápidamente algunas anotaciones en su libreta.

—Cuando guste — dijo Wrenn —; está casi terminado.

—Gracias... ¿Así que luego se despidió de ella?

—Sí.

—¿Y esa fué la última vez que la vió usted con vida?

—Esa fué la última vez que la vi.

—El cadáver fué llevado a la morgue antes de que llegara míster Wrenn — dijo Whitacre a modo de explicación.

—¡Ah!..., bueno, dos preguntas más, míster Wrenn — dijo Williamson —. Primero, ¿tiene usted alguna idea de quién era el acompañante de miss Shannon, anoche? ¿Un hombre bien vestido, joven, alto, delgado y de cabellos rubios?...

Wrenn meditó un instante y luego respondió:

—No, no tengo la menor idea.

—¿Y no le dijo nada miss Shannon acerca de la cita que tenía para la noche?

—No.

—Muy bien. ¿Tendría inconveniente en decirnos lo que hizo usted anoche?

Esperaba que Wrenn se disgustara ante esa pregunta, pero no fué así. Por el contrario, contestó tranquilamente:

—Estuve en mi estudio desde las diecinueve y treinta hasta las veintidós, dando clase a mis alumnos. Les expliqué algo de anatomía animal. Luego me dirigí a mi departamento...

Vivo en la calle 19, Este, cerca de la avenida Carnegie..., y después me acosté.

—Muchas gracias, mister Wrenn — dijo Williamson.

—Bueno, muchachos, ¿están satisfechos? — preguntó Whitacre para terminar la entrevista.

—Otra cosa...: ¿dónde queda su estudio, mister Wrenn — preguntó Jackson.

El artista dió una dirección en la calle 107, Este, agregando:

—Miss Shannon y yo vivíamos cerca...; ¿eso es todo, señores?

—Por el momento — dijo Williamson.

Wrenn miró entonces a Whitacre, quien insinuó que esperara a Cropsy.

—Saldrá dentro de unos minutos, mister Wrenn. Luego creo que le pedirá que lo acompañe al Departamento Central de Policía para llenar una pequeña formalidad.

—Ciertamente — dijo el artista con aire grave.

El y Whitacre se dirigieron a la parte más lejana del pasillo.

—Feo asunto — murmuró Williamson —; no me sorprendería que su interés por Margie Shannon fuera mucho mayor de lo que él dice.

—Bueno, no habrá sido difícil interesarse en Margie Shannon — dije yo —. Además él admitió que salía con ella con frecuencia. Es soltero, ¿verdad?

—Sí. Y ha nacido en Inglaterra. Vino aquí después de la guerra. Estuvo en Francia, en el 14; Malarkey, que trabaja en nuestra redacción, lo conoce bastante bien — dijo Williamson.

Eché una mirada hacia la puerta del departamento de Janice Fowler.

—¿Qué le pasará a Cropsy?... Desearía verlo para pedirle el retrato de Margie Shannon antes de que cierre su departamento.

—Nuestro amigo Cantwell estará buscando impresiones digitales hasta debajo de la cama — dijo Grady.

Me dirigí al ascensor y presioné el botón, pero en el mismo momento un murmullo de voces salió del departamento de Janice Fowler. En ese instante se abrió la puerta y apareció Cropsy, con la preocupación pintada en el rostro.

—¡Whitacre! — llamó.

—¡Sí, teniente! — exclamó el nombrado.

—¡Venga aquí y traiga a mister Wrenn!

Esperó a que pasaran los dos hombres y luego, sin mirarnos ni dirigirnos la palabra, cerró la puerta en nuestras narices.

CAPITULO V

(De la última edición del "Express", viernes 10 de octubre.)

"El puñal con el cual fué asesinada anoche Margie Shannon, fué hallado esta tarde por la policía en el departamento vecino, perteneciente a Janice Fowler.

"El arma fué identificada como propiedad de la víctima, por Howard Wrenn, el artista, quien declaró que era un obsequio que él hiciera a miss Shannon.

"Janice Fowler, que ha sido interrogada por la policía, denunció el robo de algunas joyas, dinero y vestidos, de su departamento, esta mañana antes del descubrimiento del asesinato; pero la policía no fué notificada de tal robo hasta varias horas después de que la hermosa modelo fuera hallada apuñalada en la sala de su departamento, de dos habitaciones, de la calle 82, Este.

"Después de una cuidadosa investigación en el lugar del hecho, el teniente John Cropsy, detective a cuyo cargo se halla la Brigada de Homicidios, y Silas Cantwell, de la sección de dactiloscopía, entraron en el departamento de miss Fowler para investigar la denuncia del robo habido allí y buscar las impresiones digitales de los delincuentes. La teoría de Cropsy sustentaba que si llegaban a verse impresiones digitales idénticas en amhos departamentos, el ladrón y el asesino serían el mismo sujeto."

Se había dado casi término a la investigación cuando Cropsy halló el puñal. Estaba en el fondo de un ropero del dormitorio de miss Fowler, oculto bajo algunos vestidos.

Janice Fowler, una hermosa dactilógrafa, de veinte años, manifestó a la policía que no tenía idea de cómo había llegado el arma hasta su habitación.

"—Lo he visto a menudo en el departamento de miss Shannon y sabía que se trataba de una pieza antigua muy valiosa. Hacía días que no veía a Margie y para mí es un misterio cómo ha llegado el arma a mi cuarto — declaró.

* * *

—Está mintiendo, porque encontramos sus impresiones digitales en el puñal — dijo Cropsy en la primera ocasión.

Su revelación me hizo dar un salto en la silla. De ser cierto, aquella era la solución del caso, lo cual significaba una derrota para mí, porque hasta ese momento había aceptado como verídicas las declaraciones de la muchacha acerca de que ella ignoraba de qué manera había llegado el puñal a su habitación. La había entrevistado un par de veces, y a despecho de las circunstancias en contra, terminé por creerle. No sé si se debería a mi natural debilidad por las rubias, pero, de todos modos, ¿cómo podría uno creer que una muchacha como Janice Fowler fuera culpable de un crimen tan repugnante? Janice era una hermosa dactilógrafa que trabajaba en el estudio de un abogado, mereciendo excelente concepto de sus superiores. No pude comprender con exactitud cómo llegué a creerla, pero el hecho irrefutable era que si Janice Fowler había ocultado el arma en su dormitorio, ello fué, desde luego,

después que Margie Shannon fué asesinada con él. Muy posiblemente en presencia de su amiga.

—Usted ha estado ocultándomelo...; ¿por qué no me lo dijo antes? — le reproché a Cropsy.

—¿Quiere que se lo diga todo?... Debe guardar esta información hasta que le avise; o no le diré una palabra más.

—Está bien, pero no creo una palabra de todo eso.

—¿No cree qué? ¿Acaso va a aceptar como cierto el cuento de que ella no sabe nada? ¿Cómo supone usted que llevó el puñal a su departamento si no lo ocultó ella misma?

Estaba un tanto sorprendido por el rápido giro de los acontecimientos, pero no me daba por vencido.

—Usted fué al departamento de Janice Fowler para buscar las impresiones digitales de un ladrón, pensando hallar las mismas marcas que descubriera en la sala del departamento de Margie Shannon. Si las hubiera hallado habría pensado desde el primer momento que el ladrón era también el asesino de la modelo.

—Puede ser. Pero todo cambió al hallar allí el puñal — respondió el teniente —; supongamos que no hubiera habido impresiones digitales, ¿cree usted que un hombre sorprendido en el momento de robar, y forzado a cometer un asesinato para huir, va a entrar en el departamento vecino para ver lo que puede llevarse?

"No; pero en cambio podría haber sido el revés: que un ladrón asesinara a Margie Shannon después de haber robado en el departamento de miss Fowler. Después y no antes. De todos modos, tenemos las impresiones digitales y éstas no mienten. Ya le dije a usted, desde un principio, que no creía en la teoría del robo. Para mí no hubo ningún robo. Janice Fowler mintió esta mañana cuando denunció el que, según ella, había ocurrido en su departamento.

—Pero usted no puede condenar a una muchacha por el solo hecho de unas impresiones digitales.

—Impresiones digitales y además hallazgo del arma — agregó él —. No, no podría condenarla por eso, pero es un buen principio.

Sonrió y llenó su vaso de whisky.

—En este momento alguien debería preguntarle cómo sabe usted que el asesinato se cometió con el puñal hallado en el cuarto de Janice Fowler.

—¿Cómo?... Solamente un tonto como usted podría preguntar tal cosa... ¿Ha estado leyendo novelas policiales? Ya sabía que el arma no tenía una hoja común. Lo sabía por las medidas de la vaina. Bueno, después de fotografiar las impresiones digitales le di el arma al criminólogo Saunders y él me dió su palabra de que ésa era el arma empleada para asesinar a Margie Shannon.

—Las heridas tienden a cerrarse, Cropsy. No me diga que el puñal tenía las medidas exactas de aquéllas.

—Saunders es médico legista — dijo Cropsy echándome una mirada inquisitiva —; sabe lo que hace... ¿Qué le pasa hoy a usted? ¿Se ha enamorado de Janice Fowler? No sea tonto; es una muchacha bonita, pero a ustedes los reporteros no les conviene enamorarse.

Asentí un tanto avergonzado, y entonces él rió alegremente.

—Puede creer en su declaración, si quiere; pero no me parece que ningún jurado pueda aceptar tal cosa. Dijo que había salido de su departamento, un poco antes de las veinte, y que había ido al cine sola. Luego, según sus declaraciones, volvió, también sola, poco después de la medianoche. Lewicki, que estaba en su puesto, declaró que no la había visto volver.

—Pero la vió salir, y forzosamente tuvo que volver a entrar luego.

—Eso no significa nada, pero sus declaraciones no han sido corroboradas por ningún testigo.

—Lewicki estaba en el laboratorio a medianoche, según su propia declaración.

—Bien..., bien. Ahora fíjese bien en esto: ella no puede probar que fué al cinematógrafo, porque fué sola..., lo cual no deja de ser un poco raro, tratándose de una muchacha tan atractiva. Nadie la vió entrar; por lo tanto, puede haber estado la mayor parte de la noche en su propio departamento. Luego, cuando Margie Shannon y su amigo se despidieron, Janice Fowler halló la oportunidad que esperaba. A la mañana siguiente denunció un robo, que nunca existió, para dar una falsa pista a la pesquisa.

—Pero ¿por qué habría de esconder el arma en su propio departamento?

—No puedo pensar en todo — contestó Cropsy sacando un cigarro y mordiendo uno de sus extremos —, por ejemplo en un pequeño detalle como ése. Supongo que ella nunca pensó que registraríamos su departamento y posiblemente nunca lo hubiéramos hecho a no ser por la denuncia del robo. Es un pequeño contratiempo que se buscó ella misma haciendo una falsa denuncia.

Y Cropsy bostezó, somnoliento.

—Otra cosa, John. Si el arma era tan difícil de ocultar, ¿qué me dice de las joyas que fueron robadas del departamento de Margie Shannon? No se encontraron en el departamento de Janice...

—No; no fueron halladas... Ya le dije que no puedo pensar en todo. Pero suponiendo que Janice Fowler dispuso de las cosas que dijo que le habían sido robadas, pudo igualmente disponer de las joyas que tomó del otro departamento.

—¿Y dejar el puñal, que era una prueba irrefutable de su delito, en el departamento?

—Pero está el asunto de las impresiones digitales — dijo Cropsy recostándose en un almohadón y arrojando al aire una larga columna de humo —; por muchas vueltas que le demos al asunto, siempre volvemos a lo mismo. Las impresiones digitales no mienten. Puede argumentar cuanto guste, pero el hecho irrefutable es que Janice Fowler tuvo el arma en su mano después que Margie Shannon fué asesinada. ¿Qué me dice de eso?

—Eso es asunto del hombre que la acompañó la noche del crimen. ¿Quién llevó a Margie Shannon hasta su casa a las veintitrés y treinta, siguió con ella hasta su departamento y bajó quince o veinte minutos después?

—Sí, necesitamos ese hombre — murmuró Cropsy pensativo —; le diré una cosa, usted puede hacerme un favor; escúcheme bien: para mí, Janice Fowler es culpable; pero desearía interrogar al hombre que acompañó anoche a Margie Shannon. El fué la última persona que la vió con vida, y desearía saber qué tiene que decir. Donde quiera que esté, ha de leer todo lo que se publique acerca del asesinato, y no deseo que se sienta muy seguro. Por eso no quiero que se publique nada acerca de las impresiones digitales que hallamos en el puñal. El desconocido puede llegar a la conclusión de que dimos por terminada la investigación con esa prueba y que no lo necesitamos. Aquí es donde interviene usted. No necesita escribir nada acerca de lo que yo pienso de las declaraciones de Janice Fowler; puede decir solamente que no tengo nada que declarar al respecto. Pero, en cambio, puede perfectamente adjudicarme la declaración de que la policía no descansará en sus investigaciones hasta hallar al hombre que Lewicki vió entrar con la modelo en el edificio, la última noche. Diga que hemos hallado una nueva pista en nuestras investigaciones y que pensamos detenerlo en veinticuatro horas.... ¿qué le parece?

—Muy bien; ¿pero no cree usted que eso hará que se oculte aún más?

—¿Por qué? Debe tener sus razones para no verse envuelto en este asunto, pero dejará todo de lado si cree que sospechamos que él se halla complicado en el asesinato... La única manera de hacer que un hombre se descubra es acusarlo de algo mucho peor de lo que ha hecho... Ocúpese de ello. Por mi parte, me tomaré un buen descanso.

—Me hace usted reír — le dije, mientras él sentado en la cama, se quitaba los botines —; usted se va a dormir en tanto que yo debo correr a la redacción y escribir mi artículo para la primera edición, y luego dar el informe para el director a las siete y treinta de la mañana.

—Que le aproveche — dijo Cropsy bostezando —; cierre la puerta cuando salga.

—Una pregunta más: ¿se ocupó de los estudiantes de arte de Wrenn?

—Diga..., ¿con quién cree que está usted hablando? Por supuesto; Wrenn me dió sus nombres y direcciones. Son once y Lewicki los miró uno por uno en el Departamento Central de Policía, diciendo que ninguno se parecía al misterioso acompañante de miss Shannon. Todos ellos dieron cuenta del empleo de sus horas la noche del asesinato. Y Wrenn estaba durmiendo a medianoche y pudo probarlo sin lugar a dudas... No lo detengo más — dijo Cropsy tomándome de un brazo y acompañándome hasta la puerta.

—Está bien.... buenas noches — dije yo riendo.

—Buenas noches... Y no trate de llamarme por teléfono. Le diré al telefonista que no deseo ser molestado.

Me hallaba solamente a dos cuadras de las oficinas del "Express"; pero en lugar de volver en seguida a la redacción, me dirigí a un restaurante de la avenida Superior, donde comí un sándwich y bebí una taza de café.

Una campana dió la medianoche... Veinticuatro horas antes, un asesino había sacado un puñal de su vaina en el cuarto de Margie Shannon y se lo había hundido a la modelo en el corazón; esta noche, una muchacha estaba encerrada en una celda del Departamento Central de Policía, arrancada de su tranquilo escritorio de dactilógrafa, acusada para responder a la más terrible acusación que la ley puede hacer. En la esquina compré un ejemplar del "Public Opinion". El retrato de Janice Fowler estaba en la primera página; leyendo mientras caminaba llegué hasta el "Express" y subí las dos escaleras, hasta la redacción. Allí, sentado en mi escritorio, con el sombrero sobre los ojos, y fumando su pipa en el silencio de las oficinas desiertas, estaba... ¡Lowell Brant!

—¡Hola, hola!, desde cuándo se une usted a las filas de los esclavos — le dije, bromeando.

Al oír mi voz se puso de pie rápidamente y un tanto confuso.

—No; no me han dado trabajo extra. Vine aquí para matar el tiempo. Fuí a un teatro pero no pude estar allí, la obra era muy mala. Y como no tenía nada que hacer, preferí darme una vuelta por aquí para enterarme de las novedades.

Tomé algunas carillas de papel y comencé a teclear en la máquina de escribir.

—¡No se vaya! — le grité al ver que se alejaba —; este..., quiero decir, si no tiene usted prisa.

Brant vaciló un instante y luego se dejó caer sobre una silla diciendo:

—Bueno; esperaré.

—Le daré trabajo, si quiere. Puede leer este artículo y escriba algo sobre el asunto antes que llegue Clark, el secretario de la edición de la noche. Imite su estilo, ¿quiere?

—Perfectamente, comencemos — dijo Brant.

Ninguno de los dos pronunció una palabra hasta que el trabajo estuvo terminado. Luego, cuando dejamos la oficina, me invitó a comer.

—He comido ya — le dije —; pero podría tomar un vaso de leche, después del trajín del día.

—Habrá usted estado a café y cigarrillos, supongo — me dijo, mirándome con simpatía —; es inútil tratar de comer cuando una trabaja... A propósito, ¿vió usted el puñal ?

Acabábamos de salir del edificio. Me detuve donde estaba y lo miré de frente.

—Brant, ¿para qué trata usted de engañarme? — le dije, sonriendo.

El se detuvo a su vez y me miró. Luego se encogió de hombros sonriendo.

—Debo confesar que este asesinato me ha interesado; pero no creí exteriorizarlo tan claramente.

—Cuando un hombre que tiene una reputación de reservado como la suya hace dos visitas sociales en el mismo día... ¡Caramba!, usted es como un sabueso tras una pista...; parece increíble.

—¿Verdad que sí? Bueno, ya que ha descubierto usted mi pequeño secreto, debo sacar el mayor provecho posible de usted — sonrió mientras golpeaba la pipa contra la palma de su mano para sacar las cenizas. Luego, poniéndose serio, agregó —: No es que yo sea insociable o reservado; es que... Bueno, me siento fuera de lugar. No pertenezco a ustedes... Este..., no desearía que me interpretara mal. Los aprecio a todos, y me agrada el ambiente en que viven, pero me siento como un extraño. He llegado al periodismo demasiado tarde; no soy más que un espectador; soy viejo, y ustedes los periodistas deben comenzar jóvenes... Sin embargo..., bueno, dejemos eso; allí hay un restaurante.

Después de ordenar la comida me volví hacia Brant y le dije que no había visto aún la daga.

—Cantwell lo custodia como si se tratara de una reliquia. Cropsy lo ayuda..., y con toda razón, Brant... Han descubierto las impresiones digitales de Janice Fowler en la empuñadura.

—¿De veras? — preguntó él, mirándome con asombro.

—Sí; pero Cropsy me lo ha dicho confidencialmente, de manera que no puedo publicarlo. Pero es así; además, sin ninguna duda, se ha establecido que el puñal fué el arma empleada para matar a Margie Shannon.

Le expliqué, luego, que el artículo que había escrito contenía una serie de sugestiones que me diera Cropsy, y entonces el rostro de Brant se iluminó quedando absorto un instante en sus pensamientos.

—¡Bien por Cropsy! Parece un hombre inteligente — me dijo —. La mayoría de los policías hubieran seguido otra pista, pero Cropsy parece que no se conforma con las evidencias que presenta y se dispone a proseguir la investigación

—Usted habla como si creyera en la inocencia de Janice Fowler... Cropsy diría que usted es un tonto: él está convencido de que ella es culpable — le dije —. Sin embargo admite que debe obtener la declaración del acompañante de miss Shannon. Desea dejar la investigación completa.

—Quizá eso sea necesario... — dijo Brant pensativo.

Corrimos de prisa y luego volvimos a casa juntos. Yo vivía en aquel tiempo en la calle 40, Este, y Brant un par de cuadras más lejos.

Después de haberme dadó las buenas noches subí hasta mi departamento, con la sensación de que había estado hablando con alguien mucho más inteligente que yo. Comprendí por un detalle que la entrevista de los reporteros con Howard Wrenn había sido muy breve, porque de otra manera hubiéramos sabido, antes de que el puñal fuera hallado, que éste había sido un obsequio del pintor a Margie Shannon. Hubiéramos podido tener un buen asunto que explotar acerca de por qué él le había hecho tan extraño presente. ¡De qué manera había desvanecido las dudas aquella observación casual de Brant: "Quizá el ladrón estaba interesado solamente en el tapiz"! Una cosa tan sencilla, que no se le había ocurrido a ninguno de nosotros, ni siquiera a Cropsy. Que el tapiz fuera o no valioso carecía de importancia a la luz de los recientes descubrimientos; pero cuando Cropsy había tratado de reconstruir el asesinato para justificar la teoría del robo, el detalle había sido muy sugestivo.

Por otra parte, Brant me había preguntado: "¿Vió usted el puñal?" Bueno, lo cierto es que yo no lo había visto. Una persona no lo puede hacer todo y presentía que Grady Williamson me iba aventajar por eso. El "Public Opinion", publicaría con seguridad una fotografía del arma, por la mañana, en la primera edición.

Me hallaba bajo la impresión de que Brant sentía demasiada curiosidad acerca del arma, daga, puñal o lo que fuera.

Finalmente, me dormí.

CAPITULO VI

Al llegar a la oficina al día siguiente, le pregunté a Calhoun si me permitiría seguir un indicio personal y dejar que otro siguiera las investigaciones de la policía.

—Deseo ver ese puñal, y además quiero hablar con Wrenn... También desearía entrevistar a Janice Fowler — le dije.

—¿No has visto el "Public Opinion"? — me gritó Calhoum —. Hay una foto del puñal a toda página.

—Sí..., ya la he visto. Es la única ventaja que les he permitido; pero deseo ver el puñal y no una foto.

—Bueno... Llévese un fotógrafo con usted. No es mala idea la de entrevistar a Wreen, pero había pensado mandar a Betty Kelley para entrevistar a Janice Fowler.

—Ese trabajo es para un hombre — contesté yo.

—Eso cree usted.

—Le digo que sí.

—Bueno; no pierda más tiempo; tiene que escribir la crónica para la edición local.

—Vamos... Calhoun.

—Le digo que Harris no se separa de Cropsy; que la policía está tramando algo. Debe estar aquí a tiempo para agregar algo a su crónica.

Lo dejé con la palabra en la boca y metí la cabeza en el cuarto de los fotógrafos para llamar a Donahue. Este recogió su máquina fotográfica y ambos salimos rápidamente a la calle trasladándonos al Departamento Central de Policía en un taxi.

Después de argumentar unos instantes con los policías, éstos me permitieron ver el arma y yo me dediqué a estudiarla mientras Donahue tomaba varias fotografías de la misma. Era un puñal estilizado de hoja delgada, con una empuñadura labrada y adornada con pequeñas piedras rojas.

Hogan, que se hallaba a cargo del Departamento Central en ese momento, se acercó a nosotros.

—No traten de robarse ninguno de esos rubíes, muchachos — nos dijo sonriendo amablemente.

—¿Cómo, quiere usted decir que esos son rubíes?, ¿rubíes legítimos?

—No; nada más que unas cuantas piedras rojas — contestó Hogan, riendo —. No valen mucho, pero en cambio la empuñadura es de oro.

—¿Es hermoso, verdad? ¿Es un puñal, supongo? — pregunté.

—Sí..., eso es lo que han dicho nuestros expertos en armas blancas. Parece una reliquia antigua; probablemente sea valiosa como curiosidad.

Cuando Donahue terminó de sacar las fotografías necesarias, dejamos la habitación en que nos hallábamos.

—Ahora trataré de entrevistar a Howard Wrenn — le dije —. Quédate por aquí y procura tomar un par de fotos de Janice Fowler.

—No necesitas decirlo.

—Y cuando la veas, dile que dentro de una hora o dos la entrevistará el mejor de los reporteros... Y el más buen mozo también.

Donahue se alejó haciéndome una mueca.

Antes de dejar el Departamento Central, telefoneé al departamento de Howard Wrenn. El mismo atendió el llamado, prometiéndome que esperaría mi visita.

Entonces salí a la calle y tomé un taxi, pensando interiormente en la cara que pondría Calhoun cuando pasara el vale de gastos.

El departamento de la calle 19, Este, donde vivía Wrenn, era un lujoso piso de tres habitaciones. Un muchacho negro, de uniforme, atendía el ascensor y contestaba los llamados telefónicos. El muchacho me dijo que Wrenn vivía en el tercer piso; llevóme hasta allí en el ascensor y llamó a la puerta.

Esta se abrió en seguida y Wrenn apareció ante mí, vestido con un saco de fumar, y recién afeitado; pero con huellas de cansancio en el rostro. Parecía como si hubiera estado toda la noche sin dormir.

Después de los saludos, le pedí disculpas por si lo había sacado de la cama.

—Pero esa es nuestra vida; la de los reporteros. Siempre sacando a alguien de la cama y hablando de cosas que nadie desea mencionar — le dije.

—No, puede estar tranquilo. No me sacó usted de la cama. Soy bastante madrugador — me dijo sonriendo —. A propósito, estaba precisamente disponiéndome a tomar café..., es mi único desayuno. ¿Le agradaría acompañarme?

—Gracias..., con mucho gusto.

Wrenn trasladóse entonces a la cocina; yo me senté sin ceremonias en una silla y eché una mirada en derredor. La habitación estaba adornada con gusto; todo en ella, cuadros, alfombras, muebles, trasuntaban buen gusto y la influencia de unas manos artísticas. En las paredes colgaban varios cuadros, la mayoría de ellos representando paisajes. Me aproximé para ver si eran trabajos de Wrenn y hallé su firma en cada uno de ellos. Había también un hermoso retrato en colores, que representaba a una señora de cierta edad y de cabellos grises.

—Es mi madre — dijo Wrenn que llegaba en ese momento con el café.

Se detuvo detrás de mí y echó una tierna mirada al retrato.

—Era una hermosa mujer — dijo con orgullo.

—Eso se ve fácilmente, mister Wrenn.

—Sí... Bueno, aquí está nuestro café. Y ahora puede usted hablar.

—Gracias. He venido principalmente para que me diga algo acerca del puñal con el cual fué asesinada Margie Shannon. Fué un regalo suyo, según tengo entendido...

—Sí... — dijo él.

Luego pareció que iba a agregar algo más, pero cambiando de opinión tomó una cigarrera de plata y encendiendo un cigarrillo me dijo que me sirviera, si gustaba.

—Acabo de ver el puñal — dije a mi vez —. Es un arma curiosa; parece que fuera de mucho valor... ¿Qué es, un puñal?

—No exactamente un puñal. Es un puñal de misericordia — respondióme con una sonrisa de suficiencia.

—¡Vaya un nombre!

—Los alemanes le dan un nombre más curioso aun: "panzerbrecher", que significa, poco más o menos, "rompedor de armaduras..."; aguarde un instante. Le traeré la enciclopedia para que vea su definición.

Llegóse hasta una gran biblioteca llena de libros y luego volvió hacia mí, volteando las páginas de un gran libro.

—Aquí tiene usted — dijo señalando con el índice mientras leía: "A fines del siglo XII era usado en todas las comarcas donde florecía la caballería, para atravesar las celadas de los adversarios desmontados". Ya ve usted cuán exactamente la describen los alemanes. "Se le daba ese nombre a causa del uso a que se le destinaba, obligando al adversario a rendirse, a pedir gracia, ya que, en caso contrario, servía para dar el golpe de gracia.

Luego cerró el libro, lo dejó sobre una pequeña mesa y mirándome de frente me dijo, mientras enfundaba las manos en los bolsillos del saco de fumar:

—Ya ve usted que el puñal de misericordia tenía sus usos.

—Bueno, pues fué usado para algo terrible anoche — dije yo.

Pero no había aún terminado de pronunciar esas palabras cuando instantáneamente noté un extraño cambio en el rostro de Wrenn. Sus ojos se ensombrecieron, su boca se contrajo, y por un instante parecióme que iría a estallar en lágrimas.

—¡Es terrible! ¡Absolutamente terrible! — exclamó —; ¿quién podría haber deseado la muerte de esa pobre muchacha? Ella no podía tener enemigos... ¡Era tan alegre, tan irresponsable, esa pequeña pelirroja!... Nunca había hecho mal a nadie en su vida. ¡Hay momentos en que aun no puedo creerlo! ¡Es una infamia, una terrible infamia!

Asombrado al verlo llegar a tales extremos, me levanté de mi silla y comencé a pasearme por la habitación mientras él se dejaba caer en un sillón, ocultando el rostro entre las manos. Respeté su dolor y me perdí en mis propios pensamientos, hasta que al cabo de unos minutos volvía a oír su voz. Habíase recobrado y se disculpaba.

—Discúlpeme, amigo, ya pasó todo. Siéntese y pregunte lo que desee.

—Lamento tener que molestarlo en estas circunstancias, pero es mi obligación — le dije, comprendiendo su estado de ánimo —. ¿Desearía usted decirme dónde compró el puñal de misericordia y en qué circunstancia se lo regaló a miss Shannon?

—Lo compré hace muchos años en Italia, en una tienda de antigüedades. Estaba en una vidriera e inmediatamente atrajo mi atención. Me pareció en extremo curioso y luego me entusiasmé con él cuando el vendedor me dijo que era muy antiguo. Posiblemente habrá mentido, porque todo en Italia se vende fácilmente acreditándole una antigüedad que no tiene.

—¿Y cómo se le ocurrió regalárselo a miss Shannon?

—A eso voy...; lo tenía en mi estudio y un día que trabajábamos juntos me preguntó acerca de él y yo le expliqué entonces cómo lo había obtenido, tal como se lo he explicado a usted ahora. Ella quedóse impresionada al pensar que el arma hubiera podido ser empuñada en los combates de los caballeros de la Edad Media.

Quedó pensativo un instante y luego llenó nuevamente las tazas de café. Después, continuó diciendo:

—Posar para un artista no es tan fácil como usted pueda imaginar. Es verdaderamente cansador e irritante; sobre todo si el artista es de aquellos que se absorbe absolutamente en su trabajo hasta olvidar que la modelo es un ser humano que sufre y se fatiga.

Aun cuando no había fumado más que la mitad de su cigarrillo lo aplastó contra el cenicero, y encendiendo otro continuó:

—Margie Shannon jamás se quejaba a pesar de que yo, en ocasiones, adivinaba que debería estar rendida. Estaba tan entusiasmada con mis trabajos como yo mismo, y se alegraba cuando había logrado realizar la venta de algún cuadro a buen precio. Posó para muchas tapas de revistas y también para varios cuadros, muchos de los cuales poseo aún. Cierto día que había exigido de ella un esfuerzo poco común, quise darle una prueba de mi agradecimiento y le regalé el puñal. Sabía que le agradaba y que quedaría encantada con el regalo.

Wrenn se levantó de su sillón y caminando hasta un pequeño escritorio abrió un cajón. Y mientras revisaba su contenido me dijo:

—No quería aceptarlo al principio, pretendiendo que era supersticiosa acerca de regalos, y sobre todo de los cuchillos. De modo que me hizo aceptar una moneda a cambio de él; díjome que así el regalo se convertía en una venta... Aquí está.

Y volviéndose hacia mí mostróme en la palma de la mano una moneda que el desuso había ennegrecido.

La tomé un instante entre el pulgar y el índice y luego la dejé caer en el cajón. ¡Qué historia para mi crónica! — pensé —. La moneda con la cual Margie Shannon había querido comprar su destino, no había sido suficiente después de todo, para torcer su sino fatal. Calhoun se frotaría las manos de contento cuando lo supiera.

Wrenn cerró lentamente el cajón y ambos permanecimos un momento silenciosos. Yo redactaba "in mente" mi artículo para la edición local, mientras que él... Bueno, Dios sólo sabe en qué estaría pensando. De pronto suspiró profundamente, y volviéndose para alcanzar la cigarrera murmuró por lo bajo:

—¡Pobre muchacha!

—¿Era Margie Shannon supersticiosa en todas sus cosas? — le pregunté.

La agitación que demostraba el artista me violentaba, pero era preferible hablar a permanecer callado.

—No, que yo sepa — contestóme —; sin embargo la superstición de que los cuchillos regalados traen mala suerte es muy común, según creo. Quien conociera a Margie Shannon debía, naturalmente, comprender que ella tendría cosas así... Pero no se quede de pie; siéntese, por favor.

—Gracias, pero ya lo he molestado bastante y debo retirarme. Le haré una última pregunta: ¿conoce usted a Janice Fowler?

—¡Oh, sí!; miss Shannon vino con ella al estudio varias veces. Las dos fueron muy amigas durante un tiempo.

—¿Quiere usted insinuar que habían disputado últimamente? ¿Había algún resentimiento entre ellas?

—¡Por Dios, hombre! ¿Piensa usted que pudo haber sido Janice Fowler? — exclamó Wrenn.

—Lo cree la policía, lo cual es mucho más importante.

—¿Nada más que porque encontraron el puñal de misericordia en su cuarto?

—Cropsy afirma que es suficiente. ¿No le dijo a usted nada acerca de las impresiones digitales que halló en la empuñadura?

—No; no me dijo nada. Pero..., ¿está seguro? — contestó Wrenn mirándome con la sorpresa pintada en sus ojos.

—Sí, pero no puedo publicarlo todavía — contesté yo asintiendo con la cabeza.

—Sin embargo no puedo creerlo—dijo Wrenn mientras su frente se surcaba de arrugas —. Parece increíble pensar que Janice Fowler tenga algo que ver con este crimen; es algo incomprensible, de un asesinato incomprensible.

—Quizá tenga usted una teoría propia, mister Wrenn — dije yo; pero él movió su cabeza negando.

—Bueno, entonces... Buenos días y muchas gracias. Este..., ¿va usted a trabajar hoy?

—Trataré..., aun cuando me parecerá muy extraño sin Margie Shannon — contestó Wrenn, que se había levantado acompañándome hasta la puerta.

Le estreché la mano, pero antes de retirarme le dije:

—Usted conoce muy superficialmente a Janice Fowler, creo; y sin embargo parece muy seguro de su inocencia, ¿por qué?

—¿Seguro, dice usted? — me contestó Wrenn con una amplia sonrisa —. Creo que ahora no estoy seguro de nada después de lo que ha sucedido. Espero que no me llamarán a explicar todo lo que he dicho... ¿Qué le parece si habla usted con Janice Fowler y luego me comunica lo que piensa ella del crimen?

—Perfectamente... Iré ahora a entrevistarla — le dije a modo de despedida.

En el Departamento Central de Policía el guardián no me permitía pasar a la celda de Janice Fowler. Argumenté con él durante cinco minutos, hasta que finalmente tuve que acudir a Hogan. Este condujo a la muchacha al cuarto de los detectives, una habitación amplia que parecía el aula de una escuela, llena de pequeños escritorios. Sin embargo, lo hizo con la condición de que él estaría presente durante la entrevista.

—Y debe darme las gracias por lo que estoy haciendo — me dijo mientras se sentaba sobre un gran escritorio próximo a la puerta.

Al cabo de un instante llegó la muchacha, conducida por el guardián, que luego de echarme una mirada inamistosa salió de la habitación cerrando la puerta tras él. Janice Fowler llevaba la cabeza alta. Parecía tener muy buen aspecto a pesar de la terrible noche que debería haber pasado. Al acercarme a ella me recibió con una sonrisa mientras se dejaba caer en una silla.

—¿Es usted el reportero que me envió un mensaje? — me preguntó.

—¿Cómo lo adivinó usted? — le respondí sonriendo y sentándome frente a ella de modo que pudiera verle bien el rostro.

—No ciertamente a causa de la descripción que hizo de usted míster Donahue — respondió ella.

Luego desapareció la sonrisa que se había

"441 días..."

BAJO ESTE TITULO,

Don NICETO ALCALA ZAMORA,

EX PRESIDENTE DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA,

ha escrito especialmente para la revista *"¡AQUI ESTÁ!"* el emocionante relato de su trágico viaje desde Marsella a Buenos Aires



EL ARRIBO A LA ARGENTINA
Después de cuatrocientos cuarenta y un días de viaje lleno de zozobras, D. Niceto Alcalá Zamora, acompañado por sus hijos, sonríe al porvenir al arribar a Buenos Aires.

"441 DIAS..."

de angustia, de hambre, de malos tratos, de persecuciones, de innúmeros peligros.

"441 DIAS..."

en los que se refleja fielmente la locura de este mundo de hoy, agitado por todas las pasiones.

Don NICETO ALCALA ZAMORA

el líder de la revolución republicana de España, el primer presidente del nuevo Estado, el hombre en torno al cual se han agitado las más violentas pasiones políticas, escribe las memorias de uno de los episodios más dramáticos de su vida.
***¡AQUÍ ESTÁ!* ha adquirido con carácter de absoluta exclusividad los derechos de esta publicación.**

Léalo en ¡AQUÍ ESTÁ!

¡AQUÍ ESTÁ! aparece lunes y jueves ** 10 centavos en la capital, 15 en el interior.

¿Ingenua?



—¡Pobre amiga mía!... ¿Es verdad lo que han estado murmurando de ti cuando saliste hace un momento?

formado en sus labios y su rostro se tornó serio. Era un rostro atractivo, realzado por hermosos cabellos rubios de una tonalidad que no pueden dar las casas de belleza. Janice Fowler no era quizá tan bella como Margie Shannon, pero sí muy atractiva. Mentalmente comparé a las dos muchachas; la que estaba ante mí era pequeña, jovial y elegante, aunque por el momento su jovialidad hubiera desaparecido.

De pronto levantóse ante mí el cuadro de Janice Fowler frente al jurado en el cuarto de la Corte, repleto de curiosos, y Francis Miles, el juez, haciéndole terribles preguntas.

—¿Quién es su abogado? —le pregunté bruscamente.

Janice levantó medrosamente su cabeza y me miró en los ojos:

—¿Por qué habría de tener abogado? No he hecho nada malo — me contestó.

—No quiero decir que usted haya hecho nada malo, pero sabe perfectamente en la situación en que se halla. Usted debe nombrar un abogado.

—Olvida usted que yo trabajo precisamente en una oficina de abogados. Lounsbury Evans y Gore, es la firma. Míster Evans desea tomar mi caso a su cargo, pero he rehusado verlo hasta hoy.

—¿Por qué?... Es uno de los mejores abogados de la ciudad.

—Sí..., creo que debo saberlo.

—¿Ha estado Evans por aquí para verla?

—Dos veces.

—Lo está usted colocando en una posición desairada. No es posible que un hombre como Evans pueda ser acusado de buscar clientes en la cárcel.

Ella no contestó, y entonces yo continué:

—Creo que es usted inocente, miss Fowler, pero quisiera saber por qué mintió usted acerca del puñal.

La muchacha no pestañeó siquiera, pero me echó una mirada fría mientras su rostro se ponía tenso. Yo me sentí ante ella como un detective novato que hubiera estudiado el oficio por correspondencia.

—Está bien — dije al fin —; olvidemos ese asunto y hablemos de otra cosa. No le dirigiré más preguntas como ésa. Sin embargo, le haré una buena advertencia. Necesita usted urgentemente un buen abogado, y si quiere hacerme caso llame a Stanley Evans y dígale que venga al momento. Si usted no lo hace... quién sabe cuánto tiempo permanecerá aquí. Un abogado no permitiría que estuviera usted detenida más de veinticuatro horas, sin que le hicieran una acusación formal. Conseguiría un recurso de...

—*Habeas corpus* — concluyó ella —. Pero no puedo comprender por qué me habla usted así. Creí que se trataba solamente de una entrevista periodística.

Su sonrisa volvió a aflorar nuevamente en la comisura de los labios mientras ella se miraba las uñas como al descuido.

—Está bien; desde este momento no seré más que un reportero preguntón — dije yo —. ¿Cuánto tiempo hace que vive usted en Cleveland?

—Dos años.

—¿Dónde nació usted?

—No me creería usted si se lo dijera.

—No importa, dígamelo.

—Está bien... Ottumwa, Iowa...

—Parece increíble — dije yo sonriendo —; pero si usted lo dice debe ser cierto... ¿Sus padres viven allí?

—Mis padres están divorciados — contestóme ella poniéndose seria de inmediato y con excitación en la voz —; desearía que no mencionara usted eso, si no es necesario.

—No, no es necesario. ¿Cuánto tiempo hace que vive usted en su domicilio actual?

—Este..., agosto, septiembre...; más o menos quince meses. Tres meses más que Margie Shannon en el suyo. Yo me mudé en agosto y Margie en noviembre.

—¿La conocía usted mucho?

—Por un tiempo fuimos muy buenas amigas — contestó la muchacha haciendo un signo afirmativo con la cabeza —, pero durante los últimos meses dejamos de vernos con frecuencia.

—¿Hubo para ello alguna razón especial?

—No.

—¿Cuándo se enteró usted del crimen?

—Cuando la policía vino a buscarme. No había leído los diarios.

—¿Cómo explica usted la presencia del puñal en su departamento?

—He declarado a la policía que no puedo explicármelo de ninguna manera.

—¿Ni siquiera sus impresiones digitales en la empuñadura?

—Por supuesto. Pero debo decirle que lo tuve muchas veces en mis manos mientras visitaba a Margie.

—Pero, indudablemente, lo ha tenido por última vez hace poco tiempo — le dije yo.

—Sí, creo que tiene usted razón — dijo ella fríamente —; ¿desea saber algo más?

—Sí; es mi opinión que usted está encubriendo a alguien, y sepa usted que comete un grave error.

—¿Volvemos a lo de antes? — me preguntó ella con un brillo intenso en los ojos.

—Sí; si a usted le parece. Una joven que está a punto de ser acusada de un asesinato, como usted, no debe aparecer tan despreocupada aun cuando sea inocente. Muchos inocentes han pagado culpas ajenas...

El modo de Janice cambió instantáneamente y me contestó:

—No quiero aparecer excesivamente confiada. ¿Pero, cómo cree usted que actúan las personas que han cometido un crimen? No estoy encubriendo a nadie; le doy a usted mi palabra; no me hallo interesada en proteger a nadie más que a mí misma. Y puede creer que soy tan inocente como usted.

De pronto enclavijó sus manos, me miró un instante en silencio y luego murmuró:

—¿Es realmente tan serio como usted dice?

—Me temo que sí. La policía tiene que acusar siempre a alguien. Margie Shannon fué asesinada a eso de la medianoche, y aun cuando pudiera usted probar que pasó esa noche fuera del departamento, según sus propias declaraciones, regresó poco después de la medianoche... No demasiado tarde para...

—Tiene usted razón — asintió ella pensativa —; sin embargo, eso es exactamente lo que pasó. Trabajé hasta un poco más tarde que de costumbre, cené en un restaurante y luego regresé a casa pensando pasar el resto de la noche leyendo. No obstante, cambié luego de idea y poniéndome otro vestido volví a salir. Cuando llegué a Playhouse Square, descendí del automóvil y comencé a caminar a lo largo de la avenida Euclid mirando las vidrieras. Finalmente fui al teatro Allen. A la salida tomé un helado y luego volví a casa. Debo haber llegado diez o quince minutos después de las veinticuatro.

—¿Y no vió usted a Lewicki en el conmutador?

—No.

—¿Subió usted a su departamento?

—Sí. Subí en el ascensor, fui directamente a mi cuarto y me acosté en seguida. No fué sino a la mañana siguiente, al levantarme, cuando me di cuenta de que alguien había robado en mi departamento.

—¿Cómo se dió cuenta usted de eso?

—Bueno, si quiere usted saberlo: me bañé al levantarme y luego, al abrir el ropero para buscar ropa interior, comprendí que alguien había sacado la mayor parte de ella. Además, de un cajón del ropero faltaba un billete de diez dólares que yo había puesto allí la noche anterior cuando volví a salir. No salgo a menudo sola por la noche, de manera que pensé que sería mejor llevar conmigo solamente el dinero necesario.

—Tengo entendido que también le robaron algunas alhajas, ¿no es así?

—Sí..., y un salto de cama de seda que yo apreciaba mucho porque era japonés. Las joyas no eran de gran valor...; un collar con perlas falsas, que podrían valer sesenta dólares, y un anillo que costaba aún menos. Sin embargo, lamenté la pérdida de este último porque era un regalo, lo mismo que el salto de cama.

—¿Dió usted a la policía una descripción detallada de todas esas cosas?

—Nunca he visto anillo como aquél — respondió ella asintiendo con la cabeza —; era de oro verde prensado y tenía incrustada una turquesa. Un indio navajo lo había hecho...; tengo entendido que los navajos son verdaderos artífices en tales cosas.

Hubo un instante de silencio mientras yo garrapateaba algunas notas en mi libreta. Luego volví a preguntar.

—¿Oyó usted algún ruido en el departamento de miss Shannon cuando regresó del teatro?

—Absolutamente ninguno.

—¿Tenía miss Shannon algún asunto amoroso?

—No, que yo sepa.

Miré mi reloj y Janice se levantó.

—¿Eso es todo? — me dijo.

—Sí, eso es todo... Adiós, y, muchas gracias por haberme atendido... Y no olvide mi recomendación acerca del abogado.

—Adiós — respondió ella sonriente —; lo pensaré.

Hogan, que había estado conversando con otro detective, nos vió de pie y se acercó a nosotros acompañando luego a Janice Fowler. Cuando volvió preguntóme:

—Bueno..., ¿qué me dice de ella? ¿Conoció usted a nadie que se le parezca?

—Nunca..., ¿qué piensa usted?

—Que es muy valiente.

—Ya lo creo, muy valiente.

—Queda por ver cómo terminará esto — dijo Hogan —; debe decir la verdad antes de que se vea frente al jurado.

—¿Cree usted entonces que es culpable?

—Ya lo creo. Ella y Margie Shannon disputaron; eso es todo. Quizá disputaron por un hombre. Las mujeres suelen enemistarse por los

hombres. Su cuento del robo es pura invención; no me sorprendería así...

—En ese instante sonó un teléfono y Hogan se interrumpió para contestar.

—Sí, habla Hogan; sí, teniente.

Luego hubo una serie de monosílabos interrumpidos en las partes en que escuchaba. De repente colgó el tubo y se volvió a mí con una expresión de asombro.

—¿Era Cropsy? — pregunté yo.

—Él mismo. Y le advierto que debe usted ponerse al habla con él porque no puedo decirle lo que me comunicó. Sin embargo, le anticipo que era algo muy importante; lo suficiente para condenar a su amiga por el asesinato. Cropsy ha descubierto algo muy importante.

CAPITULO VII

(De la edición local del "Express, miércoles 11 de octubre.)

"Vi a Janice Fowler salir del departamento de Margie Shannon a medianoche. Tenía un puñal en la mano.

"Tales fueron las palabras que Saúl Mitchell, un inquilino del mismo piso del departamento donde la hermosa modelo había sido asesinada, pronunció anoche en su declaración ante la policía. El teniente John Cropsy había conferenciado con el testigo privadamente, durante más de dos horas, después de lo cual anunció que la investigación del asesinato finalizaba.

"Dijo, al hacer tan categórica declaración, que había sido aclarado un punto importante de la pesquisa. Porque además del testigo Saúl Mitchell, había ahora otro: El hombre que había sido conocido por el público, a través de los diarios, durante los últimos dos días, como "el acompañante de Margie Shannon" y que fuera buscado tenazmente por la policía a causa de ser él la última persona que había visto con vida a miss Shannon, presentóse esta mañana a la policía voluntariamente, siendo interrogado de inmediato por Cropsy y el fiscal Francis Miles. Ambos declararon hallarse seguros de que el hombre era ajeno al crimen.

"A causa de las "extraordinarias circunstancias" en que se desarrollaron los hechos — para repetir las palabras del fiscal Miles —, la identidad de este hombre no ha sido hecha pública. Una de esas "circunstancias" es que se presentó voluntariamente. Las otras, según Miles, eran sólo conocidas por él.

"Después de haber interrogado a Saúl Mitchell en el Departamento Central de Policía, el teniente Cropsy llamó a los reporteros que habían seguido los acontecimientos desarrollados en la tensa atmósfera de la policía, desde el cuarto de prensa, e hizo públicas las declaraciones de uno de los dos últimos testigos del drama.

"Mitchell, contador de la Compañía de productos químicos Perkins Ltda., dijo que había pasado la noche del nueve de octubre leyendo un libro en su habitación. Su departamento se halla en el lado opuesto del pasillo de los de miss Shannon y miss Fowler, al oeste del ascensor y del mismo lado que éste. La puerta del departamento de la modelo da frente al ascensor y el de miss Fowler queda al lado del de aquélla, por el este.

"—A eso de la medianoche — relató Mitchell —, comencé a cabecear sobre mi libro. Decidí acostarme para terminar de leerlo en la cama. Me desvestí, me puse el pijama y luego fuí hasta la puerta del departamento para ver si estaba cerrada con llave. No lo estaba, y naturalmente, al dar vuelta al picaporte se abrió un poco. Antes de que pudiera cerrarla nuevamente oí un ruido en el pasillo; levanté la cabeza y vi a Janice Fowler. Terminaba de salir del departamento de Margie Shannon y estaba en ese instante cerrando la puerta. En una mano llevaba un objeto que brillaba a la luz como una hoja delgada. Mientras yo la estaba contemplando caminó unos pasos, abrió la puerta de su departamento y desapareció en él.

"—¿Qué pensó usted de eso en el primer momento?

"—Nada en particular. Temo que no presté la debida atención al hecho de que era un puñal lo que ella llevaba en la mano. A decir verdad, ni siquiera me ocurrió que fuera un puñal, aun cuando ahora estoy seguro de que lo era.

"—¿Qué hizo usted después?

"—Me acosté.

"—¿Qué hora era?

"—Eran exactamente la veinticuatro y diez y ocho minutos. Estoy seguro de ello, porque después de cerrar la puerta di cuerda al reloj antes de acostarme.

"—¿Continuó usted leyendo después de haberse acostado?

"—Solamente unos minutos.

"—¿No sintió usted más ruidos en el vestíbulo?

"—No.

"Cropsy preguntó luego a Mitchell por qué no se había presentado a la policía dos días antes, inmediatamente de haberse hecho público el crimen. Mitchell replicó que había salido de la ciudad para ir a Pittsburg al día siguiente, en un viaje de negocios, tomando el tren por la mañana muy temprano sin haber leído nada acerca del crimen. La compañía donde él trabajaba tenía una sucursal en Pittsburg y Mitchell dijo que había ido hasta esa ciudad a controlar los libros de contabilidad. Finalmente leyó en un diario de Pittsburg que Margie Shannon había sido asesinada. Salió de Pittsburg en un tren nocturno, llegando a Cleveland a la mañana siguiente, es decir, esta mañana, telefoneando inmediatamente al Departamento de Policía, donde le habían comunicado que se presentara al jefe de la oficina central.

"Interrogado acerca de si estaba seguro de

Exigente

—¡Enfermera, hace una hora que estoy llamando! ¡Tengo los pies fríos!

que era Janice Fowler la mujer que había visto salir del departamento de la modelo, Mitchell afirmó que se hallaba absolutamente seguro.

"En cuanto al hombre que había acompañado a Margie Shannon hasta su departamento a las veintitrés y treinta de la noche del crimen, y a quien, a causa de la reticencia oficial se le conocía aún públicamente como "el acompañante", sus declaraciones de las actividades de la noche fatal, fueron breves y terminantes:

"Se encontró con miss Shannon a las diez y nueve y treinta en el *hall* del Statler Hotel, donde se habían dado cita, y ambos cenaron juntos allí.

"Después de cenar fueron juntos al teatro Ohio para ver "Escándalos", e inmediatamente después de la función llamó un taxi y condujo a miss Shannon hasta su casa.

"Llegados al edificio acompañó a la muchacha hasta su departamento subiendo por el ascensor, y luego entró con ella, deteniéndose breves minutos durante los cuales charlaron acerca de la obra que acababan de ver.

"Luego, cuando habrían transcurrido más o menos diez minutos, despidióse de ella y se retiró.

"Declaró que no había visto otra persona en el edificio ni en el cuarto piso, ni en el vestíbulo exterior, aparte del muchacho encargado del conmutador durante la noche.

"A las preguntas que le formulara el teniente Cropsy, declaró también que miss Shannon se hallaba alegre y comunicativa, cuando se despidió de ella, y que bajo ningún concepto parecía estar con el temor de una amenaza.

"El fiscal Miles anunció luego que iba a pedir al jurado, que se hallaba aún reunido, que declarara culpable a Janice Fowler de asesinato en primer grado.

"Pero en el momento culminante en que se desarrollaban estos hechos llegó la noticia de que Stanley Evans, de la firma Lounsbury, Evans y Gore, había sido nombrado defensor de miss Fowler.

"Como es sabido, aquélla era la firma de los abogados en cuyo estudio miss Fowler trabajaba como dactilógrafa.

"A pesar de que la muchacha se hallaba familiarizada con los procedimientos legales, y que conocía indudablemente lo difícil de su situación, habíase rehusado sistemáticamente a pedir un abogado, y no fué sino hasta que el detective Thomas Hogan la careó con Saúl Mitchell cuando ella consintió en nombrar a Evans.

"—Por lo que concierne a la policía — declaró a su vez el teniente Cropsy —, nuestras investigaciones en el asesinato de Margie Shannon tocan a su fin. El caso pasa ahora a la Corte de Cuyahoga.

"Entrevistada hoy en el Departamento Central de Policía, Janice Fowler se mantuvo tan animosa como siempre mientras respondía a las preguntas que se le formulaban. Si estaba atemorizada por lo que podría sucederle, no lo demostraba..."

* * *

El total de las declaraciones ocupaba toda la primera plana del diario. Nadie sabe lo que esto significa hasta que ha trabajado en un diario metropolitano de la tarde. Además de redactar la crónica, había sido necesario concertar una entrevista con Howard Wrenn y redactar luego todo lo que el pintor había contado acerca del puñal de misericordia y de la moneda que Margie Shannon había insistido en pagarle por él.

Ambos escritos habían figurado en la primera edición local. Quince minutos para la entrevista, cuarenta para redactar la crónica, la mitad de la cual había sido escrita bajo el estridente sonar de las campanillas del teléfono sobre mis oídos mientras escuchaba a Harris que me transmitía los últimos informes de los hechos que se estaban desarrollando en el Departamento Central. Y durante los diez minutos finales, Simón Legree Calhoun arrancándome las cuartillas de la máquina de escribir, antes de que hubiera tenido tiempo de hilvanar cada frase.

El representante de la United Express enviando su informe; Sparks, el director general, leyendo por sobre mi hombro a medida que yo escribía, y el jefe de los talleres gritándome desde la sala de tipógrafos.

Finalmente la edición entró en máquina y la enorme tensión de mis nervios se relajó. Calhoun llegó a mi escritorio y se sentó en una silla. Le eché una mirada hostil, pero antes de que pudiera haberle dicho lo que pensara, me dió un golpe en la espalda.

—Bien..., bien... ¿Qué dice el diccionario acerca del homicidio justificable?

—Asesinato de un director — le contesté yo rabiosamente.

—Tiene razón — me dijo sonriendo —; pero ahora que la edición está en máquina y volvemos a ser amigos, quiero decirte que a veces eres terriblemente lento. Deberías dedicarte a otra profesión.

—¡Calhoun! — le grité —, ¡si no pierdes esa maldita costumbre de arrancarme las carillas de la máquina de escribir!....

Pero Calhoun se alejaba sonriendo sin hacer caso de mis amenazas.

En el sótano, dos pisos más abajo, las rotativas comenzaban ya a correr furiosamente.

Pocos minutos después un muchacho llegaba a la redacción con copias de la edición local de nuestro competidor "The Sun". Hubo una rápida comparación y luego estallaron los elogios y las exclamaciones de contento.

—Ese asunto del puñal de misericordia es magnífico. Lo presentamos con carácter exclusivo — dijo Sparks deteniéndose ante mi escritorio —. ¡Bien, muchacho!

Y pasó de largo, dirigiéndose a su oficina para trabajar ya en la próxima edición.

Miré en torno mío y me dirigí luego al lugar acostumbrado de Brant, con la intención de cambiar con él algunas palabras, pero no estaba en su sitio. Había dejado el escritorio y se hallaba escribiendo a máquina un poco más lejos, donde lo descubrí en momento que terminaba su escrito.

—Desearía encontrar un asilo de insanos donde poder descansar un poco con tranquilidad — dije yo, mientras él metía en el bolsillo el papel que terminaba de escribir a máquina.

El no hizo ningún comentario, limitándose a sacar grandes nubes de humo de su pipa.

—Los muchachos — continué yo — están apostando dinero a que habrá una confesión por parte de la acusada dentro de veinticuatro horas.

—¿Y qué apuesta usted? — preguntóme él mirándome en los ojos.

—Yo no apuesto.

—Pero tiene una opinión, seguramente.

—Sí, y no creo que ella confiese nada; tiene demasiado coraje para ello. He tenido una larga conversación con Janice Fowler y he notado que tiene mucho espíritu.

—Lo supuse al leer su reportaje..., pero lo necesitará — contestóme Lowell Brant asintiendo con la cabeza.

Calhoun, que merodeaba por la oficina, se acercó a nosotros con una irónica sonrisa en los labios. Se detuvo con una mirada tensa e inquisitiva en sus ojos, ante la silla donde se hallaba sentado Brant y encendió un cigarrillo. Este lo miró en silencio y sonriente. Era un admirador de Calhoun.

—¿Qué piensa usted hacer esta tarde? — preguntóme Calhoun.

—Trataré de arrancarle alguna declaración al honorable fiscal, procurando sacarlo de su mutismo — contesté yo.

—¡El y sus "extraordinarias circunstancias" — exclamó Calhoun.

—¿Confió él a los periodistas sus conocimientos secretos acerca de la identidad del "acompañante"? — preguntó Brant sonriente.

—No; pero tendrá que hacerlo. O dar una buena razón por su negativa — respondió Calhoun haciendo una mueca.

—Comprendo que nuestro fiscal tenga muy buenas razones para no dar el nombre de ese testigo misterioso, pero no puede seguir con eso de sus "circunstancias extraordinarias" — dije yo—. Presumiblemente debe estar protegiendo a alguien que puede ser perjudicial de alguna manera, al mezclar su nombre en el asunto del asesinato. Si es así, dejémoslo hacer. Cropsy nos hubiera revelado todo inmediatamente, pero el hombre se entregó a Miles y él no puede hacer nada.

—Una cosa no fué mencionada en su historia de Saúl Mitchell — dijo Brant tomando el "Express" de sobre el escritorio —: el aspecto de Janice Fowler mientras estaba parada en la puerta de Margie Shannon con algo que brillaba en su mano, como si fuera una hoja delgada. ¿Sabe usted qué es?

—No puedo pensar en todos los detalles — le dije —; tan pronto como supe de qué trataban las declaraciones del testigo volví inmediatamente a la redacción; pero Harris ha estado cerca de Cropsy toda la mañana, enviándome informes por teléfono.

—¡Ah!... ya veo — exclamó Brant encendiendo nuevamente la pipa que se le había apagado.

Calhoun lo miró con interés.

—¿Quiere usted decir que desearía saber si ella estaba agitada o no? Eso es importante; en efecto, deberíamos averiguarlo.

Luego me miró en silencio pidiéndome una explicación que yo no pude darle. Volvióse entonces hacia Brant preguntándole:

—¿Por qué se interesa tanto por eso, mi estimado Sherlock Holmes?

—¡Bah!... es una cosa elemental... Veo que los sorprendo — contestó Brant con sonrisa sardónica.

Extendió el diario sobre el escritorio y luego sacó del bolsillo el papel que acababa de escribir a máquina un momento antes.

—Tengo aquí algunas notas personales acerca del asunto — dijo.

Y alcanzó el papel a Calhoun.

El director lo tomó y ambos leímos a un tiempo:

Observación: Janice Fowler dijo que dejó el departamento en horas de la tarde para dar un paseo e ir al teatro. Según su declara-

ción volvió poco después de medianoche; pero nadie la vió volver. En vista de que no podía probar que había estado ausente del departamento hasta después de medianoche, la policía creía que ella estaba mintiendo acerca de ese particular. La teoría de los detectives al respecto era que la muchacha había vuelto temprano, ocultándose en su cuarto para esperar, primero el regreso de Margie Shannon, y luego, que su acompañante accidental se alejara. Finalmente, cuando todo estuvo en calma, se introdujo en el departamento de la modelo y la mató.

"Obsérvese cuán importante es saber si Saúl Mitchell vió a la joven con sombrero o sin él. Si había estado paseando no es razonable creer que hubiese vuelto temprano a la casa. Margie Shannon, por el contrario, regresó a las veintitrés y treinta. Su acompañante de esa noche — el anónimo "acompañante" —, dejó el edificio entre quince y veinte minutos después, de acuerdo a sus propias declaraciones y también a las de Lewicki.

"¿Dónde estaba en ese ínterin Janice Fowler? ¿En la calle o en su departamento? Si estaba en su habitación, se hallaba quizá sentada allí meditando sobre la venganza, sin su sombrero y sin su abrigo".

Eso era todo. Calhoun, habiendo terminado de leer, exclamó:

—¡Que me aspen!; admito que si Janice Fowler estaba vestida de calle cuando Mitchell la vió, entonces es razonable presumir que había regresado después que el amigo desconocido de Margie Shannon se alejara. Sin embargo, eso no mejoraría las cosas para ella.

—No, en efecto — dijo Brant.

—Quiero decir que ella hubiera tenido tiempo todavía para cometer el crimen, aun cuando se comprobara que no había regresado hasta después de medianoche — explicó Calhoun.

—Mitchell declaró que eran las veinticuatro y diez y ocho minutos cuando él la vió — dije yo —; pero Janice Fowler me dijo a mí que había vuelto diez minutos o un cuarto de hora después. ¿Tres minutos son suficientes, verdad?

—No, no serían suficientes, pero ocho sí bastarían — explicó Calhoun —; de todas maneras Janice Fowler calculó el tiempo con aproximación, según dijo, mientras que Mitchell estaba seguro de haber mirado en su reloj... ¿Qué le parece, Brant?

—No sé...; nadie ha tratado de comprobar en cuánto tiempo es posible cometer un crimen —murmuró Brant después de vacilar un instante mientras su rostro se contraía en un gesto meditativo.

—...O para desvalijar un departamento — dije yo —; no olvide eso.

—No soy competente en eso de desvalijar nada, pero en cambio he visto desordenar. No lleva mucho tiempo... Lo digo con conocimiento de causa.. — dijo Calhoun.

—Usted nunca ha estado en una de las fiestas de Calhoun..., es realmente una experiencia muy interesante — dije yo a Brant a modo de explicación, al ver la mirada de curiosidad que dirigió al jefe...— Bueno, me voy; trataré de entrevistar a Mister Cropsy, si puedo localizarlo.

Me alejé del grupo para buscar un teléfono.

Cropsy no podía haber llegado aún al Departamento Central de Policía, de manera que llamé directamente a la oficina del fiscal preguntando allí si el teniente estaba de conferencia con Francis Miles.

—Puede usted matar dos pájaros de un tiro — gritóme Calhoun desde lejos al oírme.

En la oficina del fiscal varios reporteros estaban cómodamente instalados en sendas sillas, cuando yo llegué. Entre ellos estaba Harris, que me recibió con una sonrisa.

—¡Gracias a Dios!, ahora puedo escapar de aquí para ir a comer un bocado... ¡Estoy hambriento! — exclamó.

—¿Hay novedades? — le pregunté yo.

—Ninguna... Cropsy y Miles están conferenciando. Grady Williamson ha estado tratando de persuadir a Miles para que declarara a los reporteros la identidad del amigo desconocido de Margie Shannon... Quizá estén hablando de ello ahora.

Al oir mencionar su nombre, Grady Williamson me echó una mirada, interrumpiendo una animada y profana discusión con Bunny Jackson y Ferrell, del diario "The Sun".

—¡Hola, veneno!, me he disgustado con la policía a causa tuya — dijo —; el jefe me acaba de llamar enviándome a todos los demonios a causa de tu reportaje acerca del puñal de misericordia o como quieras llamarlo.

—Deberías haber tenido esa primicia anoche — contesté yo sonriendo.

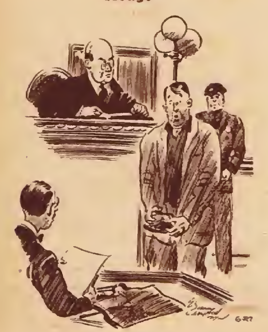
—La misma idea se le ocurrió al secretario de redacción. No necesitas repetírmela.

—Fué cuestión de suerte... — respondió Jackson lanzándome una mirada desdeñosa y volviéndose luego a Grady Williamson —; imagínense tener la suerte de encontrar semejante historia, sólo porque se le ocurrió curiosear acerca de un escarbadiente italiano. Estamos tratando de resolver un asesinato, pero éste busca los detalles mórbidos, como para hacer llorar a las muchachas histéricas... ¿Qué probabilidades tiene aquí de destacarse la verdadera inteligencia?

—¿Estás celoso, eh? — pregunté yo con sorna mientras me dejaba caer en una silla —; ¿nadie pudo conversar aún con Stanley Evans?

—No, que yo sepa... La última noticia que hemos tenido de él es que se hallaba aún interrogando a su hermosa clienta..., culpable, como todos sabemos — dijo Williamson —; apostaría a que Evans no se hubiera hecho cargo del caso si la muchacha no fuera su dactilógrafa. Lo más que puede hacer será llegar a un trato con Miles para que la condenen por asesinato en segundo grado.

Castigo



—No me condene, señor juez. Póngame en un rincón como hacía mi mamá cuando era chico.

—No se puede decir el fallo que dará un jurado compuesto de tontos — dijo Farrell.

—Si... Todo lo que necesita Evans es doce enamorados, en el jurado, y luego dejar que Janice Fowler los mire con esos ojos suyos — dijo a su vez Jackson.

—Bueno, déjense de hacer teorías y esperemos a ver lo que pasa — replicó Williamson—; Miles, por su parte, tratará de conseguir que algunas viejas tomen parte en el jurado y también un par de maridos miedosos que temerán votar por la negativa por miedo de lo que sus esposas piensen de ellos. Nuestro fiscal no es ningún tonto.

—Gracias, caballeros — exclamó una voz profunda con un tono de burla.

La puerta de la oficina de Miles se había abierto sin ruido. Y allí, con sus manos detrás de la espalda y recostado contra la pared estaba Miles, atlético, enérgico y buen mozo. Sus facciones, de habitual enérgicas, se habían relajado para dar paso a una sonrisa de mofa.

—Tengo una declaración que hacerles a ustedes — dijo.

CAPITULO VIII

Grady Williamson metió la mano en el bolsillo de su saco y sacando un billete arrugado de un dólar y varias monedas, preguntó sonriendo:

—¿Cuánto quiere Francis? No tengo más que un dólar y sesenta...

—Gracias — murmuró Miles sonriendo —, voy a pedir a tres de ustedes, uno por cada diario, que pasen a mi oficina, donde les impartiré algunas informaciones confidenciales. Después de la conferencia que acabo de mantener con el teniente Cropsy, he decidido explicarles lo que entiendo por "circunstancias extraordinarias" como he dicho esta mañana. Como ustedes saben—y aquí su voz se hizo un susurro y tomó cierto tono sarcástico — no hace mucho que estoy al servicio de la justicia y necesariamente ignoro una serie de detalles en mis relaciones con la prensa. El teniente Cropsy, cuya experiencia lo presenta como un experto en esta materia, me ha convencido de que mi secreto estará más a salvo si puedo confiar en ustedes. Por otra parte...

—Por otra parte — terminó Williamson por él —; cada reportero de la ciudad tratará de ser el primero en obtener la primicia. Cropsy tiene razón. Nunca ha perdido nada cuando nos ha confiado un secreto.

En sus últimas palabras había un dejo de reproche.

—Le creo, y ahora, señores, si quieren ustedes elegir..., creo que hay dos representantes del diario "The Sun"..., Ferrell y Jackson.

—Este es un asunto mío, Ferrell, de manera que tú quedas descartado — dijo Jackson.

—¿De veras? — contestó Ferrell sonriendo sarcásticamente —; bueno, ve tú si quieres, yo tengo demasiados secretos que guardar.

Miles, aun cuando se divertía con la discusión de los dos reporteros, les interrumpió diciendo:

—Si no tienen inconveniente, elegiré yo.

Y abriendo la puerta de su oficina nos hizo señas a tres de nosotros. Bunny Jackson, Williamson y yo entramos. El nos siguió cerrando la puerta.

Cropsy estaba allí sentado y fumando tranquilamente.

—¡Hola, muchachos! — dijo con aire displicente.

Y mientras los otros reporteros buscaban sillas donde sentarse, logré deslizar en su oído estas palabras:

—Necesito verlo después de la conferencia..., es muy importante.

El asintió con la cabeza en silencio.

Miles esperó a que todos estuviéramos sentados y que encendiéramos los cigarrillos que nos ofreciera. Luego comenzó a decir:

—En primer lugar, tengo una razón muy buena para no desear que ustedes publiquen el nombre del "acompañante" misterioso de Margie Shannon, el hombre que estuvo con ella la noche que fué asesinada.

—Pero eso es, precisamente, lo que deseamos...: ¡hacerlo público! — le interrumpió Williamson.

—Queremos dejar establecido — le atajó Cropsy — que nos asiste una buena razón para ello y que no habríamos tenido ninguna consideración si el hombre no se nos hubiera presentado voluntariamente. Tal como están las cosas, él vino a la oficina del fiscal por su propia voluntad ahorrándonos tiempo y trabajo, y pedirnos que guardáramos el secreto de su identidad. Es razonable, como ustedes pueden apreciar.

—Eso es, y espero que ustedes lo entiendan así — dijo Miles —; el hombre en cuestión es miembro de una de las más distinguidas familias de Cleveland.

—Tengo un presentimiento — exclamó de pronto Williamson, con acritud.

Cropsy le hizo un ademán con la mano para que tuviera paciencia, al tiempo que decía:

—No hagan caso a lo que diga Williamson, es un revoltoso...; cállese la boca y no nos moleste más, muchacho.

—El señor Williamson debe también saber que el hombre es un íntimo amigo mío — dijo Miles en tono desafiante, y luego continuó —: Pero el solo hecho de que sea una figura social prominente y además muy amigo mío, no tienen ninguna influencia en esta oficina. Como el teniente Cropsy ha dicho, su pedido de guardar el secreto de su identidad es muy razonable, pero no por las razones que acabo de exponer. Sucede que hay ciertos contratiempos que uno debe soportar por la prominencia social. Uno de ellos es que los asuntos privados se hacen públicos inevitablemente. El hombre de que hablamos está comprometido para casarse con una joven muy conocida también en sociedad. El compromiso no ha sido anunciado aún, pero está a punto de serlo en una gran recepción anunciada por la familia de ella. No necesito decirles que si el nombre de mi amigo es empañado por alguna cuestión relacionada con el asesinato, el compromiso quedará virtualmente roto.

—Bueno..., si su hombre está comprometido con una muchacha de la sociedad, ¿qué demonios tenía que hacer de noche con la modelo? — preguntó Williamson en tono burlón.

—Estrictamente hablando, nada. Pero creo que ninguno de nosotros debemos juzgarlo con severidad en ese punto — contestó Miles —. Pero me parece que se desvía usted de la cuestión, Williamson. El apellido de una orgullosa familia, como quizá está usted diciendo para sí, no solamente le concierne a él mismo sino también a su novia. Da la casualidad que la conozco y da también la casualidad que sé asimismo que está muy enamorada de él. Francamente, no veo por qué la justicia tiene que hacer fracasar un amor verdadero entre dos personas. ¿Comprende usted mi posición?

—Bueno, tiene razón — asintió Grady.

—¿Y ustedes, caballeros?

Bunny Jackson y yo asentimos con la cabeza.

—Un momento — dijo Grady —; entiendo que si los últimos acontecimientos de este caso ponen un nuevo significado en la parte del drama que le toca a su amigo, entonces debemos considerar nuevamente nuestro convenio.

—¿Qué últimos acontecimientos espera usted? — preguntó Cropsy con sarcasmo —. El caso está prácticamente terminado.

—Así parece — admitió Williamson —; Janice Fowler es culpable, o, de lo contrario, una verdadera mártir.

—Los mártires ya no están de moda — dijo Cropsy.

—Hay otra cosa que deseo decirles — agregó Miles llamando nuestra atención. He hecho un convenio con ese..., con ese señor para que nos llame todos los días por teléfono. Pueden ustedes estar seguros de que aun cuando las circunstancias provoquen el mayor interés del público en conocer su nombre, no vacilaría en hacerlo si fuera necesario. . Y ahora que todos ustedes me han comprendido, que están de acuerdo con mis "circunstancias extraordinarias" y ya que estoy convencido de que nada tengo que temer al confiar a ustedes mi secreto, les diré el nombre del caballero, en la inteligencia de que ustedes lo olvidarán inmediatamente para el público. Su nombre es... Nelson Rinehart.

Tres pares de ojos se redondearon inmediatamente y tres rostros quedaron petrificados por el asombro.

Bunny Jackson fué el primero en recobrar el habla.

—¡Nelson Rinehart! — exclamó.

—Con razón dijo usted que era una figura social prominente — dijo a su vez Grady Williamson dirigiéndose a Miles.

—Siéntense, muchachos — dijo Cropsy al ver que todos nosotros nos habíamos puesto de pie.

Los tres nos sentamos casi mecánicamente, pues nuestros pensamientos estaban absorbidos por el nombre que Miles acababa de revelarnos.

Y mientras yo estaba pensando en los sensacionales encabezamientos que nunca podrían ser escritos, Cropsy se levantó y dijo:

—Bueno amigos, ya conocen ustedes los hechos... Yo me voy a descansar...

—Recuerden que tengo la palabra de ustedes — nos dijo Miles —; no les doy el nombre de la novia porque, después de todo, ella no tiene nada que ver con este caso. Ahora estrechémonos las manos, ya que compartimos un secreto.

Todos le dimos la mano y luego Williamson, Jackson y yo, abandonamos la oficina. Cropsy dijo, como al descuido, que tenía algo que conversar con Miles, pero yo comprendí que se trataba de un pretexto para esperarme en la oficina.

Cinco minutos después me despedía de mis compañeros y regresaba a la oficina del fiscal dando un rodeo por los corredores del Departamento de Policía para no ser visto. Una vez

en presencia de Cropsy no perdí tiempo en circunloquios.

—¿Declaró Saúl Mitchell algo acerca de la apariencia de Janice Fowler, cuando él la vió en la puerta del departamento de Margie Shannon? — le pregunté.

—¿Y a eso le llama usted algo importante?— contestóme el teniente mirándome con aire suspicaz. Y dirigiéndose a Miles continuó:

—Un reportero es ya suficientemente malo cuando se atiene a su propio trabajo, pero cuando se mete a detective. . Bueno, ¿qué se trae usted entre manos?

—Este..., ¿parecía ella inquieta o no?

—Mitchell no notó nada extraordinario en sus maneras.

—¿Y preguntó usted por casualidad a Mitchel si llevaba ella puestos su sombrero y su tapado?

—¿Pero, qué es lo que pretende usted? — preguntóme Cropsy frunciendo el ceño con disgusto.

Entonces le conté las observaciones hechas por Brant con respecto a Janice Fowler. El me escuchó sin interrumpirme; luego, sin decir una sola palabra, se acercó al teléfono.

* * *

Saúl Mitchell contestó al llamado de Cropsy inmediatamente, no perdiendo tiempo en dirigirse hacia el Departamento Central de Policía. A las preguntas de Cropsy respondió sin vacilar y positivamente:

Janice Fowler llevaba sombrero y tapado cuando él la vió en la puerta del departamento de Margie Shannon.

—¿Está usted seguro? — le preguntó Cropsy.

—Completamente.

Mitchell era un hombre de rostro delgado, con rojos cabellos ondulados, y ojos zarcos, llevando colgados de su enorme nariz unos impecables lentes de oro, de montura del mismo metal. Su aire era servil, inclinándose, continuamente ante Cropsy. Este último, aunque siempre era cortés, le interrogaba con frases cortas y secas, casi hirientes.

—Está bien — murmuró Cropsy después de haberle hecho algunas preguntas más —; puede retirarse cuando guste..., y gracias por haber venido.

—Quiero preguntarle una cosa antes de volverme corriendo a la redacción — dije yo cuando Mitchell hubo partido —. ¿Recuerda usted que Cantwell encontró las impresiones digitales de un hombre en una mesa del departamento? Bueno..., ¿podría decirme si eran las de Nelson Rinehart?

—Si—dijo el teniente, asintiendo con la cabeza.

—¿Qué le pasa? — pregunté yo notándolo abstraído —; ¿acaso las contestaciones de míster Mitchell derrumbaron una de sus deslumbrantes teorías?

—Sí...; aun cuando en realidad no tenga gran importancia para las conclusiones finales. Pero pensé que Janice Fowler había mentido cuando dijo que estuvo durante toda la noche en el cinematógrafo. De acuerdo a la manera como yo veía los hechos, ella esperó en su departamento a que Margie Shannon volviera a su casa. Ahora las cosas han cambiado y debo reconstruir esa parte de mi teoría.

—¿Y no le agrada confesar que se había equivocado, eh? — le dije yo sonriendo.

—¡Fuera de aquí!...; al menos no me he equivocado con respecto al asesino — gritóme Cropsy.

Antes de una hora estaba yo de vuelta en el "Express" e inmediatamente me senté a la máquina de escribir para redactar una crónica acerca de una nueva primicia exclusiva para mi diario.

Calhoun me informó que Stanley Evans, el abogado de la acusada, había rehusado hacer ningún arreglo con el fiscal en beneficio de su cliente.

—Se ve que es un hombre honrado; pero creo que esta vez se conduce como un tonto — agregó —. Dice que todavía no está preparado para iniciar la defensa, y eso es todo lo que pudimos sacarle...; me agradaría saber lo que Janice Fowler tiene que decir acerca de las declaraciones de Saúl Mitchell.

—No conoce usted a Evans... — dije yo —. Es un hombre reposado, pero seguro. Tenga la seguridad de que está tramando algo. Mañana ha de hablar, sin duda.

Cuando terminé mi crónica para la próxima edición del "Express", me recosté en la silla y eché una mirada en torno buscando a Lowell Brant, porque me parecía ya natural discutir con él los últimos acontecimientos del misterioso crimen. Pero al verlo ocupado con su trabajo, corrigiendo pruebas, no me detuve a interrumpirlo y salí del diario para dirigirme al Departamento Central de Policía donde esperaba ver a Cropsy.

Grady Williamson estaba ya allí, perezosamente recostado en una silla. Cropsy, libre ya del trabajo diario y con una cantidad de pensamientos en su mente, se hallaba en uno de sus momentos expansivos.

—Llega en momento oportuno — me dijo al verme —, olvidé hoy darle las gracias por esa idea suya del sombrero y del tapado. Podía haberme costado un disgusto, luego de la audiencia, si no hubiera aclarado el punto.

—El teniente Cropsy es un hombre modesto — dijo Williamson —, y debo confesar también que es un excelente detective; pero siempre está temiendo lo que podría ocurrirle si la defensa hallara un argumento al cual él no estuviera preparado para contestar.

—No puedo pensar en todo — dijo Cropsy riendo —. Al fin y al cabo soy un policía y no un abogado.

—¿Así que no ha modificado usted su teoría del crimen, ahora? — preguntó Williamson, con un sonrisa mortificante.

El ambiente...



—Mi novia acaba de decirme que no se casaría conmigo aunque yo fuera el único hombre de la Tierra, de Marte o de Júpiter.

¡Cómo teoría! ... Janice Fowler es culpable, ¿no es así? Estamos tratando con hechos y no con teorías.

—Ya sabe usted que todo crimen tiene un motivo... ¿Cuál es el motivo de éste?

—No me interesan los motivos — murmuró Cropsy con acritud —; yo investigo nada más que los crímenes. Y cuando descubro a los culpables, generalmente descubro también los motivos.

—Sin embargo, todavía no hemos descubierto por qué Janice Fowler cometió este asesinato, ¿verdad? — dije yo.

Cropsy echóse atrás en su silla y apoyó los pies en el escritorio. Meditó un instante y luego dijo:

—La policía se ha ocupado ya de eso... Sabemos que el día anterior al del asesinato, Margia Shannon y Janice Fowler tuvieron una disputa.

—¿Cómo sabe usted eso? — le preguntó Williamson repentinamente.

—Ya se enterará usted de ello en el juicio.

—¿Por qué disputaron?

—No lo sé; pero, ¿por qué disputan por lo general las mujeres? Por un hombre. .

—¡Bah!... — dije yo despectivamente.

—¿Qué..., le parece increíble? — preguntóme Cropsy.

—En general, no; pero me parece increíble que Janice Fowler sea capaz de cometer un asesinato tan brutal como este que nos ocupa. Tengo la sensación de que hay algo falso en su teoría... ¿Piensa usted que ella hundió un cuchillo en el pecho de Margie Shannon, eh?

—¿Por qué no? — contestó Grady sonriendo cínicamente —; cualquiera es capaz de cometer un asesinato. Todos tenemos impulsos homicidas alguna vez. Por mi parte los tengo casi a diario, y el único motivo por el cual no he asesinado hasta ahora a ninguno de mis directores, obedece al hecho de que tengo una mujer y tres hijos.

—No es eso — repliqué yo —; sino que siendo un ser civilizado te ves inhibido y debes reprimir tus impulsos homicidas. He aquí por qué no eres un asesino ni lo serás nunca. Yo mismo estuve tentado de matar a alguien esta mañana; hubiera querido retorcerle el cuello a Calhoun, por el modo cómo me arrebataba las carillas de la máquina de escribir. Sin embargo, aún está vivo, ¿no es así? ¿Y por qué? Pues, porque...

—Porque tiene suerte. Todos los directores pueden dar gracias cada día de encontrarse con vida — dijo Grady terminando mi frase. Pero no trates de demostrar que ninguno de nosotros es psicológicamente incapaz de cometer un asesinato, o tendré que reírme en tus propias barbas. Esa es la clase de tramas que se estilan hoy en las novelas policiales.

—Williamson tiene razón — gruñó Cropsy encendiendo un cigarrillo.

—Es posible — dije yo —; pero no llego a comprender por qué un asesino puede cometer un error tan enorme como esconder el arma en su propio cuarto. Si yo hubiera cometido el crimen, habría dejado el arma donde la encontré. Por lo menos nunca hubiera huído con ella en la mano, para correr el riesgo de que me vieran, o que la encontraran luego en mi poder. ¿Por qué habría de emplear esa muchacha un arma tan rara como el puñal de misericordia, y luego invitar deliberadamente a la policía para que la encontrara en su poder, denunciando que su propio departamento había sido robado? Eso no es lógico...

—Si los crímenes fueran lógicos, probablemente no habría crímenes — dijo Cropsy con una sonrisa de tolerancia —; los asesinos hacen cosas muy raras, y tú deberías saberlo. Por eso la mayoría de las veces son descubiertos y capturados.

CAPITULO IX

Al día siguiente Janice Fowler fué acusada de asesinato en primer grado por el Gran Jurado, y Stanley Evans declaró cuál sería su defensa, invitando a los periodistas a escuchar otra vez a su cliente. El tono de su voz nos hacía esperar interesantes novedades.

—Miss Fowler admite que se ha apartado algo de la verdad en sus declaraciones a la policía, en lo concerniente a sus actividades en la noche del crimen — comenzó a decir Evans en su tono suave y convincente. Sonrió a Janice que lo miraba como un niño que ha sido descubierto en una mentira, y luego continuó:

—Debo decir que no fué a causa de ella misma que se apartó de la estricta verdad desde el principio, sino siguiendo el impulso que su conciencia le dictaba, tal como lo hizo al vacilar durante tanto tiempo antes de permitir la ayuda de sus amigos, mi ayuda, en su peligrosa situación. Declara ahora para explicar su error el hecho de que la verdad hubiera parecido tan absurda, tan ridícula, tan completamente fuera de lugar, que la policía, o mejor dicho, los detectives que la interrogaron — que la extorsionaron, para decir la verdad —, nunca la hubieran creído. En aquel momento, apremiada por las circunstancias, no comprendió que esa mentira, que ese paso en falso, serviría para probar luego, sin lugar a dudas, su culpabilidad volviendo las evidencias contra ella.

Echó una amplia mirada en torno, examinando los rostros de quienes lo escuchábamos, para sorprender el efecto causado por el discurso, y luego continuó haciendo un gesto vago con la mano:

—Ahora, caballeros, no los invito a que actúen ustedes como si fueran jurados, pero creo que el público debe enterarse de cuál será nuestra defensa, y, ciertamente, debemos darle a miss Fowler una ocasión de rectificarse y de presentar los hechos tal y como ocurrieron, pues, actualmente, ya serenada, admite que se encuentra en una difícil situación... Llevar pendiente sobre la cabeza una acusación de asesinato, no es nada agradable, señores. Por otra parte, debo agregar que Janice Fowler no es tan sólo una cliente, es una excelente empleada de nuestra firma, a la que pertenece desde hace algún tiempo. Se sonreirán ustedes, seguramente, cuando sepan las razones por las cuales ella no deseaba contratar a un abogado. Me dijo que no deseaba ni siquiera pensar en recurrir a ningún otro que no perteneciera a nuestra firma y que, sin embargo, aun cuando además de empleada es amiga nuestra, vacilaba en solicitarnos nuestra colaboración, porque le parecía que eso podría traernos molestias o contratiempos. Como dije, pueden ustedes reír, pero los invito a pensar que tal proceder involucra un alto sentido del honor y del respeto por sus superiores, que no se encuentra ciertamente en los criminales...

—¡Vamos, míster Evans!, ¿cuáles son las declaraciones de miss Fowler? Perdone que lo interrumpa, pero debemos alcanzar la próxima edición — preguntó bruscamente Bunny Jackson.

—Por supuesto, por supuesto... — murmuró Evans sonriendo —; pero mis palabras eran necesarias. Miss Fowler declaró la verdad cuando dijo que había pasado la noche fuera de su departamento; pero cuando regresó, poco después de las veinticuatro, no se dirigió directamente a sus habitaciones, como afirmó en su anterior relato. Subió al cuarto piso en el ascensor y cuando se dirigía luego por el pasillo hacia su propio departamento, vió junto a la puerta de Margie Shannon, algo que atrajo inmediatamente su atención. Era un puñal... el puñal de misericordia como ya saben ustedes que se llama. Janice Fowler lo reconoció inmediatamente por haberlo visto varias veces durante sus visitas a miss Shannon; entonces, sin pensarlo, como haría cualquiera de ustedes, lo recogió y llamó a la puerta de la modelo. No hubo respuesta, en vista de lo cual ella quiso abrir presionando en el picaporte. La puerta estaba cerrada, pues no cedió. Entonces miss Fowler se encaminó hacia su departamento llevando el arma en la mano.

Evans aclaró la voz tosiendo; se enjugó el sudor de la frente con un amplio pañuelo, y continuó:

—Se preguntarán ustedes, desde luego, ¿por qué ocultó Janice Fowler el arma en el fondo de su ropero? La impulsó a ello un motivo muy humano. Es el caso que Margie Shannon había tomado la costumbre de pedirle dinero prestado, sin que nunca se le ocurriera devolverlo. La última vez que Margie le pidió dinero a Janice, ésta rehusó y entonces ambas tuvieron una violenta discusión. De ahí que, aunque su primer impulso al encontrar el puñal fué devolverlo, mi clienta pensó luego que ya que no podía conseguir la devolución del dinero que Margie Shannon le adeudaba, podría guardar el puñal para obligarla a saldar la deuda. Era su intención informar al día siguiente a miss Shannon que había encontrado el arma y que guardaría esa reliquia, que ella apreciaba tanto, hasta que le hubiera pagado lo que le debía. Desde luego ni se le ocurrió siquiera pensar en ese momento que había algo raro en la circunstancia de encontrar el arma en el pasillo, fuera del departamento de la modelo.

—Pero Saúl Mitchell dijo en sus declaraciones que él había visto a miss Fowler salir del departamento de miss Shannon — dijo Grady Williamson.

Janice habló entonces por primera vez. Mirándonos a todos con mucha calma, dijo:

—Míster Mitchell se ha equivocado o ha mentido. Yo no entré en el departamento.

—Por otra parte — dijo Evans suavemente, reanudando su exposición —, pueden ustedes ver que no hay mayores cambios en las declaraciones de miss Fowler. Los hechos substanciales se mantienen tal como en su primera declaración: en seguida de llegar a su departamento se metió en cama, y cuando al día siguiente, al levantarse, descubrió que su departamento había sido robado y que le faltaban algunos objetos valiosos, dió cuenta del hecho al encargado del conmutador telefónico y

se dirigió a su trabajo. La tarde de aquel día fué detenida por la policía, quien le informó acerca del crimen y de que el arma empleada para cometerlo había sido descubierta en el cajón de un ropero de su propio departamento. La coincidencia de esas dos circunstancias la aterrorizaron; y cuando fué interrogada decidió, en la premura del momento, decir que no se explicaba la presencia del puñal de misericordia en su cuarto.

Grady Williamson irguióse de pronto poniéndose de pie, pero cuando iba a hablar, el abogado lo detuvo con un enérgico gesto de la mano. Grady hizo un ademán indefinido y se dejó caer nuevamente en su silla. Entonces Evans continuó:

—Poco después Janice Fowler fué puesta en conocimiento de que sus impresiones digitales habían sido descubiertas en la empuñadura del arma, y no sabiendo cómo salir del atolladero, se mantuvo inflexible en su declaración inicial antes de confesar que había mentido por un temor irreflexivo, naturalmente sorprendida en el primer momento, al enterarse del terrible suceso... Esa es la verdad de los hechos, señores, y ésa será también la defensa de miss Fowler. Lamento solamente que cuando fué arrestada no hiciera uso de sus derechos constitucionales, rehusando contestar cualquier pregunta, hasta haber contratado los servicios de un abogado que la aconsejara. Eso le hubiera evitado muchos contratiempos, y estas aclaraciones que han escuchado ustedes no habrían sido necesarias.

Miró a Janice como reprochándole su proceder, y ésta sonrió un tanto avergonzada, bajando los ojos antes las miradas inquisitivas y de admiración de todos los reporteros que la rodeaban.

—De cualquier modo — dijo Evans volviéndose una vez más hacia nosotros —, estaremos preparados. Puedo decir que éste es uno de los casos más extraordinarios de que me he hecho cargo; no se ha dado nunca un cúmulo tal de evidencias circunstanciales.. Pero les ruego que piensen que se trata nada más que de evidencias circunstanciales.

—¿No le llamará usted evidencias circunstanciales a las declaraciones de Mitchell, eh? — le interrumpió Grady Williamson.

Stanley Evans metió las manos en los bolsillos de su pantalón y se balanceó sobre sus pies, de atrás hacia adelante.

—Por supuesto, no podemos discutir aquí los pormenores del caso como estuviéramos en el tribunal — dijo echando a Williamson una fría mirada —. Pero recuerde esto: un hombre que ha declarado que estuvo leyendo un libro hasta casi quedarse dormido, difícilmente puede pretender recordar cada detalle de una escena inesperada vista a través de la rendija de una puerta.

Bunny Jackson cerró su libreta de notas y la guardó luego en un bolsillo del saco. Después miró de frente al abogado y murmuró un tanto pensativo:

—De todos modos sería la palabra de miss Fowler contra la del testigo del fiscal.

—Sí, creo que es así.

—¿No sabe usted cuándo será substanciado el juicio?

—Le he dicho al fiscal que cuanto más pronto mejor, por lo que toca a la defensa. El, por su parte, piensa de la misma manera.

Mientras los demás hablaban, yo me las arreglé para conducir aparte a Janice Fowler y decirle que deseaba con toda el alma que saliera con bien de la terrible situación en que se hallaba.

—Me alegro que haya seguido usted mis indicaciones — agregué.

—¿Se refiere usted al abogado? — preguntóme mientras asomaba a sus labios una breve sonrisa —; bueno, francamente, fué un gesto muy gentil de su parte. Pero debo decirle que, en realidad, recurrí al abogado porque tuve miedo..., casi me sentí aterrorizada.

Las últimas palabras las pronunció con un tono poco menos que solemne.

—No lo demostraba usted, sin embargo.

—Me agrada oírle decir eso. Ponía todas mis fuerzas en aparecer valiente y despreocupada, aunque siempre me sentí presa del terror más grande. ¿Cree usted que soy cobarde?

—¡Oh, no, nada de eso!, cualquiera hubiera hecho lo mismo en su lugar. Cualquier hombre, quiero decir; una mujer hubiera llorado...

La voz de Williamson interrumpió nuestra conversación, cuando anunció a gritos que él y Jackson se retiraban.

—Estoy oyendo la voz del deber — dije a Janice —. Bueno..., espero verla pronto.

—Me encontrará usted aquí — contestóme ella tratando de sonreír. Pero su voz se quebró de pronto y cubriéndose el rostro con las manos, dióse vuelta para que no la viera llorar.

CAPITULO X

Y así llegamos al juicio del asesinato de Margie Shannon. Janice Fowler iba a ser juzgada. El caso se abrió cinco semanas después de que la hermosa modelo pelirroja hallara la muerte, aquella noche que, por extraordinaria casualidad, los reporteros que seguíamos ahora el caso ávidamente, estuviéramos comentando la falta de un crimen sensacional, desde nuestro punto de vista.

Curiosamente rápida, en estas circunstancias, la rotación de las ruedas de la justicia de Cuyahoga; pero el público de toda la nación estaba interesado en el caso. La rutina policial había sido ya cumplida de acuerdo a los cánones establecidos y era necesario seguir adelante para satisfacer el ansia de novedades y sensacionalismo de los ciudadanos; ansia alimentada cada día por los grandes titulares de los diarios que veían en el caso un estupendo filón para aumentar sus tirajes.

El fiscal Miles, que, a despecho de sus protestas, sabía perfectamente cómo explotar la publicidad en su provecho cuando llegaba la ocasión, se apresuró a poner el juicio sobre el tapete.

El primer día hubo una terrible batalla entre la acusación y la defensa para seleccionar el jurado. Stanley Evans procuraba, por todos los medios a su alcance, elegir a cuantos jóvenes solteros fuera posible, y Miles, por su parte, hizo todo lo que pudo para rechazarlos. El jurado estuvo, finalmente, completo al segundo día, y bastaba echar una mirada a la lista para comprender que esta primera batalla preliminar había sido ganada por el fiscal. Paul Sevier, del matutino "The Sun", que estaba tomando notas para su crónica en tanto Ferrell se ocupaba en tomar fotografías, hizo la siguiente observación mientras anotaba el nombre de la última componente del jurado elegido:

—Señora Anna Juszco, edad, cuarenta y cinco años; ocupación, quehaceres domésticos; disposición, imparcial. La defensa no la desea; pero debe aceptarla.

—¡Que Dios ayude a la defensa! .. — agregó Ferrell —; vean lo que son las cosas... ocho hombres y cuatro mujeres, todos casados excepto tres: una solterona profesora de música y dos jóvenes; uno de ellos vendedor de automóviles y otro conductor de un camión.

—Guárdate tus observaciones.... dentro de poco tendremos mucho que hacer... Miles ha abierto la sesión — murmuró Ross Thomas agriamente.

Thomas no estaba de buen talante. Era el hombre que hacía las crónicas criminales de la Corte para el "Public Opinion", de manera que, como es natural, debió hacerse cargo también de la crónica del caso del asesinato de la modelo. Pero como acababa de envolver a su periódico en un costoso juicio por calumnias, debido a un suelto escrito por él, su director, no pudiendo prescindir de sus servicios, pero deseando

Refuerzo



—Nuestro buscador de campeones ha estado bebiendo otra vez. Dice que la contratemos para el equipo, que tiene una "curva" magnífica.

castigarlo, le había enviado a Grady Willamson para que lo vigilara, como deseando demostrarle que no confiaba ya en él.

Grady estaba de parabienes. Era la primera vez que podría seguir tranquilamente un juicio sin dedicarse a tomar notas, mientras que Thomas debería garabatear en su cuaderno todo lo que se dijera en el juicio. Luego, cuando Thomas hubiera escrito su crónica, todo lo que Grady debía hacer era leerla, para estar seguro de que no había nada que pudiera herir a las partes, además, indicar alguna que otra sugestión.

Betty Kelley y yo estábamos encargados de hacer la crónica de nuestros respectivos diarios. La cronista del matutino "The Sun" estaba enferma, y todos nosotros comprendimos que era una gran oportunidad para Betty, de lo cual nos alegramos porque la otra no entendía nada del oficio; además, estaba muy lejos de ser una belleza, era muy presumida y siempre pedía favores. Ninguno de nosotros sentía simpatía por ella; Kelley, en cambio, no era mala como cronista..., ni como mujer. Era una pequeña morocha, muy agraciada, que se comportaba con nosotros de igual a igual y que parecía estar en la gloria sentándose en la mesa de la prensa con cinco reporteros.

De pronto, Francis Miles comenzó a hablar, y todos nosotros le prestamos atención.

—El Estado de Ohio contra Janice Fowler — decía Miles con voz impersonal, y en seguida repitió otra vez —: el Estado de Ohio contra Janice Fowler.

—Comiencen de una vez y llamen al primer testigo — murmuró en voz baja y con impaciencia Grady Williamson.

—Miren quién se queja — cuchicheó Thomas —, ¡el experto en libelos!, si tú eres experto en libelos, yo soy el asesino de Margie Shannon. De todos modos, ya he pensado en renunciar a mi empleo en el "Public Opinión" y comenzar a trabajar para un diario en lugar de hacerlo para una vieja. ¡Bah!..., al fin y al cabo, un reportero no ha comenzado a trabajar hasta que ha enredado a su diario en un par de juicios por calumnia. Y todo lo que yo hice fué confundir el retrato de un hombre al hacer la crónica en un caso de divorcio.

—Esperamos — empezó a decir Miles — probar, sin lugar a dudas, que la acusada, Janice Fowler, con malicia y premeditación, asesinó a Margie Shannon. Cuando pesen ustedes la evidencia que voy a presentar a este tribunal, les pido que no se dejen influir en su juicio sino por las evidencias del caso y no por ninguna otra causa circunstancial. La apariencia de la acusada, su personalidad, su reputación en esta ciudad, etcétera, son cosas que no deben pesar en el sano juicio de los jurados.

Miles dió unos pasos por la sala. Paseó una mirada por su auditorio y luego continuó:

—No es para mí, personalmente, una tarea agradable pedirles que envíen a Janice Fowler a la silla eléctrica. Se halla muy lejos de ser agradable, pero es mi deber. Y puedo asegurarles a ustedes que aun cuando fuera la acusada un espécimen patológico de criminal depravado, en lugar de la hermosa y encantadora criatura que es, mi tarea sería aún muy desagradable porque su fin significa la muerte; pero que yo la cumpliría desde el principio hasta el fin con todas mis energías puestas al servicio de la verdad, como lo hago y lo haré desde ahora en este caso.

—Bien por Miles — murmuró Williamson, echando una mirada a sus colegas.

—Lo mismo digo — dijo Thomas —; Miles roba a la defensa una buena arma desde el principio. Descarta la apariencia de la acusada y disminuye su *chance*.

—¿De veras? Pues la única *chance* que tiene es que el jurado esté compuesto por tontos, y no creo que éstos lo sean... Los ha elegido Miles — murmuró otro de los reporteros.

Entretanto, Miles continuaba:

—Las tareas de mi cargo son las de defensor público, tanto como las de fiscal. No estoy aquí en el papel de monitor o de vengador. Represento, sí, los intereses de la justicia... ¡Nada más que de la justicia!

"Ahora bien, como ustedes saben, el asesinato es un crimen y el Estado prevé una penalidad para él: la pena capital. No es el caso ahora de discutir tal penalidad, ni estamos aquí para ello. Desde el momento que la prescribe la ley del Estado, nosotros, que somos sus servidores, que hemos sido contratados para velar por sus leyes, debemos velar por ellas y a ellas atenernos. Cada uno de ustedes, señoras y caballeros del jurado, ha declarado aceptar la pena capital como castigo, de modo, pues, que si llegan ustedes a la conclusión de que la acusada es culpable del cargo que se le hace...

En este momento el fiscal fué interrumpido por Stanley Evans, quién sonriendo con urbana frialdad, le recordó:

—Creo que la corte no necesita ser instruída por el señor fiscal acerca del posible número de veredictos que pueden recaer sobre este caso.

—Por supuesto — contestó Miles sonriendo e inclinándose.

Luego volvióse una vez más hacia el jurado y prosiguió:

—El Estado probará que Janice Fowler, a medianoche, o alrededor de la medianoche del nueve de octubre próximo pasado, entró en el departamento de Margie Shannon y asesinó a ésta. En apoyo de esta afirmación exhibiremos el arma con la cual Margie Shannon fué apuñaleada, arma que se halló en el departamento de la acusada, descubriéndose posteriormente en la empuñadura sus impresiones digitales. Exhibiremos también, a su debido tiempo, otros objetos probatorios, así como interrogaremos a numerosos testigos, entre ellos uno que testificará, positivamente, que vió a la acusada dejar el departamento de miss Shannon alrededor de la hora en que se ha establecido que se cometió el crimen.

Y así, hablando pausa e impersonalmente, Miles impresionaba al jurado, usando para ello todos los recursos que le daba la larga práctica en su profesión. En su manera de mirarlos y de dirigirse a cada uno de ellos parecía ya dar por descontado que todos habían adoptado su punto de vista.

Betty Kelley, que estaba a mi derecha, me tocó con el codo y me susurró al oído:

—Mira a Janice Fowler. ¿Has visto alguna vez en un juicio algún acusado tan calmo como ella?

Apenas había apartado mis ojos de ella mientras Miles hablaba. La expresión de Janice no había cambiado un punto ni siquiera cuando el fiscal habló de su belleza o cuando la acusó directamente de ser la autora del crimen. Todo el tiempo estuvo allí, sentada e impasible en el escritorio de la defensa, al lado de Stanley Evans y su joven asociado Claude Messick, mirando serenamente al fiscal que estaba tratando de enviarla a la silla eléctrica.

—¡Qué historia!... ¡Hay para escribir toda una crónica acerca de la expresión de su rostro! — murmuró Betty Kelley con acento pensativo —; es un rostro expresivo..., ¡y que hermoso sombrero lleva!

Luego guardó silencio y comenzó a garabatear notas anotando los detalles de la vestimenta de Janice Fowler. Y, mientras ella escribía, Miles tomó asiento en el escritorio de la fiscalía y comenzó a consultar a sus dos asistentes, en tanto que Stanley Evans, por su parte, dirigía una estimulante sonrisa a Janice Fowler, y levantándose se encaminaba hacia el estrado de los jurados.

—En un juicio de esta naturaleza son siempre necesarias ciertas aclaraciones preliminares, de las cuales no es posible prescindir — comenzó diciendo con calma deliberada —; son absolutamente necesarias para seguir los procedimientos legales del caso. Pero, ya que son indispensables, podemos, al menos, hacerlas lo más breves posible y eso exactamente lo que me propongo hacer ahora.

Hizo una larga pausa mientras examinaba fríamente a cada uno de los jurados y luego, aclarando la voz, continuó:

—Hay algo que deseo que graben ustedes en su mente, señoras y caballeros del jurado; algo que no deben olvidar ni por un instante, mientras dure este proceso. Un juicio acaba de comenzar. Un juicio por asesinato en primer grado... Allí — dijo señalando a la acusada —, a pocos metros de donde se sientan ustedes, está Janice Fowler. Llega ante esta corte sin temor y sin vergüenza, orgullosa de ser inocente y confiando en que este jurado le hará justicia, tanto por ella misma como por la verdad en sí. Así, pues, deben ustedes recordar, ante todo, que bajo las leyes de este jurado y de todo el Estado de Ohio cualquier hombre o mujer acusada de crimen deberá ser considerada inocente hasta que se haya probado, sin lugar a ninguna duda, que es culpable del crimen que se le acusa. Esto es lo que en términos jurídicos se llama "presunción de inocencia".

Evans apoyó ambas manos en la balaustrada del palco del jurado, mientras en el nuestro Grady Williamson se estiraba lánguidamente echándose atrás en su silla.

—Cuando todas las evidencias de este caso hayan sido presentadas ante ustedes — continuó Evans —, es el deber de cada uno de los que ocupan ese estrado, deber que terminan de jurar, de determinar, fría e impersonalmente, si el Estado ha podido probar, sin lugar a dudas, que la acusada es culpable. Sin lugar a dudas, les recalco. Eso quiere decir completamente y absolutamente. Por otra parte, saben ustedes muy bien que la defensa no debe probar la inocencia de miss Fowler. Esta, les recuerdo una vez más, se da por descontada, a menos que el Estado pruebe de manera indubitable que ella es culpable de uno de los crímenes más viles y más horrendos de que se tiene memoria. Y aun cuando la tarea de presentar las pruebas estuviera a cargo de la defensa, aun cuando nuestro sistema de jurisprudencia fuera tal que debiéramos nosotros actuar bajo la presunción de culpabilidad y proceder como si la acusada fuera

culpable, hasta que no se probara su inocencia, aun en tal caso, la defensa comenzaría este juicio con toda confianza. Con la confianza y la seguridad que da la inocencia; pero... la presentación de las pruebas no nos corresponde a nosotros.

Stanley Evans sonrió al jurado, dióse vuelta, y señalando rectamente a Miles, continuó:

—El señor fiscal, que es un buen hombre y nada más que un hombre, acaba de decirles que el curso de su exposición no cambiaría aun cuando la acusada fuera un espécimen patológico de criminal depravado, y yo lo creo. Pero después de todo, la acusada no es tal espécimen. Por el contrario, es una inteligente y agraciada muchacha, una muchacha como tantas otras que han contribuído al engrandecimiento de nuestra nación, que antes de ser arrestada era dactilógrafa en las oficinas en las cuales yo también trabajo. La conozco, y por eso deseo decirles yo también que no procedería de diferente manera en este juicio si la acusada fuera un espécimen patológico de criminal depravado. No vacilo en decirlo así, aun cuando comprenderán ustedes que conociendo a Janice Fowler como la conozco por ser su superior, pondré el mayor empeño en esta causa. Creo que este empeño está en favor de la justicia. Queremos, pues, que triunfe la justicia para gloria de este jurado; y la justicia triunfará si Janice Fowler no es condenada.

En este punto de su exposición Stanley Evans hizo una pausa teatral y se volvió lentamente para mirar a la acusada. Y la escena tuvo su efecto en el jurado. Evans era un orador medido, desapasionado, que hablaba a media voz, con calma deliberada, pero con acento convincente, y las inflexiones de su voz tenían una sugestión e influencia a la que era imposible sustraerse por mucho tiempo. El jurado y el público clavaron sus ojos en Janice Fowler, y hasta los más desaprensivos siguieron con profunda tensión desde ese momento las palabras del abogado defensor. Hasta Grady Williamson salió de su letargo, se arregló la corbata y se irguió en su silla.

Evans se volvió luego hacia el jurado y paseó su mirada por cada uno de los componentes que, en cierto modo, parecían estar avergonzados de encontrarse allí.

Este mozo Evans es muy inteligente. Si me viera algún día en un caso así, él sería mi abogado — murmuró Betty Kelley a media voz.

—No podrías pagarle los honorarios — comentó Paúl Sevier, y luego añadió con una sonrisa —: y deberías poner mucho empeño para que tomara tu caso con tanto interés como el de Janice.

La réplica de Betty pasó inadvertida para mí porque en ese momento mi mirada se encontró con la de Janice Fowler. Bajo las alabanzas que le tributaba Evans, ella había estado mirándose las manos atentamente, y luego clavó los ojos en su falda, permaneciendo así durante un largo rato. Cuando volvió a levantar los ojos, echando una mirada en torno, yo intercepté esa mirada cuando pasaba por el palco de la prensa. Janice sonrió en respuesta a mi enérgico movimiento de cabeza, luego detuvo su mirada un instante en Miles y en seguida miró a Evans, que en ese momento concluía su discurso preliminar con estas palabras dirigidas al jurado:

—Creo que comprenderán ustedes la grave responsabilidad que enfrentan sus conciencias y el deber humano y legal de esclarecer la verdad y hacer triunfar la justicia. Señoras y señores del jurado..., la defensa está pronta.

Un audible murmullo rompió el tenso silencio de la sala. El público asistente, relajada la tensión de sus nervios, cuchicheaba animadamente mientras miraba a Evans con admiración cuando éste se dirigía lentamente hacia su mesa. Un alguacil pidió orden al público cuando el murmullo creció al requerir el juez Sawyer, con voz grave:

—El primer testigo.

—¿Quién será el primero? — cuchicheó Betty Kelley.

Estaba todavía poco familiarizada con los procesos criminales, y a despecho del aire despreocupado que había adquirido en sus dos años de militar en la profesión, hallábase sumamente excitada.

—¿Quién te parece que será, Betty? — le pregunté.

—No sé... Quizá el teniente Cropsy.

—Vamos, Betty — exclamó Ferrell —; este testigo es más conocido que el dinero; se llama míster *Corpus Delicti*. Para tu provecho debo decirte que eso es latín.

—¿De veras?...

—Ten entendido que no lo verás en persona. Se presentará aquí en forma de un certificado presentado por el criminólogo del jurado...

—¡Qué inteligente es usted, míster Ferrell!

—Ese certificado — continuó Ferrell sin darse cuenta de la ironía que encerraban las palabras de Betty — testifica la muerte y la manera en que ha sido muerta Margie Shannon..., y con esto termina mi primera lección.

—Cuán claramente explicas todo — murmuró Betty echándose a reír, en tanto que el fiscal Miles cumplía la formalidad de presentar el certificado, y dejaba establecido, de acuerdo a las leyes, que el asesinato había sido cometido.

—Déjate de chanzas — contestó Ferrell a Betty —; sé de esto mucho más que tú. Y para probártelo te diré que cuando Miles termine con esta formalidad de presentar el certificado llamará a Bertha Ramsey. Es la mucama negra, ¿recuerdas?... la que descubrió el crimen.

Su predicción se vió confirmada un instante después, cuando Bertha Ramsey se encaminó a sentarse en la silla de los testigos. Estaba mucho más aplomada que cuando Cropsy la interrogó, a la mañana siguiente de la noche del asesinato, pero, sin embargo, contestó a las

Al pie de la letra



—*Ese es el autor.*

preguntas del fiscal con una voz que apenas llegaba hasta nosotros.

Pero los muchachos de la prensa no prestaron atención a sus palabras, porque, avezados a la rutina de los casos criminales, sabían que Miles estaba haciéndole preguntas relacionadas con su actuación en el descubrimiento del cuerpo de Margie Shannon. Cuando le tocó el turno a Stanley Evans, éste se acercó con deliberada lentitud a la testigo y le preguntó de pronto, a quemarropa:

—¿Antes de que fuera usted hasta la puerta del departamento de miss Shannon, había estado en el departamento vecino perteneciente a miss Fowler?

—Sí, señor.

—¿Acostumbra usted a ir primero a ese departamento?

—Sí, señor; siempre iba a último momento al departamento de miss Shannon, porque ésta acostumbraba a dormir hasta muy tarde.

—Bien... ¿Hizo usted entonces la cama de miss Fowler?

—Sí, señor.

—¿Puede usted decirme, sin lugar a dudas, si se notaba que alguien había dormido en la cama?

—Sí, estoy segura que alguien había dormido en la cama.

—Gracias, eso es todo.

—Un momento — exclamó Miles rápidamente, cuando la testigo se levantaba de su asiento —; ¿no es posible que una persona hubiera permanecido recostada un instante en la cama, dejándola en el mismo desorden que si hubiera dormido en ella?

—Sí... creo que sí.

Bertha Ramsey levantóse luego, mientras una amplia sonrisa distendía el rostro del fiscal. Ross Thomas murmuró:

—Miles detuvo una estocada a fondo... Supongo que Evans quería llegar a la conclusión de que una muchacha que acababa de cometer un asesinato no podría volver tranquilamente a su cama para dormir toda la noche. ¿Tengo razón mister Williamson? ¿O es mi declaración peligrosa para el diario?

Escuchamos en seguida que Miles llamaba al teniente John Cropsy. Pero el juez Sawyer, inclinándose hacia adelante, le interrumpió con una pregunta:

—Un momento, por favor. Faltan pocos minutos para que termine la hora de la audiencia... Si el interrogatorio del teniente ha de llevar mucho tiempo, sería preferible llamar primero a otro testigo, o, si lo prefiere el fiscal, podemos postergar el juicio hasta mañana por la mañana.

—No tenía idea de que hubiera transcurrido el tiempo tan rápidamente, Su Señoría — dijo Miles echando una mirada al reloj—; el Estado, con el permiso del jurado, pide receso. Aun cuando no tenga mayor importancia, prefiere ir llamando a los testigos en su orden lógico.

En la mesa de los reporteros, cada uno comenzó a guardar sus papeles apresuradamente. Janice Fowler miró una vez más hacia nosotros y yo le hice un saludo en el momento en que el juez Sawyer daba por finalizada la audiencia de ese día.

CAPITULO XI

Después de redactar la crónica para la primera edición de la tarde, me fuí a cenar con Lowell Brant, quien se había tornado repentinamente comunicativo. Sentía curiosidad por el caso y lamentaba no poder asistir al juicio por impedírselo el trabajo en la oficina.

—Envidio sus tareas — me dijo.

—¡Oh, no ha perdido nada interesante hoy! — contesté yo.

—Pero mañana seguramente el caso llegará a su punto álgido. ¿Es Cropsy el primer testigo del día?

—Sí, pero no espero ninguna declaración sorprendente de su parte. Además ha comparecido ya en tantos juicios que difícilmente podrá sorprenderlo la defensa. En cambio, otra cosa será cuando Evans interrogue a Saúl Mitchell.

—Por lo visto no piensa usted en la muchacha, ¿eh? — me preguntó Brant con una sonrisa de simpatía.

Yo no contesté, y entonces él comenzó a tamborilear con los dedos en la mesa.

—Dígame..., ¿siente usted mucho afecto por ella? — preguntóme de pronto.

—¿Y qué tendría de malo si así fuera? No podrían condenarme por ello... — dije yo con acritud.

—Nada de eso, hombre... No quiero meterme en lo que no me importa, discúlpeme.

—No es nada, Brant... Sí, me parece que siento por ella un afecto muy profundo. Estoy seguro de que usted sentiría lo mismo si la conociera. Pero desgraciadamente eso no la ayudará en nada.

—¿Cree usted que Evans podrá hacer algo por ella?

—Si Evans no puede, nadie podría; pero Evans es muy capaz de ganar este caso. Sin embargo, se ha colocado en una posición difícil al admitir que Janice mintió acerca del puñal. ¿No ve usted ya a Miles cayendo sobre ese punto como un ave de presa? Yo, por mi parte, ya lo veo decir: "¿Qué declaró Janice Fowler cuando fué arrestada? Declaró que no tenía la menor idea de cómo había ido el arma a parar a su habitación. ¿Y qué dijo cuando supo que un testigo la había visto en la puerta del departamento de Margie Shannon con el arma en la mano? Pues sencillamente inventó más historias. Cuando fué descubierta su primera mentira inventó otra tranquilamente"... Eso es lo que dirá Miles; ése es su as de triunfo, y ahí es donde Evans será derrotado, a pesar de toda su experiencia y de toda su inteligencia.

Brant asintió en silencio. En ese momento, el mozo trajo la sopa; comencé a tomarla maquinalmente, aun cuando no tenía hambre... No podía apartar de mi mente la figura de Janice Fowler, y me la representaba de pie escuchando el veredicto del jurado... Estaba erguida y tranquila, con sus claros ojos clavados en quien lo pronunciaba:

"¡Culpable!"

La comida transcurrió en silencio, y cuando el mozo nos trajo el café, Brant reposó su mano en mi brazo y me dijo con voz cal[...] y profunda:

—Acompáñeme hasta mi habitación... De[...] que pruebe usted un coñac que guardo pa[...] las ocasiones especiales.

Fui, pues, con él y tuve una agradable sorpresa. Su cuarto estaba confortablemente amueblado. Había viejos sillones y muchos libros, en un rincón, sobre una pequeña mesa, una vie[...] máquina de escribir con una carilla de papel puesta en el carro. Y sobre una heterogénea pila de manuscritos había un pesado pisapapeles de metal.

—¿Está escribiendo algo? — le pregunté.

Brant asintió, pero sin darme ninguna explicación. Nos sentamos confortablemente y él preparó su pipa mientras yo encendía un cigarrillo. Ninguno de los dos habló sobre el juicio, aunque ambos sabíamos que los dos no pensábamos más que en eso. Más tarde, sin embargo, después de haber gustado el coñac que me ofreció Brant, me fué imposible continuar callado.

—Amigo Brant — dije, porque no me sentía en mis cabales —: usted es un buen muchacho aun cuando yo pensara antes que no era muy sociable. Y además, es usted un hombre inteligente y sagaz... Deseo que me dé su opinión ¿cree usted que Janice Fowler mató a su amiga?

—Bueno..., francamente no creo que ella cometiera tal crimen.

—¡Así me gusta! Yo tampoco puedo creerlo... ¿Pero de qué puede servirle eso a Janice?

—Me temo que de nada — contestó Brant con aire solemne —; causa lástima pensar que una muchacha inocente pueda verse envuelta en algo tan terrible... Y además indigna saber que una asesina ha logrado escapar a su culpa dejando en la trampa a Janice Fowler. Por más vueltas que se le dé al asunto parece increíble... ¡Este asunto es fantástico!

—Pero un jurado debe dejarse guiar solamente por la evidencia del caso.

—Ahí está el *quid*... Y además, si Janice Fowler no asesinó a Margie Shannon, ¿quién cometió el crimen?

—El acompañante, sin duda — contesté yo rápidamente.

—Olvida usted una cosa — dijo Brant.

—¿Qué cosa?

—Si Janice dijo la verdad, un ladrón entró aquella noche en su departamento... Me parece que ese desconocido podría decirnos muchas cosas interesantes.

—¿Pero no recuerda usted ya lo que me dijo el primer día? Dijo usted que la clase de delincuentes que podían cometer un asesinato, no necesitaban tomar las armas en el lugar del crimen.

—Lo recuerdo perfectamente — contestó Brant con una leve sonrisa—; pero recuerdo también que dije eso antes de saber nada acerca del robo cometido en el departamento de Janice Fowler... Bueno; ese asunto es sumamente complicado.

—Es mucho peor que eso — dije yo —; según las reglas de la evidencia circunstancial, Janice Fowler es culpable. Sin embargo, al ser arrestada, ni siquiera sabía que se había cometido un crimen. Además rehusó contratar a un abogado cuando eso es lo que hacen todos los culpables para tratar de obtener la mayor protección posible. Al entrevistarla yo al día siguiente de haber sido arrestada, acababa de ser sometida a un interrogatorio policial. Ya sabe usted cómo son esos interrogatorios... Sin embargo, ella no pidió ayuda. Ella... ¡Ah, estoy seguro de que no ha cometido tal crimen! Es una muchacha admirable... ¿Dónde está mi sombrero?... Me voy a casa.

Brant me alcanzó el sombrero mientras reía alegremente. Y me dijo un poco en broma y otro poco en serio:

—Y ahora a acostarse temprano, para estar listo mañana a fin de concurrir al juzgado, a

ver una hermosa dama comparecer ante el juez, acusada de asesinato.

• • •

Los corredores estaban llenos de público que desbordaba de mórbida curiosidad.

El alguacil abrió la sesión con las palabras sacramentales. Y comenzó el segundo día del juicio:

—¡John Cropsy!

El jefe de la Brigada de Homicidios se encaminó lentamente a la silla de los testigos, muy seguro de sí mismo y se sentó en ella con el rostro cubierto por una máscara de impasibilidad. Era el primero de los testigos importantes, y Francis Miles comenzó a interrogarlo inmediatamente.

El día anterior había transcurrido en una serie de formalidades convencionales; hoy se levantaba el verdadero telón del drama; Miles asumía su papel de fiscal y procuraría por todos los medios conducir a la silla eléctrica a la acusada de un asesinato. En su voz había ahora un tono de triunfo que no había tenido el día anterior. Sus redes estaban tendidas y el abrazo de la ley se estrechaba en torno de un hombre que, dentro de muy pocas horas, estaría en la primera página de todos los diarios; que bajo ese nombre apareciera la palabra "culpable", o "absuelta", dependía la candidatura de Francis Miles a gobernador del Estado de Ohio. Y el fiscal tenía ya en la mano su nombramiento...

Contestando a sus preguntas, Cropsy relató cómo había sido llevado al lugar del crimen, cómo había visto el cadáver, cómo había llamado al doctor Saunders, el criminólogo, y cómo había comenzado sus investigaciones.

En ese momento el fiscal tomó un objeto de sobre su mesa y lo colocó ante los ojos de Cropsy.

—¿Ha visto usted esto antes, teniente? —preguntóle.

—Sí, es la vaina de una daga. La vi anteriormente por primera vez en el departamento de miss Shannon.

—Diga en qué parte del departamento encontró usted esta vaina.

—Colgada de una pared, tras de la puerta de entrada.

—Hago estas preguntas para identificar este objeto que desde este momento debe ser considerado como una prueba más en la evidencia del crimen.

Dejó la vaina sobre la mesa y tomó otro objeto.

—¿Ha visto usted esto antes, teniente? — volvió a preguntar por segunda vez.

—Sí — respondió Cropsy.

—Diga usted al jurado de qué se trata.

—Es el puñal que corresponde a la vaina que acaba de mostrarme. Creo que se llama puñal de misericordia.

—¿Dónde lo vió usted por primera vez?

—En el interior de un ropero, en el departamento de Janice Fowler.

Así, gradualmente, comenzó a hilvanarse la sucesión de acontecimientos posteriores. El descubrimiento de las impresiones digitales de Janice Fowler; sus declaraciones de que no sabía nada acerca de la presencia del arma en su departamento, etcétera, etcétera. Miles interrogó largamente a su testigo, y por último, volviéndose hacia Evans, murmuró:

—Su testigo.

Evans se acercó a Cropsy sonriendo.

—Le haré unas cuantas preguntas, teniente. Usted ha depuesto declarando acerca del aspecto que presentaba el lugar del crimen: sillas caídas, cajones fuera de su lugar, roperos revueltos, ropas por el suelo, etcétera, etcétera. ¿Diría usted que todo eso indicaba que alguien había efectuado un registro apresurado?

—Necesariamente, no... Podría significar tan sólo que el asesino tuviera tal intención; la intención de preparar la escena simulando un robo.

—Ya veo... Es difícil engañar a la policía, ¿no es así? — dijo Evans sonriendo serenamente mientras volvía al ataque.

—A veces sí — contestó Cropsy con un gesto.

Un apagado murmullo corrió por la concurrencia y Evans rió como un hombre que sabe festejar una broma.

—Y ahora, teniente — continuó —: volvamos otra vez al departamento y hablemos de ese tapiz que fué arrancado a medias de la pared. Aquí lo tenemos.

Lo tomó de la mesa y se lo mostró a Cropsy.

—¿Es éste el tapiz en cuestión?

—Sí, es.

—¿Y puede usted describir su posición en la pared?

—Sí, señor.

—¿De qué manera lo calcula usted?

Desde su asiento en el lugar que le estaba asignado, Miles se irguió mirando con interés.

—Había sido colocado en la pared por medio de tachuelas — explicó Cropsy lentamente con todos los sentidos alerta —; una de las tachuelas estaba en la pared, pero las otras habían sido arrancadas.

—Colgaba entonces de una punta?

—Sí.

Evans levantó el tapiz, exhibiéndolo ante el jurado.

—Como ustedes ven — dijo —, el tapiz confirma claramente la descripción del testigo.

Miré una vez más en dirección a Miles. Aparentemente había comprendido la maniobra de su adversario, porque la mirada de incertidumbre había desaparecido de sus ojos. El fiscal miraba ya inquisitivamente a Cropsy.

—Y ahora, teniente — continuó Evans —, ¿quiere usted describir la repisa sobre la cual estaba colgado el tapiz? ¿Había en ella varios objetos de arte, no es así?

—Había un reloj, un jarrón y una pequeña estatua, según creo recordar.

—¿Y el tapiz estaba por sobre esos objetos?

—¡Protesto, Su Señoría! — exclamó Miles poniéndose de pie —; las preguntas son capciosas.

—Su Señoría, el objeto que persigo con esas preguntas será rápidamente puesto en evidencia dentro de un instante — dijo Evans volviéndose hacia el juez Sawyer —, objeto que, por lo visto, ya es evidente para mi digno adversario el señor fiscal. De ahí que se haya apresurado a interponer una protesta.

—Prosiga — dijo el juez Sawyer sin inmutarse, en tanto que Miles echaba una furibunda mirada al abogado defensor.

El fiscal se dejó caer nuevamente en su silla y Evans volvióse una vez más hacia el testigo.

—¿Quiere usted contestar a mi pregunta, teniente?

—Sí, señor. El tapiz estaba por sobre los objetos.

—Muy bien... Teniente Cropsy, mire cuidadosamente a la acusada y dígame si hubiera podido ella con su estatura alcanzar el tapiz y asirlo fuertemente para arrancarlo de la pared en la posición en que usted lo halló en el lugar del crimen.

—¡Protesto, Su Señoría! — exclamó Miles.

—El jurado no debe tener en cuenta la pregunta del abogado defensor — dijo el juez.

Evans sonrió, y sin inmutarse volvió a preguntar al testigo.

—¿Podría una persona que tuviera la pequeña estatura de miss Fowler haber alcanzado al tapiz sin subirse a una silla o a otra cosa parecida?

—No lo creo — contestó Cropsy sacudiendo la cabeza.

—¿Cuando usted entró en la habitación, había alguna silla cerca de la estufa?

El detective vaciló un instante y antes de que contestara, Miles saltó nuevamente de la silla y poniéndose de pie exclamó impetuosamente:

—¿Cómo pretende usted que el testigo recuerde la exacta posición de cada mueble en el cuarto?

Antes de replicar, Evans fué hasta la mesa asignada a la defensa, y tomando algo de allí se aproximó nuevamente a Cropsy.

—Tengo aquí — dijo mostrándosela a Cropsy — una fotografía tomada por un fotógrafo del diario "Public Opinion". Fué sacada en presencia de la policía y con permiso de la misma. ¿Reconoce usted la fotografía, teniente Cropsy?

—Sí, fué tomada en el departamento de Margie Shannon al día siguiente del crimen.

—¿Se ve en esta fotografía alguna silla cerca de la estufa, tal como podría esperarse que utilizara una persona de baja estatura, para...?

—¡Protesto! — tronó Miles.

—¿Hay alguna silla cerca de la estufa? — es la pregunta que usted debe hacer, míster Evans, — dijo el juez Sawyer.

—Gracias, Su Señoría — contestó Evans —, bueno, teniente...

—No — contestó brevemente Cropsy devolviendo la fotografía a su interlocutor.

—Muchas gracias: eso es todo.

Todos los ojos se volvieron instantáneamente hacia Janice Fowler en un esfuerzo para calcular su estatura.

Miles se levantó acercándose con rapidez al testigo; deseaba hacer una pregunta a Cropsy. Le apuntó con el dedo y dijo preguntando inquisitivamente:

—Pero había varias sillas en la habitación y una de ellas estaba tirada en el centro de la misma, ¿no es así?

—Sí.

—Eso es todo.

—¡Howard Wrenn! — llamó el alguacil.

El artista se aproximó calmosamente llamando la atención del público con su delgada figura de aristócrata y sus cabellos grises cuidadosamente peinados. Se sentó gravemente y miró al fiscal.

Las preguntas de Miles fueron de pura rutina. Interrogó a Wrenn brevemente acerca de su profesión, de su relaciones con Margie Shannon y luego le pidió que identificara el puñal de misericordia y su vaina como el regalo que había hecho él a su modelo. Finalmente le preguntó:

—¿Cuándo fué la última vez que vió usted viva a miss Shannon?

—El día nueve de octubre — respondió Wrenn con voz calmosa —; fuímos juntos desde mi estudio hasta su departamento, y en el camino entramos en una confitería para tomar té.

—¿Estaba ella de buen humor y demostraba el mismo espíritu que de costumbre?

—Demostraba el mismo buen humor que de costumbre, a pesar de que debía hallarse muy fatigada porque había pasado largo tiempo en la misma posición.

El fiscal volvióse entonces hacia Evans y le dijo:

—Su testigo.

Evans no perdió tiempo en circunloquios. Dirigióse rectamente hacia la silla de los testigos y deteniéndose frente a Howard Wrenn le preguntó:

—¿Conoce usted a Janice Fowler?

—Sí, fuí presentado a ella por miss Shannon.

—¿Sabe usted si eran buenas amigas?

—Por lo que sé, eran muy buenas amigas.

—¿Conoce usted alguna razón por la cual miss Fowler deseara la muerte de miss Shannon?

Método eficaz



—¡Eh, señor Juan..., dió resultado! ¡Frotando dos maderas... prendí el fuego! ¡Eh, señor Juan!...

Miles saltó de su asiento, protestando indignado ante la pregunta.

—Sería mejor preguntar al testigo si sabía de alguna disputa o de alguna rivalidad entre las dos mujeres — dijo el juez Sawyer dirigiéndose a Evans en tono conciliatorio.

Pero Wrenn había ya contestado a la pregunta:

—No conozco ninguna razón de tal naturaleza.

El juez Sawyer ordenó entonces que las preguntas y la respuesta no fueran tenidas en cuenta por el jurado. Entonces, Evans volvió a interrogar a Wrenn dando otra forma a su pregunta. Y Wrenn contestó que no sabía de ninguna rivalidad o resentimiento entre las dos jóvenes.

—Eso es todo — dijo Evans.

El fiscal avanzó entonces hacia el centro del estrado:

—El Estado — dijo dirigiéndose hacia el juez Sawyer — ruega que sea admitida la declaración escrita de Silas Cantwell, jefe del Departamento de Dactiloscopia. Era nuestra intención llamarlo a la silla de los testigos, pero hemos recibido un mensaje en el cual se nos comunica que Cantwell se halla enfermo y no puede presentarse a declarar. Debo decir que su testimonio se refiere a las impresiones digitales halladas en la empuñadura del arma utilizada para cometer el crimen, y a la identificación de esas impresiones digitales como pertenecientes a la acusada.

La prueba escrita fué presentada. Evans no hizo ninguna objeción ni comentario alguno.

—¡Leonard Weiss! — llamó luego el alguacil.

El encargado de los departamentos se sentó en la silla de los testigos.

—Míster Weiss — dijo Miles luego de hacerle las preguntas de rutina con respecto a su trabajo y a su posición como testigo en ese crimen —: ¿Quiere usted relatar al jurado lo que observó en la tarde del día 8 de octubre?

—Sí...; sucedió que me hallaba en el cuarto piso a eso de las dieciocho horas. Escuché voces que provenían del departamento de miss Shannon; parecía una disputa. Y mientras esperaba el ascensor, la puerta del departamento se abrió y miss Fowler salió al pasillo; tras de ella iba miss Shannon.

—¿Qué sucedió entonces?

—Pues... miss Shannon gritó a miss Fowler que saliera de su departamento y que no quería verla más, y luego cerró la puerta tras ella con un violento golpe.

—¿Oyó usted a miss Fowler decir alguna cosa?

—Ya lo creo...; miss Fowler dijo: "No deseo otra cosa; y no volveré a poner los pies aquí nunca más." Entonces miss Shannon le gritó: "¡Mala amiga!"

—¿Parecían ambas muy disgustadas?

—Sí, las dos estaban muy disgustadas.

—Eso es todo... Su testigo, míster Evans.

El abogado defensor parecía imperturbable. Sin moverse del lugar en que se hallaba volvióse hacia el testigo, lo miró detenidamente y durante un largo minuto, de tal modo que Weiss se removió inquieto en su silla; luego, con su voz pausada, le preguntó:

—¿Las palabras que tuvieron las dos mujeres fueron dichas mientras la puerta del departamento de miss Shannon estaba abierta?

—Sí.

—¿Y podría usted decir, sin lugar a dudas, las palabras que se dijeron mientras la puerta estaba cerrada?

—No, señor.

—¿De modo que no sabe usted acerca de qué disputaban?

—No.

—¿Y durante el año que miss Shannon ocupó su departamento, pagaba ella siempre su alquiler con puntualidad?

—Se atrasaba siempre en los pagos — dijo Weiss con acento disgustado —; casi todos los meses tenía que llamarle la atención sobre el particular. Acostumbraba a gastar demasiado dinero en ropas costosas que su sueldo no le permitía pagar.

—La última parte de la declaración del testigo no debe ser tenida en cuenta por el jurado — dijo el juez Sawyer.

—¿Y en cuanto a miss Fowler, tenía usted quejas de ella a ese respecto?

—Ninguna. Pagaba su alquiler con toda puntualidad.

—Eso es todo.

—La corte entra en receso por una hora. El juicio continuará a las trece — dijo el juez Sawyer poniéndose de pie.

CAPITULO XII

Había estado deseando que Miles llamara a Saúl Mitchell a la silla de los testigos por la mañana, para que pudiéramos poner sus declaraciones en la primera edición local, pero el fiscal tenía sus planes, por lo visto, y siendo como era un político calculador, habría previsto el punto, dando a los diarios de la mañana y a los de la tarde un testigo importante a cada uno.

Mitchell fué, pues, el primer testigo llamado cuando se reanudó el juicio a las trece horas, después del receso.

Miles lo interrogó durante más de cuarenta y cinco minutos, durante los cuales Mitchell repitió minuciosamente sus declaraciones acerca de cómo había visto a Janice Fowler salir del departamento de Margie Shannon con un puñal en la mano.

Janice Fowler clavó en él sus ojos mientras Mitchell repetía sus declaraciones.

Una vez, mientras Mitchell contestaba a una pregunta del fiscal, la vimos inclinarse sobre la mesa y hablar al oído de Stanley Evans, quien asintió con la cabeza y le dió una suave palmada en el brazo.

Cuando Stanley Evans se levantó de su silla y avanzó hacia el testigo para interrogarlo, todo el mundo comprendió que se aproximaba el momento culminante de la batalla. Una agradable sonrisa curvaba los labios del abogado, pero la mirada de sus ojos era dura como el acero y no pronosticaba nada bueno para Saúl Mitchell. Cuando estuvo a un paso del testigo, la sonrisa de Evans se borró repentinamente de su rostro y apuntándole con el brazo rígidamente extendido le preguntó de pronto:

—Señor Mitchell, ¿acostumbra usted a leer en cama por la noche?

—Este... no.

—¿Es entonces algo que usted no hace habitualmente, sino de cuando en cuando?

—Bueno..., no muy a menudo.

—Tengo entendido que es usted contador. ¿Cuánto tiempo hace que trabaja usted como tal?

—Unos quince años.

—Y, como es natural, durante las horas de su trabajo su vista se ve obligada a constantes esfuerzos por la misma índole de sus tareas, ¿no es así?

Mitchell vaciló un instante, echó una rápida ojeada al fiscal y luego contestó con acento inseguro:

—Sí, supongo que sí.

—¿Lo supone usted, nada más? — preguntó Evans con voz cortante como el hielo —. ¿Acaso no es un hecho que la mayor parte del tiempo debe usted estar inclinado sobre los libros?

—Sí.

—Veo, además, que lleva usted anteojos con cristales cóncavos — dijo Evans señalando rectamente al rostro del testigo —, ¿puedo preguntarle qué defecto tiene usted en la vista...?, o mejor dicho, ¿qué defecto de visión corrige usted al usarlos?

Las palabras del defensor eran terriblemente enfáticas.

—Sí..., soy miope.

—¿Quiere decir usted que su visión es defectuosa a la distancia?

—Quiero decir que no es normal — replicó Mitchell ásperamente.

Por lo visto no le agradaba la palabra "defectuosa" que había empleado Evans en su pregunta.

—¿Conoce usted a miss Fowler, no es así

—Sí.

—¿Un conocimiento casual o son ustedes amigos?

—Hablamos únicamente en ocasiones, cuando nos encontramos en el pasillo o en el ascensor; somos vecinos.

—¿Pero ha tratado usted de flirtear con ella?

—No sé lo que quiere usted decir — contestó Mitchell mientras su rostro se coloreaba visiblemente.

—¡Oh...!, ya lo creo que usted me entiende. ¿Acaso no es cierto que había invitado muchas veces a miss Fowler a salir con usted, y que ella rechazó sistemáticamente sus invitaciones?

—No digo que muchas veces, pero en una o dos ocasiones le pregunté si deseaba acompañarme al teatro... Creo que no hay nada malo en ello — contestó Mitchell tratando de sonreír.

—No, míster Mitchell, no hay nada malo en ello. ¿Pero no es cierto que la última vez que ella declinó una invitación suya, estuvo usted sumamente grosero?

—No, eso no es cierto.

—¿No le llamó usted engreída?

—No, no es cierto.

Evans dió un paso atrás. Llevóse la mano al bolsillo del pantalón, guardó silencio un instante, y luego, encarándose de pronto con el testigo, le dijo bruscamente:

—Míster Mitchell, usted sabe que está sentado ahí para decir la verdad; usted sabe que ha jurado decir la verdad — hizo una pausa y en seguida tornó a preguntarle —; ¿sabe usted lo que significa la palabra perjurio?

—Sí, lo sé. Sé todo eso — contestó el testigo.

—Bien, míster Mitchell. Volvamos ahora a la noche del 9 de octubre pasado. Está usted en su habitación leyendo el libro, según ha declarado. Leyó usted hasta casi quedarse dormido sobre el libro; luego, preparóse para ir a la cama. Presumo que se lavó usted las manos y la cara y que se cepilló los dientes... Quizá habrá tomado usted un baño.

Alguien en la audiencia rióse con risa sostenida. Y luego, por un instante, una gran carcajada sacudió al público. El juez Sawyer se

irguió en su asiento mientras los alguaciles pedían silencio.

—Otra demostración como ésa y haré desalojar la sala— dijo enérgicamente el juez.

—¿Y bien, míster Mitchell...? — continuó Evans.

—En efecto; recuerdo que me lavé la cara y las manos y me cepillé los dientes antes de ir a la cama...; acostumbro a bañarme por la mañana.

—¿Y luego fué usted hasta la puerta para ver si estaba cerrada con llave?

—Sí.

—¿No hay nada raro o completamente personal en sus preparativos para irse a la cama?

—No.

—¿Y no teniendo el hábito de leer en la cama estaba usted sin sus lentes cuando abrió la puerta?

Mitchell vaciló un instante mirando nuevamente al fiscal. Iba a abrir la boca para contestar cuando Evans lo interrumpió de pronto:

—Antes de responder, míster Mitchell, debo recordarle que usted, por supuesto, se los había sacado para lavarse la cara. ¿No es así?

—Por supuesto — murmuró Mitchell —; pero quizá, como esa noche iba a leer en la cama, volví a ponérmelos.

—¿Pero no está usted seguro?

—Este...

—¿Sí o no?

—No estoy seguro.

—¿Y no estando seguro, y con su incapacidad para distinguir los objetos claramente y con certeza desde cierta distancia, se permite usted venir aquí y sentarse en la silla de los testigos para hacer una declaración que pone a una joven entre la vida y la muerte?

—¡Protesto! — gritó Miles —; las observaciones del testigo deben ser correctas desde el momento en que la defensa ha admitido que miss Fowler llevaba un puñal en la mano cuando míster Mitchell la vió. Eso es por lo menos algo que el testigo vió con toda claridad.

—Ruego al jurado que tenga en cuenta — dijo Evans — que las declaraciones que míster Mitchell hizo originariamente a la policía, declaraciones que están registradas, dejan sentado que el testigo vió en las manos de miss Fowler, mientras ella estaba parada junto a la puerta del departamento de la modelo, cuyo asesinato queremos vengar, "un objeto que brillaba a la luz como una hoja delgada". Para mayor claridad he repetido las mismas palabras del testigo. Luego agregó míster Mitchell que había llegado a la conclusión de que el objeto era un puñal, por haber leído en los diarios las crónicas del asesinato dando cuenta del detalle del puñal. De manera que, aun cuando la defensa haya admitido que miss Fowler tenía en las manos el arma, desde que, según sus declaraciones, la tomó del suelo llevándola posteriormente a su departamento, hay una gran diferencia con el hecho de que míster Mitchell identificara el objeto "que brillaba" como un puñal, desde el momento en que él mismo declaró que en aquel momento no se le había ocurrido que fuera tal cosa. Los detalles de las actividades de miss Fowler durante la noche del crimen son ya del dominio público. Mi cliente niega haber estado en las habitaciones de miss Shannon, mientras que el testigo que estoy interrogando, que ha admitido ser miope, y que hace un instante acaba de admitir también que no recuerda si llevaba puesto los lentes en ese momento, dice que vió a miss Fowler salir del departamento de miss Shannon. Naturalmente, nos parece extraño el testimonio de míster Mitchell. Es un hecho comprobado que aun las personas de visión normal son incapaces de recordar ciertos detalles de lo que ven en un instante; por ejemplo, son muy conocidas las diversas versiones que pueden dar de un accidente los testigos oculares, como también las versiones antojadizas que dan los locutores radiotelefónicos cuando describen un partido de fútbol o un encuentro de boxeo. Estos dos ejemplos bastan para probar lo dicho.

Evans hizo una pausa mientras el juez Sawyer aclaraba:

—No veo ninguna razón, míster Miles, por la cual la defensa no pueda proseguir, aun cuando la última pregunta del abogado defensor no haya sido contestada por el testigo.

El abogado defensor se volvió una vez más hacia Mitchell. Sus ojos brillaban, pero cuando habló, su voz era tan suave como de costumbre.

—Está irritado — murmuró Grady Williamson —, y cuando Evans se irrita no es muy agradable tenerlo por adversario.

—¡Mitchell no tenía puestos los anteojos! — exclamó Betty en tono desafiante —; mintió cuando dijo que no recordaba ese detalle.

—Bien..., veamos — comenzó a decir Evans —. Usted fué hasta la puerta, la abrió, cuando probó si estaba cerrada o no con llave, y entonces vió a miss Fowler, por el resquicio, frente a la puerta del departamento de miss Shannon. Aun cuando es usted miope, y no recuerda si llevaba puestos sus anteojos, está en condiciones de admitir francamente que era ella y no otra persona.

—Sí..., y además sé que era ella porque la vi entrar luego en su propio departamento.

—¿Llevaba tapado y sombrero?

—Sí.

—Y en una mano, según declaró usted, tenía algo que brillaba como un puñal.

—Así es.

—Bien...; ahora piense cuidadosamente en lo que voy a preguntarle... ¿Está usted seguro, absolutamente seguro, de que vió a miss Fowler en el acto de cerrar la puerta, o estaba ella solamente apoyando la mano en el picaporte? Tómese su tiempo antes de responder.

Miles levantóse entonces y contestó antes de que Mitchell tuviera tiempo de hablar.

—El testigo ha declarado ya que vió a miss Fowler cerrar la puerta.

—Entonces, por lo visto, el Estado no es tan curioso como la defensa en la comprobación de detalles importantes, tales como los que estamos tratando, en especial sobre la agudeza visual del testigo — contestó Evans en tono sarcástico.

Mitchell, entretanto, vacilaba visiblemente. Por último contestó:

—Mi impresión es que estaba cerrando la puerta.

—Su mirada fué rápida según declaró usted mismo. ¿Se detuvo ella en el vestíbulo o fué directamente hacia su departamento?

—Se dirigió inmediatamente hacia su departamento.

—¿De modo que "su impresión" es de que la vió usted cerrar la puerta? ¿No está seguro, luego?

—Estoy casi enteramente seguro. Y por lo menos, declaro moralmente lo que creí ver.

—Una impresión — continuó diciendo Evans — no es bastante real ni puede ser admitida como clara, para una persona que ha estado leyendo hasta casi quedarse dormida a una hora tan avanzada de la noche. Y sobre todo si se tiene en cuenta la distancia y el detalle especial de la miopía del testigo, que necesita anteojos... Porque lo cierto es que usted no tenía puestos sus anteojos, ¿no es así? Después de habérselos sacado para lavarse el rostro, antes de irse a la cama, usted no se los pondría por el mero hecho de ir a ver si su puerta estaba cerrada con llave, ¿digo bien?

—Sí, pero...

—Sería absolutamente inusitado que usted se los hubiera puesto, ¿no es eso?

—No puedo recordar si los tenía puestos o no.

—Y sin embargo, por sus declaraciones podemos comprobar que su memoria es excelente en cuanto a los demás puntos de las mismas, ¿eh? Recuerda usted tantos detalles de su breve visión de Janice Fowler que resulta asombroso; recuerda por ejemplo haber



mirado su reloj que marcaba exactamente las veinticuatro y diez y ocho minutos; en fin, lo recuerda usted todo, excepto si llevaba puestos o no sus lentes. De todos modos usted no habría identificado a la joven que vió como Janice Fowler si no fuese por una asociación de ideas: la vió en el pasillo y luego la vió entrar en su propio departamento. Vió también que ella llevaba en su mano algo que brillaba, y al día siguiente, después de haber leído los periódicos, llegó a la conclusión de que se trataba de un puñal. Dice usted que llevaba puestos su sombrero y su tapado. Pues bien, esas prendas tenían forzosamente que dar a la figura que usted vió líneas inconfundibles que hasta un miope, sin sus anteojos, hubiera podido decir que eran tales las prendas que vestía Janice Fowler. Lo que usted vió, míster Mitchell, fué a miss Janice Fowler con la mano en la puerta del departamento de Margie Shannon, que había tratado de abrir, pero que encontró cerrada. Cuando dice que la vió salir del departamento de miss Shannon y cerrar la puerta tras ella, ¿se equivocaba usted simplemente o pretende hacernos equivocar a nosotros? En una palabra, ¿admite usted que su declaración es errónea?

—He dicho que estaba moralmente seguro de decir la verdad, cuando declaré que la acusada estaba cerrando la puerta. Pero... no estoy muy seguro de ello — dijo Mitchell sintiéndose acorralado.

—¿De manera que no está seguro, ahora? Desde cerca su vista es buena, pero no puede usted recordar si llevaba o no puestos sus lentes. ¿Es así o no es así?

—Sí, es así; pero no soy lo que se dice un ciego, aun sin mis anteojos — respondió Mitchell bruscamente.

—No, no pide usted limosna — contestó Evans sarcásticamente —. Bueno, eso es todo.

Francis Miles saltó sobre sus pies y casi corrió hasta llegar a la silla de los testigos, en su apresuramiento por deshacer la impresión causada por el interrogatorio de su rival.

—¿Qué sucederá ahora? — murmuró Ferrell mientras se llevaba a la boca una tableta de goma de mascar —; apuesto a que Miles no sale del atolladero.

Por mi parte me volví hacia Grady Williamson y le dije:

—Bueno..., ¿qué piensas ahora de las probabilidades que tiene Janice de salir absuelta?

—Iguales que antes — respondió Grady —; no importa que Mitchell sea miope; de todos modos está comprobado que Janice estuvo a la puerta de Margie Shannon con el puñal de misericordia en la mano... También es posible que ella no haya arrancado el tapiz, y que así lo pruebe su pequeña estatura, pero no creas que por eso saldrá absuelta... No te hagas ilusiones.

—¿Que no saldrá absuelta, eh?; bueno, pues te apuesto cien dólares a que sí.

—¿Sabes algo? — preguntóme él irguiéndose en su silla y mirándome con mirada suspicaz.

—Nada, absolutamente.

—Entonces, te has metido tú mismo en una trampa. Si pierdo, porque todo es posible, te pagaré a plazos. Ya sabes que no tengo dinero, porque acabo de comprarme un automóvil.

Y ambos nos estrechamos las manos.

Miles interrogó al testigo durante un cuarto de hora más, pero apenas alcanzó a desva-

Entusiasta



—Siga con la ceremonia del casamiento, señor cura. Sólo deseo saber quién gana las regatas que se están realizando ahora en el río Luján.

necer la opinión favorable que Evans había hecho nacer en el jurado con sus preguntas. Cuando finalmente terminó de interrogarlo, el hombre era más miope que nunca, y sus respuestas acerca de si llevaba o no puestos los anteojos resultaron completamente vagas.

Instantes después, la audiencia entró en un breve descanso. Evans y su asociado Messick cuchicheaban en el escritorio de la defensa. De pronto levantóse el primero y yendo hacia Janice le dijo algo... Evidentemente palabras de estímulo, porque ella irguióse, levantó la cabeza y le respondió con una sonrisa.

Por último, Evans dirigióse al juez y dijo que la defensa estaba pronta para continuar:

—¡Joseph Lewicki!

—¡Ah! —exclamó Grady Williamson — el hombre desmemoriado.

—Creí que el hombre desmemoriado era Saúl Mitchell — dijo Betty.

—No, él no es más que el hombre que no puede recordar. Joe Lewicki es el verdadero desmemoriado.

El testigo llamado presentóse con un aspecto absolutamente distinto del que había demostrado ante el detective Kornman a la mañana siguiente del crimen. El operador nocturno del conmutador telefónico de los departamentos pasó ante nosotros, dirigiéndose hacia la silla de los testigos. Pensé, al verlo, qué se propondría Evans con él para tratar de obligar a Miles a que revelara públicamente la identidad de Nelson Reinehart. ¿Quién ganaría esta etapa? ¿El fiscal o la defensa?

Williamson y yo, los dos únicos periodistas y unos de los pocos presentes que estábamos en el secreto de la identidad del "acompañante desconocido", cambiamos instintivamente una mirada. Estoy seguro de que su pensamiento fué entonces idéntico al mío: ambos rogábamos por obtener una oportunidad de incluir en nuestras respectivas crónicas el secreto que nos quemaba el cerebro. De pronto, Evans comenzó a interrogar al testigo:

—¿Tuvo usted una conversación con miss Fowler en la mañana del diez de octubre pasado?

—Sí, señor — respondió Lewicki —; ella me comunicó que había notado la falta de algunas cosas de su departamento. Dijo que la habían robado.

—¿Enumeró ella las cosas que le faltaban?

—Sí, señor...: un anillo, que yo había visto en su mano en varias oportunidades; un collar; algunas ropas y un billete de diez dólares.

—¿Y le prometió usted comunicarlo a la policía tan pronto como pudiera?

—Sí, señor. Pero luego, cuando me enteré del asesinato, olvidé todo lo referente al robo, hasta que volví a recordarlo ya muy avanzada la tarde.

—¿Cuándo vió usted por última vez a miss Shannon?

—La noche anterior. Eran las veintitrés y treinta.

—¿La acompañaba alguien?

—Sí; un caballero iba con ella.

—¿Lo reconoció usted?

—No, señor.

—¿Lo reconocería usted si volviera a verlo?

—Sí; creo que sí.

—¿Subieron ellos al cuarto piso en el ascensor?

—Sí, señor.

¿Y cuánto tiempo tardó el caballero en volver a bajar?

—Quince o veinte minutos.

—¿Declaró usted anteriormente a la policía, míster Lewicki, que el hombre parecía agitado cuando bajó? ¿Puede usted decirnos exactamente qué aspecto tenía entonces?

—Este..., cuando él y miss Shannon llegaron a eso de las veintitrés y treinta, ambos conversaban animadamente y se sonreían con naturalidad; pero quince o veinte minutos después, cuando el hombre bajó solo, estaba nervioso y daba la impresión de que tenía mucha prisa por alejarse.

—¿Pero cómo podría usted deducir que el hombre estaba nervioso?

—Bueno — contestó Lewicki buscando las palabras —; todo el mundo sabe el aspecto de una persona que está nerviosa. Está pálida y..., y...

—¿Dice usted que parecía estar muy apurado?

—Sí; eso es.

Evans volvióse hacia el fiscal, y haciendo un ademán con la mano, le dijo:

—Su testigo.

Pero Miles, ante la sorpresa de todos, sonrió brevemente y dijo:

—El Estado no desea interrogar al testigo.

Entonces corrió por la sala como un gran suspiro. Todo el mundo se recostó en sus asientos esperando la nueva faz del drama; los cuerpos se relajaron, y aquí y allá, en distintos sitios de la sala, crujieron las sillas cuando sus ocupantes cambiaron de posición.

De pronto Stanley Evans se levantó, y caminando hacia el estrado del juez, dijo con voz clara y pausada:

—Con el permiso de Su Señoría y de los señores jurados, la defensa querría hacer una moción.

La tensión del público llegó al máximo.

—Es imposible que se le ocurra pedir ahora la absolución de Janice — murmuró Ross Thomas —; todavía no es tiempo...

—Evans no es tan tonto como para perder su tiempo en eso, ahora — contesté yo.

—Creemos — comenzó a decir Evans despaciosamente — que hay un punto un tanto oscuro que puede ser rápidamente aclarado por un profesional. Me refiero a las condiciones de la vista del testigo Saúl Mitchell.

Paseó Evans la mirada por el jurado y continuó:

—Creemos pues, conveniente, que un oculista, elegido por el jurado, sea citado ante esta corte para examinar los ojos de Saúl Mitchell. La acusada está a punto de escuchar las palabras sacramentales que la dejarán libre de todo cargo o que la conducirán a la muerte. No queremos dilatar este juicio, pero como es natural nos proponemos tomar en cuenta cuantos detalles contribuyan a esclarecer la verdad. El examen de la vista de Saúl Mitchell puede ser hecho esta misma tarde, y su resultado puesto en conocimiento del jurado, mañana por la mañana, cuando comience la sesión.

—¿Y por qué cree la defensa que tal cosa es necesaria? — preguntó inmediatamente Francis Miles, caminando hacia su oponente.

Su voz era ansiosa y vibrante.

—Creo que la respuesta es obvia — contestó Evans —; el testigo Saúl Mitchell es incompetente.

—¡Esa es una opinión suya!

—Desde luego, mister Miles, y lo será pronto de todos.

—El jurado se reirá de usted cuando sepa la verdad — contestó Miles.

Cuanto más se exasperaba el fiscal, tanto más sonriente se mostraba Evans, quien ni siquiera contestó cuando aquél dijo:

—Si la defensa no se hubiera ensañado con la vista de mister Mitchell, lo haría con cualquier otra cosa, con sus parientes o con...

—¡Señor fiscal, le ruego que recuerde dónde está! — exclamó el juez Sawyer.

—Pido perdón a Su Señoría — dijo Miles, recobrándose. El Estado no tiene por qué temer un examen de los ojos del testigo. Míster Mitchell, como tantos otros miles de ciudadanos que se ganan su pan en Cleveland, tienen una pequeña imperfección en su vista, que es corregida con los anteojos. Pero es absurdo pretender declararlo incompetente en este juicio por este solo hecho. Por eso no me opongo a que sea examinado por un oculista.

—Yo mismo llevo anteojos — dijo el juez Sawyer sonriendo —; muy bien... El jurado procederá a nombrar un oculista. Prosiga.

—¡Janice Fowler!

Al oír el nombre de la acusada, Evans se encaminó con rapidez hasta donde ella estaba sentada y le ofreció galantemente su brazo. Janice no lo tomó, pero dirigió una encantadora sonrisa a su defensor. Luego se encaminó hacia la silla de los testigos con la cabeza erguida.

Los muchachos de los diarios de la tarde, que estaban ya listos para la edición local, corrieron hasta los teléfonos tan pronto como vieron las señas que les hacíamos Ferrell y yo. Un minuto después, las rotativas comenzaron a funcionar, imprimiendo en papel grandes titulares a ocho columnas que decían: *Interrogan a Janice Fowler*.

Me imaginaba yo miles y miles de ciudadanos leyendo con avidez el encabezamiento y las crónicas subsiguientes en la primera edición local. Por otra parte, en el "Express" teníamos ya lista una edición extra por si se producían acontecimientos sensacionales. Sin embargo, apenas quedaba tiempo ya para examinar al testigo, y al echar una mirada al reloj, me alegré interiormente pensando en Grady Williamson. La causa se vería a la mañana siguiente y una vez más la primicia del día iba a ser de los diarios de la tarde.

—Nada para ustedes, Grady — le dije sonriendo.

—A menos que Evans se traiga algo entre manos — murmuró Grady.

Pero Evans no dió ninguna sorpresa. Procedió cautelosamente y con mucha calma midiendo sus preguntas, que hacía espaciadamente provocando réplicas deliberadas para dar ánimo a su cliente. Y de tal modo que la voz bien timbrada de Janice Fowler hiciera un amplio efecto en el jurado. Le preguntó su nombre, su ocupación, el tiempo que llevaba en Cleveland, la edad, desde que tiempo databa su amistad con miss Shannon, etc., etc.

Cuando llegó a la pregunta principal, hizo una larga pausa, y finalmente dijo con una alentadora sonrisa:

—Y ahora, miss Fowler, diga usted al jurado cómo empleó su tiempo en la noche del 9 de octubre.

Antes de que Janice Fowler pensara en contestar, el juez Sawyer echó una mirada al reloj y ordenó el receso de la audiencia.

Al salir de la sala esperé a Miles y sus asistentes y le pedí una entrevista. El fiscal asin-

tió con la cabeza, y cuando le hice varias preguntas me contestó con brevedad.

—¿Qué piensa usted del caso, Francis?

El fiscal no me contestó en seguida. Continuó caminando en silencio y de pronto, volviéndose hacia mí, dijo:

—Fué una traición de Evans eso de solicitar un oculista... Bueno, cuanto más difícil es el caso más me agrada ganarlo.

—¿Pero no cree usted que puso a Mitchell en un aprieto?

—No me haga reír — contestó Miles, pero su voz sonaba a falso.

—Desearía decirle una palabra en privado, ¿puede usted recibirme en su oficina? — le dije.

—Estoy muy ocupado y no puedo concederle más que unos minutos — dijo él mirándome inquisitivamente —, ¿qué se trae usted entre manos?

—¿Va usted a llamar como testigo a Nelson Rinehart? — le pregunté en cuanto nos vimos solos.

—El Estado ha llamado a todos sus testigos — dijo él mirándome indignado, y luego, observándome con más atención, prosiguió:

—¿Acaso está usted buscando una excusa para quebrantar su palabra?

—Vamos, señor fiscal, no lo tome así. Pero si Janice Fowley es absuelta sabe usted muy bien que no le queda otro recurso que llamar a Rinehart. Si no es ése el próximo testigo, ¿quién otro aparecerá?

—No sea tonto.

—¿No cree que alguien pudiera pensar que el fiscal está encubriendo al verdadero testigo?

—Ha elegido usted un momento inoportuno para venirme con sus ocurrencias — dijo Miles alzando la voz —; y además no me interesa lo que pueda pensar la gente.

—Me temo que pierda usted el caso, Miles, si no se decide a llamar a Rinehart a la silla de los testigos.

—Gracias por su preocupación, pero conozco los motivos personales que tiene usted para ello.

—Vamos..., vamos, señor fiscal. Pensé que quizá desearía llevarlo al juicio, tal como se presentan ahora las cosas. Sería lo mejor para usted, en caso de que Janice sea absuelta; y no puede escapar a su buen criterio que Evans aprovechará la oportunidad que se le presenta de sacar a relucir al acompañante desconocido, ahora que Lewicki ha sido llamado a declarar.

Mis palabras no parecieron impresionar a Miles, quien mirándome de un modo inexpresivo me dijo:

—¿Eso es todo? Recuerde que ahora estoy muy ocupado.

CAPITULO XIII

Ninguno de nosotros estaba preparado para los asombrosos giros que iba a tomar el juicio de miss Fowler esa mañana. Apenas nos habíamos sentado cuando el fiscal y el abogado defensor entraron juntos a la sala, cosa realmente inusitada. John Cropsy iba también con ellos.

—Algo raro sucede — murmuró Grady Williamson irguiéndose en su silla.

Evans caminaba sumamente serio, pero en sus ojos brillaba una luz triunfal. Por su parte, la multitud que llenaba la sala, bloqueando hasta los pasillos, guardaba un silencio sepulcral.

Me volví hacia el muchacho del "Express" haciéndole una seña para que se pusiera en comunicación telefónica con la oficina.

—Diles que no corten la comunicación — murmuré por lo bajo —; y pídele a Calhoun que envíe un par de redactores para el veredicto. No cortes la comunicación hasta que te vengan a substituir. Dile a Calhoun que se aproxima algo grande.

El muchacho dió media vuelta y se alejó. Ferrell y Servier cambiaban impresiones en voz baja, mientras que Grady Williamson, olfateando una gran crónica, esperaba impaciente.

—¡Janice Fowler!

Stanley Evans, lo mismo que el día anterior, se apresuró a acompañar a su clienta, susurrándole algo al oído que hizo asomar una amplia sonrisa al rostro de la muchacha.

Cuando ésta se hubo sentado en la silla de los testigos, Evans volvióse hacia el juez.

—Con el permiso de Su Señoría y de los señores jurados, me voy a permitir el privilegio de interrumpir el testimonio de la acusada en cierto momento, para llamar al teniente Cropsy. Este testigo ha sido vuelto a llamar por la defensa, ya que el Estado ha terminado con él. La defensa podrá creer necesario interrogar nuevamente a miss Fowler, después de hacer declarar al teniente Cropsy... Puede ser también que no lo crea necesario.

Evans guardó silencio, procurando comprender el grado exacto de expectación que había provocado con sus palabras; y luego, accionando como un actor en escena, comenzó a hablar:

—Miss Fowler, la última pregunta que le hice ayer por la tarde, antes del receso de la audiencia, se refería a que dijera usted a los señores jurados cómo había empleado el tiempo en la noche del nueve de octubre pasado. ¿Quiere usted hacerlo así?

La voz suave y femenina de Janice Fowler se alzó un tono cuando comenzó a narrar los hechos a medida que los iba reconstruyendo en su memoria, tal como los había vivido en aquella fecha, que para ella y para muchos otros, estaba ya grabada a fuego en sus recuerdos. Comenzó por decir que había trabajado hasta tarde en la oficina, que había comido fuera de su casa; que había ido luego allí para pasar la noche leyendo, y que, a eso de las veinte, decidió salir, dirigiéndose a un teatro. Luego relató brevemente cómo había regresado a su departamento.

—¿Y a qué hora fué eso, miss Fowler?

—Según creo recordar, fué poco después de medianoche.

—¿No está usted absolutamente segura de ello?

—No, no estoy segura, porque no miré mi reloj.

—¿Estaba míster Lewicki en su puesto cuando usted llegó al edificio?

—No.

—Prosiga.

La muchacha relató entonces cómo había subido al cuarto piso en ascensor y cómo al cruzar el pasillo para dirigirse a su departamento había visto algo que brillaba en el suelo frente a la puerta del departamento de Margie Shannon.

—Entonces me detuve y lo recogí. Reconociéndolo inmediatamente como de pertenencia de Margie.

—¿Y luego?

Echó una mirada en torno de la multitud que llenaba la sala de la audiencia y contempló los rostros tensos por la emoción. Parecían saborear cada palabra de la testigo, no tanto por lo que ella estaba diciendo, porque tales cosas eran ya conocidas a través de las crónicas periodísticas, sino porque todos ellos esperaban algo de minuto en minuto... Algo sorprendente, algo dramático y repentino. Y estaban allí con una extraordinaria tensión, esperando *aquello*. Sus actitudes eran rígidas, silenciosas y casi denotaban sufrimiento.

—Bueno — murmuró Janice —, creo que debo haber estado allí indecisa un momento, estaba tan sorprendida del hallazgo que no supe qué hacer en el primer instante. Luego decidí hacer lo que cualquiera hubiera hecho en mi lugar: devolverlo... Y llamé a la puerta de Margie.

—¿Y no tuvo usted respuesta?

—No, no tuve respuesta. Golpeé entonces otra vez con más fuerza, y viendo que nadie respondía traté de abrir la puerta.

—¿Recuerda usted exactamente sus movimientos en esos instantes, miss Fowler? ¿Trató usted de dar vuelta al picaporte, por supuesto, pero con qué mano?

—Si la memoria no me es infiel, tenía el puñal en la mano derecha y traté de abrir la puerta con la izquierda.

—¿Quiere usted hacer el favor de ponerse de pie e imitar exactamente sus movimientos?

Janice se puso de pie y dió frente al jurado. Extendió la mano izquierda para tomar un picaporte imaginario mientras su derecha se hallaba cerrada en la actitud de aferrar algo.

Evans no pronunció una palabra y la muchacha permaneció en esa actitud durante cerca de un minuto. Finalmente el abogado defensor continuó:

—Eso es...; ahora retira usted la mano del picaporte y se dispone a volver a su departamento; proceda usted como si así lo hiciera.

Janice vaciló un instante y se volvió a medias para sonreír a su abogado.

—Por supuesto — dijo —, no me detendré a pensar lo que pude haber hecho entonces. Procederé tal naturalmente como pueda.

—Eso es exactamente lo que deseamos — contestó Evans tratando de animarla con una sonrisa.

Cuando Janice hubo terminado la reconstrucción, el abogado le dijo:

—Gracias, puede volver a su asiento... Cuando usted se alejó de la puerta para volver a su departamento, volvióse automáticamente hacia el lado donde se hallaba su propia puerta, es decir, a la derecha del departamento de miss Shannon, ya que usted se hallaba de frente a él, ¿no es así?

—Sí, así es.

—¿Y dónde se encuentra el departamento de míster Mitchell, en relación con el de miss Shannon, cuando se sale del ascensor?

—Hacia la izquierda, o hacia el oeste, si lo desea; esto es, al lado sur del pasillo. Los departamentos de miss Shannon y el mío están al lado norte.

—¿De modo que míster Mitchell al verla como si estuviera empuñando el picaporte de la puerta la vió de espalda, o lo que es lo mismo, como si usted se estuviera alejando de él?

—Creo que debe ser así. No recuerdo haberme dado vuelta. Fuí directamente hacia mi propio departamento, lo abrí y entré.

El rostro de Stanley Evans se distendió en una amplia sonrisa mientras miraba significativamente al jurado y hacia un gesto con la mano. Luego volvióse hacia su testigo y continuó:

—¿Disputó usted con miss Shannon el día antes de su muerte?

El rostro de Janice Fowler se ensombreció como ante un recuerdo desagradable. La muchacha bajó los ojos un instante; luego volvió a levantarlos y contestó suavemente:

—Sí.

—¿Por qué disputaron ustedes? — preguntó Evans.

—Por un dinero que ella me debía. No me agrada decirlo ahora que ella..., pero lo cierto es que me pedía dinero frecuentemente sin que nunca hiciera mención de devolvérmelo. Hasta que por último decidí hablar con ella al respecto. Me disgustaba hacerlo, y por su parte miss Shannon se encolerizó cuando le hablé del asunto. Entonces yo también me ofusqué ante su actitud, porque después de todo yo estaba en mi derecho. Ella me dijo que no deseaba hablarme nunca más...

—¿Y eso fué todo?

—Sí; eso fué todo. Fué la última conversación que tuve con ella.

—Ahora, mis Fowler, ¿podría usted decir al jurado por qué escondió el puñal de misericordia en un ropero de su habitación después que no le fué posible entregárselo a miss Shannon?

—No me favorece mucho el repetirlo — dijo miss Fowler enrojeciendo —; pero la verdad es que cuando llegué a mi departamento lo dejé sobre una mesa, hasta que de pronto se me ocurrió que ya que Margie me adeudaba un dinero y se rehusaba a pagármelo, podría guardar el puñal como una prenda, pues sabía que ella lo apreciaba mucho. Era mi intención decirle más tarde que no se lo devolvería hasta que me pagara.

—¿Y ésa es la razón por la cual lo ocultó usted en el ropero?

—Sí; ésa es la razón.

—A la mañana siguiente denunció usted el robo de algunos objetos a míster Lewicki. ¿No se dió usted cuenta de que le habían robado antes de acostarse, la noche anterior?

—No; aun cuando el robo no hubiera podido ser cometido antes de mi regreso, porque siempre cierro la puerta con una doble vuelta de llave y nadie puede entrar entonces.

—¿Quiere usted describir las joyas que le robaron?

—Un collar de perlas falsas y un anillo. El anillo era de oro macizo y tenía una piedra engarzada. Lo apreciaba mucho porque era un obsequio de mi padre, quien lo compró a los indios navajos en un viaje que hizo por el sudoeste. Era un anillo muy raro y bastante grande.

—¿Lo reconocería usted fácilmente?

—Estoy segura de ello.

—Muy bien, miss Fowler, y ahora...

En este momento Evans se volvió, dirigiéndose rápidamente hacia su escritorio donde Messick le alcanzó algo. Regresó entonces el abogado hacia la silla de los testigos y mirando a miss Fowler le dijo, mientras le alcanzaba el objeto:

—¿Es éste el anillo?

Hubo un súbito movimiento en el público, mientras el juez Sawyer, asombrado, se ajustaba los lentes incorporándose en su asiento para mirar.

Con el asombro pintado en sus facciones, Janice extendió la mano en la que Stanley Evans depositó el anillo. Ella lo miraba, no pudiendo casi creer en sus ojos, y luego dejó escapar un grito, mientras las lágrimas asomaban a sus ojos. Pero pronto se repuso y secándose los ojos murmuró:

—Lo siento... quedé sorprendida en el primer instante...; sí, este es el anillo que me robaron.

Evans lo volvió a tomar entonces depositándolo en la mesa aparte, junto a las demás pruebas del juicio.

—¿Quiere usted describir ahora la bata, el kimono o lo que sea, que también le robaron?

Estábamos preparados ya para cualquier sorpresa, de modo que no nos inmutamos cuando Evans volvió a su escritorio y tomó de él una prenda de vestir de seda azul.

—Sí; ése es — contestó Janice —; aquí están bordadas mis iniciales; no puede haber equivocación.

Volvió asombrada los ojos a su interlocutor y de repente, como si se le hubiera ocurrido una nueva idea dijo:

—Pero... no comprendo. ¿Dónde..., dónde lo encontraron?

—Ya sé que usted no comprende, pero lo comprenderá dentro de breves instantes... Eso es todo, miss Fowler... Teniente Cropsy, haga el favor de pasar.

Cropsy se acercó con su paso calmo y pesado. Su frente estaba surcada de arrugas y sus ojos miraban inquisitivamente al abogado, mientras esperaba sus preguntas.

—Teniente Cropsy, ¿ha visto usted este anillo antes de ahora? — preguntó Evans poniendo la alhaja ante los ojos del testigo mientras dirigía una breve y significativa mirada al jurado.

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—La policía efectuó anoche un allanamiento y detuvo a un hombre llamado Benny Marks; el anillo fué hallado en su poder. Es un reducidor.

—¿Quiere usted decir al jurado qué entiende por "reducidor"?

—Sí, es un hombre que se dedica a comprar cosas robadas.

—¿Y confesó ese reducidor de quién había obtenido el anillo robado?

—Confesó que había comprado el anillo y también un collar de perlas, a un hombre que está prontuariado como ladrón.

—¿En qué fecha había comprado él esos objetos al ladrón?

—El once de octubre.

Stanley Evans miró al juez Sawyer y luego significativamente al fiscal Miles. Este último sonrió resignado y se encogió de hombros mientras Evans decía dirigiéndose al juez:

—Estos sucesos son un tanto extraños en una causa como la que nos ocupa, Su Señoría; pero si usted me permite, haré al testigo unas cuantas preguntas más, para que puedan ser agregadas a la defensa.

—Prosiga — dijo el juez aclarándose la garganta.

—¿Quiere usted decirnos lo que hizo después de haber detenido al reducidor? — preguntó Evans volviéndose hacia Cropsy.

—Sí; yo estaba en el Departamento Central de Policía cuando Marks fué traído por los agentes de servicio; entre otros objetos vi el anillo y pensé, juntamente con el detective Hogan que estaba conmigo, que se trataba de un objeto muy raro; por lo tanto procedimos a examinarlo atentamente. De pronto recordé la descripción que mis Fowler había hecho del anillo que le fuera robado y comencé a interrogar a Marks al respecto... Luego me puse en comunicación con usted y con el fiscal Miles y usted identificó el anillo como perteneciente a miss Fowler, por habérselo visto llevar muchas veces a la oficina...

—¿Y luego? — preguntó Evans asintiendo con la cabeza.

—Luego comenzamos a buscar al hombre que había vendido el anillo y el collar a Marks, pero cuando estábamos a punto de detenerlo logró escapar. Debe haber sido puesto sobre aviso por alguien, pero es un hombre que la policía conoce muy bien, por haberlo arrestado una docena de veces, y sabíamos donde encontrar a su amiga. Así que, por la noche, fuimos hasta su casa y la arrestamos. Fué allí donde hallamos el kimono.

—¿Dijo ella cómo lo había conseguido?

—Sí; mintió diciendo que lo había comprado.

—Eso es todo, teniente; gracias.

Evans se volvió entonces hacia el jurado y se quedó mirando en silencio a los hombres y a las mujeres que lo componían.

—¡Que me aspen! — exclamó Grady Williamson —; ¡nunca lo hubiera pensado!; bueno, te debo cien dólares...

—Gracias, Grady — murmuré yo volviéndome para mirar a Janice. El coraje que la había mantenido hasta entonces, decayó de pronto, y estaba llorando mientras Messick trataba por todos los medios de consolarla y animarla, palmeándole paternalmente la espalda, y murmurando a su oído palabras de aliento.

—Yo también tengo ganas de llorar — dijo Betty Kelley.

—La defensa — comenzó a decir Evans — pide que se dicte inmediatamente un veredicto de absolución. La nueva evidencia que acabamos de presentar...

—No hay necesidad de que sustente usted su moción. La cámara ha estado esperando que se pidiera tal moción y si no lo hubiera usted solicitado yo había procedido directamente con el veredicto. La evidencia incuestionable de que se ha cometido un robo en el departamento de miss Fowler, tal como acaba de ser probado, es una prueba más que suficiente — dijo el juez Sawyer.

Aclaró la garganta antes de continuar, y acomodándose los anteojos se volvió hacia la mesa del fiscal. Pero Miles se había levantado ya, y caminaba hacia el estrado diciendo:

—El fiscal está de acuerdo con la corte y con la defensa, Su Señoría. Pienso que sería un

gran error y una gran injusticia no absolver inmediatamente a miss Fowler y deseo ser el primero en felicitarla.

Y Miles hizo lo que decía de una manera galante.

—Un buen perdedor... — murmuró Grady.

Frente al estrado del juez, Evans y el fiscal se estrecharon las manos. El juez Sawyer pidió pomposamente al jurado que diera un veredicto, y éste se retiró en pleno para volver inmediatamente con el veredicto de absolución, y entonces varios vivas se oyeron entre el público.

El alguacil procuró inmediatamente restablecer el orden, aunque el juez no paró mientes en ello. Evans se dirigió hacia Janice Fowler para estrecharle la mano, y luego volvió con ella hacia el jurado, donde los fotógrafos de los diarios estaban ya tomando fotografías de los actores del intenso drama que tan bien había terminado.

En medio de la confusión del momento Janice Fowler quedó un instante sola y yo aproveché para aproximarme a ella.

—Siempre tuve la esperanza de que iba a ser absuelta — le dije —; ¿qué le parece si ahora cumple usted nuestro convenio?

—¿De modo que no lo ha olvidado, eh? — murmuró ella riendo —; bueno, yo tampoco. Saldremos juntos cualquier día...

Tuve que darme por satisfecho con esto, porque Evans se acercó hasta nosotros. Me di vuelta para alejarme y en el mismo instante vi a una figura muy conocida que salía subrepticiamente de la sala de corte. ¡Era Nelson Rinehart!

CAPITULO XIV

Más tarde, ese día, Crospy reveló el nombre del ladrón que había robado en el departamento de Janice Fowler. Era conocido como "el pecoso" Flint... Su nombre era Federico. Se le conocía, además, por varios alias, y había trabado conocimiento con la policía en diversas ocasiones. Una acusación por robo pesaba ahora sobre su cabeza. Las últimas ediciones de los diarios de la tarde publicaban las fotografías de Flint, extraídas del archivo policial, con títulos como este:

UN CONOCIDO LADRÓN COMPLICADO EN EL CASO SHANNON

Tal era el título del matutino "The Sun"; en tanto que el "Express" decía:

JANICE FOWLER ABSUELTA. — SE BUSCA AL "PECOSO" FLINT

Durante una semana se buscó infructuosamente al "pecoso" Flint, hasta que un día que me hallaba yo en el Departamento Central de Policía, vi salir a Nate Myer, el más sagaz, expeditivo y no muy escrupuloso abogado del Departamento.

Recordándole ciertos favores que le había hecho, logré, no sin trabajo, que me revelara que se había puesto en comunicación con Flint.

—Por teléfono, se entiende; no tengo idea de donde se oculta — agregó.

—¿Y cuándo fué eso?

—Hace un par de días. Me llamó y me dijo que era inocente del asesinato, pero que temía no poder librarse de la acusación.

—¿Dónde está Flint ahora?

—¿No le he dicho que no lo sé? Cuando desea comunicarse conmigo lo hace por teléfono.

Viendo que no podía obtener nada más de él, corrí a la redacción para escribir una nueva primicia del "Express". Y muy pronto otra edición extra estaba en la calle, con la noticia de que el abogado Nate Myer decía que el acusado no era culpable del asesinato. Y que muy pronto se presentaría a la justicia para defenderse de la acusación.

A Calhoun no le agradó mucho la crónica. Pensabe que Nate iba a meterse en un atolladero.

Crospy pensó exactamente lo mismo, pero lo culpó a Myer y no a mí.

—Está loco — dijo refiriéndose a él — si cree que va a librar a Flint.

Poco después Howard Wrenn me llamó por teléfono, invitándome a que pasara por su estudio.

—Tengo aquí una botella de champaña que desearía vaciar con usted.

—Esta noche tengo una cita con Janice Fowler; pero si le gusta el champaña la llevaré; si no lo veré más tarde — le dije.

—Magnífico, tráigase también a Grady Williamson y a cualquier otro amigo suyo.

—Muy bien — dije yo, pensando en Lowell Brant.

Más tarde, al encontrarme con él, lo puse al tanto del asunto diciéndole:

—Ahora tiene usted una oportunidad de conocer al pintor y de admirar sus cuadros. Usted me dijo una vez que le agradaría conocer el estudio.

—Muy bien, estaré en mi cuarto — dijo Brant.

Cuando me encontré con Janice ésta me dijo que prefería no ir a la fiesta, pues había en el estudio muchos recuerdos de Margie Shannon. Por la misma razón habíase mudado ya de departamento.

Fuimos a un teatro esa noche y regresamos temprano a su casa. Luego llamé a Brant y eran ya cerca de las veintidós y treinta cuando llegamos al estudio del pintor. Wrenn nos dió la bienvenida y expresó su satisfacción de conocer a mi amigo, con sus correctas maneras sociales.

Wrenn fué en busca del champaña y cuando las copas estuvieron llenas levantó la suya diciendo:

—¡Por la captura de Flint!

Brant se recostó cómodamente en un mullido sillón y murmuró:

—Sin embargo, no estoy seguro de que el "pecoso" Flint sea culpable.

—Pues entonces, es usted el único que piensa así — dije yo.

Brant se sonrió mientras Howard Wrenn lo miraba con la sorpresa pintada en sus facciones.

—Pero Flint es un ladrón — explicó.

—No discuto eso, pero ladrón o no, Flint no es el asesino.

—¿Y por qué?

—Porque los ladrones de la clase del "pecoso" Flint son por lo general cobardes y retroceden ante el asesinato. Además, recordarán ustedes que Marks, el reducidor, tenía el anillo y el collar de miss Fowler, pero nada más... Flint no le vendió ningún objeto perteneciente a Margie Shannon, por la sencilla razón de que no los tenía.

—¿Y no es posible que Marks haya mentido?

—Marks está demasiado comprometido con la policía para echarse encima más cargos — dijo Brant llenando su pipa —; y por otra parte, no olviden que la amiga de Flint tenía el kimono de miss Fowler; ¿no creen ustedes que Flint habría robado alguna de las costosas prendas de miss Shannon si hubiera entrado en su departamento?

Howard Wrenn asintió en silencio con los ojos fijos en la copa vacía.

—Además, — continuó Brant —; hay otra cosa: comparen el estado en que estaban los dos departamentos. El de miss Fowler se hallaba tan en orden que ésta no se dió cuenta del robo hasta la mañana siguiente. En cambio, el de miss Shannon estaba completamente desordenado. Este último no era trabajo de un ladrón, sino de alguien que quería hacer sospechar que había habido un robo... No; entre el ladrón y el "acompañante desconocido" me quedo con el desconocido...; ¿qué piensa usted, míster Wrenn?

El pintor, que había tenido clavados los ojos en Brant durante todo el tiempo que éste estuvo hablando, rebajó la tensión de los ojos y dijo sonriendo:

—Me parece que es una teoría muy razonable, míster Brant —. Pero quienquiera que haya matado a Margie Shannon no era un ladrón, quiero decir, un ladrón profesional..., a menos que imaginemos que era un individuo muy inteligente.

—¿Quiere decir un individuo suficientemente sagaz como para dejar preparada la escena del robo, de tal manera que la policía creyera inmediatamente que había sido preparada ex profeso para engañarla?

—Exacto... Y Flint no es tan inteligente como para eso.

—Cosas extrañas sucedieron aquella noche — murmuró Brant sacando grandes bocanadas de humo de su pipa. La escena había sido montada para un asesinato, pero la obra no estaba lista para el número de actores que se movieron luego en ella... Sucedieron cosas que el asesino no había previsto, pero que, afortunadamente para él, contribuyeron a favorecerlo... A propósito, ¿no sabe usted nada acerca de ese tapiz?

—Sí, lo he visto; creo que se trata de un gobelino — dijo Wrenn.

—Es una mezcla de verde azulado con un poco de gris — dije yo.

—Gobelino azul — murmuró Brant, y luego preguntó —: ¿y el ribete?

—Es el ribete típico de los gobelinos — contestó Wrenn.

—¿No sabe usted cómo lo obtuvo miss Shannon?

—No..., creo que se trata de un regalo.

Brant estuvo un momento silencioso y luego se levantó para ir a examinar un gran cuadro que había sobre un caballete. Wrenn y yo lo seguimos, y el pintor dijo:

—Este es el cuadro en que miss Shannon y yo estábamos trabajando últimamente.

—Es muy hermoso — dije yo —; ¿le ha puesto título, usted?

—El título casi surge por sí mismo — dijo Wrenn haciendo un extraño ruido con su garganta —; quizá miss Shannon me sugirió ambos: el cuadro y el título. Se llamará *Despertar*... Parece un tanto cruel ahora que ella no despertará más.

Su voz se había convertido casi en un susurro y su acento era conmovedor.

—Este retrato se parece más a Margie Shannon que cualquier otro de los que hice. Lo comprenderían ustedes si la hubieran conocido tanto como yo... Tenía un aire de languidez sensual e inocente al mismo tiempo... La había visto tantas veces bostezar y estirarse después de una siesta, o recostarse para descansar al cabo de un largo rato de posar para mí, que la idea del cuadro nació casi espontáneamente.

Brant, que había estado contemplando el cuadro intensamente, se dirigió luego hacia otro que estaba cerca.

—Ese es el primero que hice de ella — dijo Wrenn —; es una cabeza pintada en blanco y en negro... Y ésta es la segunda.

Las últimas palabras las pronunció señalando a otro cuadro que representaba a la modelo

de cuerpo entero. Había, además, allí, varios otros cuadros de ella.

Permanecimos en el estudio de Howard Wrenn durante una hora más, y luego nos despedimos. El pintor nos dijo que iba a pasar la noche allí en lugar de volver a su departamento. Decidimos hacer el trayecto a pie hasta la próxima parada de taxis. El tiempo era muy frío, y mientras nosotros habíamos estado de visita la nieve había caído formando una espesa capa por doquier. Me levanté el cuello del cobretodo, y recordando lo que Brant había dicho acerca de Flint, resolví, a despecho de Miles, entrevistarme con Nelson Rinehart a la mañana siguiente.

De pronto sentí que Brant apretaba mi brazo con violencia. Nos hallábamos justamente en medio del sendero del jardín de Wrenn, bajo la ventana que daba a la sala.

—¡Mire! —murmuró Brant—; ¡Huellas de pisadas...!, alguien ha estado espiando mientras nosotros conversábamos.

Me incliné y vi, efectivamente, muchas huellas frescas de pies en la nieve, que iban desde la puerta de calle hasta la ventana del estudio.

Brant se inclinó sobre la ventana y pudimos ver al pintor en el interior, que se hallaba recostado en un diván, somnoliento y pensativo, seguramente bajo los efectos del champaña.

—¡Hemos sido espiados! — murmuró Brant excitado.

—Es gracioso... ¿Cree usted que debemos avisar a Wrenn?

—Me parece que es lo mejor que podemos hacer —dijo Brant después de rascarse la nariz con aire de duda.

Presionamos el botón del timbre, y cuando Wrenn abrió la puerta se sorprendió de vernos de vuelta. Entonces le explicamos el caso.

—Sería mejor que no pasara usted aquí la noche —le dije yo.

—Razón de más para que me quede aquí, si alguien pretende robarme los cuadros —contestó Wrenn.

—Entonces llamaré a la policía —dije yo—; ¿dónde hay un teléfono?

—Por aquí —dijo Wrenn guiándome hasta el aparato.

Un momento después estaba en comunicación con el Departamento Central de Policía.

—Es extraño, pero ahora recuerdo que me ha pasado lo mismo un par de veces. Creo que alguien ha estado espiándome últimamente o ha tratado de entrar en el estudio.

—¿Cuánto tiempo hace de ello? —le pregunté.

—No estoy seguro; después de todo puede ser pura imaginación. La primera vez que comencé a sospechar que algo raro sucedía fué hace cerca de una semana. Dejé el estudio al finalizar una clase y vi a alguien que estaba tratando de abrir la puerta. En otra ocasión uno de mis alumnos me comunicó que vió a un hombre rondando la casa. Y por último, unos días antes de que Margie Shannon fuera asesinada, una noche que estaba dormitando cerca de la ventana, sentí ruidos, como si alguien estuviera tratando de abrirla.

—La policía vigilará la casa, pero mientras tanto sería mejor que durmiera usted en su departamento — le dije.

Brant agregó también unas palabras en el mismo sentido, pero Wrenn no quiso saber nada.

—Tiene más valor del que yo creía —le dije a Brant por lo bajo, cuando salíamos de la casa por segunda vez.

Tuvimos la suerte de tomar un taxi que pasaba, y al doblar la esquina vimos una figura solitaria que luchaba contra el fuerte viento y la tormenta de nieve que se habían desencadenado en ese momento.

Al pasar junto a ella le eché un vistazo, regocijándome interiormente de hallarme dentro del automóvil. Pero cuando le vi el rostro, lancé una exclamación de sorpresa:

—¡Es Saúl Mitchell! — exclamé —; ¿qué estará haciendo por aquí con este tiempo?

CAPITULO XV

A la mañana siguiente, después de aguardar largo rato en la sala de espera, fuí introducido en el despacho de Nelson Rinehart. Este me miró fríamente cuando entré, y quedó inmóvil aguardando mis palabras. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de cabellos rubios y muy buen aspecto personal. Pero me chocó su manera arrogante y aristocrática.

Le dije que era del "Clevcland Express" y que deseaba entrevistarlo. El me contestó, con sus modales fríos e impersonales, que nunca concedía entrevistas a los reporteros.

—De todos modos desearía hacerle un par de preguntas. La primera es: ¿Regaló usted el tapiz a miss Shannon?, y la segunda, ¿cuánto tiempo hacía que visitaba usted a la modelo asesinada?

Rinehart no se inmutó. Hizo un gesto con la mano en dirección a la puerta y me dijo que no la golpeara al salir. Después de esto, creo que ambos perdimos los estribos y nos dijimos unas cuantas cosas fuertes. Finalmente antes de salir le dije:

—¿Por qué no hace usted frente a la situación como un hombre en vez de escudarse tras Francis Miles y arruinar así su carrera política?

Y al salir, deliberadamente, golpeé fuertemente la puerta tras de mí.

Al día siguiente tuve que enfrentarme con el fiscal, enfurecido por lo que él consideraba mi traición. Le expliqué entonces mi punto de vista.

—Pero usted faltó a su palabra —exclamó él.

—No he tenido intención de poner su nombre en la primera página del diario —le dije—; aun cuando usted sabe muy bien cuánto daría yo por esa primicia. ¿Pero no comprende que está en peligro su carrera política?

—No sea tonto —respondió Miles—; además se trata de una familia muy distinguida.

—Vamos, Miles, usted es demasiado inteligente para pensar que puede salir de esto con la acusación del "pecoso" Flint. Usted no se hubiera librado de descubrir a Rinehart si Janice Fowler hubiera sido condenada; y ahora sabe usted muy bien que Flint se librará de la acusación.

Miles estaba más preocupado de lo que aparentaba, y aproveché el momento favorable para hacer varias preguntas:

—¿Cuánto tiempo hacía que Rinehart y Margie Shannon se conocían?

—Un par de meses, creo.

—¿Y no sabe usted si fué él quién le regaló el tapiz?

—No lo sé a ciencia cierta, pero no me extrañaría. Un gobelino es precisamente la clase de regalo que Rinehart hubiera elegido para ella.

Después de eso lo dejé, encaminándome directamente a las oficinas de Nate Myer.

—He leído su crónica — me dijo éste en cuanto entré.

—¿Sabe usted algo de su cliente?

—Ni una palabra; quizá se ha alejado de la ciudad.

—Bueno, quiero que me prometa una cosa...; que me va a avisar cuando Flint lo llame nuevamente por teléfono.

—Está bien; sé pagar un favor con otro favor; pero no conseguirá usted nada.

Aquella noche Nate Myer se puso en comunicación conmigo para decirme que Flint acababa de llamarlo por teléfono.

—¿Y qué dijo Flit?

—Me dijo que no pensaba entregarse, a menos que el fiscal lo indultara del robo. Y en cuanto al asesinato, volvió a asegurarme que él no era culpable. Nada más.

Esa fué la última llamada de Flint.

CAPITULO XVI

(De la edición del miércoles 29 de noviembre, del "Express".)

"¡EL "PECOSO" FLINT ASESINADO!"

El "pecoso" Flint, el hombre que la policía estaba buscando desde hace más de una semana, por hallarse envuelto en el misterioso crimen de Margie Shannon, ha sido hallado muerto esta mañana.

"Fué encontrado con una bala en la cabeza. Su cuerpo está ahora en la morgue de la policía. Oscar Welch, de veintiséis años, residente en Beechwoob Village, que se dirigía al trabajo esta mañana, encontró el cuerpo de Flint tendido en el camino, cerca de la intersección de Fairmont y Green Roads. Inmediatamente comunicó su hallazgo a la policía.

"De acuerdo al informe del médico forense, el cuerpo de Flint debía yacer allí desde cerca de medianoche. Era creencia en el Departamento Central de Policía que el hombre que fuera buscado con tanto interés había sido víctima de sus propios compinches, los cuales lo habían llevado a "dar un paseo". Posiblemente fué muerto en un automóvil, y arrojado luego al camino.

"Flint era buscado, bajo acusación de robo, pero más especialmente para interrogarlo acerca del caso del asesinato de Margie Shannon. Es del conocimiento público que posiblemente se le hubiera formado juicio por el asesinato de la hermosa modelo, tan trágicamente desaparecida."

—Y aquí termina una hermosa crónica policial —murmuró Calhoun metiéndose las manos en los bolsillos —. Que Flint haya asesinado o no a Margie Shannon, el crimen le será adjudicado ahora.

—Y, naturalmente, no podrá defenderse... — dije yo.

Los dos y Brant nos hallábamos en la redacción comentando los últimos acontecimientos del crimen.

—Miles y la policía han tenido mucha suerte en este caso —dijo Calhoun.

—Calhoun, casualmente he estado hablando con Brant del asunto. El dice que es tonto creer que Flint fué asesinado por sus camaradas del delito. Dice que es necesario apremiar a la policía para que ponga en claro el asesinato de Flint, y que de esa manera podrá dejarse al descubierto también el misterio del asesinato de Margie Shannon. Ya sabe usted que desde el principio ha insistido en que Flint no tuvo nada que ver en la muerte de la modelo.

—Brant, ¿quiere venir un momento a la oficina de Sparks?... Usted también — dijo después, dirigiéndose a mi.

Sparks, el director general, nos miró un tanto sorprendido en cuanto llegamos. Calhoun fué directamente al grano:

—Todo el mundo cree que Flint fué muerto por sus compañeros de delito.

Sparks asintió con la cabeza, e interrogó con la vista a Calhoun, quien prosiguió:

—Bueno.... Brant cree que todos están equivocados. No he hablado con él al respecto, pero supongo que su idea es que Flint fué asesinado para que no revelara algo muy importante relacionado con el asesinato de la modelo.

Puesto en evidencia de esta manera, Brant comenzó su explicación:

—A primera vista parece que el asesinato de Flint fuera un asunto común del hampa, pero mi teoría es que fué asesinado por la misma persona que mató a Margie Shannon. El asesinato de Margie Shannon se aparta completamente de lo común. Tengo la idea de que su solución se halla un poco apartada de los puntos principales de la pesquisa; de ahí que haya permanecido hasta ahora insoluble. Desde el primer momento la policía ha estado saltando de una pista falsa a otra...; un observador imparcial, como yo por ejemplo, bien podría dar en el clavo.

El corrector se detuvo un instante, miró a Sparks, indeciso, y luego continuó:

—Lo que quiero decir es que los que han estado trabajando en el caso día tras día, siguiendo su desarrollo desde el principio, han sido apartados de la verdad por una serie de circunstancias secundarias. Hay muchísimas interrogantes acerca del asesinato de Margie Shannon que nunca han sido puestos en claro. Desde luego, el más importante es: ¿quién la mató? Por supuesto, no podemos contestar eso ahora; sin embargo, los hechos nos revelan que el autor del crimen fué alguien que, después de cometerlo, se tomó un considerable trabajo para alejar toda sospecha de él. En primer lugar el departamento fué completamente revuelto para dar la sensación de robo y de violencia. De ahí que, a primera vista, pareciera un asesinato por robo. Luego, la policía creyó que detrás de las apariencias del robo se ocultaba otro motivo más serio; pero, finalmente, volvieron otra vez a la teoría del robo, y se lanzaron tras el "pecoso" Flint.

"El segundo punto es el siguiente —continuó diciendo Brant—: aun cuando el arma con la cual fué asesinada Margie Shannon fué encontrada por la parte de afuera de la puerta del departamento de la modelo, nadie, aparentemente, paró mientes en tan extraño hecho. Supongo que ello se debió a que Janice Fowler fué inmediatamente arrestada, y que se supuso que ella había mentido acerca del lugar donde encontró el puñal. Ahora, sin embargo, es indudable que ella lo encontró allí. ¿Y por qué estaba allí el arma?"

—Porque el asesino la puso allí, supongo —dijo Sparks.

—Bien..., pero, ¿por qué la puso allí el asesino?, ¿qué razones tenía para ello? No lo sabemos aún; pero podemos aventurar una teoría razonable, por ejemplo; primero: porque sabía algo acerca de las costumbres de los demás habitantes de ese piso y se proponía, al colocarla allí, que alguien la recogiera y fuera visto con ella en la mano. Esto, no solamente hubiera alejado las sospechas de él, sino que hubiera complicado a otro, como hemos visto que sucedió... Segundo: el asesino quiso dejar el arma en ese lugar; pretendió dejarla, pero después de haber lavado la sangre y sus impresiones digitales se encontró con que en el apresuramiento no se dió cuenta de que había salido con ella en la mano, y que la puerta se había cerrado tras él. Hay también una tercera suposición: que el desconocido intentara llevarse el puñal y que éste cayera de su bolsillo, sin que se diera cuenta... De todos modos todas éstas no son más que suposiciones. Flint no mató a Margie Shannon; él no era un asesino, era un ladrón cobarde como lo demuestra su prontuario. Si hubiera estado en el departamento cuando la modelo llegó con su acompañante desconocido, ¿suponen ustedes que se hubiera ocultado hasta el momento que el hombre se alejó para luego dar muerte a Margie Shannon para huir? Es poco probable, pues en ese caso no se hubiera entretenido en revolver el departamento. Flint no tiene nada que ver con esta muerte. Pero dió la diabólica coincidencia de que aquella noche se le ocurrió robar en el departamento vecino al del asesinato.

—En el mismo momento, ¿eh? —dijo Calhoun, que lo escuchaba con intensa emoción—. ¿Entonces cree usted que Flint estaba en el departamento vecino cuando Margie Shannon era asesinada en el suyo?

—¿Por qué no?... Sabemos que él estuvo en el departamento de miss Fowler durante algún momento en aquella noche; ahora ha sido asesinado a su vez. Y aun cuando puede ser eso una coincidencia..., me refiero a que haya sido asesinado en momentos en que lo buscaba la policía para inculparlo del asesinato, también es muy posible que haya sido muerto por el asesino de Margie Shannon... Consideren ustedes que es sumamente sugestivo que Flint viviese mientras Janice Fowler estaba bajo las sospechas de haber cometido ella tal muerte.

—¡Diablos! —exclamó Sparks—; nunca hubiera creído que... ¡Vamos, Calhoun!, hay que hacer una edición extra y lanzaremos esa teoría... Ya veremos cómo la toman los de la policía. El caso del asesinato de la modelo no ha sido puesto en claro aun; los del Departamento necesitan un estimulante.

Y salió de la habitación dando un portazo.

CAPITULO XVII

Al día siguiente me encontré con el teniente Cropsy quien, al verme, me espetó esta pregunta:

—¿Sabe usted que Flint fué muerto en su propio automóvil?

—¿De veras? ¿Y dónde?

—En la avenida Vincent una patrulla policial encontró el automóvil de Flint con manchas de sangre. El hombre fué, seguramente, tomado por sorpresa, y muerto antes de que tuviera tiempo de intentar una defensa. Además, hemos estado comprobando las actividades de todas las personas que intervinieron en el juicio. Hasta Lewicki.

—¡Lewicki,!; no me haga reír.

—Ríase si quiere, pero la policía no debe descuidar a ningún posible culpable, por muy alejadas que parezcan las sospechas; no olvide que Lewicki estaba en el edificio cuando Margie Shannon fué asesinada. También estaba allí Weiss, aunque él afirma que había salido a dar un paseo en automóvil. El caso es que nadie lo vió y no ha podido probar su coartada.

—¿Y qué me dice usted de Saúl Mitchell?

—¿Y por qué él en particular? ¿Tiene usted algún indicio?

—Ninguno, pero anoche lo vi rondar por el estudio de Howard Wrenn, a pesar de la tormenta que se desencadenó por la ciudad —contesté yo mientras Cropsy daba muestras de sorpresa.

—Ya he pensado en él. No ha dejado de llamarme la atención el hecho de que diera la casualidad que fuera a abrir su puerta justamente en el momento en que Janice Fowler se hallaba ante la puerta del departamento de Margie Shannon... Es una coincidencia extraordinaria. Se me ha ocurrido que muy bien pudiera ser él el asesino, y que dejó la daga frente a la puerta y espió luego, desde su departamento, hasta que Janice Fowler la vió y la recogió. Desde su departamento pudo ver también la llegada de Margie Shannon y de Rinehart, y cuando éste se alejó aprovechó la oportunidad para matar a la modelo.

—Me parece una idea plausible; pero, ¿qué me dice del motivo?

—Ya le he dicho que siempre busco antes al asesino que al motivo —respondió Cropsy impaciente—. Puede haber motivos que no sospechamos ahora; cientos de personas podrían tener motivos para matar a Margie Shannon, pero ninguna de ellas nos interesa ahora. Saúl Mitchell intentó también captarse la amistad de Margie Shannon, lo mismo que hizo con Janice Fowler, y hasta tuvo la suerte de salir con ella una vez por lo menos.

Cropsy pensó que sería bueno poner a Brant al tanto de su teoría. Sin conocerlo lo respetaba.

—Pero dígale, de mi parte, que no se haga ilusiones. Desde el punto de vista oficial, el "pecoso" Flint fué el asesino de Margie Shannon.

—Lo mismo decían ustedes de Janice Fowler —contesté yo, riendo—; espere a que salga la próxima edición del "Express". Y no se olvide de investigar las actividades de Saúl Mitchell, anoche.

—Ninguno tiene una coartada perfecta, excepto Lewicki —dijo Cropsy—: Weiss salió de paseo; Mitchell fué visto por usted en los alrededores del estudio del pintor; éste mismo no ha certificado el empleo de su tiempo con claridad. Según dijo, estuvo en el estudio con sus alumnos hasta las veintidós y treinta, pero luego se limitó a decir que había salido, no sin anteriormente haber dedicado un rato a la pintura. Rinehart, por su parte, dijo que fué a visitar a su novia, y que luego había regresado a su casa, donde mató el tiempo sacando un solitario.

—Con respecto a Wrenn, puede usted estar tranquilo; anoche, cuando descubrimos las pisadas en su jardín, llamé a la policía, y luego varios detectives han estado vigilando el estudio. Ellos pueden decirle si salió o no.

—Estamos de acuerdo en eso... Para mí Wrenn es tan inocente como lo es para usted Lewicki. Wrenn estaba en su departamento la noche en que Margie Shannon fué asesinada. El ama de casa lo vió entrar, e indudablemente no pudo haber salido sin que ésta lo viera... Para mí es indudable que si Flint no cometió el crimen, entonces Mitchell es el culpable.

—Por mi parte elijo a Rinehart —dije yo, recordando la desagradable entrevista que había tenido con él.

Cropsy me hizo entonces una seña amistosa con la mano y se alejó; yo me dirigí directamente hacia la redacción.

El editorial de Sparks cayó como una bomba en el Departamento de Policía. Y el fiscal, por su parte, se puso furioso al leerlo. En la ciudad todo el mundo se había apropiado de la teoría de Brant, comentándola en todos los tonos. El "Express" decía también que el fiscal mantenía la incertidumbre de la pesquisa, no dando a conocer el nombre del acompañante misterioso de Margie Shannon. Que era imposible que los motivos que para ello tuviera fueran más importantes que los que tenía para revelarlo. El "Express" esperaba que tanto el fiscal como la policía aceptaran el reto y trataran por todos los medios de poner en claro el misterio del asesinato de Flint. "Así —terminaba el editorial— se hará público el nombre del asesino de Margie Shannon como también las razones del hecho".

Aquella noche, Miles llegó al diario y durante media horda mantuvo una borrascosa conferencia con nuestro director general, Sparks. Ambos estaban todavía conferenciando cuando me llamaron por teléfono: era Janice.

—Estoy muy preocupada —me dijo—; y desearía verlo... Debo hablarle... Necesito conversar con alguien.

—¿Qué le parece si nos encontramos luego para almorzar? —le dije; y en seguida agregué—: ¿qué le sucede?

Pero ella no quiso decirme nada por teléfono. Poco después estábamos ambos sentados frente a una mesa.

—Me siento como si fuera una criminal; veo que todo el mundo me mira y cuchichea acerca de mí. ¡Oh..., no puedo soportarlo!

—¿Pero por qué, Janice?

—¿No comprende usted?; si Flint no es el culpable, según el editorial del "Express", entonces la gente pensará que yo soy la culpable.

—Veo que ha leído usted mal, Janice; nosotros afirmamos que el asesino de Flint es también el asesino de Margie Shannon, y usted no pudo haber matado a Flint. Vamos a ver..., ¿dónde estaba usted en la noche del veintiocho de noviembre?

—En una fiesta.

—¿Puede usted probarlo?

—Completamente. Estaba en un baile del club Cleveland.

—Bueno..., ya ve usted que ahora todo se

aclara. Puede probar perfectamente la coartada.

Luego hablamos de otras cosas hasta que, finalmente, me despedí de Janice, no sin antes hacerle prometer que nos veríamos pronto. Iba ya a alejarse cuando me dió por preguntarle si no había conocido ella a Nelson Rinehart.

—Esperaba que me hiciera usted esa pregunta. Efectivamente, lo vi un par de veces, pero Margie nunca me lo presentó. Una noche, sin embargo, me preguntó si no me parecía buen mozo. Yo le respondí que no me había fijado en él, y entonces ella me contestó:

"—¡Bah!, de todas maneras tiene mucho dinero."

Y con esto me despedí de Janice Fowler.

CAPITULO XVIII

—El caso parece absurdo, ahora —díjome Brant cuando nos encontramos en la redacción—. ¿Qué tenemos en definitiva? Para empezar tenemos un asesinato. Margie Shannon ha sido asesinada; tenemos un ladrón, un acompañante misterioso y Janice Fowler, cuyas impresiones digitales se hallaban estampadas en la empuñadura del arma que sirvió para cometer el crimen. De modo que la más culpable de todos, es decir la muchacha, ha sido absuelta. Flint, por su parte, no puede defenderse...; ha sido asesinado a su vez.

Me miró sonriendo y se frotó la nariz indeciso.

—Flint está muerto —continuó—; y Flint muerto parece menos culpable que Flint vivo...; ¿a qué nos conduce eso? No a sospechar nuevamente de Janice Fowler. Aun suponiendo que ella fuera capaz de cometer los dos asesinatos, ha podido probar, en forma irrefutable, que estaba en un baile cuando Flint fué muerto. De modo que si no tenía una coartada para el primero, la tiene, y muy buena, para el segundo. Por otra parte tenemos a Haward Wrenn. El pintor pudo haber tenido una oportunidad para matar a Flint, si se lo hubiera propuesto, pero en cambio sabemos que estuvo en cama cuando Margie Shannon fué asesinada. Por lo tanto debemos buscar al culpable en otra parte. Veamos por ejemplo a la persona que vió por última vez a Margie Shannon con vida: el caballero desconocido. Pudo haber cometido ambos asesinatos, pero Miles lo protege y la policía no investiga por ese lado. Es decir, la policía, excepto su amigo Cropsy, que parece tener alguna inteligencia. Además está también Mitchell, que podría ser muy bien el culpable. Tal como están las cosas, creo que Miles comete un error al ocultar a su amigo, y aun tengo la idea de que estaría decidido a hacer público su nombre, si no fuera por el ataque que le ha llevado nuestro diario. Indudablemente no quiere dar su brazo a torcer ante Spark.

—Sí, es muy empecinado. Es capaz de renunciar antes que dar su brazo a torcer. Y por su parte Cropsy es también un hombre de carácter fuerte; su teoría favorita es que se hace necesario buscar primero al asesino y luego los motivos. Actualmente le sigue la pista a Mitchell, aun cuando no estoy completamente convencido de que sea sincero. Quizá no sea eso más que un pretexto para ocultar su verdadero motivo.

—Se sorprenderá usted si le digo que tengo una teoría —contestóme Brant—; pero no se la diré aún, hasta que haya reunido algunos indicios más.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Bueno..., pues desearía saber algo de las actividades de Mitchell y también las de nuestro amigo Wrenn. ¿Qué estaría haciendo Mitchell solo y en medio de aquella tormenta de nieve la noche que visitamos al pintor? ¿Recuerda las pisadas en la nieve?... Pues..., perdimos una buena ocasión de saber de quién eran, al no medirlas. Si hubiéramos podido probar que pertenecían a Mitchell, entonces...

—¿Entonces qué?

—Nada... Pero eso sería un punto muy importante de las actividades de Mitchell, y casi eliminaría como culpable al amigo del fiscal. Volvamos a las huellas de pisadas. ¿Qué indican tales huellas para usted?

—Que éramos espiados.

—Sí, pero no usted y yo, sino Wrenn. Recuerde lo que dijo acerca de sus sospechas en ocasiones anteriores. Recuerde también que Wrenn dormía muchas noches en su estudio y pasaba muchas horas en él. No me sorprendería que deseara sorprender a quién lo espiaba, o quizá temía también perder un cuadro de gran valor. De todos modos sabemos por Wrenn que poco antes del asesinato de Margie Shannon alguien había tratado de entrar en su estudio. Recuerde que nos dijo asimismo que había sucedido una serie de sucesos extraños, y pudimos comprobar con nuestros propios ojos que alguien lo espiaba aquella noche; cuando usted le dijo que la policía iba a vigilar su casa, pareció muy animado.

—Lo mismo haría yo —dije—; no es muy agradable eso de saber que uno es espiado; ¿qué cree usted que significará todo eso?

—Podríamos hacer varias suposiciones —contestó Brant dando una larga pitada a su pipa—; en primer lugar, por ejemplo, quizá se tratara de un ladrón en busca de un golpe de mano favorable.

Yo moví la cabeza haciendo un gesto de duda.

—¿No le agrada esa teoría? Bueno, entonces digamos que alguien quería introducirse en el estudio por alguna razón definitiva. También podemos pensar que un desconocido tenía designios siniestros sobre la persona de Wrenn.

—¿Quiere usted decir que alguien trataba de asesinarlo?

—¿Por qué no? Es algo que entra dentro de las posibilidades del caso.

Pero si alguien deseaba matarlo podía haberle disparado un tiro a través de la ventana, la otra noche.

—Pero eso no era muy seguro para el asesino. Quienquiera que sea, pensemos que debía meditar acerca de su seguridad; concedámosle alguna inteligencia. Además, Wrenn no presentaba un blanco muy fácil a través de la ventana. Pero dejemos eso; yo no he querido decir que alguien quisiera matar al pintor. Un desconocido asesinó a Margie Shannon; tenía motivos para ello. Vamos a suponer que tal motivo eran los celos. Sabemos que Margie Shannon era empleada de Wrenn; ¿le parece entonces absurdo que el mismo asesino y por la misma razón tratara de matar también al hombre que pasaba tanto tiempo a solas con la modelo y que hasta la había visto desnuda en su calidad de tal? A mí me parece algo muy razonable...

Brant golpeó su pipa contra la palma de la mano y continuó:

—¿Qué diría Cropsy si nos viera aquí ensartando teorías?... Bueno, de todos modos es un pasatiempo inocente.

—¡Bah!..., Cropsy no se asombraría. Es muy viejo en el oficio. A propósito, ha estado ocupado todo el día en un asunto particular. Tengo la sospecha de que anda tras de Saúl Mitchell.

—Quizá tenga razón — murmuró Brant.

Luego levantóse, y dándome las buenas noches se despidió, abandonando la redacción.

* * *

Aquella noche, lo recordé más tarde, Brant estaba como ausente y pensativo. Luego comprendí que mientras conversaba conmigo llegó a solucionar el misterio de la muerte de Margie Shannon y del "pecoso" Flint. De la redacción dirigióse directamente a su departamento, y al llegar a él sentóse a la máquina de escribir y redactó la solución del crimen, que, según me dijo más tarde, surgió claramente en su cerebro al recordar, camino de su casa, una parte de nuestra conversación. Fué cuando yo dije: *"Pero si alguien deseaba matarlo podía haberle disparado un tiro a través de la ventana, la otra noche".*

—"Pero eso no, eso no era muy seguro para el asesino. Quienquiera que sea, pensemos que debía meditar acerca de su seguridad; concedámosle alguna inteligencia. Además, Wrenn no presentaba un blanco muy fácil a través de la ventana. Pero dejemos eso, yo no he querido decir que alguien quisiera matar al pintor. Un desconocido asesinó a Margie Shannon; tenía motivos para ello. Vamos a suponer que su motivo eran los celos. Sabemos que Margie Shannon era empleada de Wrenn. ¿Le parece entonces absurdo que el mismo asesino y por la misma razón tratara de matar también al hombre que pasaba tanto tiempo a solas con la modelo y hasta la había visto desnuda en su calidad de tal? A mí me parece algo muy razonable..."

CAPITULO XIX

Al día siguiente era sábado. Poco antes del mediodía Francis Miles me llamó por teléfono pidiéndome que concurriera a su despacho. Allí, serio y preocupdao, me dijo sin preámbulos:

—Le manifesté una vez que cuando hiciera público el nombre de Nelson Rinehart, usted sería el primero el saberlo. Es lo que hago ahora. El lunes por la mañana Rinehart vendrá a la oficina a entregarse públicamente. Será considerado de inmediato como un sospechoso más en el asesinato de Margie Shannon, y su nombre se hará público.

—¿Ha descubierto usted algo acerca de él? —le pregunté.

—No; pero he estado perdiendo mi tiempo con alguien que no lo merecía. Desearía darle a usted la exclusividad de la noticia, pero no me es posible. El lunes por la mañana llamaré a los reporteros de todos los diarios y anunciaré públicamente los hechos. Hasta entonces ni una palabra de esto.

—¡Hombre...! ¿Y a qué se debe un cambio tan súbito?

—No tan súbito..., pero he aguantado tanto como pude. Ahora me vuelvo contra él. No creo que Rinehart sea culpable y nunca lo creeré, pero no hay otro camino, después del asesinato de Flint, sino emprenderla contra todos los posibles culpables. Ahora voy a decirle algo privado, y espero que lo olvide en cuanto lo oiga. ¿Puedo confiar en usted?

—Sí.

—Muy bien... Quizá he cometido un error al ocultar el nombre de Rinehart, pues al fin y al cabo no tenía por qué encubrirle sus andanzas, ya que él no supo comportarse correctamente con la muchacha con la cual está comprometido. La conozco muy bien y sé que esto la afectará sobremanera.

Algo en su tono de voz me hizo comprenderlo todo y estuve tentado de levantarme y abandonar la habitación. Era indudable que Miles se había enamorado de la novia de Rinehart. Me levanté y le di una palmada en el hombro.

—Francis —le dije—; usted es un hombre honrado... Ninguno de nosotros sospechó tal cosa ni por un instante.

—¿De modo que ya lo ha descubierto usted, eh? —dijo él volviendo el rostro—; bueno, de todas maneras hubiera tenido que decírselo. Necesitaba justificarme ante alguien. Los dos estábamos enamorados de la misma muchacha y Nelson Rinehart fué el elegido... ¡No sabe cuántas veces he deseado no ser el fiscal!

—Comprendo..., comprendo — dije con gravedad.

—Nelson Rinehart es mi amigo..., o lo era por lo menos hasta hace poco. Al principio creí que Rinehart era una víctima de las circunstancias y decidí que resultaba innecesario hacer públicas sus relaciones con Margie Shannon. Cuando me pidió que no revelara su nombre, me dijo que no temía por sí mismo sino por Dorot..., quiero decir, por su novia,

Y no dejaba de repetírmelo en cuanta ocasión se le presentaba. Luego descubrí que no era por la muchacha por quién temía sino por él mismo. Haría cualquier cosa por mantenerse alejado del escándalo, pero por Dios que ahora no se librará y tendrá que hacer frente a las consecuencias.

—¡Bien! ¿Cuándo se lo dijo usted?

—Ayer. El artículo de ustedes me decidió.

—¿No trató de jugarle ninguna mala pasada?

—Sí..., me dijo que se saltaría la tapa de los sesos antes de ver su nombre mezclado en tal escándalo.

—Bueno..., no hay temor de que haga tal cosa — contesté yo sonriendo.

—¡Ah, otra cosa!; confesó, finalmente, que había sido él quien regalara el tapiz a Margie Shannon. Parece que la muchacha se aprovechaba de él haciéndole gastar grandes sumas de dinero. Según me dijo el mismo Rinehart la modelo quería casarse con él, y cuando descubrió que estaba comprometido, lo amenazó con revelarle todo a la novia.

—¡Pues ahí tenemos el motivo del crimen! — dije yo triunfalmente —; ambos riñeron aquella noche por eso, y Rinehart la mató. Recuerde que Lewicki lo vió bajar con aspecto preocupado. ¿Sabe esto Cropsy?

—Sí; ambos lo interrogamos juntos ayer... Bueno, creo haber hecho todo lo que estuvo de mi parte por él.

—Ya lo creo.

—Me alegro oírle decir eso — expresó Miles con un suspiro de alivio —; no olvide, sin embargo, que esto es absolutamente personal.

—No lo olvidaré. ¿Pero puedo decir algo en la redacción acerca de su decisión de revelar el nombre de Rinehart?

—Ni una palabra hasta el lunes.

Después de esto me despedí del fiscal y fuí directamente a ver a Cropsy. Estaba enterado de todo, pero me dijo, además, que Saúl Mitchell había explicado satisfactoriamente el empleo de su tiempo en la noche que Flint fué asesinado.

—Estoy por descartarlo del caso — gruñó Cropsy con disgusto —. Pero el jefe dice que aún no es posible. Quiere tener un careo entre Mitchell y Rinehart. Dice que en el Departamento no hay favoritismo para los millonarios. En cuanto a Mitchell no tengo la menor confianza en él. ¿Qué le parece a usted que estaba haciendo en la calle, aquella noche de tormenta?

—Ni siquiera me lo imagino.

—Me dijo que había ido hasta la universidad a buscar un libro. Le pregunté entonces qué estaba haciendo en la esquina después de medianoche, y quedó sorprendido al oírme. Finalmente, explicó que iba camino de un restaurante para comer algo, después de haber estado en la biblioteca de la universidad; pero viendo que se desencadenaba la tormenta decidió esperar un taxi.

—No hubiera tenido que esperar más de cinco minutos — dije yo.

—Ya lo sé, pero he comprobado que realmente estuvo en la biblioteca de la universidad. De todos modos ahora estamos vigilando muy de cerca a Mitchell; el lunes será llamado nuevamente ante el juez y permanecerá detenido hasta que un abogado pueda ponerlo en libertad.

—Deberían vigilar también a Rinehart. No olvide que dijo al fiscal que prefería suicidarse, antes de comparecer ante el jurado.

—¡Bah...! — murmuró Crospy en tono despectivo.

Cuando me despedí del teniente, volví al "Express" lo más pronto que pude y le comuniqué a Calhoun la decisión de Miles. Este se mostró excitado al comprender la primicia que teníamos sin poderla hacer pública. Comprendía perfectamente lo que sucedería el lunes cuando Rinehart y Mitchell fueran llamados a declarar. Me hizo redactar la crónica por adelantado y luego fuimos juntos al archivo donde estuvimos buscando todas las fotografías posibles del millonario, desde las más recientes hasta las más antiguas. Calhoun pensaba hacer una verdadera historia del aristócrata.

Cuando pude desprenderme de él, procuré reunirme con Brant para ponerlo al tanto de los últimos acontecimientos, pero no me fué posible hallarlo. Finalmente lo encontré en su casa.

—Amigo Sherlock Holmes, sus teorías eran acertadas — le dije.

El no pronunció una palabra hasta que le mencioné la decisión de Rinehart de suicidarse. Entonces, sus ojos despidieron un extraño brillo y murmuró con voz apagada:

—¿De modo que dijo eso, eh?

—Sí.

—¿Y qué más?

—Nada más — dije yo recordando que había prometido al fiscal no revelar nada del asunto secreto de nuestra conversación. Pero de pronto recordé las palabras de Cropsy y le dije:

—¡Oh, sí!, Cropsy piensa arrestar a Saúl Mitchell.

—Ya se me había ocurrido eso — contestó Brant pensativo —: ¿De modo que se llama Nelson Rinehart y quiere suicidarse?, bueno, ¡aquí es donde usted y yo entramos en acción! En primer lugar, tenemos que procurar entrevistarnos con Howard Wrenn... ¡Y no hay tiempo que perder!

Lo miré sorprendido de su deducción, pero antes de que tuviera tiempo de preguntarle nada, me tomó firmemente de un brazo arrastrándome hacia el primer teléfono que encontramos a mano.

—Pero.... no comprendo. Llamaré a Wrenn, si usted quiere... Mas, ¿de qué se trata?

—No me lo pregunte por ahora. Confíe en mí y no perdamos tiempo. Wrenn debe saber eso inmediatamente.

Un tanto asombrado hice lo que Brant me pedía. Cuando me puse en comunicación con Wrenn y le comuniqué que tenía algo que decirle, me invitó inmediatamente a que fuera a verlo.

Mientras marchábamos en un taxi camino del estudio del pintor, Brant estaba silencioso y pensativo. Lo contemplaba con intensa curiosidad, y entonces, como nunca, me pareció un hombre extraordinario y diferente de los demás. Su mirada tenía un brillo intenso y su frente estaba surcada de profundas arrugas. En el fondo oscuro del taxi, su silueta se recortaba con perfiles inusitados.

Cuando llegamos a la casa de Wrenn, éste contestó inmediatamente a nuestro llamado. Ya había comprendido por mi llamada que se trataba de un asunto serio, porque estaba grave y circunspecto como nunca lo había visto hasta entonces. Lowell Brant aclaró su garganta antes de comenzar a hablar:

—Míster Wrenn — dijo —; el lunes próximo el fiscal va a hacer público el nombre de la última persona que fué vista con Margie Shannon. El nombre del "acompañante desconocido". Su nombre es Nelson Rinehart. El y Saúl Mitchell serán arrestados e interrogados por el fiscal, aunque aun sin un cargo definitivo. No obstante, se sospecha que uno de los dos cometió el asesinato.

Wrenn, sin mover un solo músculo de su rostro, asintió en silencio. Brant continuó entonces:

—Sospecho que usted sabía ya que el acompañante desconocido era Nelson Rinehart, ¿no es así?

—Lo he sabido desde el día en que Rinehart habló con el fiscal Miles. El y el teniente Cropsy me llamaron para preguntarme lo que sabía acerca de las relaciones del millonario con Margie Shannon.

—¿Y éstas eran...?

—Muy superficiales. Conocía al hombre de vista; y estaba en antecedentes de que salía con frecuencia con Margie Shannon; pero eso es todo.

—Sin embargo, ahora sabemos otras cosas — dijo Brant sentándose en una silla y recorriendo la habitación con la mirada mientras hablaba —; en primer lugar, hemos descubierto que Margie Shannon estaba enamorada de él y que cuando supo que Rinehart estaba comprometido para casarse lo amenazó con ir a ver a su novia... Algo no muy decente, ¿no le parece?

—¿Quiere usted decir indecente para Margie? — preguntó Wrenn encendiendo un cigarrillo —; no creo que ella fuera capaz de tal cosa. Tenía numerosos amigos, pero no estaba enamorada de ninguno de ellos.

—Olvida usted que Rinehart era millonario — dijo Brant en tono significativo —; pero nos estamos apartando de la cuestión. Quise decir que el asunto no era muy decente por parte de Rinehart. Una muchacha lo amenazó y la muchacha ha muerto. Sus acciones subsiguientes demuestran palmariamente que es la clase de sujetos que haría cualquier cosa para no verse envuelto en un escándalo social. Amenazó a Miles con suicidarse si lo llamaba ante la audiencia el lunes, como es su intención.

—¡Suicidarse! — exclamó Wrenn asombrado.

Brant me miró en silencio para que yo confirmara sus palabras, lo que hice inmediatamente, diciendo:

—Miles mismo fué quien me lo dijo. Pero personalmente no cree que lo haga. Un hombre suficientemente cobarde como para escudarse detrás de un amigo no sería capaz de matarse.

Wrenn no dijo una palabra y se quedó contemplando pensativo la punta de su cigarrillo.

—Sí..., pero no debemos olvidar que Rinehart tuvo bastante coraje como para matar a Margie Shannon, dado el caso que él sea el asesino...; ¿qué piensa usted de ello, míster Wrenn — dijo Brant.

—Me parece difícil pensar a la vez en el suicidio y en el asesinato... El asunto parece un tanto fantástico — contestó el pintor sonriendo.

—Pero alguien tiene que ser el asesino...

—Es cierto...; ¿cree usted que fué Rinehart? — preguntó Wrenn.

—¡Ah!... — exclamó Brant sin contestar directamente a la pregunta —; si tuviera la respuesta de una o dos preguntas... Al día siguiente de la muerte de Flint, su abogado reveló algo que éste le había dicho por teléfono en sus conversaciones. Flint estaba en el dormitorio de Janice Fowler cuando Margie Shannon llegó con su acompañante al departamento vecino. Escuchó una disputa y luego el hombre se fué. Pero pocos minutos después oyó llamar a la puerta del departamento de Margie Shannon. Flint oyó nuevamente una voz de hombre. Luego, acusaciones, protestas y un grito apagado. El "pecoso" tuvo miedo de ser sorprendido y huyó. Pues bien, si fué Rinehart, ¿qué razones tenía para haber vuelto por segunda vez? Además, ¿por qué dejó el puñal de misericordia en el pasillo? El único hombre que podría haber recurrido a tal treta es Mitchell. Como vivía en el departamento de enfrente, le bastaba vigilar para ver quién lo recogía. Nadie cabe en la teoría con más justeza que él, míster Wrenn.

De pronto, Brant se levantó y acercándose al artista le dijo en voz baja:

—Sospecho que usted sabe algo acerca de Rinehart que no quiere revelar. Míster Wrenn, si lo está usted protegiendo con su silencio creo que es hora de que hable.

Los ojos del artista se abrieron, expresando asombro, pero no pronunció una palabra.



"Poca cosa"

—Sí; tuve una discusión con mi socio y se llevó un par de cosas con que había contribuído al negocio...

—Lo siento — murmuró Brant con gesto de desaliento —; he venido aquí expresamente porque creí que usted podría decirnos algo. No tomo la amenaza del suicidio de Rinehart tan a la ligera como los demás.

Y al pronunciar esas palabras se volvió hacia mí con aire de reproche.

—¡Caramba! — dije yo —; no creerá usted realmente que Rinehart va a suicidarse.

—Si es culpable lo hará.

—Pues entonces podemos esperar — contesté yo.

—¿Por qué no lo arrestará la policía inmediatamente? — murmuró Wrenn.

Brant hizo un signo dubitativo con la cabeza.

—Por lo menos podrían vigilarlo — volvió a decir Wrenn.

—Miles no cree que Rinehart sea culpable — dijo Brant —; estoy convencido de que si Rinehart fuera inculpado, Miles no se atrevería a acusarlo públicamente... Miles tiene también sus pretensiones aristocráticas.

Luego de esas palabras, Brant se despidió y yo lo seguí. Wrenn nos saludó muy seriamente después de asegurarnos una vez más que no tenía motivo alguno para proteger a Rinehart.

No bien estuvimos en la calle, Brant se dirigió al negocio más cercano y allí me dijo:

—Llame a Cropsy por teléfono; dígale que deseamos verlo inmediatamente.

—¿Verlo inmediatamente? — pregunté yo mientras discaba el número del Departamento de Policía.

Poco después le decía que Cropsy esperaba nuestra llegada.

—¡Bien! — murmuró él.

Nos encaminamos velozmente en busca de Cropsy, pero no sin detenernos antes en el edificio donde había vivido Margie Shannon, por deseo de Brant. Este, ante mi sorpresa, examinó atentamente la escalera de incendio del edificio.

CAPITULO XX

Cropsy estaba esperándonos en su pequeña oficina. Le presenté a Brant y el detective le estrechó la mano con delicada cortesía.

Brant dijo que era necesario que partiéramos en seguida. Y mientras salíamos del Departamento de Policía explicó a Cropsy lo que deseaba que hiciera:

—Teniente, le dijo; es necesario que esta noche le sigamos los pasos a Nelson Rinehart.

—¿Por qué; dónde cree usted que piensa ir?

—No tengo la menor idea. Estoy siguiendo una teoría. Nelson Rinehart tiene desde ahora hasta el lunes por la mañana para arreglar todos sus asuntos. En ese lapso muchas cosas pueden suceder; pero no perdamos tiempo, teniente... ¿No le agrada a usted seguir un presentimiento?

—Sí..., cuando sé de qué se trata. ¿Por qué?

—¿Hará usted lo que le pida?

El teniente lo miró sin responder. Pero había algo de persuasivo, tan impresionante en las maneras de Brant, que por último asintió, diciendo:

—¡Muy bien...! ¡Vamos!

—Magnífico! — exclamó Brant.

Cropsy se detuvo para hacer una llamada telefónica a uno de sus subordinados.

—Busquen a Nelson Rinehart. Debe estar en el club o en la casa de su padre. Tan pronto como averigüen su paradero, comuníquenmelo.

Y dió al hombre que lo escuchaba, la dirección del negocio donde nos hallábamos. Colgó el receptor y se volvió hacia Brant.

—Si no podemos localizarlo llamaremos a Miles. Rinehart no se alejará de la ciudad sin comunicárselo a él. Es un hombre de honor...

Las últimas palabras las pronunció en un tono sarcástico.

Nos sentamos a una mesa a esperar, y Brant tamborileó nerviosamente con sus dedos en ella. De pronto sonó el teléfono y poco después alguien preguntó por John Cropsy. El teniente fué hasta el aparato y nosotros lo seguimos; tomó el auricular y escuchó un instante. Luego habló así:

—Ponga un par de hombres de vigilancia mientras voy hasta allí. Si sale antes de que lleguemos, uno de ellos le seguirá y el otro esperará mi llegada para comunicarme la dirección que ha tomado. Puede llamarme aquí nuevamente.

Cropsy colgó el receptor y se volvió hacia nosotros:

—Está en el club — dijo —; ¿qué le parece si comemos algo mientras esperamos?

—Muy bien — dije yo —; y los gastos están a cargo del "Express". Puede regalarse con lo que guste, John.

Cenamos apresuradamente y luego nos trasladamos hasta la avenida Euclid en el automóvil de Cropsy. El tiempo estaba lluvioso y frío. Al llegar a la calle 13, el teniente torció hacia la izquierda y detuvo el coche junto a la acera que daba frente al club, de modo tal que pudiéramos ver a las personas que entraban y salían. Un hombre pequeño, enfundado en un impermeable oscuro, se nos acercó rápidamente y habló breves palabras con Cropsy.

—Está bien, continúe vigilando — le dijo el teniente.

Y volviéndose hacia nosotros nos explicó:

—Rinehart está cenando ahora.

Y comenzó la espera. Minuto a minuto transcurrió una hora, y luego una hora y media. Cropsy, acostumbrado a tales aventuras, fumaba tranquilamente sin mover un músculo de su rostro; Brant, en cambio, se movía inquieto en su asiento, hasta que por último dijo como disculpándose:

—Quizá esté equivocado, después de todo, teniente.

—No se preocupe — replicó Cropsy —; cuando comienzo un asunto acostumbro a seguirlo hasta el fin.

Al cabo de un tiempo el hombre del impermeable se acercó nuevamente hasta nosotros.

—Está terminando, teniente — dijo dirigiéndose a Cropsy —; ha pedido que le lleven su automóvil.

—Vuelva a su sitio y manténganse alerta — contestó Cropsy.

Pocos minutos después un lujoso automóvil se detenía frente a la entrada del club y en seguida el portero uniformado abrió un gran paraguas para proteger a Nelson Rinehart de la lluvia. Este salió cubierto con un gran sobretodo de pelo de camello, se encaminó lentamente hacia el automóvil y penetró en él.

El automóvil comenzó a moverse y después de un ligero intervalo salimos tras él.

—¿Dónde irá? — pregunté yo.

—A casa de su novia, con toda seguridad. Lo hemos seguido muchas veces sin que nadie lo supiera..., ni el mismo Miles.

—¿Cómo se llama la novia? — pregunté yo como al descuido.

—Dorothy Menefee... Bueno, ¿qué hora es?

—Las veinte y veinticinco minutos — dije yo.

Rinehart, en efecto, dirigióse a casa de su novia, una mansión señorial ante la cual se detuvo el automóvil. El millonario descendió internándose en los jardines que rodeaban la lujosa residencia.

—Bueno, tenemos espera para largo rato — murmuró Cropsy, que luego continuó:

—Rinehart comunicará esta noche a su novia que el lunes será detenido. Ya veo su idea Brant; si la muchacha rompe con él, como es casi seguro, usted cree que intentará suicidarse. Por mi parte, no lo supongo capaz de tal cosa. De todos modos aun no está probado que él sea culpable; tenemos a Mitchell y también a Flint, quien no puede ya defenderse de ninguna acusación.

Luego nadie habló ya. Llegaron las veintiuna, las veintiuna y treinta y las veintidós. La lluvia seguía cayendo cada vez con más fuerza. De pronto se abrió la puerta y no tardó en aparecer Rinehart. El millonario dirigióse hacia su automóvil levantándose el cuello de su sobretodo. Partió tan rápidamente que Cropsy apenas pudo seguirlo, y al dar vuelta a una esquina vimos a lo lejos las luces traseras del coche que se alejaba velozmente. Cropsy aceleró para alcanzarlo, pero al llegar a la intersección de dos calles, un policía detuvo el tránsito en nuestra dirección. Cropsy aplicó los frenos para esperar, pero entonces Brant exclamó:

—¡Siga!, ¡siga..., ¡no se detenga!

Y había tan apremiante ansiedad en su voz, que Cropsy hundió a fondo el acelerador saltando el coche hacia adelante. Tras nosotros oyóse el agudo silbido del policía, lo cual hizo aparecer una sonrisa en el rostro de Cropsy. El automóvil, lanzado a toda velocidad, se colocó pronto tras el del millonario y al mirar al detective pude ver que sus ojos se dilataban por el asombro. Un instante después lo comprendí todo: Nelson Rinehart se dirigía directamente en dirección al estudio de Howard Wrenn.

—¡Por... Cristo!... ¡Va hacia el estudio de Wrenn! — dijo Cropsy.

Volvióse súbitamente hacia Lowell Brant y murmuró mirándolo inquisitivamente:

—¿Sabía usted eso, Brant?

—No lo sabía, pero lo esperaba —replicó el interpelado gravemente.

Dos cuadras más adelante, Rinehart detuvo su automóvil y bajó de él rápidamente golpeando la puerta al bajarse. Si los propósitos de Brant eran detenerlo antes de que entrara al estudio, llegamos tarde. Cropsy aceleró a fondo, pero cuando llegamos junto al lujoso vehículo, Rinehart había desaparecido. Cropsy se disponía a saltar del automóvil cuando Brant lo tomó por un brazo.

—No.... espere..., esperemos aquí. Si lo seguimos nada impedirá una tragedia. Algo grave sucederá, sin duda; el hombre está desesperado.

Estiró la mano hacia el tablero de instrumentos y dando vuelta la llave detuvo el motor y luego apagó las luces del coche. Cropsy iba a protestar cuando de pronto se abrió la puerta del estudio del pintor y Rinehart apareció acompañado por Wrenn.

—Rápido, síganme —exclamó Brant abriendo la puerta y saltando a la acera—; supongamos un encuentro casual, pero estén preparados a todo.

—¿Va usted a salir, míster Wrenn? —preguntó Brant cuando estuvo cerca del pintor—; es una lástima, veníamos a visitarlo.

—¡Oh, es míster Brant! —exclamó Wrenn con sorpresa.

Y luego, reconociéndonos a Cropsy y a mí, continuó:

—Veo que se trata de un asunto importante, seguramente míster Rinehart me excusará.

—Ya lo creo que sí —dijo Brant—; míster Rinehart va a ir al Departamento Central de Policía.

—¿Cómo? —gritó el millonario sorprendido—; ¿quién es usted para...?

—¡Basta de charla! —exclamó Cropsy con acento autoritario.

—¡No iré! —exclamó Rinehart dando un paso hacia atrás.

Lo que siguió luego fué sorprendente. Brant, aprovechando el momento de confusión, se abalanzó sobre el pintor procurando inmovilizarle los brazos. Wrenn, aunque sorprendido por el ataque, forcejeó desesperadamente, en tanto que Brant exclamaba:

—¡Rápido, Cropsy, quítele el revólver!

Con la rapidez y la habilidad de una larga práctica Cropsy saltó hacia adelante y en un instante tenía en sus manos el arma que el artista guardaba en un bolsillo de su sobretodo. Wrenn dejó de forcejear, y sonriendo, dijo:

—Me sorprendió usted con su actitud, Brant, y olvidé por un momento que estaba entre amigos, ¿qué significa esto?

—Póngale las esposas, teniente —dijo Brant. Y luego volviéndose hacia Wrenn continuó:

—Deseamos simplemente evitar que agregue usted un asesinato más a su lista...

Según recuerdo ahora, ninguno de los actores de aquella rápida escena atinó a moverse. Brant únicamente era dueño de la escena. Volvióse hacia Rinehart y le dijo:

—Míster Rinehart; si hubiera usted acompañado a Wrenn en su automóvil, nunca más lo hubieran visto vivo. Este hombre lo habría matado a sangre fría, amparándose en la ridícula amenaza de suicidio que hizo usted ante el fiscal Miles.

—¡Dios mío! —exclamó el millonario abriendo los ojos.

—¡Este hombre está loco! —exclamó Wrenn volviéndose hacia mi amigo con el rostro demudado.

—Puede ser —murmuró Brant sonriendo—; pero apuesto a que ese revólver que tiene ahora Cropsy fué el mismo empleado para matar a Flint..., y apuesto también a que puedo decirle cómo asesinó usted a Margie Shannon.

CAPITULO XXI

El automóvil inició su marcha hacia el Departamento Central de Policía. Pasada la confusión y el asombro de los primeros instantes, pensé de pronto en el "Express". Uno de sus hombres —Brant—, había descubierto al asesino, poniendo en claro el misterio del asesinato de la modelo. Sin embargo, por ironía de las circunstancias, la primicia sería, dada la hora, para los diarios de la mañana. Me incliné entonces al oído del teniente, y explotando la circunstancia de que Brant fuera el héroe de la jornada, logré que Cropsy accediera a mi pedido. Al llegar al Departamento de Policía entramos por una puerta privada. Inmediatamente me apoderé de un teléfono y me puse en comunicación con Calhoun, poniéndolo en antecedentes del asunto. El asombro del jefe fué enorme. Y aun cuando tuviera que levantarse de la cama me aseguró que iría inmediatamente a la redacción para preparar una edición extraordinaria. Cuando colgué el auricular, Cropsy le estaba preguntando a Rinehart por qué se había dirigido al estudio de Wrenn. El millonario que había recobrado ya su calma, contestó:

—Míster Wrenn me llamó esta mañana por teléfono, y me citó en el estudio diciéndome que tenía algo muy interesante que comunicarme. Cuando le dije que tenía un compromiso, contestó que me esperaría lo que fuera necesario.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Howard Wrenn—; míster Rinehart me llamó a mí porque dijo que deseaba verme.

—Vayamos por partes —dijo Cropsy con calma—; usted primero, míster Rinehart.

—Wrenn dijo que tenía las pruebas de que Saúl Mitchell era el asesino de Margie Shannon.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Y no le dijo que iba usted a ser arrestado el lunes, míster Rinehart?

—En efecto; y agregó que eso me pondría en un gran apuro.

—¿Y dice usted que míster Rinehart fué quien lo llamó? —preguntó Cropsy dirigiéndose al pintor.

—Eso es exactamente lo sucedido —exclamó Wrenn con calma.

—¿No le dijo para qué deseaba verlo?

—No.

—Ya veo...; quizá pueda usted decirme para qué llevaba el revólver en el bolsillo —preguntó Cropsy.

—No comprendo cómo ese revólver estaba en mi bolsillo —contestó el artista sin inmutarse.

—Esa excusa no sirve, míster Wrenn... Si hubiera estado en uno de los bolsillos exteriores de su sobretodo aun podría creerse, pero nadie sería capaz de ponerle el revólver en el bolsillo interior del sobretodo sin que usted se diera cuenta de ello.

—Muy bien, le diré la verdad —dijo Wrenn sonriendo.

—¿No podría esperar un momento? —murmuró Brant al oído de Cropsy—; además tengo algo en mi habitación que quisiera mostrarle a usted.

Cropsy lo miró sin decir palabra. Luego dirigióse hacia Howard Wrenn y tomándolo de un brazo lo condujo a una habitación contigua.

Brant movió la cabeza pesaroso mientras que el artista desaparecía tras la puerta. Dirigióse hacia Rinehart y le preguntó:

—¿Lo conocía usted mucho?

—Sólo de vista —murmuró Rinehart.

—Estaba celoso de usted —dijo Brant.

—Bueno, allí nadie podrá verlo —murmuró Cropsy mientras entraba nuevamente en la habitación.

En ese momento alguien llamó a la puerta. Esta se abrió de golpe y Calhoun se introdujo con todo el aspecto de un hombre que se halla fatigado.

—¡Santo Dios!, parece increíble —murmuró dejándose caer en una silla.

Por lo visto mi jefe no había podido resistir la tentación de llegarse hasta el Departamento.

—Estábamos a punto de salir para dirigirnos a mi habitación —dijo Brant—; ¿no quiere usted acompañarnos, míster Rinehart?

—No gracias, tengo bastante por esta noche —murmuró Rinehart con una mueca; y volviéndose hacia Cropsy continuó:

—Lo veré mañana, teniente.

—Muy bien; pero entretanto ni una palabra de todo esto —dijo Cropsy.

—Comprendo —murmuró Rinehart, e inclinándose ante nosotros, abrió la puerta y salió.

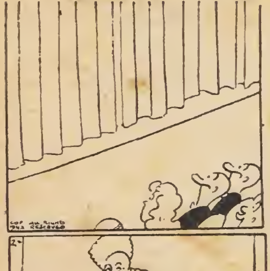
Puntos de vista

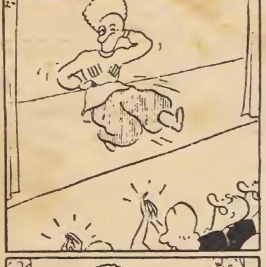


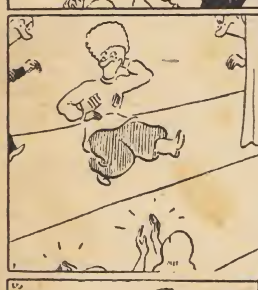
—Insisto en que no me ha rechazado. No ha hecho más que postergar mi turno.

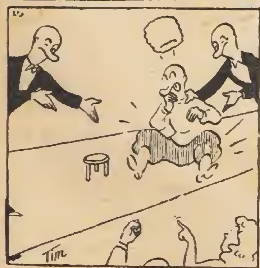
LOS DOS HERMANITOS

LO EMBROMARON *por TIM*









Poco después salimos todos dirigiéndonos hacia la casa donde vivía Brant. Allí nos condujo hacia la habitación que ocupaba, y abriendo su escritorio sacó un pequeño manuscrito.

—Esto lo escribí ayer — dijo —; es mi teoría sobre el crimen. Howard Wrenn asesinó a Margie Shannon y mató también al "pecoso" Flint... Si no intervenimos a tiempo, Nelson Rinehart hubiérase contado también entre los muertos.

—¿Pero cómo pudo Wrenn haber matado a la modelo? — preguntó Cropsy —; aquella noche estaba en cama...

—Ya llegaremos a eso a su debido tiempo — dijo Brant mientras disponía vasos para cada uno de nosotros y una botella de whiky sobre la mesa —; y ahora, si no tienen inconvenientes, les leeré lo que escribí.

—Soy todo oídos — murmuró Cropsy.

Y Brant comenzó a leer:

"En la fecha en que Margie Shannon fué asesinada, su jefe, Howard Wrenn, tenía algunas dificultades para dar a la muchacha la impresión, no solamente de que no se interesaba por ella, sino de que ni siquiera sabía nada acerca de sus asuntos amorosos, ni de que conocía perfectamente a todos sus amigos íntimos.

"Pero el hombre se traicionó a sí mismo. La primera evidencia inconsciente de su actitud surgió a la vista cuando el "Express" publicó su historia acerca del puñal de misericordia, y de cómo había llegado a regalárselo a miss Shannon. La muchacha le había dado una moneda por él; el pintor burlóse de la superstición de su modelo, pero, sin embargo, guardó aquella moneda. ¿Si no era él supersticioso y no se sentía profundamente atraído por su modelo, porqué entonces guardó aquella insignificante moneda?"

Brant echó una mirada a los circunstantes como para tratar de comprender lo que pensábamos.

—Parece razonable hasta ahora — murmuró Calhoun.

Brant sonrióse y continuó:

"Una visita a su estudio revela mucho más acerca de ese punto. Hay algo en los retratos de un artista que describen perfectamente su alma y su pensamiento. Y el alma y el pensamiento estaban en cada uno de los retratos que él había hecho a Margie Shannon. En el último, llamado *Despertar*, la belleza sensual de la modelo era más acentuada que nunca y proclamaba a ojos vista que los sentimientos de Wrenn hacia ella ocupaban toda su vida.

"Entonces comprendí por primera vez que Wrenn mentía. Y si mentía debía tener alguna razón para ello. Estaba enamorado de Margie Shannon y se sentía terriblemente celoso. Pero ocultaba sus sentimientos porque temía hacer recaer las sospechas sobre él. Y aun cuando contaba con una perfecta coartada deseaba alejar de sí todo motivo de sospecha.

"Llegamos ahora al asesinato del "pecoso" Flint. Desde el primer momento comprendí que ningún ladrón podría ser el asesino de Margie Shannon. Cuando Flint fué asesinado me convencí de ello. Lo más probable era que Flint hubiera tratado de extorsionar al verdadero asesino, que finalmente se cansó de pagar por su silencio. Flint no fué asesinado sino hasta después de que Janice Fowler resultó absuelta. Es razonable suponer que Flint asistió al juicio y reconoció allí la voz de Howard Wrenn como una de las que oyera la noche del crimen, a través de la pared que separaba los departamentos de ambas muchachas. Si esta teoría es correcta, elimina automáticamente al acompañante desconocido, dejando solamente entre los sospechosos a Wrenn y a Saúl Mitchell."

Al llegar aquí Brant levantó nuevamente la vista y dijo:

—Esto lo escribí ayer cuando todavía no conocía el nombre de Rinehart.

Inclinóse luego sobre los papeles y de pronto, como cambiando de idea, los arrojó sobre la mesa y continuó en tanto que cargaba su pipa de tabaco:

—Bueno, no continuaré leyendo, pero podremos reconstruir el caso a la luz de los hechos conocidos. Yo creo que Flint reconoció la voz de Howard Wrenn en la sala del jurado, durante el juicio. Luego se comunicó con el pintor y le pidió una suma de dinero por su silencio. Más tarde, cuando sus demandas se hicieron demasiado molestas, Wrenn se procuró una entrevista con él, con el pretexto seguramente de entregarle el dinero, y lo asesinó.

—Ahora comprendo que el que nos había estado esplando aquella tarde de tormenta, cuando visitamos a Wrenn, fué Flint, ¿no es así? — pregunté yo.

—Sí.

—Pero ¿qué me dice de Saúl Mitchell? — preguntó Cropsy.

—Un tipo curioso, ese Mitchell — murmuró Brant encogiéndose de hombros —. Hubiera tenido la oportunidad de asesinar a miss Shannon si lo hubiera deseado; pero cuando los expertos de la policía examinen el revólver de Wrenn surgirá la evidencia de que fué el pintor quien asesinó a Flint... Creo que falseó un tanto sus declaraciones, para vengarse de Janice Fowler, que había rechazado sus pretensiones, y eso hizo recaer las sospechas sobre él. Y ahora les diré mi teoría acerca de cómo pudo Wrenn asesinar a Margie Shannon, aun cuando todo hizo suponer antes que aquella noche se hallaba en cama.

"—Cuando supe hoy que el nombre de Nelson Rinehart iba a ser hecho público y que éste había amenazado con suicidarse, vi en ello una excelente oportunidad para obligar a Wrenn a descubrirse. Si mi teoría era cierta, Wrenn debía odiar a Rinehart y aprovecharía la oportunidad para vengarse, y además, inculparlo con el asesinato de Margie Shannon. Con el nuevo giro de los acontecimientos, todo se disponía en favor del pintor, por cuanto el suicidio de Rinehart implicaría una tácita confesión de su culpabilidad. Si Wrenn no se había detenido ante el asesinato anteriormente, no vacilaría en matar al hombre que odiaba por haberle arrebatado la mujer que amaba.

"Por otra parte, al matar a Rinehart con el mismo revólver con que había dado muerte a Flint y dejándolo junto al cadáver, la policía creería de inmediato que el millonario era el autor del asesinato del "pecoso" al comparar las balas del arma. Entonces no cabría ya duda de que Rinehart había dado muerte también a la modelo. Por eso fué que insistí tanto en seguir a Rinehart... El resto ya lo saben ustedes.

—¿Pero la coartada de Wrenn? — dije yo.

—Bien, veamos — murmuró Brant —; el ama de llaves del departamento de Wrenn declaró que el artista había llegado esa noche a su casa a las veintidós y treinta y que no había vuelto a salir.

—Exacto — dijo Cropsy —; ¿pero cómo pudo haber dejado el edificio sin que nadie lo viera? Si mal no recuerdo hay un empleado que dirige

• FIN DE "**EL ASESINATO**

el ascensor y éste lo hubiera visto salir forzosamente.

—Wrenn evitó ser visto de una manera sencilla: presionó en el botón del ascensor y cuando el muchacho subía respondiendo al llamado, él bajó rápidamente por las escaleras. Si desea iremos hasta la casa para asegurarnos.

—Bien — dijo Cropsy levantándose.

Todos nos apresuramos a seguirlo, y cuando llegamos allá, el detective se encaró con el muchacho ascensorista:

—¿Usa alguien las escaleras aquí? — preguntóle Cropsy.

—¡Oh, muy pocas veces!, solamente algunos inquilinos del primer piso — contestó el muchacho un tanto asombrado.

—¿No recuerda usted que alguien las utilizara la noche del asesinato de Margie Shannon?

—No, señor; no recuerdo.

—¿Y no recuerda tampoco haber acudido a alguna llamada en falso?

—¿Quiere usted decir si fuí a recoger a algún inquilino y luego no encontré a nadie...?

—Exacto.

—No, no recuerdo... ¡Pero son tantas las veces que me sucede eso!... Hay muchos niños en ese edificio...

—¿Qué hace usted en esas circunstancias?

—Ya estoy acostumbrado... Bajo tranquilamente a mi puesto.

—Muy bien — dijo Cropsy —; y recuerde que no debe decir una palabra de esto.

Cuando salimos a la calle Cropsy dijo dirigiéndose a Brant.

—Bueno, Brant, creo que tiene usted razón.

* * *

Los cuatro estábamos sentados en la redacción del "Express". Calhoun se hallaba al teléfono tratando de conseguir comunicación con Sparks. Finalmente consiguió lo que se proponía y con voz fuerte ordenó a su propio jefe que se dirigiera inmediatamente a la redacción.

—No puedo anticiparle nada por teléfono, pero véngase inmediatamente — y sin agregar más, colgó el auricular con un golpe.

Luego, volviéndose hacia nosotros, murmuró con una sonrisa:

—Sparks viene hacia aquí. Mañana a la mañana daremos una gran fiesta, si esto sale bien... ¡Qué primicia para el "Express"! Bueno, voy a escribir la crónica.

—No se moleste, he redactado aquí unas cuantas notas para tenerlas listas — dije yo.

—¡Qué sorpresa la de Sparks cuando se entere de todo esto! — murmuró Calhoun.

Cropsy y Brant estaban hablando en voz baja y yo me acerqué para escuchar.

—Aquel tapiz — decía Cropsy en ese instante — me confundió desde el primer momento... No encajaba en mi teoría.

—Parecía algo ilógico, efectivamente — exclamó Brant —; supongo que Wrenn odiaba tanto a Rinehart que no pudo resistir el impulso de arrancar el tapiz, regalo del millonario a Margie Shannon. Y luego dejó su propio regalo, el puñal de misericordia, en el pasillo. Calculó que alguien lo recogería para entregarlo al encargado de los departamentos. Pero se equivocó y las circunstancias hicieron que Janice Fowler, por las razones que conocemos, lo ocultara en su propio cuarto. Supongamos que cualquier otra persona lo hubiera encontrado allí, y que después de llamar a la puerta del departamento y no obtener respuesta, hubiera ido a entregárselo a Lewicki; éste, recordando al desconocido que acababa de acompañar a miss Shannon hasta su departamento y que bajara luego con aspecto preocupado, no vacilaría en hacer deducciones que hubieran sido de terribles consecuencias para Rinehart. Pero Wrenn no pudo hacer el crimen perfecto.

—Me imagino el susto del pobre Flint — murmuró Cropsy —; no en vano se apresuró a desaparecer.

—Tiene usted razón — exclamó Calhoun sentándose en una silla —; ¿quién no hubiese hecho lo mismo? Pero no salgo de mi asombro pensando en Wrenn. ¡Vaya un individuo endemoniado!

—Ya me lo imagino preparando la escena después del crimen — murmuró Cropsy —; lo veo ir de un lado para el otro en el departamento, desordenándolo todo, y pasando una y otra vez junto al cuerpo de la modelo... ¡Que sagacidad la suya, para hacer aparecer todo, no como un robo, sino con apariencias de robo!

—Pero ahora está perdido — murmuró Brant —; en primer lugar dejó fríamente que las circunstancias acusaran a una joven inocente. Y luego, cuando se le presentó la oportunidad, trató de hacer recaer las sospechas sobre Rinehart.

En ese momento Calhoun se levantó de su silla exclamando:

—Bueno, muchachos, a trabajar... ¡Brant!, deseo que usted redacte la crónica del descubrimiento del asesino por sí mismo... ¡Quién lo hubiera creído, un corrector de pruebas resolviendo el crimen más misterioso del año! Mañana todo el mundo hablará de usted.

—Nada de eso — murmuró Brant sonriendo, pero con acento decidido.

—Vamos, Brant, ya sé que es usted modesto, pero ha de hacer lo que le digo.

Brant no se dejó convencer hasta que por último Calhoun montó en cólera:

—¡O escribe usted la crónica o queda despedido! — exclamó.

—Me da lo mismo — respondió Brant —; de todos modos iba a renunciar.

Al día siguiente el "Express" lanzó una edición completa por la mañana, pero el nombre de Brant no figuraba en la crónica: Sparks había accedido al pedido de su ex empleado.

Francis Miles procuró por todos los medios que Nelson Rinehart no se viera complicado en el asunto, pero nadie le hizo ya caso. De todos modos el millonario tenía que declarar en el juicio seguido a Wrenn por doble asesinato.

Rinehart, en efecto, tuvo que sentarse en la silla de los testigos. Wrenn no fué acusado del asesinato de Margie Shannon, por cuanto un buen abogado habría podido defenderlo con facilidad, pero en cambio se le acusó del asesinato del "pecoso" Flint. Los peritos de la policía declararon que los proyectiles hallados en el cuerpo del ladrón asesinado eran iguales a los que cargaba el arma del pintor. Y, aun cuando éste negó su culpa en todo momento, fué condenado a prisión perpetua en la penitenciaría de Columbus.

En varias ocasiones fuí a visitarlo allí y siempre se mostró conmigo muy afable y correcto. Parecía haber tomado su condena con filosofía.

En cuanto a Janice Fowler, si esperaban ustedes oír hablar de ella, me temo que sufran una desilusión. Esta no es una historia de amor, y además, ése es un asunto que me interesa solamente a mí.

Aquí le contestamos

En esta sección contestaremos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

NENECO, *Santiago del Estero.* — 1º: Los aspirantes de la Escuela de Pilotos y Maquinistas Navales visten uniforme de marineros, cuando son clases, y el de oficiales cuando llegan a esa graduación. 2º y 5º: Los cadetes de la Escuela Naval deben costearse sus uniformes de salida. 3º: Los uniformes pueden ser confeccionados en cualquier sastrería militar, siempre que, naturalmente, se ajusten al reglamento. 4º: El costo depende de la calidad de los mismos; además, se venden uniformes ya confeccionados a precios más reducidos.

UN GRUPO DE LECTORES DE "LEOPLÁN", *Capital.* — Hemos tomado nota de su pedido, que procuraremos complacer tan pronto como las circunstancias lo permitan.

ASIDUO LECTOR DE "LEOPLÁN", *Capital.* — Para preparar cal para blanquear paredes, de la tonalidad que usted desea (beige), se le agrega a la cal, después de apagada y decantado el líquido, una cantidad de polvo de ocre. Dicha cantidad depende del tono más o menos intenso que desee dársele a la cal.

TERESA R. DE DE CLOCUE, *Rosario.* — Si desea usted editar sus cuentos, pida presupuesto a una editorial, indicando aproximadamente el número de páginas que tendrá cada uno.

JOSÉ CÉSAR, *Vicente López.* — No podemos publicar la colaboración que nos envía, por cuanto no encuadra dentro de las características de LEOPLÁN.

S. PIGURTI, *Capital.* — Hemos tomado nota de su pedido, que procuraremos complacer tan pronto como lo permita nuestro plan de publicaciones.

JOSÉ ORÍA ARBIDE, *Montevideo (Uruguay).* — Hemos leído su carta y agradecemos sus elogiosos conceptos y las felicitaciones que nos envió con motivo de nuestro último aniversario.

MANUEL VILLEGAS ADRIANZEN, *Lima (Perú).* — 1º: La dirección que nos envía es correcta. 2º: Hemos tomado nota de su pedido. 3º: Próximamente le complaceremos.

JORGE MASCÍAS, *Capital.* — Lamentamos no poder satisfacer su pregunta, por cuanto la falta de espacio nos imposibilita de publicar aquí la relación completa de las obras de Edgar Allan Poe y de H. G. Wells, que son muy numerosas.

LECTOR DE GERLI, *Gerli.* — El medio más simple y eficaz para combatir la caspa es frotarse enérgicamente el cuero cabelludo con las yemas de los dedos humedecidas en aceite de almendras dulces. Esta cura debe practicarse durante un tiempo más o menos largo, según la intensidad del mal.

ARGENTINO MONTEAMOR, *Colonia Alvear Oeste.* — 1º: Casi todas las carreras y profesiones tienen excelentes perspectivas de progreso en la Argentina, pero no se han hecho cálculos oficiales respecto a cuál es más productiva económicamente. 2º: Los sueldos o las ganancias de un ingeniero civil, de un dibujante, de un cartógrafo o de un técnico industrial dependen de su eficiencia profesional. En cuanto a lo que se refiere a un ingeniero naval militar, éste tiene un sueldo establecido y escalafón que fija el mismo de acuerdo al grado.

CARLOS A. FORTUNATO, *Montevideo (Uruguay).* — Vuelva a escribirnos, indicándonos el número de "LEOPLÁN" en que apareció el artículo a que se refiere, y con gusto lo complaceremos.

A. VENANCIO SORIANO, *Puebla Pué (México).* — Lamentamos no poder insertar su colaboración, por cuanto actualmente "LEOPLÁN" no publica trabajos de esa índole.

JULIO MANTILLA, *Managua (Nicaragua).* — Hemos dado curso a su pedido por el correo último.



JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS



Go Go Go Go Go
Negación

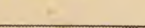


(Las soluciones en el próximo número)

PROBLEMA: ¿QUE ANIMAL ES?

No es un animal antediluviano el que hay que buscar. Se trata sencillamente de un paquidermo muy conocido y muy simpático, además, por sus buenas costumbres.

Fara encontrarlo hay que recortar los pedacitos blancos de la figura de la izquierda y colocarlos sobre el cuadrado negro, de cierto modo, para que aparezca en negro el animal que se busca.



(La solución en el próximo número)

CRISTALIZACIONES INSTANTANEAS

Para realizar este experimento, basta preparar dos disoluciones muy fuertes de hiposulfito de soda y de acetato de plomo.

Con mucho cuidado se echa en un vaso la primera disolución, y luego la segunda, de modo que ésta quede formando una capa sobre la primera, sin mezclarse con ella.

Cuando ambas estén en reposo, se ata con un hilo un cristal de hiposulfito de sosa y se mete en la disolución.

Al atravesar la capa de acetato de plomo no ocurre nada; pero lo raro del experimento es que, en cuanto el cristal de hiposulfito llega a la disolución del mismo cuerpo, hace que todo él se cristalice instantáneamente.

El acetato de plomo también se cristaliza con este procedimiento.

PROBLEMA:
LA TABAQUERA MISTERIOSA

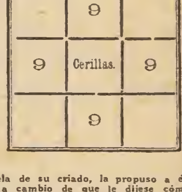
En cierta oportunidad regalaron a un individuo una tabaquera muy práctica, muy adornada y dividida en nueve departamentos iguales: ocho para los cigarrillos y uno para los fósforos.

Para estrenar el regalo compró tres docenas de cigarros de la mejor calidad que encontró; pero teniendo en cuenta la poca escrupulosidad de su criado en lo referente al tabaco, le llamó y le advirtió que había colocado los puros de modo que pudieran contarse 9 en cada lado de la tabaquera, a fin de que se pudiera dar cuenta inmediata de la más pequeña desaparición

Al oír la advertencia del amo, el criado se sonrió maliciosamente y no respondió una palabra. Desconfiando de la honradez del sirviente, todos los días el dueño de la tabaquera la abría para var si había disminuido el número de cigarros, y aun cuando notó que estaban colocados de otro modo, contó los que en cada lado había, y como siempre eran 9, no hizo caso del misterioso cambio.

Al cabo de cinco días se le ocurrió contarlos, y, con el asombro que es de suponer, vió que sólo quedaban 18 de las tres docenas qua había puesto.

Intrigado, y seguro de que se trataba de una triquiñuela de su criado, la propuso a éste perdonarlo a cambio de que le dijese cómo había hecho para fumarse la mitad de los cigarros, dejando siempre 9 en cada lado de la tabaquera.



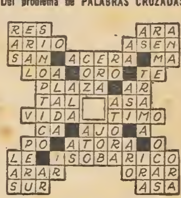
(La solución en el próximo número)





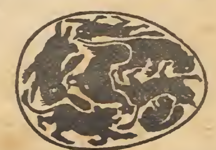
SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

Del problema de PALABRAS CRUZADAS



DEL PROBLEMA: "EL HUEVO MAGICO"

La colocación de tantos y tan diferentes bicharracos es sencillísima, como puede verse en el grabado. Con unos cuantos tanteos se consigue una cosa que parece imposible a primera vista.





EFECTOS RAROS DE LA VISION DE LOS COLORES

Si se coloca sobre una hoja de papel verde un pedazo de papel gris de un centímetro cuadrado de tamaño, y se cubre con otra hoja de papel de seda transparente, y se pregunta a alguien que no esté en el secreto cuál es el color del cuadradito de papel, responderá inmediatamente que es de color roso.

Colocando el mismo cuadrado encima de un papel azul y debajo del papel de seda, parecerá amarillo y, por el contrario, parecerá azul sobre un fondo amarillo, y verde sobre un fondo encarnado.

Sin embargo, el contraste simultáneo de los colores no basta para explicar por completo el cambio de las tonalidades aparentes del gris, pues si teniendo a éste debajo del papel de seda y sobre un fondo verde, se pone a su lado encima del papel de seda un cuadrado gris igual, el primero deja de presentarse a nuestros ojos de color rosa.

La comparación inconsciente que hacemos de ambos cuadrados nos demuestra que son de idéntico color.